THE NUMBER ONE BESTSELLER

EOIN COLFER

THINK YOU KNOW FAIRIES? THINK AGAIN.

ARTEMIS FOWL

AND THE

LOST COLONY

Artemis Fowl

La cuenta atrás

Eoin Colfer

Cyanotic tree

www.cyanotictree.com

Título Original: *Artemis Fowl: The Lost Colony*

Primera edición: marzo de 2007

© 2006, Eoin Colfer
© 2007, Ana Alcaina, por la traducción
© 2007, Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L.
Travesera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-8441-341-7
Depósito legal: B. 7.429 – 2007

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Liberdúplex, S. L. U.
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Encuadernado en Imbedding

GT 1 3 4 1 7

Revisado por LiberBibliOteca, Noviembre 2007

Para Badger. El Hombre. La Leyenda

ÍNDICE

CAPÍTULO I
FOGONAZO HACÍA EL PASADO 7

CAPÍTULO 2
DOODAH DAY 15

CAPÍTULO 3
LA PRIMERA IMPRESIÓN 35

CAPÍTULO 4
MISIÓN IMPOSIBLE 50

CAPÍTULO 5
PRISIONERO 68

CAPÍTULO 6
UN ENANO ENTRA EN UN BAR 78

CAPÍTULO 7
LA FUGA DE BOBO 83

CAPÍTULO 8
IMPACTO SÚBITO 98

CAPÍTULO 9
SE VUELVEN LAS TORNAS 120

CAPÍTULO 10
KONG, EL KING 129

CAPÍTULO 11
UN LARGO CAMINO (HACIA ABAJO) 139

CAPÍTULO 12
CORAZÓN DE PIEDRA 150

CAPÍTULO 13
FUERA DEL TIEMPO 166

CAPÍTULO 14
EL LÍDER DE LA MANADA 171

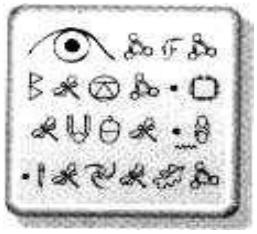
CAPÍTULO 15
VOLVER A CASA, VOLVER A CASA 190

CAPÍTULO 16
PUNTO DE IMPACTO 200

CAPÍTULO I

FOGONAZO HACÍA EL PASADO

BARCELONA, ESPAÑA



LA PALABRA «feliz» no era la más adecuada para describir al guardaespaldas de Artemis Fowl. «Alegre» y «dicharachero» tampoco eran muy frecuentes para hablar de él ni de las personas de su entorno inmediato. Mayordomo no había llegado a convertirse en uno de los hombres más peligrosos del mundo entablando conversación con el primero que pasaba por la calle, a menos que la conversación versase sobre posibles vías de escape y ocultación de armas.

Aquella tarde en concreto, Mayordomo y Artemis se encontraban en España, y las facciones euroasiáticas del guardaespaldas parecían todavía más taciturnas de lo habitual. Su joven protegido había decidido, como de costumbre, complicar más de lo necesario el trabajo de Mayordomo.

Artemis había insistido en quedarse en la acera del Passeig de Gracia de Barcelona durante más de una hora bajo el sol de primera hora de la tarde, protegidos únicamente por unos pocos árboles esbeltos para resguardarse del calor o de posibles enemigos.

Aquel era el cuarto viaje sin explicaciones de ninguna clase que hacían al extranjero en otros tantos meses. Primero Edimburgo, luego el Valle de la Muerte, en el Oeste americano, seguido de una expedición a pie por las llanuras de Uzbekistán. Y ahora estaban en Barcelona, todo para esperar a un misterioso «visitante» que todavía no había hecho su aparición.

Formaban una extraña pareja en el concurrido paseo: un hombre gigantesco y musculoso, de unos cuarenta años, vestido con traje de Hugo Boss y con la cabeza afeitada, y un adolescente delgaducho y pálido con el pelo negro y unos ojos enormes de mirada penetrante y color azul oscuro.

—¿Se puede saber por qué no dejas de dar vueltas, Mayordomo? —preguntó Artemis con irritación. Ya conocía la respuesta a esa pregunta, pero, según sus cálculos, el esperado visitante de Barcelona ya llevaba un minuto de retraso, y dejó traslucir su enfado en el tono que empleó para dirigirse a su guardaespaldas.

—Lo sabes perfectamente, Artemis —respondió Mayordomo—. Por si hay un francotirador o un dispositivo de escucha en uno de los tejados. Doy vueltas para disponer de la máxima cobertura. Artemis estaba de humor para hacer gala de su elevado coeficiente intelectual, un estado de ánimo habitual en él, y

pese a lo gratificantes que podían ser dichos alardes para aquel joven irlandés de catorce años, lo cierto es que podían resultar de lo más fastidiosos para quienquiera que tuviese la mala fortuna de ser su interlocutor.

—En primer lugar, es del todo improbable que haya un francotirador apostado apuntándome con un arma —explicó—. He liquidado el ochenta por ciento de mis negocios ilegales y repartido el capital en una cartera de acciones extremadamente lucrativa. En segundo lugar, a cualquiera que esté tratando de espiarnos con un dispositivo de escucha en este momento, más le vale recoger sus trastos y largarse con la música a otra parte, porque el tercer botón de tu chaqueta está emitiendo unas radiaciones de solinium que provocarían interferencias a cualquier dispositivo de vigilancia, ya sea humano o mágico.

Mayordomo miró a una pareja que pasaba junto a ellos, hechizada por el embrujo de España y el amor juvenil. El hombre llevaba una cámara de vídeo colgada al cuello y Mayordomo jugueteó con su tercer botón con aire de culpabilidad.

—A lo mejor hemos estropeado unos bonitos vídeos de luna de miel —advirtió.

Artemis se encogió de hombros.

—Un precio muy pequeño que pagar a cambio de mi intimidad.

—¿No ibas a decir algo más? —preguntó Mayordomo inocentemente.

—Sí —respondió Artemis con cierta irritación. Seguía sin haber ninguna señal del individuo al que estaba esperando—. Iba a decir que si hay un francotirador en alguno de esos edificios, tendría que estar en ese que hay justo a mi espalda, así que deberías colocarte detrás de mí.

Mayordomo era el mejor guardaespaldas del mundo, y ni siquiera él podía estar cien por cien seguro de en qué tejado podía apostarse un pistolero en potencia.

—Venga, dime cómo lo sabes. Si te mueres de ganas de decírmelo... —le animó Mayordomo.

—De acuerdo, ya que lo preguntas... Ningún francotirador se situaría en lo alto de la Casa Milá, justo enfrente, porque está abierta al público y seguramente su acceso y su huida serían registrados por alguna cámara de seguridad.

—Francotirador o francotiradora —lo corrigió Mayordomo—, porque la mayoría de los asesinos a sueldo suelen ser mujeres últimamente.

—Bueno, él o ella, da lo mismo —rectificó Artemis—. Los dos edificios de la derecha quedan semiocultos entre las ramas de los árboles, ¿para qué complicarse las cosas?

—Muy bien, sigue.

—Esa edificación de atrás a la izquierda es un conjunto de edificios financieros con adhesivos de empresas de seguridad privada en las ventanas. Un profesional evitará cualquier confrontación por la que con toda probabilidad no le van a pagar ningún dinero extra.

Mayordomo asintió. Era cierto.

—Y así es como llego a la conclusión lógica de que tu sicario imaginario escogería el edificio de cuatro plantas que tenemos detrás. Es un edificio de viviendas, de modo que acceder a él debe de ser fácil. El tejado le proporciona una línea directa de fuego, y la seguridad es, en el mejor de los casos, pésima, y en el peor, inexistente.

Mayordomo dio un resoplido. Seguramente Artemis tenía razón, pero en el mundo de la protección personal, «seguramente» no ofrecía ni mucho menos el

mismo consuelo que un buen chaleco de Kevlar.

—Seguramente tienes razón —admitió el guardaespaldas—. Pero solo si el francotirador es tan listo como tú.

—Eso es verdad —dijo Artemis.

—Y supongo que podrías darme una explicación igual de convincente para cualquiera de esos edificios. Solo has escogido ese para mantenerme fuera de tu línea de visión, lo que me lleva a pensar que quienquiera que sea la persona que estás esperando, aparecerá en la acera de la Casa Milá.

Artemis sonrió.

—Buen trabajo, amigo mío.

La Casa Milá era un edificio de principios del siglo XX diseñado por el arquitecto modernista Antoni Gaudí. La fachada estaba formada por paredes que se ondulaban y por balcones coronados por unas intricadas rejas de hierro forjado. La acera del exterior del edificio estaba repleta de turistas que hacían cola para iniciar el recorrido de primera hora de la tarde por la espectacular casa.

—¿Reconoceremos a nuestro visitante entre toda esta gente? ¿Estás seguro de que no está aquí ya, observándonos?

Artemis sonrió y le brillaron los ojos.

—Créeme, no está aquí. Si lo estuviera, habría mucho más griterío.

Mayordomo frunció el ceño. Por una vez, aunque fuese solo una, le gustaría haber conocido todos los datos antes de subir a bordo del jet privado. Sin embargo, no era esa la manera de trabajar de Artemis. Para el joven genio irlandés, la parte de la «revelación» de información era siempre la más importante de sus planes.

—Al menos dime si nuestro contacto irá armado.

—Lo dudo —contestó Artemis—. Y aunque vaya armado, no permanecerá con nosotros más de un segundo.

—¿Un segundo? ¿Es que se va a teletransportar por el espacio sideral?

—Por el espacio no, amigo mío —dijo Artemis, consultando su reloj—. Por el tiempo—. El chico lanzó un suspiro—. En fin, el caso es que el momento ya ha pasado. Me parece que hemos venido hasta aquí en vano, nuestro visitante no se ha materializado. Había muy pocas posibilidades. Evidentemente, no había nadie al otro lado de la rendija.

Mayordomo no sabía a qué rendija se refería Artemis, solo sentía un gran alivio por poder marcharse de aquel lugar tan poco seguro. Cuanto antes llegasen al aeropuerto de Barcelona, mejor.

El guardaespaldas sacó un teléfono móvil de su bolsillo y marcó un número grabado en la memoria. La persona que había al otro extremo descolgó al primer timbre.

—María —dijo Mayordomo—. Ven a buscarnos, rápido.

—Sí —contestó María lacónicamente. María trabajaba para una empresa de limusinas española muy exclusiva, era increíblemente guapa y capaz de partir un bloque de cemento con la frente.

—¿Era esa María? —preguntó Artemis, fingiendo a la perfección el tono de una conversación trivial.

Pero Mayordomo no se dejó engañar: Artemis Fowl nunca formulaba preguntas triviales.

—Sí, esa era María. Es posible que te hayas dado cuenta porque he utilizado su nombre para hablar con ella. Normalmente no haces tantas preguntas sobre el chofer de la limusina y llevas cuatro en los últimos quince

minutos. ¿Vendrá a recogernos María? ¿Dónde crees tú que estará María ahora? ¿Cuántos años crees que tiene María?

Artemis se frotó las sienes.

—Es esta maldita pubertad, Mayordomo. Cada vez que veo una chica guapa, malgasto un valioso espacio cerebral pensando en ella. Como esa chica del restaurante, por ejemplo. He mirado hacia donde está ella una docena de veces en los últimos minutos.

Automáticamente, Mayordomo le echó un vistazo de reojo propio de un guardaespaldas a la chica guapa en cuestión.

Tenía doce o trece años, no parecía ir armada y tenía una melena de rizos rubios y abundantes. La chica estaba dando cuenta con avidez de un buen surtido de tapas mientras su acompañante masculino, tal vez su padre, leía el periódico. Había otro hombre a la mesa que trataba por todos los medios de guardar un par de muletas debajo de su silla. Mayordomo decidió que la chica no representaba ninguna amenaza directa para su seguridad, aunque indirectamente podía crear problemas si Artemis no conseguía concentrarse en su plan.

Mayordomo dio unas palmaditas en la espalda a su joven protegido.

—Es normal que pierdas la concentración con las chicas. Es natural, si no hubieses estado tan ocupado salvando el mundo estos últimos años, habría pasado antes.

—Da lo mismo, tengo que controlarlo, Mayordomo. Tengo cosas que hacer.

—¿Controlar la pubertad? —le espetó el guardaespaldas—. Si lo logras, serás el primero.

—Por lo general, suelo serlo —repuso Artemis.

Y era cierto. Ningún otro adolescente había secuestrado a un ser mágico, rescatado a su padre de la *mafiya* rusa y ayudado a sofocar una revolución goblin a la tierna edad de catorce años.

El ruido de un claxon sonó dos veces. Desde el otro lado de un cruce, una mujer joven gesticulaba a través de la ventanilla bajada de una limusina.

—¡Es María! —exclamó Artemis, y luego contuvo sus emociones—. Quiero decir... vamos. A lo mejor tendremos más suerte la próxima vez.

Mayordomo tomó la iniciativa y detuvo el tráfico con un rápido ademán.

—Tal vez deberíamos llevarnos a María con nosotros. Disponer de una chofer a jornada completa me facilitaría mucho el trabajo.

Artemis tardó un momento en captar que le estaba tomando el pelo.

—Muy gracioso, Mayordomo, porque lo decías de broma, ¿no es cierto?

—Sí, lo decía de broma.

—Eso pensaba, pero es que no tengo demasiada experiencia con el sentido del humor. Si no contamos a Mantillo Mandíbulas, claro está.

Mantillo era un enano cleptómano que había robado a Artemis y también para él en diversas ocasiones. A Mandíbulas le encantaba considerarse un enano gracioso, y sus principales recursos humorísticos eran sus propias funciones corporales.

—Si es que puedes llamar a eso humor —comentó Mayordomo, sonriendo a su pesar y recordando las anécdotas del procaz enano.

Y de repente, Artemis se quedó petrificado; inmóvil en medio de un cruce abarrotado de coches. Mayordomo frunció el ceño al ver los tres carriles abarrotados por un centenar de conductores impacientes que tocaban el claxon sin cesar.

—Percibo algo —anunció Artemis—. Electricidad.

—¿Podrías percibirla al otro lado de la calzada? —exclamó Mayordomo.

Artemis extendió los brazos y sintió una punzada extraña en las palmas de la mano.

—Así que al final, va a venir, solo que a varios metros del objetivo inicial. En algún sitio debe de haber una constante que no es constante.

Una forma se materializó en el aire y un estallido de chispas surgió de la nada acompañado de un intenso olor a azufre. En el interior del chisporroteo apareció una cosa de color verde amarillento, con ojos anaranjados, gruesas escamas y enormes orejas en forma de cuernos. Salió de aquella nada y se dirigió a la calzada. Caminaba erguido, con su metro cincuenta de estatura y su forma humanoide, pero era imposible confundir aquella criatura con un ser humano. Olisqueó el aire a través de unos orificios nasales en forma de hendidura, abrió una boca de serpiente y se puso a hablar.

—Mis parabienes a lady Heatherington Smythe —dijo en una voz de cristal hecho añicos y acero chirriante. La criatura agarró la mano de Artemis con una zarpa de cuatro dedos.

—Qué curioso... —comentó Artemis.

Mayordomo no sentía ningún interés por saber qué era curioso, y solo le interesaba alejar a Artemis de aquella criatura cuanto antes.

—Vamos —le ordenó bruscamente, al tiempo que ponía una mano sobre el hombro del chico. Sin embargo, Artemis ya se había ido. La criatura había desaparecido con la misma rapidez con la que había venido y se había llevado al adolescente consigo. El incidente aparecería en las noticias más tarde ese mismo día, pero curiosamente, pese a la cantidad de turistas pertrechados con cámaras, no habría ninguna fotografía ni quedaría constancia gráfica del fenómeno.

La criatura era incorpórea, como si no estuviese suficientemente aferrada a ese mundo. El tacto de su zarpa sobre la mano de Artemis era suave con un núcleo duro, como si fuera hueso envuelto en gomaespuma. Artemis no evitó el contacto; estaba fascinado.

—Lady Heatherington Smythe? —repitió la criatura, y Artemis vio que estaba asustada—. ¿Por ventura son estos sus aposentos?

«La sintaxis no es moderna, que digamos —pensó Artemis—. Pero sin duda habla mi lengua. Entonces, ¿cómo aprende un demonio exiliado en el limbo a hablar idiomas?»

El aire emitía zumbidos eléctricos y unos relámpagos reverberaban alrededor de la criatura, agujereando el espacio.

«Una rendija temporal. Un agujero en el tiempo.»

A Artemis aquello no le impresionaba lo más mínimo, a fin de cuentas, había presenciado con sus propios ojos cómo la Policía de los Elementos del Subsuelo llegaba incluso a detener el mismísimo tiempo durante el asedio a la mansión Fowl. Lo que sí le preocupaba es que tenía muchas posibilidades de que la criatura se lo llevase consigo y desapareciese, en cuyo caso las probabilidades de regresar luego a su propia dimensión eran escasas, y las de volver a su propia época eran mínimas.

Intentó gritar para llamar a Mayordomo, pero era demasiado tarde, si es que puede utilizarse la palabra «tarde» en un lugar donde no existe el tiempo. La rendija se había ido abriendo hasta envolverlo por completo, a él y al

demonio. La arquitectura y la población de Barcelona se fueron desvaneciendo lentamente, como si fueran espíritus, luego dieron paso a una nebulosa púrpura y después a una galaxia de estrellas. Artemis experimentó un calor sofocante y a continuación un frío glacial. Estaba seguro de que si se materializaba por completo se carbonizaría y quedaría reducido a cenizas, que luego se congelarían y se esparcirían por el espacio.

Todo cuanto les rodeaba se transformó en un instante, o tal vez en un año, era imposible saberlo. Las estrellas fueron reemplazadas por un océano, y se encontraron debajo de él: unas extrañas criaturas marinas surgieron de las profundidades, con tentáculos luminiscentes que segaban el agua a su alrededor. Luego todo se convirtió en una estepa de hielo y después en un paisaje rojo, y el aire se inundó de polvo fino. Al final, reapareció Barcelona, pero ahora era distinta. La ciudad era más joven.

El demonio lanzó un alarido e hizo rechinar los dientes afilados, abandonando cualquier intento de hablar un idioma conocido. Por suerte, Artemis era uno de los dos humanos de cualquier dimensión capaces de hablar gnómico, el idioma de los seres mágicos.

—Tranquilízate, amigo —dijo—. Nuestro destino está sellado. Disfruta de estas maravillosas vistas.

El demonio dejó de aullar bruscamente y soltó la mano de Artemis.

—¿Tú hablar lengua mágica?

—Gnómica —lo corrigió Artemis—. Y mejor que tú, debo añadir.

El demonio se quedó en silencio, mirando a Artemis como si fuera alguna especie de criatura fantástica, cosa que, por supuesto, era. Artemis, por su parte, pasó lo que posiblemente serían los últimos momentos de su vida observando la escena que se desarrollaba ante él. Se estaban materializando frente a un edificio en construcción; era la Casa Milá, aunque no estaba terminada todavía. Los obreros trepaban por los andamios erigidos frente al edificio y un hombrecillo moreno y con barba estaba examinando con el ceño fruncido un plano con esbozos arquitectónicos.

Artemis sonrió: se trataba del mismísimo Antoni Gaudí en persona. Era increíble.

La escena cobró solidez y los colores se plasmaron con mayor viveza. El joven percibió el aire seco y el olor penetrante a pintura y sudor.

—Perdone... —empezó a decir Artemis, dirigiéndose al arquitecto en su idioma.

Gaudí levantó la vista de los planos y su ceño dio paso a una expresión de perplejidad absoluta. Un muchacho acababa de aparecer de la nada... acompañado de un demonio encogido de miedo. El brillante arquitecto asimiló hasta el último detalle de la escena que ofrecía aquella singular pareja, grabándolos en su memoria para siempre.

—¿Sí? —exclamó con vacilación.

Artemis señaló a lo alto del edificio.

—Tiene pensados unos mosaicos para el tejado, ¿verdad? Bien, pues tal vez quiera pensárselo dos veces. Están demasiado trillados.

Y acto seguido, el chico y el demonio desaparecieron.

Mayordomo no se dejó llevar por el pánico cuando aquella extraña criatura salió del agujero del tiempo, aunque lo cierto es que había sido entrenado precisamente para no dejarse llevar por el pánico, pese a lo extremo de la

situación. Por desgracia, ningún otro de los viandantes del Passeig de Gracia había asistido a las clases de la Academia de Protección Personal de Madame Ko, así que se dejaron llevar por el pánico tan rápida y ruidosamente como les fue posible. Todos excepto la chica del pelo rizado y los dos hombres que la acompañaban.

Cuando apareció el demonio, los transeúntes se quedaron paralizados, y en cuanto la criatura desapareció, se pusieron en movimiento de forma explosiva entre gritos y chillidos que desgarraban el aire. Los conductores abandonaron sus coches o se estrellaron contra los escaparates de las tiendas tratando de escapar. Una auténtica marea humana emprendió la retirada del punto de materialización como si hubiese sido repelida por una fuerza invisible. Una vez más, la chica y sus compañeros hicieron justo lo contrario y, de hecho, se dirigieron corriendo hacia el lugar donde había aparecido el demonio. El hombre de las muletas hizo gala de una espectacular agilidad para alguien supuestamente tullido.

Mayordomo hizo caso omiso de todo el caos y se concentró en su mano derecha o, mejor dicho, en el lugar donde su mano derecha había estado un segundo antes. Justo antes de que Artemis se esfumase para ir a otra dimensión, Mayordomo había conseguido sujetarle firmemente el hombro. En ese momento, el virus volatilizador le reclamaba su propia mano: se estaba yendo a donde Artemis ya se había ido. Todavía notaba el hombro huesudo de su joven protegido bajo la mano.

Mayordomo esperaba que todo su brazo desapareciese, pero no lo hizo: solo desapareció la mano. Todavía la notaba con una especie de hormigueo, como si la hubiese sumergido en el agua y tuviese agujetas. Y todavía notaba a Artemis.

—No, tú no te vas —masculló, agarrándolo aún más fuerte con su mano invisible—. He tenido que pasar muchos malos tragos todos estos años para que te vayas ahora.

Así que Mayordomo hundió aquella mano a través de las décadas y rescató a su joven protegido de las garras del pasado.

El regreso de Artemis no fue un camino de rosas, ni mucho menos. Más bien fue como arrastrar una roca por un mar de fango, pero Mayordomo no era la clase de persona que se rinde así como así. Plantó firmemente los pies en el suelo y dobló la espalda para tirar con más fuerza. Artemis salió del siglo XX y aterrizó despatarrándose en el siglo XXI.

—He vuelto —dijo el chico irlandés, como si acabase de regresar de hacer un recado cualquiera—. No lo esperaba...

Mayordomo levantó al chico del suelo y lo examinó superficialmente.

—Todo está en su sitio. No parece que te hayas roto nada. Aun así, Artemis, dime una cosa: ¿cuánto es veintisiete multiplicado por dieciocho coma cinco?

Artemis se alisó la chaqueta de su traje.

—Ya entiendo, estás comprobando mis facultades mentales. Muy bien, supongo que es posible que un viaje en el tiempo altere las capacidades cognitivas.

—¡Limítate a responder mi pregunta! —exclamó Mayordomo.

—Cuatrocientos noventa y nueve coma cinco, ya que insistes tanto.

—Confiaré en tu palabra.

El gigantesco guardaespaldas ladeó la cabeza.

—Oigo sirenas. Tenemos que marcharnos de aquí, Artemis, o me veré

obligado a provocar un incidente internacional.

Empujó al joven al otro lado de la calle, hacia el único coche que aún seguía allí, esperando. María estaba un poco pálida, pero al menos no había abandonado a sus clientes.

—Bien hecho —dijo Mayordomo, al tiempo que abría una de las puertas de atrás—. Al aeropuerto.

Sigue el camino más alejado de la autopista posible.

María apenas esperó a que Artemis y Mayordomo se abrocharan los cinturones, pisó a fondo el acelerador y no hizo caso alguno de los semáforos. La chica rubia y sus compañeros se quedaron en la acera, detrás de ellos.

María miró a Artemis por el retrovisor.

—¿Qué ha pasado allí?

—Nada de preguntas —dijo Mayordomo, tajante—. Los ojos en la carretera. Conduce.

Él mismo sabía que era inútil hacer preguntas; Artemis ya explicaría todo cuanto supiera sobre la extraña criatura y la rendija brillante cuando estuviese preparado.

El joven irlandés permaneció en silencio mientras la limusina descendía hacia Las Ramblas y desde allí al laberinto de callejuelas del casco antiguo de Barcelona.

—¿Cómo he llegado aquí? —dijo al fin, pensando en voz alta—. O mejor dicho, ¿cómo es que no estamos allí? O ¿por qué no estamos en ese momento? ¿Qué es lo que nos ha anclado a este tiempo?

Miró a Mayordomo—. ¿Llevas algo de plata?

Mayordomo esbozó una sonrisa avergonzada.

—Sabes que nunca suelo llevar joyas, pero sí llevo esto. —Se destapó un puño de la camisa: llevaba una pulsera de cuero en la muñeca, con una pepita de plata en el centro—. Juliet me la mandó. Desde México. Por lo visto, sirve para ahuyentar a los malos espíritus. Me hizo prometerle que la llevaría siempre.

Artemis exhibió una sonrisa radiante.

—Fue Juliet. Ha sido ella la que nos ha anclado a este tiempo. —Dio unos golpecitos al objeto de plata de la muñeca de Mayordomo—. Deberías llamarla; nos ha salvado la vida.

Cuando Artemis dio los golpecitos a la pulsera de Mayordomo, advirtió algo en sus propios dedos. Eran sus dedos, de eso no había duda, pero eran distintos. Tardó un momento en percatarse de lo sucedido. Por supuesto, había estado teorizando acerca de los resultados hipotéticos del viaje a través de distintas dimensiones y había llegado a la conclusión de que podía producirse un deterioro del original, como ocurre con un programa informático que se ha copiado demasiadas veces. Una parte del caudal de información podía perderse en el éter.

Por lo que había podido observar, no había perdido nada, pero ahora el dedo índice de la mano izquierda era más largo que el dedo corazón o, para ser más exactos, el índice se había intercambiado el sitio con el dedo corazón.

Flexionó los dedos con movimiento vacilante.

—Hummm —murmuró Artemis Fowl—. Soy único.

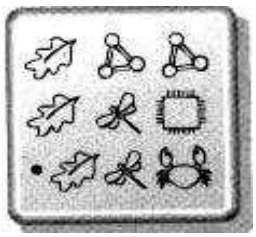
Mayordomo soltó un gruñido.

—Dímelo a mí... —comentó.

CAPÍTULO 2

DOODAH DAY

CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO



LA CARRERA de Holly Canija como elfa detective privada no estaba siendo todo lo rutilante que ella esperaba. Para empezar, eso se debía a que el programa de actualidad más popular de los Elementos del Subsuelo había emitido no uno sino dos reportajes especiales sobre su persona en los meses anteriores. Era difícil ir de incógnito cuando su cara no dejaba de aparecer constantemente en las multidifusiones de la televisión por cable.

—¿Y si te haces la cirugía? —le sugirió una voz interior.

Aquella voz no era el primer síntoma de locura, sino su socio, Mantillo Mandíbulas, comunicándose con ella a través del auricular.

—¿Qué? —exclamó ella, con una voz que se transmitía a través de su propio micrófono, un diminuto microchip de color carne que llevaba pegado a la garganta.

—Estoy viendo un póster con tu famosa cara y se me ha ocurrido que podrías someterte a una pequeña intervención de cirugía estética, al menos si queremos mantener a flote el negocio. Y me refiero al verdadero negocio, no a este pasatiempo de cazarrecompensas. Los cazarrecompensas son lo peor de lo peor.

Holly lanzó un suspiro. El enano de su socio tenía razón, incluso a los criminales se los consideraba más dignos de confianza que a los cazarrecompensas.

—Unos cuantos implantes y una nariz retocada y no te reconocerá ni tu mejor amiga —prosiguió Mantillo Mandíbulas—. Además, tampoco es que seas una miss Mundo Subterráneo, que digamos.

—Olvídalo —dijo Holly. Le gustaba la cara que tenía; le recordaba la de su madre.

—¿Y qué te parecería un spray de piel? Podrías teñirte de verde, disfrazarte de duendecilla.

—¿Mantillo? ¿Estás en tu posición? —soltó Holly.

—Sí —respondió el enano—. ¿Alguna señal del duende?

—No, no ha salido todavía, pero lo hará pronto, así que déjate de cháchara y prepárate.

—Eh, que ahora somos socios. Ya no eres agente de policía, así que no tengo por qué aceptar órdenes tuyas.

—Prepárate, por favor.

—Vaaale. Mantillo Mandíbulas, cazarrecompensas de los bajos fondos, cortando la transmisión. Holly suspiró. A veces echaba de menos la disciplina de la sección de Reconocimiento de la Policía de los Elementos del Subsuelo. Cuando alguien daba una orden, esa orden se obedecía; aunque, para ser sinceros, Holly tenía que admitir que más de una vez se había metido en líos por desobedecer una orden directa. Solo había sobrevivido en Reconocimiento de la PES durante tanto tiempo gracias a una serie de detenciones en unos casos muy sonados, pero también y sobre todo gracias a su mentor, el comandante Julius Remo.

Holly sintió que le daba un vuelco el corazón al recordar, por milésima vez, que Julius estaba muerto. A veces pasaban horas enteras sin que se acordase de aquello y luego, de repente, se acordaba, y cada vez era como si fuera la primera.

Había dejado la PES porque el sustituto de Julius la había acusado nada menos que del asesinato del comandante. Holly supuso que, con semejante jefe, le resultaría más útil a los Seres Mágicos fuera del sistema. Sin embargo, empezaba a pensar que se había equivocado de medio a medio. En el tiempo que había sido capitana de la unidad de Reconocimiento de la PES, había conseguido frustrar una revolución goblin, desbaratar un plan para revelar la existencia de la cultura subterránea de los seres mágicos y reclamar unas piezas robadas de tecnología mágica a un Fangoso de Chicago. Ahora estaba siguiendo a un contrabandista de pescado que se había escapado estando en libertad bajo fianza. No era lo que se dice un asunto de seguridad nacional, exactamente.

—¿Y qué opinas de las extensiones de espinilla? —sugirió Mantillo, interrumpiendo el hilo de pensamiento de la elfa—. Podrías ser más alta en cuestión de horas.

Holly sonrió. Por muy desquiciante que fuese su socio, lo cierto es que siempre conseguía levantarle el ánimo. Además, en su condición de enano, Mantillo tenía talentos especiales y ocultos que podían resultar de extrema utilidad en su nuevo terreno profesional. Hasta hacía poco, el enano había empleado dichas dotes para irrumpir en las casas y salir de las cárceles, pero ahora se había pasado al bando de los buenos, o eso juraba él. Por desgracia, todas las criaturas mágicas sabían que la palabra que un enano daba a alguien que no fuese un enano no valía ni el apretón de manos humedecido en saliva que sellaba el trato.

—Y a lo mejor tú también podrías ponerte extensiones en el cerebro —replicó Holly.

Mantillo se echó a reír.

—¡Qué bueno! Tengo que apuntarme eso en mi lista de réplicas ingeniosas.

Holly estaba intentando que se le ocurriera alguna réplica realmente ingeniosa cuando su objetivo apareció en la puerta de la habitación del motel. Era un duende de aspecto inofensivo que apenas llegaba al medio metro de estatura, pero no era necesario ser muy alto para conducir una camioneta de pescado. Los jefes de las redes de contrabando contrataban a duendes como conductores y mensajeros porque solían parecer muy inocentes con aquel aspecto infantil. Holly había leído el expediente de aquel duende y era de todo menos inocente.

Doodah Day llevaba más de un siglo pasando animales de contrabando a

los restaurantes ilegales. En el mundillo del contrabando era algo así como una leyenda. En su calidad de ex delincuente, Mantillo Mandíbulas estaba al tanto de todo lo relacionado con el folclore criminal y podía suministrar a Holly toda la clase de información útil que no solía llegar a las páginas de los informes de la PES. Por ejemplo, en cierta ocasión, Doodah había conseguido hacer la ruta Atlantis—Ciudad Refugio, fuertemente vigilada, en menos de seis horas sin que se le cayera ni un solo pez de la pecera.

Doodah había sido detenido en la Trinchera de Atlantis por una patrulla de duendecillos acuáticos de la PES. Había conseguido escapar mientras lo trasladaban de una celda de detención al tribunal de justicia y ahora Holly lo había localizado allí. La recompensa por Doodah Day era suficiente para pagar seis meses del alquiler de su despacho. En la placa de la puerta podía leerse: «Canija y Mandíbulas. Detectives privados».

Doodah Day salió de su habitación y frunció el ceño ante el mundo en general. Se subió la cremallera de su chaqueta y echó a andar en dirección sur hacia el distrito comercial. Holly le seguía a unos veinte pasos, manteniendo la distancia y ocultando la cara bajo una capucha. Aquella calle había sido tradicionalmente un punto negro de la ciudad, un lugar peligroso, pero el Consejo estaba inyectando millones de lingotes en una rehabilitación integral. En cinco años, ya habría dejado de ser un gueto goblin. Unas asfaltadoras gigantescas y amarillas estaban engullendo viejas aceras y dejando carreteras nuevecitas tras de sí. Arriba, los duendecillos del servicio público de iluminación estaban arrancando bandas solares quemadas del techo de túnel y sustituyéndolas por nuevos modelos moleculares.

El duende siguió el mismo camino que había realizado los tres días anteriores. Bajó por la carretera hasta la plaza más próxima, encargó un curry de ratón para llevar en un puesto callejero y luego compró una entrada para el cine de veinticuatro horas. Si hacía lo de siempre, Doodah permanecería ahí dentro como mínimo ocho horas.

«No si puedo evitarlo», pensó Holly. Estaba decidida a cerrarle el negocio a aquel duende. No iba a ser fácil; Doodah era pequeño pero matón, era muy rápido. Sin armas ni órdenes de arresto, iba a ser casi imposible detenerlo. «Casi» imposible, pero había una manera de hacerlo.

Holly compró una entrada al gnomo de la taquilla y luego se sentó en una butaca dos filas por detrás del objetivo. El cine estaba muy tranquilo a aquella hora del día, puede que hubiese unos cincuenta espectadores más aparte de ellos. La mayoría ni siquiera llevaban las gafas de cine. Aquello era solo algo en lo que invertir unas cuantas horas entre comidas.

En el cine echaban la trilogía de *La Colina de Taillte* ininterrumpidamente. La trilogía narraba la versión cinematográfica de los sucesos que rodearon a la batalla de la colina de Taillte, donde los humanos habían obligado finalmente a los seres mágicos a marcharse a vivir bajo tierra. La última parte de la trilogía había arrasado en los premios de la AIVIP un par de años atrás. Los efectos especiales eran espectaculares e incluso había una edición especial en versión interactiva en la que el jugador podía meterse en la piel de uno de los personajes secundarios.

En esos momentos, mientras veía la película, Holly experimentó el mismo sentimiento de pérdida que sentía siempre. Las Criaturas deberían estar viviendo en la superficie, y en vez de eso estaban condenadas a vivir en aquella caverna tecnológicamente superavanzada.

Holly estuvo observando las impresionantes tomas aéreas y las batallas a

cámara lenta durante cuarenta minutos, y luego se dirigió al pasillo y se quitó la capucha. En los buenos tiempos, en la PES, se habría limitado a aparecer por sorpresa por detrás del duende y encañonarle la espalda con su Neutrino 3000, pero los civiles tenían prohibido llevar armas de cualquier clase, así que había que emplear una estrategia un tanto más sutil.

Llamó al duende desde el pasillo central.

—Eh, tú. ¿No eres Doodah Day?

El duende dio un bote en el asiento, cosa que no le hizo parecer más alto, compuso la expresión más feroz de la que eran capaces sus rasgos faciales y se la lanzó a Holly.

—¿Quién quiere saberlo?

—La PES —contestó Holly. Técnicamente no se había identificado como un miembro de la PES, porque eso sería suplantar la identidad de un agente de policía.

Doodah entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—Yo a ti te conozco. Eres esa agente femenina, la elfa. La que pulió a los goblins. Te he visto en el digital; ya no eres de la PES.

Holly sintió cómo se le aceleraba el corazón. Era un gustazo volver a entrar de nuevo en acción, cualquier clase de acción.

—Puede que no, Doodah, pero estoy aquí de todos modos para detenerte. ¿Vas a venir por las buenas?

—¿Y pasar unos cuantos siglos en el talego de Atlantis? ¿A ti qué te parece? —dijo Doodah Day, poniéndose de rodillas.

El pequeño duende se escabulló de improviso, raudo y veloz como un rayo, metiéndose por debajo de las filas de asientos y zigzagueando por el suelo.

Holly se subió la capucha y corrió hacia la salida de incendios porque allí era adonde Doodah sin duda se dirigiría. Cada día salía por allí; un buen delincuente siempre comprueba todas las vías de escape en cualquier edificio que visita.

Doodah se encontraba en la salida, delante de ella, tratando de salir por la puerta como un perro a través de una trampilla. Lo único que veía Holly era el azul borroso de su mono de trabajo.

—El objetivo se mueve —anunció la elfa, a sabiendas de que el micrófono de su garganta transmitiría cuanto dijese—. Va en tu dirección.

«O eso espero», pensó para sus adentros, aunque no dijo nada.

En teoría, Doodah se iría a su escondrijo, un pequeño trastero en Crystal equipado con una cuna pequeña y un aparato de aire acondicionado. Cuando el duende llegase allí, Mantillo lo estaría esperando. Era una clásica técnica humana de caza, agazaparse entre los matorrales y esperar a que saliese volando el pájaro. Por supuesto, si eras humano disparabas al pájaro y luego te lo comías. El método de captura de Mantillo era quizá menos definitivo, pero igual de repugnante.

Holly siguió al duende de cerca, aunque no demasiado. Oía el ruido de los pasitos del duende alejándose por la moqueta del cine, pero no veía al pequeñajo. No quería verlo; era crucial que Doodah creyese que había conseguido escapar, Porque de lo contrario no se iría derechito a su guarida. En sus tiempos en la PES, Holly no habría tenido necesidad de llevar a cabo aquella persecución tan estresante, porque había gozado de completo acceso a cinco mil cámaras de vigilancia distribuidas por toda Ciudad Refugio, por no hablar de otro centenar de artilugios y cachivaches varios del arsenal de

vigilancia de la PES. Ahora solo estaban ella y Mantillo. Cuatro ojos y algún truco especial de enano.

La puerta principal seguía moviéndose cuando Holly llegó allí. Al otro lado, un gnomo escandalizado se había caído al suelo de culo, y tenía el cuerpo empapado de batido de ortiga.

—Un crío —se estaba quejando a un acomodador— o un duende. Tenía una cabezota muy grande, eso puedo asegurarlo. Me ha dado justo en la barriga.

Holly dejó atrás a la pareja y se abrió paso a codazos hasta la plaza del exterior del cine. Lo de exterior es un decir: todo era interior cuando se vivía en un túnel. Arriba, las bandas solares estaban ajustadas en la franja horaria de media mañana. Holly podía seguir el rastro de Doodah por el caos que iba dejando a su paso: el puesto de curry de ratón estaba destrozado, una pasta viscosa de color verde grisáceo se solidificaba sobre las losas del suelo.., y unas huellas viscosas de color verde grisáceo avanzaban en dirección a la esquina norte de la plaza. Hasta entonces, los pasos de Doodah estaban siendo del todo previsibles.

Holly se abrió paso entre la cola desbaratada de clientes del puesto de curry sin apartar la vista de las pisadas del duende.

—Dos minutos —dijo, para información de Mantillo.

No hubo respuesta, pero no tenía por qué haberla habido si el enano estaba en la posición correcta. Doodah debía tomar el siguiente callejón y acortar camino en dirección a Crystal. La próxima vez preferiría tener que seguir a un gnomo, los duendes eran demasiado veloces. Lo cierto era que al Consejo de los Seres Mágicos no le hacía ni pizca de gracia los cazarrecompensas, así que se dedicaba a hacerles la vida imposible. No existía el permiso para armas de fuego fuera de la PES, y todo aquel que llevase un arma y no tuviese placa iba derechito a la cárcel.

Holly dobló la esquina esperando ver la parte de atrás de la figura borrosa de un duende, pero en vez de eso lo que vieron sus ojos fue una asfaltadora amarilla de diez toneladas que se dirigía directamente hacia ella. Evidentemente, Doodah Day había dejado de comportarse de manera previsible.

—*D'Arvit!* —exclamó Holly, arrojándose a un lado. El rotor delantero de la asfaltadora engulló el asfalto de la plaza y lo escupió por detrás en forma de pedazos perfectos de un centímetro de lado.

La elfa se puso en cuclillas y echó mano de su Neutrino, que había llevado en la cadera hasta hacía poco. Lo único que encontró allí fue aire.

La asfaltadora estaba dando la vuelta para emprender una segunda ronda, traqueteando y silbando como un carnívoro mecánico jurásico. Los pistones gigantes golpeteaban sin cesar, y las aspas del rotor cortaban como guadañas cualquiera que fuese la superficie que se introdujese en ellas. Los desechos pasaban a la panza de la máquina para que unas planchas de calor los procesasen y les diesen forma. «Me recuerda un poco a Mantillo», pensó Holly. Es curioso lo que cruza por la mente de uno cuando se está a las puertas de la muerte.

Empezó a patalear hacia atrás para apartarse de la máquina. Sí, puede que fuese grande, pero también era lenta y pesada. Holly levantó la vista hacia la cabina del conductor... y allí estaba Doodah, maniobrando las distintas palancas con mano experta. Las manos se movían a una velocidad pasmosa entre las palancas y los mandos, empujando al mastodonte metálico hacia

Holly.

Un caos absoluto reinaba a su alrededor: gritos de los compradores que salían de las tiendas, aullidos de sirenas de los servicios de emergencia... pero Holly no podía ocuparse de eso en ese momento. Su máxima prioridad era seguir con vida. Por muy aterradora que pudiese ser aquella situación para el público en general, Holly llevaba años de experiencia y entrenamiento en la PES, y había logrado escapar de las garras de enemigos mucho más feroces y rápidos que aquella asfaltadora.

Resultó que Holly estaba equivocada: la asfaltadora era lenta como un caracol, pero algunas de sus partes se movían con una rapidez inaudita, como por ejemplo las palas de contención, dos paredes de acero de tres metros de altura que sobresalían a cada lado del rotor delantero para recoger cualquier residuo que expulsasen las cuchillas del rotor.

Doodah Day, conductor instintivo de cualquier clase de vehículo, vio aquella oportunidad y la aprovechó. Sacrificó la seguridad, e hizo que las cuatro palas arrancasen al unísono. Al instante, cuatro bombas neumáticas se accionaron automáticamente y arrojaron las palas a la pared a ambos lados de donde estaba Holly. Se incrustaron muy adentro, hundiéndose quince centímetros en la pared de piedra. A Holly se le cayó el alma a los pies. No tenía salida, y un centenar de cuchillas afiladas y curvas trituraban el suelo ante ella.

—¡Alas! —exclamó la elfa, pero solo su traje de la PES tenía alas y ya no tenía derecho a ponérselo.

Las paletas contenían el torbellino que creaban las cuchillas y este se volvió sobre sí mismo. La vibración era increíble. Holly sintió cómo le castañeaban los dientes. De repente, todo a su alrededor se había multiplicado por diez. El mundo entero tenía muy mala recepción. Bajo sus pies, las cuchillas de la asfaltadora masticaban el asfalto con glotonería. Holly saltó a lo alto de la paleta izquierda, pero estaba muy bien lubricada y no le permitió ningún agarre. Corrió la misma suerte con la otra paleta. La única vía de escape posible estaba justo delante, y en realidad no era una opción, no con aquel rotor mortal esperándola.

Holly gritó a Doodah, tal vez incluso llegó a formar con la boca palabras enteras, no podía estar segura, con todo aquel barullo y la vibración. Las cuchillas daban zarpazos en el aire, tratando de descuartizarla. Con cada pasada, arrancaban trozos de asfalto bajo sus pies. No quedaba demasiado suelo, no tardaría en ser pasto de la máquina. Su cuerpo quedaría hecho jirones, pasaría por las entrañas del engendro mecánico y al final saldría como un trozo de pavimento: formaría parte literalmente de la ciudad.

No podía hacer nada, absolutamente nada. Mantillo estaba demasiado lejos para poder ayudarla, y no era probable que un civil cualquiera decidiese encaramarse a una asfaltadora desbocada, aunque supiese que había una elfa atrapada entre las cuchillas.

Cuando las cuchillas se cerraron sobre ella, Holly levantó la vista hacia el cielo generado por ordenador. Le habría gustado morir en la superficie, sintiendo el calor del sol de verdad calentándole la cara. Habría sido bonito.

Y entonces, el rotor se paró de pronto. Holly recibió una lluvia de aglomerado a medio digerir procedente del estómago de la máquina. Unas cuantas esquirlas de piedra le arañaron la piel, pero eso fue todo.

La pequeña elfa se limpió el sudor de la frente y alzó la vista. En sus oídos todavía zumbaba el ruido del motor, y tenía los ojos húmedos por el polvo que

se había acumulado sobre ella como nieve sucia.

Doodah se asomó para mirarla desde la cabina. Tenía el gesto pálido, pero furioso.

—¡Déjame en paz! —gritó. Su voz sonó débil y metálica a los oídos doloridos de Holly.

—¡Déjame en paz! —repitió, y desapareció, escabulléndose por la escalerilla de acceso, tal vez para dirigirse a su guarida.

Holly se apoyó en una de las cuchillas y se tomó unos minutos para reponerse. Unas chispas diminutas de magia corretearon por sus múltiples heridas y las curaron de inmediato. Se le destaparon los oídos, que chirriaron y se flexionaron en cuanto la magia penetró en sus tímpanos. En cuestión de segundos, Holly recuperó la capacidad auditiva por completo.

Tenía que salir de allí, y solo había un modo: pasando por encima del rotor, hacia el otro lado de las cuchillas. Holly tocó una de ellas con el dedo con sumo cuidado. Una gota de sangre exudó de un cortecito diminuto y automáticamente volvió a desaparecer en el dedo con una chispa azul de magia. Aquellas cuchillas la harían trizas si resbalaba, y no habría magia suficiente en todo el mundo subterráneo para recomponerla de nuevo. Pero el rotor era su única salida, porque de lo contrario tendría que quedarse allí hasta que apareciese la patrulla de tráfico de la PES. El hecho de causar todos aquellos daños materiales ya habría sido bastante peliagudo incluso con el respaldo del seguro de responsabilidad civil de la PES, pero como *freelance* seguramente la encerrarían en el calabozo un par de meses mientras los tribunales decidían de qué cargos acusarla.

Holly se abrió paso con los dedos entre las cuchillas y agarró la primera aspa del rotor. Sería igual que trepar por una escalera, una escalera muy afilada, posiblemente mortal. Se subió a una de las aspas inferiores y tomó impulso. El rotor gimió y bajó quince centímetros. Holly siguió agarrada, porque era más seguro que soltarse. Las cuchillas se estremecieron un par de centímetros más. Despacio y con cuidado... ni un paso en falso.

Subiendo por cada aspa de una en una, Holly trepó por el rotor. Dos veces la cuchilla le cortó la carne, pero las heridas eran leves y las chispas azules las curaron enseguida. Tras una breve eternidad de concentración absoluta, Holly se encaramó a la parte de arriba de la máquina. El capó estaba sucio y caliente, pero al menos no era más cortante que la lengua de un centauro.

—Se ha ido por allí —dijo una voz desde el suelo.

Holly bajó la vista y vio a un gnomo enorme con el ceño fruncido y el uniforme de los servicios urbanos señalando hacia Crystal Street.

—Se ha ido por allí —repitió el gnomo—, el duende que me tiró de mi asfaltadora.

Holly se quedó mirando con perplejidad al corpulento gnomo de los servicios públicos.

—¿Ese duende diminuto te ha tirado al suelo?

El gnomo por poco se ruboriza.

—Estaba bajándome de todos modos, solo me dio un empujoncito. —De repente, pareció olvidarse de todo—. Oye, ¿tú no eres Polly Nosequé? ¿Polly Botija? Eso es, la heroína de la PES.

Holly bajó por la escalerilla de la cabina.

—Polly Botija, esa soy yo.

Holly aterrizó y echó a correr, aplastando con las botas los guijarros de asfalto machacado.

—Mantillo —dijo—, Doodah va hacia allí. Ten cuidado, es mucho más peligroso de lo que creíamos.

«¿Peligroso? Tal vez sí o tal vez no.» Lo cierto es que no la había matado cuando había tenido la ocasión. Por lo visto, el duende no tenía estómago para asesinar a nadie.

El numerito de Doodah con la asfaltadora había provocado un auténtico caos en la plaza. Los policías de tráfico, apodados los Ruedas, estaban llegando en tropel, y la gente escapaba en oleadas. Holly contó al menos seis magmabicis y dos coches patrulla de tráfico de la PES. Iba cabizbaja para no llamar la atención, cuando uno de los agentes se bajó de su bicicleta y la agarró por el hombro.

—¿Has visto lo que ha pasado, nena? —la interpeló.

«¿Nena?» Holly sintió ganas de retorcer la mano que le apretaba el hombro y echar al agente al primer contenedor que viese, pero aquel no era el mejor momento para indignarse: tenía que redirigir su atención.

—¡Caray! Menos mal que está usted aquí, agente —gorjeó en un tono de voz al menos una octava más alta que su tono de voz normal—. Allí, junto a la asfaltadora... Hay sangre por todas partes...

—¿Sangre? —exclamó el Ruedas, frotándose las manos ante la expectativa—. ¿Por todas partes?

—Por todas partes.

El policía de tráfico le soltó el hombro.

—Gracias, nena, yo me ocupo de todo.

Se dirigió a la asfaltadora con paso decidido y luego dio media vuelta.

—Perdona, jovencita —dijo, con la expresión en los ojos de quien acaba de reconocer a alguien sin saber muy bien a quién—. ¿No te conozco de algo?

Pero la elfa encapuchada ya había desaparecido.

«Bueno —pensó el Ruedas—, supongo que debería ir a ver esa sangre que hay por todas partes.»

Holly corrió hacia Crystal Street, aunque estaba segura de que no hacía falta darse tanta prisa: o bien Doodah había decidido que lo estaban presionando demasiado como para revelar su escondrijo o Mantillo lo había atrapado, así que en cualquiera de los dos casos la situación ya no estaba en manos de Holly. Una vez más, lamentó el contratiempo que suponía haber perdido el respaldo de la PES. En sus días en Reconocimiento, lo único que habría hecho falta era dar una orden a través del micrófono de su casco y todas las calles de la zona habrían estado ya acordonadas.

Adelantó a un robot de la limpieza de las calles y dobló por Crystal Street. La estrecha callejuela era una calle de servicio de la plaza comercial principal, y básicamente consistía en zonas de carga y descarga. El resto de unidades se alquilaban como almacén. Holly se quedó de piedra al descubrir a Doodah justo delante de ella, parecía estar hurgando en su bolsillo, seguramente intentando dar con el chip de acceso a su unidad. Algo debía de haberlo retenido unos minutos, quizá se había escondido detrás de una caja para evitar a los Ruedas. Sea como sea, el caso es que ahora Holly tenía otra oportunidad de cazarlo.

Doodah levantó la vista y la elfa se limitó a saludarlo.

—Buenos días —dijo.

Doodah la amenazó con un puño diminuto.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer, elfa? Pero si lo único que hago es traficar con un poco de pescadito...

La pregunta caló hondo en Holly: ¿de veras era aquello lo mejor que podía

hacer para ayudar a las Criaturas? Sin duda el comandante Remo habría esperado mucho más de ella. En los últimos meses, había pasado de capitanear importantes operaciones de máxima prioridad en la superficie a perseguir a contrabandistas de pescado por callejones sin salida. Eso sí que era caer bajo.

Le enseñó sus cartas a Doodah.

—No quiero que te hagas daño, así que quédate muy quietecito.

Doodah se echó a reír.

—¿Hacerme daño? ¿Tú? No lo creo...

—No —replicó Holly—. Yo no: él. —Señaló el trozo de fango que había bajo las plantas de los pies de Doodah.

—¿Él? —Doodah bajó la vista con recelo, sospechando que se trataba de una trampa. Sus sospechas estaban más que fundadas: el suelo bajo sus pies empezó a emitir un leve ruido sibilante mientras la superficie se estremecía y vibraba.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó Doodah, levantando un pie. Sin duda se habría apartado de aquel trozo de tierra de un salto, de haber tenido tiempo, pero lo que ocurrió a continuación sucedió muy rápido.

El suelo no solo se hundió, sino que fue absorbido debajo de Doodah con el repugnante sonido de alguien que sorbe con fuerza. Un arco de dientes atravesó la tierra, seguido de una boca enorme. Había un enano detrás de aquella boca, un enano que abrió una brecha a través del suelo como si fuera un delfín dando un salto, a todas luces impulsado por unos gases procedentes de su trasero. La ristra de dientes se cerró en torno a Doodah y lo engulló hasta la altura del cuello.

Mantillo Mandíbulas —pues no podía ser ningún otro—, volvió a acomodarse en el interior de su túnel, arrastrando al desgraciado duende consigo. Doodah, todo hay que decirlo, no se mostraba ni mucho menos tan gallito como pocos segundos antes.

—Un... un... e... e... enano —tartamudeó—. Pensaba que los de tu raza no eran de los que hacen caso de la ley.

—Y por regla general, no hacen ningún caso, pero Mantillo es una excepción. No te ofendas si no te contesta él mismo, es que se le podría ir la mano y arrancarte la cabeza de un mordisco.

Doodah se estremeció de repente.

—¿Qué está haciendo?

—Supongo que te estará lamiendo. La saliva de enano se endurece al entrar en contacto con el aire. En cuanto abra la boca, estarás tan agarrotado que parecerás un polluelo dentro de un huevo.

Mantillo guiñó un ojo a Holly. Era la máxima expresión de regocijo que podía permitirse en esa situación, pero Holly sabía que se pasaría los siguientes días alardeando de sus habilidades: «Los enanos somos capaces de excavar túneles durante kilómetros y kilómetros de tierra, tenemos traseros equipados con propulsión a gas, producimos dos litros de baba de roca cada hora. ¿Qué sabes hacer tú?, aparte de tener una cara famosa por cuya causa nos descubren cada dos por tres...»

Holly se asomó al agujero, afianzando sus botas a la orilla para no caerse.

—Vale, socio. Buen trabajo. Y ahora, por favor, ¿puedes escupir al fugitivo?

Mantillo lo hizo de muy buena gana: arrojó a Doodah al suelo del callejón de un escupitajo, a continuación salió él mismo del agujero y luego volvió a

colocarse la mandíbula en su sitio.

—Esto es asqueroso —protestó Doodah, a medida que la baba viscosa iba solidificándose en sus miembros—. Y apesta.

—Oye —exclamó Mantillo, ofendido—, que el olor no es culpa mía. Si hubieras alquilado el almacén en un callejón más limpio...

—Ah, ¿sí, apestoso? Bueno, pues esto es lo que opino de ti. —Doodah hizo amago de echar una maldición de duende al enano, pero por desgracia la saliva le paralizó el brazo antes de que le diera tiempo a completarlo.

—Bueno, vosotros dos, dejadlo ya —intervino Holly—. Tenemos treinta minutos para llevarte a la PES antes de que la saliva se ablande.

Mantillo miró por encima del hombro de la elfa hacia la boca del callejón y se puso pálido de repente, debajo de la capa de tierra húmeda que lo recubría, y los pelos de su barba se le pusieron de punta.

—Sabes una cosa, socia? —dijo—. No creo que vayamos a necesitar treinta minutos.

Holly se volvió y se apartó de su prisionero. Había media docena de elfos impidiendo el acceso al callejón. Eran de la PES, o algo muy parecido Llevaban ropa de paisano, sin marcas ni insignias de ninguna clase. Sin embargo, no había ninguna duda de que eran agentes, porque la artillería pesada que sostenían contra el pecho lo atestiguaba Holly advirtió con cierto alivio que ninguna de las armas la apuntaban a ella o a Mantillo.

Una de las elfas dio un paso hacia delante y se levanto la visera del casco.

—Hola, Holly —dijo—. Llevo buscándote toda la mañana. ¿Qué tal estás?

Holly reprimió un suspiro de alivio. Era la comandante de vuelo Vinyáya, una gran defensora de Holly y Julius Remo durante largo tiempo. Vinyáya había abierto el camino para todas las féminas del cuerpo: en una carrera profesional de quinientos años, había hecho de todo, desde llevar a un equipo de Recuperación a la cara oscura de la Luna a encabezar el voto liberal en el Consejo Además de todo eso, había sido la instructora de vuelo de Holly en la academia.

—Muy bien, comandante —respondió Holly.

Vinyáya señaló con la cabeza la masa de baba de roca en proceso de solidificación.

—Veo que has estado ocupada.

—Sí, ese es Doodah Day, el contrabandista de pescado. Una buena pieza.

La comandante frunció el ceño.

—Vas a tener que soltarlo, Holly. Tenemos peces más gordos que pescar.

Holly apoyó el pie en el estómago de Doodah. Se resistía a pasar por el aro de la PES tan rápido, aunque fuese a petición de una comandante de vuelo de paisano.

—¿Qué clase de peces?

Vinyáya frunció aún más el ceño, de manera que se le formó una hendidura en el entrecejo.

—¿Podemos hablar en el coche, capitana? Los agentes de la patrulla de la PES vienen de camino.

«¿Capitana?» ¿Vinyáya se había referido a ella por su antiguo rango? ¿Qué estaba pasando allí? Si los agentes de la patrulla eran de la PES, ¿quiénes eran aquellos seres mágicos que seguían a la comandante?

—Ya no confío en el cuerpo tanto como antes, comandante. Tiene que darme algo más de información antes de que me vaya con usted a cualquier sitio.

Vinyáya lanzó un suspiro.

—En primer lugar, capitana, que sepas que no formamos parte del cuerpo, al menos no del que tú crees. En segundo lugar, ¿quieres que te dé algo más de información? Pues te daré dos palabras. ¿Prefieres arriesgarte a adivinar de qué palabras se trata?

Holly lo supo al instante. Lo presentía.

—Artemis Fowl —susurró.

—Lo has adivinado —confirmó Vinyáya—. Artemis Fowl. Y ahora, ¿creéis tú y tu socio que estáis preparados para acompañarnos?

—¿Dónde han aparcado? —preguntó Holly.

Saltaba a la vista que Vinyáya y su misteriosa unidad contaban con un presupuesto más que generoso; no solo sus armas eran último modelo, sino que sus medios de transporte estaban a años luz de los vehículos habituales de la PES. Después de unos segundos de rascar a Doodah Day para quitarle la baba y colocarle un localizador en la bota, Holly y Mantillo se abrocharon el cinturón de sus mullidos asientos en la parte de atrás del enorme vehículo blindado No es que fuesen prisioneros exactamente, pero Holly no podía evitar sentir que ya no sujetaba las riendas de su destino.

Vinyáya se quitó el casco y dejó al descubierto una melena larga y plateada. Holly se quedó estupefacta.

La comandante sonrió.

—¿Te gusta el color? Es que acabé harta de teñírmelo.

—Sí, le sienta muy bien.

Mantillo levantó un dedo.

—Siento interrumpir esta interesante charla de salón, pero ¿se puede saber para quién trabajan ustedes? No son de la PES, me apuesto la culera de mis pantalones.

Vinyáya se volvió para mirar de frente al enano.

—¿Qué sabes sobre los demonios?

Mantillo abrió la nevera del vehículo, comprobó satisfecho que había *sim*-pollo y cerveza de ortiga, y liberó a ambos de su cautiverio.

—No mucho. Nunca he visto ninguno.

—¿Y tú, Holly? ¿Recuerdas algo de lo que te enseñaron en la escuela?

Holly estaba intrigada. ¿Qué pretendía la comandante con aquella pregunta? ¿Se trataba de alguna clase de prueba? Hizo memoria y trató de recordar las clases de historia en la Academia de Policía.

—Demonios, la octava familia de las Criaturas mágicas. Hace diez mil años, después de la batalla de Taillte, se habían negado a irse a vivir bajo tierra y optaron en su lugar por sustraer su isla del tiempo y vivir allí en completo aislamiento.

Vinyáya asintió.

—Muy bien. Así que convocaron a su círculo de hechiceros y formularon un conjuro de tiempo sobre la isla de Hybras.

—Desaparecieron de la faz de la Tierra —prosiguió Mantillo—, y nadie ha visto un demonio desde entonces.

—Eso no es del todo exacto. Han ido apareciendo unos cuantos a lo largo de los siglos, uno de ellos hace muy poco tiempo, por cierto. ¿Y a que no sabéis quién estaba en el lugar de su aparición para recibirlo?

—Artemis —respondieron Holly y Mantillo al unísono.

—Exacto. Nadie sabe cómo, pero supo predecir lo que no sabíamos nosotros. Sabíamos cuándo, pero en el dónde nos equivocamos de muchos metros.

Holly se incorporó hacia delante, con gran curiosidad. Ya volvía a participar en el juego.

—¿Y tenemos imágenes grabadas de Artemis?

—No exactamente —respondió Vinyáya enigmáticamente—. Si no os importa, dejaré las explicaciones a alguien más cualificada que yo. Nos espera en la base. —Y dio por zanjado el asunto, negándose a añadir nada más. Resultaba de lo más frustrante.

La paciencia no era una de las virtudes de Mantillo Mandíbulas.

—¿Qué? ¿Y ahora se va a echar una siestecita, sin más? Venga, Vinyáya, cuéntenos qué es lo que se trae entre manos el pequeño Arty.

Pero Vinyáya se mantenía en sus trece.

—Tranquilícese, señor Mandíbulas, tómese otra cerveza de ortiga o un agua mineral. —La comandante sacó dos botellas de la nevera y ofreció una a Mantillo.

El enano examinó la etiqueta.

—¿Derrier? No, gracias. ¿Sabe cómo introducen las burbujas en ese brebaje?

Vinyáya torció la boca con un amago de sonrisa.

—Pensaba que la gasificación era natural.

—Sí, era lo mismo que pensaba yo hasta que me dieron trabajo en la fábrica de Derrier; emplean a todos los enanos de Profundis. Nos obligaron a firmar contratos de confidencialidad. Vinyáya estaba fascinada con la historia.

—Cuéntame más. ¿Cómo les introducen las burbujas?

Mantillo se dio unos golpecitos en la nariz.

—No puedo decírselo; sería incumplimiento de contrato. Solo diré que implica una cuba enorme de agua y un montón de enanos haciendo uso de nuestros... ejem... —Mantillo se señaló la zona de la rabadilla— ...dones naturales.

Vinyáya devolvió su botella a la nevera de inmediato.

Mientras Holly permanecía sentada en su cómodo asiento de gel, disfrutando una vez más de otro de los cuentos chinos de Mantillo, su cabeza empezó a dar vueltas a algo muy inquietante; se dio cuenta de que la comandante Vinyáya había eludido la respuesta a la pregunta inicial del enano: ¿quiénes eran aquellos seres mágicos que acompañaban a la comandante?

Obtuvo la respuesta al cabo de diez minutos.

—Bienvenidos al cuartel general de la Sección Ocho —anunció Vinyáya—. Perdonad que me ponga tan teatral, pero es que no solemos impresionar a la gente muy a menudo.

Holly no estaba demasiado impresionada. Habían aparcado en un garaje de varias plantas a unas manzanas de la Jefatura de Policía. El vehículo blindado siguió las flechas indicativas hasta la séptima planta, que estaba situada justo debajo de la pendiente más pronunciada del tejado. El conductor aparcó en el hueco menos accesible y más oscuro, y luego apagó el motor.

Permanecieron varios segundos en aquella oscuridad sofocante, oyendo cómo caían las gotas de agua de las estalactitas de roca del tejado.

—¡Vaya! —exclamó Mantillo, fingiendo con ironía estar impresionado—. A

esto sí que lo llamo yo un parking de lujo. Supongo que os habéis gastado todo el presupuesto en el coche.

Vinyáya sonrió.

—Espera y verás.

El conductor realizó un escaneo de proximidad en el escáner del salpicadero y el resultado fue negativo. A continuación, extrajo un mando a distancia por infrarrojos de la guantera y pulsó un botón apuntando al techo de plástico transparente que había en la pared de roca de arriba.

—Rocas por control remoto —soltó Mantillo con brusquedad, encantado de tener ocasión de ejercitar su músculo del sarcasmo.

Vinyáya no respondió, no le hizo falta: lo que sucedió a continuación hizo callar a Mantillo de golpe. La plaza de aparcamiento se elevó hidráulicamente y catapultó el coche hacia la pared de roca de delante. Las rocas no se apartaron, y Holly no tenía ninguna duda de que cuando una roca se estrellaba contra el metal, ganaba la roca. Por supuesto, no tenía ningún sentido que Vinyáya les hubiese llevado hasta allí solo para machacarlos a todos contra una roca, pero no hubo tiempo de pensar en eso en la fracción de segundo que tardó el vehículo blindado en alcanzar la durísima e implacable roca. En realidad, la pared de roca no era ni dura ni implacable, sino digital. La atravesaron y aterrizaron en un garaje más pequeño alojado en la roca.

—¡Un holograma! —exclamó Holly, sin aliento.

Vinyáya guiñó un ojo a Mantillo.

—Rocas por control remoto —repitió. Abrió la puerta de atrás del vehículo y salió a un pasillo ventilado con aire acondicionado.

—Todo el cuartel general está cavado en la roca. En realidad, la mayor parte de la cueva ya estaba aquí, solo hemos tenido que darle un poco de forma con el láser por aquí y por allá. Perdonad todo el misterio, pero es de vital importancia que lo que hacemos aquí, en la Sección Ocho, se mantenga dentro del más estricto de los secretos.

Holly siguió a la comandante por una serie de puertas automáticas y por un pasillo con el suelo recién pulido. Había sensores y cámaras cada pocos pasos, y la elfa sabía que su identidad ya había sido verificada al menos una docena de veces antes de alcanzar la puerta de acero que había al final del pasillo. Vinyáya metió la mano en una placa de metal líquido que había en el centro de la puerta.

—Metal fluctuante —explicó, al tiempo que sacaba la mano—. El metal está plagado de nanosensores. No hay forma de franquear esta puerta de manera fraudulenta: los nanosensores lo leen absolutamente todo, desde mis huellas dactilares hasta mi ADN. Aunque alguien me cortase la mano y la metiese ahí dentro, los sensores detectarían la ausencia de pulso.

Holly se cruzó de brazos.

—Tanta paranoia en un solo sitio; me parece que sabría adivinar quién es vuestro asesor técnico. La puerta se abrió con una especie de chirrido y de pie al otro lado de la puerta los esperaba justo el individuo cuya identidad Holly acababa de adivinar.

—¡Potrillo! —exclamó la elfa en tono afectuoso, mientras atravesaba la puerta para abrazar al centauro.

Potrillo la abrazó con fuerza e hizo resonar con gran estruendo las pezuñas de sus patas traseras.

—Holly —dijo, apartándose medio metro para mirarla mejor—. ¿Cómo estás? ¿Qué has hecho todo este tiempo?

—He estado ocupada —respondió Holly.

Potrillo arrugó el ceño.

—Estás un poco flacucha.

—Asombrosamente, tú también —Holly se echó a reír.

Potrillo había perdido un poco de peso desde la última vez que lo había visto. Y llevaba el pelaje muy acicalado, sedoso y brillante.

Holly le dio unas palmaditas en el lomo.

—Hummm... —exclamó—, usas acondicionador, y no llevas el gorro de aluminio para detectar prospecciones, cerebrales. No me digas que hay alguna centaura en tu vida rondándote...

A Potrillo le salieron los colores.

—Bueno, hace poco que salimos, pero tengo esperanzas... La sala estaba llena hasta los topes de artilugios electrónicos de última generación. De hecho, había algunos en el suelo y en el techo, entre los que se incluían pantallas murales de gas y un *sim*-cielo en lo alto increíblemente realista.

Era evidente que Potrillo se sentía orgulloso de lo que había conseguido montar allí.

—La Sección Ocho tiene todo el presupuesto que necesita. Obtengo lo mejor de lo mejor.

—¿Y qué hay de tu antiguo trabajo?

El centauro torció el gesto.

—Intenté trabajar para Rosso, pero no funcionó. Está acabando con todo lo que el comandante Remo construyó. La Sección Ocho me ofreció un puesto discretamente durante un fin de semana de «citas rápidas». Me hicieron una oferta y la acepté. Aquí me adoran y me adulan constantemente, por no hablar del aumento de sueldo.

Mantillo empezó a husmear por la sala y se indignó al ver que no había una sola migaja de comida en la habitación.

—Y veo que no has gastado ni una pizquita de ese sueldo en curry de ratón, ¿eh?

Potrillo arqueó una ceja al oír las palabras del enano, que aún tenía restos de tierra del túnel.

—No, pero sí tenemos una ducha. Porque, ¿sabes lo que es una ducha, verdad, Mandíbulas? A Mantillo se le erizaron los pelos de la barba.

—Sí, y también sé reconocer a un burro cuando lo tengo delante.

Holly se interpuso entre ambos.

—Ya está bien, dejadlo los dos. No hace falta que empecéis otra vez donde lo dejasteis. Olvidémonos de la tradicional sarta de insultos hasta que averigüemos dónde estamos y qué es lo que hacemos aquí.

Mantillo se sentó alegremente en un sofá de color crema, a sabiendas de que parte de la porquería que llevaba incrustada en el cuerpo mancharía el mueble. Holly se sentó junto a él, pero no demasiado cerca.

Potrillo activó una pantalla de pared y luego la tocó con suavidad para acceder al programa que deseaba.

—Me encantan estas nuevas pantallas de gas —dijo, emocionado y loco de contento—: unas pulsaciones eléctricas calientan las partículas a distintas temperaturas y hacen que el gas se vuelva de distintos colores y forme imágenes. Evidentemente, es mucho más complicado que eso, pero lo estoy explicando en términos sencillos para que lo entienda aquí el delincuente.

—Me eximieron de todos los cargos —protestó Mantillo—. Como tú bien sabes.

—Se retiraron los cargos —matizó Potrillo—, no te eximieron de ellos. Es algo distinto. Ligeramente distinto.

—Sí, igual que un centauro y un burro son cosas distintas. Ligeramente distintas.

Holly lanzó un suspiro. Era casi como en los viejos tiempos. Potrillo era el asesor técnico de la PES que la había guiado durante múltiples operaciones, y Mantillo había sido el ayudante a regañadientes de ambos. Para cualquiera que no los conociese, sería difícil de creer que, en el fondo, el enano y el centauro eran buenos amigos. Suponía que aquella irritante manera de pelear constantemente era el modo en que los machos de todas las especies mostraban su afecto.

Una imagen a tamaño natural de un demonio apareció de golpe en la pantalla. Tenía los ojos rasgados y las orejas coronadas por púas.

Mantillo dio un salto.

—*D'Arvit!*

—Tranquilízate —lo calmó Potrillo—, es una imagen generada por ordenador, aunque de una calidad asombrosa, eso es cierto. —El centauro amplió la cara hasta que esta inundó la pantalla.

—Un demonio macho adulto. Posdeformación.

—¿Posdeformación?

—Sí, Holly. Los demonios no se desarrollan como los otros seres mágicos, sino que son una ricura hasta que llegan a la pubertad, momento en el que sus cuerpos sufren un espasmo violento y doloroso o «deformación». Al cabo de ocho o diez horas, salen de un cascarón de limo nutritivo ya como demonios. Antes de eso, solo son simples diablillos. Sin embargo, no es el caso de los hechiceros, porque ellos no se deforman. En vez de eso, es su magia la que florece. Ahora bien, no les tengo ninguna envidia, porque en vez de acné y cambios de humor, a un demonio hechicero adolescente le salen relámpagos de los dedos. Eso en el mejor de los casos.

—¿Y de dónde le salen en el peor de los casos? ¿Y a cuento de qué viene todo esto? —preguntó Mantillo, para ir al grano.

—Viene a cuento de que hace poco apareció un demonio en Europa, y no fuimos los primeros en llegar hasta él.

—Eso hemos oído. ¿Es que los demonios van a volver de Hybras?

—Tal vez sí, Holly. —Potrillo dio unos toques a la pantalla y la dividió en secciones más pequeñas. En cada una de ellas aparecieron imágenes de demonios—. Esta clase de demonios se han materializado momentáneamente a lo largo de los últimos cinco siglos. Por suerte, ninguno de ellos ha permanecido el tiempo suficiente para que los Fangosos pudieran capturarlos. —Potrillo resaltó la cuarta imagen—. Mi predecesor consiguió adherirse a este durante doce horas. Llevaba un medallón de plata y era luna llena.

—Debió de ser un momento súper especial —comentó Mantillo.

Potrillo lanzó un suspiro.

—¿Es que no te enseñaron nada en el colegio? Los demonios son seres únicos entre todas las criaturas de la Tierra. Su isla, Hybras, en realidad es una enorme roca lunar que cayó durante el período Triásico, cuando un meteorito chocó contra la Luna. Por lo que podemos deducir a partir de las pinturas rupestres mágicas y los modelos virtuales, la roca lunar fue a parar a un río de magma y más o menos se fundió con la superficie. Los demonios descienden de microorganismos lunares que vivían en el interior de la roca. Están sometidos a una fuerte atracción lunar, tanto física como mental, e incluso

levitan durante la luna llena, y es precisamente esta atracción la que los trae de vuelta a nuestra dimensión. Tienen que llevar plata para repeler la atracción lunar, y es que la plata es el anda dimensional más potente. El oro también sirve, pero a veces te dejas atrás trozos de ti mismo.

—Bueno, supongamos entonces que nos creemos todas esas paparruchas sobre la atracción lunar interdimensional —dijo Mantillo, haciendo todo lo posible por provocar a Potrillo—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Tiene muchísimo que ver con nosotros —repuso el centauro—. Si los humanos capturan a un demonio, ¿quiénes crees que serán los siguientes en estar bajo su microscopio?

Vinyáya retomó la historia.

—Por eso es por lo que, hace quinientos años, la presidenta del Consejo, Nan Burdeh, creó la Sección Ocho: para vigilar la actividad demoníaca. Por suerte, Burdeh era multimillonaria, y a su muerte dejó toda su fortuna a la Sección Ocho. De ahí lo impresionante de nuestros recursos. Somos una subdivisión muy pequeña y encubierta de la PES, pero todo lo que tenemos es lo mejor. Con los años, nuestras competencias se han ampliado hasta incluir misiones secretas demasiado delicadas para confiarlas a los agentes habituales de la PES. Sin embargo, la demonología continúa siendo nuestra prioridad. Durante cinco siglos, nuestros sabios más excelsos han estado estudiando los antiguos textos demoníacos, intentando predecir dónde tendrá lugar la próxima aparición de un demonio. Por lo general, nuestros cálculos son correctos y podemos controlar la situación, pero hace doce horas pasó algo en Barcelona.

—¿Qué pasó? —preguntó Mantillo; una intervención razonable, por una vez.

Potrillo abrió otro recuadro en la pantalla. La mayor parte de la imagen era blanca.

—Ocurrió esto.

Mantillo examinó atentamente el recuadro.

—¿Una tormenta de nieve muy pequeña?

Potrillo lo amenazó con el dedo.

—Te juro que si no fuese porque yo mismo soy gran amigo de los chistes, ya te habría echado de aquí de una patada en tu combustible trasero.

Mantillo aceptó el cumplido con un elegante asentimiento.

—No, no se trata de una pequeña tormenta de nieve: es un bloqueo total. Alguien estaba bloqueando nuestros alcances.

Holly asintió. «Alcances» era el nombre comercial de los localizadores ocultos en los satélites humanos de comunicación.

—Es evidente que sea lo que fuese lo que pasó durante nuestra pequeña tormenta de nieve, debió de ser muy gordo, porque los Fangosos están ansiosos por escapar de ello.

En la pantalla, los humanos que había fuera de la zona del bloqueo de imagen corrían frenéticamente, como enloquecidos, o estrellaban sus coches contra los muros.

—Los noticiarios humanos se han hecho eco de varios testimonios que afirman haber visto una criatura con aspecto de lagarto que surgió de la nada durante varios segundos. Por supuesto, no hay fotografías. Había calculado que habría una aparición, pero más de tres metros a la izquierda, por lo que habíamos preparado un DL... perdón, un proyector de Distorsión de Luz a tales efectos. Por desgracia, a pesar de que supimos deducir la hora y el momento,

nos equivocamos en la ubicación exacta. De algún modo, quienquiera que estuviese dentro de ese radio de interferencias obtuvo la localización exacta.

—Así que Artemis nos salvó —señaló Holly.

Vinyáya se quedó perpleja.

—¿Nos salvó? ¿Cómo?

—Bueno, de no haber sido por esas interferencias, la imagen de nuestro amiguito demonio ahora ya estaría circulando por Internet. Y tú estás convencido de que Artemis estaba dentro del radio de interferencias.

Potrillo sonrió de oreja a oreja, a todas luces orgulloso de su propia astucia.

—El pequeño Arty creía que podría ser más listo que yo. Sabe que la PES lo tiene sometido a vigilancia constante.

—A pesar de que prometieron no hacerlo —puntualizó Holly. Potrillo hizo caso omiso de aquel tecnicismo y siguió hablando.

—Así que Artemis envió señuelos a Brasil y Finlandia, pero Colocamos un satélite en los tres sitios. Se me fue buena parte del presupuesto, eso también hay que decirlo.

Mantillo lanzó un gemido de protesta.

—Me dan ganas de vomitar o de echarme a dormir, o de ambas cosas a la vez.

Vinyáya se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Vale, ya hemos aguantado bastante al enano. Encerrémoslo en un calabozo unos cuantos días.

—No puede hacer eso —objetó Mantillo.

Vinyáya le dedicó una sonrisa desagradable.

—Oh, sí. Claro que puedo. Ni te imaginas el poder que tiene la Sección Ocho. Así que o cierras la boca u oirás tu propia voz retumbando en las paredes de acero de la celda.

Mantillo cerró la boca y tiró la llave.

—Así que sabemos que Artemis estaba en Barcelona —prosiguió Potrillo—, y sabemos que apareció un demonio. También estuvo en otros puntos de materialización posibles, pero no apareció ningún demonio. Está implicado de algún modo.

—¿Cómo sabemos eso con certeza? —quiso saber Holly.

—Ahora mismo te lo enseño —respondió el centauro. Dio unos golpecitos en la pantalla y amplió una parte del tejado de la Casa Milá.

Holly estudió la imagen durante varios segundos, buscando lo que se suponía que debía encontrar. Potrillo le dio una pista.

—Es un edificio de Gaudí. ¿Te gusta Gaudí? Diseñaba unos mosaicos preciosos.

Holly miró con más atención.

—Oh, dioses... —exclamó de pronto—. No puede ser...

—Pero sí lo es —se rió Potrillo, ampliando un mosaico concreto del tejado hasta que llenó la totalidad de la pantalla. En la imagen se veía un mosaico con dos figuras saliendo de un agujero en el cielo. Una de ellas era obviamente un demonio, mientras que la otra era claramente Artemis Fowl.

—Pero..., es imposible. Ese edificio tiene al menos cien años.

—Precisamente el tiempo es la clave de todo este asunto —dijo Potrillo—. Hybras ha salido del tiempo. Un demonio absorbido de la isla camina errante a través de los siglos como un nómada temporal. Es evidente que ese demonio atrapó a Artemis y se lo llevó consigo como acompañante. Debieron de

aparecerse ante uno de los ayudantes de Gaudí o incluso tal vez ante el propio artista.

Holly palideció.

—Quieres decir que Artemis...

—No, no. Artemis está en su casa, en la cama. Hemos desviado un satélite fuera de órbita para mantenerlo bajo vigilancia las veinticuatro horas.

—¿Cómo es eso posible?

Potrillo no dijo nada, así que Vinyáya respondió a la pregunta.

—Yo te contestaré, porque a Potrillo no le gusta pronunciar esas palabras. «No lo sabemos», Holly. Este asunto deja un montón de preguntas importantes sin respuesta. Ahí es donde entras tú.

—¿Cómo? Yo no sé nada sobre demonios.

Vinyáya asintió con expresión astuta.

—No, pero sí sabes muchas cosas sobre Artemis Fowl. Tengo entendido que seguís en contacto. Holly se encogió de hombros.

—Bueno, yo no diría que realmente...

Potrillo carraspeó y luego abrió un archivo de audio en el ordenador.

«—Oye, Artemis —dijo una grabación de la voz de Holly—. Tengo un problemilla con el que tal vez puedas ayudarme.

»—Me alegra mucho servir de ayuda, Holly —respondió la voz de Artemis—. Algo difícil, espero.

»—Bueno, es que estoy persiguiendo a un duende, pero es muy rápido.»

Potrillo apagó la grabación.

—Creo que podemos decir que sigues en contacto con él. Holly sonrió con aire avergonzado, esperando que nadie preguntase quién le había dado a Artemis un intercomunicador mágico.

—Está bien... Lo llamo de vez en cuando... Pero solo para estar al corriente de lo que hace. Por el bien de todos.

—Sean cuales sean tus razones —intervino Vinyáya—, necesitamos que vuelvas a ponerte en contacto con él. Sal a la superficie y averigua cómo puede predecir las apariciones de los demonios con tanta exactitud. Según los cálculos de Potrillo, no hay ninguna aparición prevista hasta dentro de seis semanas, pero nos gustaría saber dónde se va a producir exactamente.

Holly se paró unos minutos a pensar en todo aquello.

—¿Y en calidad de qué estaría poniéndome en contacto con Artemis?

—En calidad de capitana con todos los honores, tu antiguo rango. Por supuesto, ahora trabajarás para la Sección Ocho. Todo cuanto hagas para nosotros será súper secreto.

—¿Seré una espía?

—Sí, una espía, pero con muchas horas extra pagadas y un seguro médico excelente.

Holly señaló a Mantillo con el pulgar.

—¿Y qué pasa con mi socio?

El enano se levantó de un salto.

—Yo no quiero ser un espía, es demasiado peligroso. —Guiñó un ojo pícaro a Potrillo—. Pero podría ser asesor, por una módica cantidad...

Vinyáya frunció el ceño.

—No estamos en condiciones de conceder a Mandíbulas un visado para la superficie.

Mantillo se encogió de hombros.

—Muy bien, porque a mí no me gusta nada la superficie. Está demasiado

cerca del Sol y tengo la piel muy sensible.

—En cambio, sí estamos en condiciones de compensarle económicamente por la pérdida de ingresos.

—No sé si estoy preparada para volver a enfundarme el uniforme —intervino Holly—. Me gusta trabajar con Mantillo.

—Consideremos esta misión un período de prueba. Hazla para nosotros y así verás si te gusta nuestro modo de trabajar.

Holly reflexionó unos instantes.

—¿De qué color es el uniforme?

Vinyáya sonrió.

—Negro mate.

—Vale —dijo Holly—, acepto.

Potrillo la abrazó de nuevo.

—Sabía que lo harías, lo sabía. Holly Canija no puede resistirse a una buena aventura. Se lo dije.

Vinyáya acogió su respuesta con formalidad.

—Bienvenida a bordo, capitana Canija. Potrillo completará tu instrucción y te equipará con todo lo necesario. Espero que te pongas en contacto con el sujeto lo antes posible.

Holly devolvió el saludo.

—Sí, comandante. Gracias, comandante.

—Y ahora, si me perdonas, tengo una reunión con un duendecillo al que hemos conseguido infiltrar dentro de las tríadas de los goblins. Ha estado llevando un traje de escamas durante seis meses y ha sufrido una especie de crisis de identidad.

Vinyáya se marchó, con la melena plateada ondeando tras de sí. Las puertas automáticas se cerraron con un susurro casi imperceptible.

Potrillo cogió a Holly por el brazo.

—Tengo tantas cosas que enseñarte... —farfulló con entusiasmo—. Los seres mágicos de aquí son muy majos, pero un poco sosos. Sí, claro que se entusiasman con algunos de mis inventos, pero nadie valora mi trabajo como tú. Tenemos nuestra propia terminal de lanzaderas, ¿sabes? ¡Y equipo sobre el terreno! No te vas a creer los cacharros que usamos. Espera a ver el nuevo Traje Vibrador. ¡Y el casco! Holly, ese invento vuelve a casa él solito. He ideado una serie de mini-propulsores que se implantan en la piel. No hacen que vueles, pero sí que vayas dando saltos a donde tú quieras. Es más que genial.

Mantillo se tapó las orejas.

—Nunca cambiarás, Potrillo. Tú siempre tan modesto.

Potrillo quiso darle una coz en la cara a Mantillo, pero detuvo su pezuña a escasos centímetros del enano.

—Sigue provocándome, Mandíbulas. Sabes que podría saltar en cualquier momento. Y no olvides que soy mitad bestia.

Mantillo se apartó aquella pezuña de la cara con un dedo.

—Es que no puedo evitarlo —protestó—. Es por culpa de tanto melodrama, alguien tiene que quitarle hierro al asunto con unas cuantas pullas graciosas.

Potrillo se volvió una vez más a su querida pantalla mural. Seleccionó y amplió una reproducción artística de la isla de Hybras.

—Ya sé que todo esto suena muy misterioso, y sé que pensáis que estoy haciendo una anaconda de un gusano apestoso, pero creedme, en algún lugar de esa isla hay un demonio desprevenido que está punto de hacer una visita a regañadientes a la Tierra y ponernos las cosas muy difíciles.

Holly dio un paso para acercarse a la pantalla. ¿Dónde estaba ese demonio desprevenido?, se preguntó. ¿Y tenía alguna idea de que estaban a punto de arrancarlo de cuajo de su propia dimensión para enviarlo a otra?

Resultó que las preguntas de Holly eran inexactas por dos motivos. En primer lugar, el demonio en cuestión no era un demonio, sino un simple diablillo; y en segundo lugar, el diablillo en cuestión iba a visitar la Tierra de cualquier manera menos a regañadientes, porque, en realidad, visitar la Tierra era lo que más deseaba en el Limbo.

CAPÍTULO 3

LA PRIMERA IMPRESIÓN

ISLA DE HYBRAS, LIMBO

UNA NOCHE, Diablillo N.° 1 soñó que era un demonio: soñó que tenía los cuernos curvados y puntiagudos, que su piel era rugosa y áspera como una coraza, y sus garras tan afiladas que eran capaces de arrancar a tiras la piel de un jabalí. Soñó que los demás demonios se acobardaban ante su presencia y que luego salían disparados por si resultaban heridos en el fragor de sus múltiples batallas.

La noche que tuvo ese maravilloso sueño, se despertó y vio que seguía siendo un simple diablillo. Por supuesto, técnicamente no tuvo ese sueño de noche, porque el cielo que cubre Hybras está teñido de forma perpetua por el fulgor rojizo del amanecer. Sin embargo, N.° 1 pensaba en su período de descanso como la noche, aunque en realidad nunca hubiese visto ninguna.

Diablillo N.° 1 se vistió deprisa y salió corriendo al pasillo para verse en el espejo del pabellón, por si acaso se había deformado mientras dormía, pero no advirtió ningún cambio.

Seguía siendo el mismo diablillo del montón de siempre, cien por cien diablillo.

—Grrr —le soltó a su propia imagen, y ni siquiera el N.° 1 del espejo parecía muy convencido. Y si no podía asustarse a sí mismo, entonces no era una criatura aterradora y más le valía buscarse otro trabajo, como cambiar los pañales de los bebés diablillo.

El caso es que la imagen del espejo tenía cierto potencial. Diablillo N.° 1 tenía la estructura ósea general de un demonio como Dios manda; su estatura era aproximadamente la misma que la de una oveja sentada; tenía la piel de un gris polvo lunar con guijarros de coraza blindada aquí y allá. Unas runas de color rojo en forma de espiral recorrían el contorno de su pecho, le subían por el cuello y le atravesaban la frente. Los iris de los ojos eran de color naranja encendido y tenía una barbilla destacada con cierto toque de distinción, o al menos eso le gustaba creer, a pesar de que otros la habían descrito como una mandíbula prominente, sin más. Tenía dos brazos, ligeramente más largos que los de un humano normal de diez años, y dos piernas, algo cortas. Dedos en los pies y en las manos, ocho de cada, así que en eso no tenía nada de raro. Una cola, bueno, más bien una especie de muñón, pero excelente para cavar agujeros cuando se buscan larvas. Total, que era un diablillo corriente y moliente... pero, a los catorce años, era el diablillo más viejo de Hybras. Bueno,

catorce aproximados, porque costaba mucho ser exactos cuando se vive siempre en el amanecer. Antes los hechiceros solían llamarla la hora del poder, antes de que fuesen succionados por las profundidades del frío espacio. «La hora del poder», una frase con gancho.

Hadley Shrivelington Basset, un demonio en realidad seis meses más joven que N.° 1 pero completamente desarrollado ya, avanzaba pasillo abajo por el suelo embaldosado en dirección al cuarto de baño. Tenía los cuernos espectacularmente retorcidos y unas orejas de al menos cuatro puntas. A Hadley le encantaba exhibir su cuerpo recién estrenado de demonio adulto ante los demás diablillos. Por lo general, se suponía que los demonios ni siquiera debían dormir en el pabellón de diablillos, pero Basset no parecía tener ninguna prisa por trasladarse a otro sitio.

—Eh, diablillo —dijo, azotando el trasero de N.° 1 con su toalla, que emitió un chasquido eléctrico al entrar en contacto con el cuerpo—. ¿Te vas a deformar pronto o qué? A lo mejor si te enfurezco lo suficiente lo consigues.

La toalla le transmitió una descarga eléctrica, pero eso no enfureció a N.° 1, solo le puso un poco nervioso. Lo que tenía que enfurecerlo solo le ponía nervioso, ese era el problema.

Había llegado la hora de cambiar de tema rápidamente.

—Buenos días, Basset. Me gustan tus orejas.

—Puedo imaginarlo —contestó Basset, tocándose las puntas una a una—. Ya tengo cuatro puntas, y creo que me está saliendo la quinta. El propio Abbot solo tiene seis.

Leon Abbot, el héroe de Hybras, el autoproclamado salvador de los demonios.

Hadley volvió a golpear a N.° 1 con la toalla.

—¿No te duele la cara al mirarte al espejo, diablillo? Porque a mí me está doliendo cuando te miro.

Apoyó las manos en las caderas, echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír. Era todo muy dramático. Cualquiera habría dicho que había un guionista entre bastidores elaborando los gags.

—Eh, Basset. No llevas nada de plata.

La risa cesó de repente y se vio reemplazada por un gorjeo parecido al croar de una rana. Shrivelington Basset salió disparado pasillo abajo sin pararse a lanzar más pullas. N.° 1 sabía que dar sustos de muerte a los demonios no debería producirle ninguna satisfacción, y por lo general no se la producía, pero con Basset era capaz de hacer una excepción. El hecho de no llevar ningún objeto de plata encima es mucho más que una simple moda en el caso de los demonios o los diablillos; para ellos, podía ser mortal, o peor. Podía ser doloroso para toda la eternidad. Normalmente, esta regla solo era válida en las inmediaciones del cráter del volcán, pero por suerte Basset estaba demasiado asustado para acordarse de eso.

N.° 1 volvió a meterse en el dormitorio para los diablillos mayores con la esperanza de que sus compañeros siguiesen roncando, pero no tuvo esa suerte. Estaban restregándose el sueño de los ojos y buscando ya el objetivo de sus burlas diarias, que por supuesto se centraban en él. Era, con mucho, el más viejo en el dormitorio de los diablillos mayores; nadie más había llegado a cumplir los catorce años sin deformarse. Las cosas estaban llegando a tal extremo que N.° 1 parecía formar parte ya del mobiliario. Las piernas le sobresalían ya por los pies de la cama y la manta apenas le cubría las marcas de remolinos de runas que llevaba en el pecho.

—Eh, Mequetrefe —lo llamó uno—. ¿Crees que te vas a deformar hoy por fin? ¿O que es más probable que me salgan flores rosas en las axilas?

—Creo que mañana te miraré las axilas —soltó otro.

Más insultos. Esta vez de un par de diablillos de doce años tan hinchados que parecía que iban a deformarse antes de clase. Pero tenían razón; él también habría apostado por las flores rosas. Mequetrefe era su apodo de diablillo. No tenían nombres reales, no hasta que ya se habían deformado, momento en que los bautizaban con un nombre del texto sagrado. Hasta ese momento, tenía que resignarse a ser N.° 1 o Mequetrefe.

Esbozó una sonrisa amigable. No solía ser rentable enemistarse con sus compañeros de dormitorio; aunque ese día fuesen más pequeños que él, podían ser mucho más grandes al día siguiente.

—Me parece que estoy hinchándome —comentó, flexionando los bíceps—. Tengo el presentimiento de que hoy va a ser mi día.

Todos los ocupantes del dormitorio estaban entusiasmados, y es que al día siguiente iban a marcharse de aquella habitación para siempre. En cuanto se deformaban eran trasladados a un alojamiento decente y dejaban de tener prohibido el acceso a determinados rincones de Hybras.

—¿A quiénes odiamos? —gritó uno.

—Los humanos! —respondieron todos al unísono.

Pasaron los minutos siguientes aullando al techo. Diablillo N.° 1 se sumó al griterío, pero lo cierto es que no lo sentía de corazón.

«No debería ser “los humanos” —pensó—, sino “a los humanos”.»

Pero seguramente ese no era el mejor momento de sacarlo a relucir.

ESCUELA DE DIABLILLOS

A veces, N.° 1 pensaba que ojalá hubiese conocido a su madre. No era un deseo muy típico de un demonio que digamos, así que se lo guardaba para sí. Los demonios nacían todos iguales, y sea lo que fuese lo que hiciesen en la vida, lo hacían con sus propias garras y dientes. En cuanto la hembra ponía un huevo, este era arrojado a una cubeta de fango enriquecido con minerales y allí permanecía, incubándose. Los diablillos nunca sabían quiénes eran sus familias, y por lo tanto, todos eran «sus familias».

Sin embargo, a veces, cuando su nivel de autoestima estaba por los suelos, N.° 1 no podía evitar mirar con aire soñador al pabellón de las féminas de camino a la escuela y preguntarse cuál de ellas sería su madre.

Había una demonio hembra con marcas rojas como las suyas y una cara amable. Muchas veces le sonreía desde el otro lado del muro. N.° 1 se dio cuenta de repente de que estaba buscando a su hijo, y, desde ese día, él también le sonrió. Los dos podían fingir que se habían encontrado el uno al otro.

N.° 1 nunca había experimentado la sensación de ser especial para alguien. Se moría de ganas de que llegase el día en que pudiese despertar y esperar con ansia y alegría lo que le iba a deparar el futuro, pero ese día no había llegado todavía y no era muy probable que fuese a llegar mientras continuaran viviendo en el Limbo. Nada cambiaría; nada podía cambiar. Bueno, eso no era del todo cierto. Las cosas siempre podían empeorar.

La escuela de diablillos era un edificio bajo de piedra con poca ventilación y una iluminación más bien escasa: ideal para la mayoría de los diablillos. El hedor y las hogueras humeantes los hacían sentirse tratados injustamente y

despertaban en ellos sentimientos belicosos.

N.° 1 ansiaba ver más luz y un poco de aire fresco. Era único en su especie, como un nuevo punto cardinal en la brújula. O tal vez uno antiguo. N.° 1 pensaba muchas veces que en realidad podía ser un hechicero. Sí, era cierto que no había habido un hechicero en el linaje de los demonios desde la época en que habían sido expulsados del tiempo, pero a lo mejor él era el primero, y por eso se sentía tan diferente con respecto a casi todo. N.° 1 le había formulado su teoría al profesor Rawley, pero este lo había agarrado de las orejas y lo había mandado a escarbar larvas para los otros diablillos.

Había algo más: ¿por qué no podían, aunque fuese por una sola vez, disfrutar de un plato cocinado? ¿Qué tenía de malo un estofado ligerito aderezado incluso con unas cuantas especias? ¿Por qué les gustaba tanto a los diablillos engullir la comida antes de que hubiese dejado de retorcerse?

Como de costumbre, N.° 1 fue el último en llegar a la escuela. Los otros doce diablillos restantes ya estaban en el pasillo, entusiasmados ante la expectativa de volver a pasar otro día cazando, despellejando, descuartizando o puede que incluso deformándose. N.° 1 no estaba especialmente entusiasmado. Quizá aquel iba a ser su día, pero lo dudaba. El proceso de deformación se desencadenaba por la avidez de sangre, y N.° 1 nunca había sentido el más mínimo deseo de hacer daño a ninguna otra criatura. Si hasta le daban lástima los conejos que se comía y a veces soñaba que lo perseguían sus pequeños espíritus...

El profesor Rawley estaba sentado en su asiento afilando una espada curva. De vez en cuando hacía un tajo en el asiento y soltaba un gruñido de satisfacción. La superficie de la mesa estaba plagada de distintas armas para cortar, serrar y seccionar. Y por supuesto, un libro: un ejemplar de *En el seto de lady Heatherington Smythe*, el libro que Leon Abbot había traído del viejo mundo. El libro que los salvaría a todos, según el propio Abbot.

Cuando Rawley hubo afilado la espada hasta convertirla en una media luna de plata, dio un golpe con la empuñadura del arma sobre el asiento.

—Sentaos —ordenó a los diablillos—, y que sea rápido, pandilla de boñigas apestosas de conejo.

Tengo aquí una espada nuevecita que me muero de ganas de probar.

Los diablillos se precipitaron a sus asientos. Rawley no iba a hacerlos trizas con su espada, pero seguro que no le importaría darles unos azotes en la espalda con el revés del arma. Y en el fondo también era perfectamente capaz de hacerlos trizas si así lo decidía.

N.° 1 se apretujó entre los demás diablillos, al final de la cuarta fila. «Pon cara de duro —se dijo—. Ponte en plan desdeñoso. ¡Eres un diablillo!»

Rawley hincó la espada en la madera y la dejó allí plantada, temblando. Los demás diablillos lanzaron una expresión de asombro. N.° 1, en cambio, solo pensaba: «¡Menudo fanfarrón!» Y: «Qué pena... Cómo ha destrozado la silla... ».

—Bueno, pandilla de gorrinos mentecatos —vociferó Rawley—. Queréis ser demonios, ¿verdad?

—Sí, profesor Rawley! —gritaron los diablillos.

—¿Creéis que tenéis lo que hay que tener?

—¡Sí, profesor Rawley!

Rawley abrió los brazos musculosos, echó hacia atrás la cabeza verde y lanzó un bramido.

—Entonces... ¡quiero oírlo!

Los diablillos se pusieron a chillar y a dar patadas en el suelo, a golpear sus pupitres con distintas armas y a empujarse unos a otros por la espalda. N.° 1 trató de evitar en lo posible participar en el alboroto sin dejar de aparentar que formaba parte de él, lo cual no era nada fácil.

Al final, Rawley impuso un poco de orden.

—Bueno, ya veremos. Hoy es un día importante para algunos de vosotros, pero para otros solo será un día más para olvidar, para sufrir una vez más la vergüenza de tener que salir a cazar larvas con las diablillas. —Lanzó una mirada elocuente a N.°1—. Pero antes de la diversión, un poco de tostón.

Se oyó un fuerte murmullo de protesta entre los diablillos.

—Vamos, nenazas. Es hora de aprender un poco de historia. Nada que matar ni nada que comer, solo conocimientos e información por placer. —Rawley encogió sus hombros inmensos y llenos de protuberancias—. Es una pérdida de tiempo, en mi opinión, pero cumplo órdenes.

—Así es, profesor Rawley —dijo una voz desde la puerta—. Cumple usted órdenes.

La voz pertenecía al mismísimo Leon Abbot, que estaba realizando una de sus visitas sorpresa a la escuela. Al instante, Abbot se vio rodeado de un corro de diablillos que lo miraban con adoración, ansiosos por recibir un cariñoso tirón de orejas o por tocar su espada.

Abbot toleró aquella admiración un momento y luego se quitó a los diablillos de encima. Apartó a Rawley de la tarima central al frente de la clase y luego esperó a que se hiciera el silencio. No tuvo que esperar demasiado; Abbot era un ejemplar de demonio que imponía, aunque no supieses nada acerca de su pasado. Medía casi un metro y medio de estatura y tenía unos cuernos de carnero enroscados que le sobresalían de la frente. Sus escamas rígidas eran de un rojo brillante y le recubrían la totalidad del torso y la frente. Eran muy impresionantes y, por supuesto, impenetrables: podías estar todo el día golpeándole el pecho con un hacha sin hacerle un solo rasguño. De hecho, una de las distracciones a las que solía recurrir en las fiestas consistía en retar a todo el mundo a que le hiciese daño.

Abbot se quitó el abrigo y se dio unos golpes en el pecho.

—Muy bien, ¿quién quiere intentarlo?

Varios diablillos estuvieron a punto de deformarse en ese mismo instante.

—Hagan cola, señoras —dijo, como si aún estuviese al frente de la clase.

Los diablillos corrieron a la parte delantera de la clase y se abalanzaron sobre Abbot para golpearlo con los puños, los pies y la cabeza. Le rebotaban todos y cada uno de los golpes, para gran regocijo del demonio en jefe.

«Idiotas —pensó N.°1—, como si tuviesen alguna oportunidad...»

Lo cierto es que N.° 1 tenía una teoría acerca de las escamas rígidas. Unos años antes había estado jugueteando con una escama rígida de demonio recién nacido y se había percatado de que estaban formadas por múltiples capas, lo cual hacía casi imposible fragmentarias si tratabas de partirlas de frente, mientras que si las embestías por un lado con algo caliente...

—¿Y tú qué, Mequetrefe?

La risa escandalosa de sus compañeros de clase irrumpió de lleno en los pensamientos de N.°1.

El diablillo se estremeció de estupor al comprobar que Leon Abbot no solo se había dirigido a él directamente, sino que además había utilizado su apodo del dormitorio.

—Sí, señor. ¿Cómo dice, señor?

Abbot se dio unos golpes en el pecho.

—Crees que podrías atravesar las escamas más gruesas de toda Hybras?

—Dudo que sean las más gruesas —pronunció la boca de N.° 1 antes de que a su cerebro le diera tiempo de reaccionar.

—¡Aaaaaargh! —rugió Abbot, o algo similar—. ¿Me estás insultando, diabluelo?

El hecho de que lo llamasen «diabluelo» era peor que ser llamado Mequetrefe. Por regla general, el término «diabluelo» se reservaba para los que acababan de salir del cascarón.

—No, no, claro que no, señor Abbot. Es que se me había ocurrido que, como es natural, algunos de los demonios más viejos tendrían más capas de escamas. Pero las suyas seguramente son más duras, no debe de tener capas muertas por dentro...

Abbot entrecerró los ojos rasgados para mirar a N.° 1.

—Por lo visto, sabes mucho de escamas. ¿Por qué no intentas atravesar estas?

N.° 1 trató de tomárselo a broma.

—Oh, no, no creo que yo...

Pero a Abbot no le hacía ni pizca de gracia.

—Pues yo creo que sí, Mequetrefe. Mueve tu cola rechoncha hasta aquí si no quieres que le dé permiso al profesor Rawley para hacer lo que siempre ha querido hacer contigo.

Rawley extrajo la espada del asiento y guiñó un ojo a N.° 1. No era un guiño de complicidad amistosa, precisamente, sino más bien un tipo de guiño que parecía transmitir la curiosidad por saber de qué color eran los intestinos del diablillo.

N.° 1 se acercó a regañadientes al frente de la clase y dejó atrás los rescoldos humeantes de la hoguera de la noche anterior. De entre las ascuas sobresalían unos pinchos de madera para asar carne. N.° 1 se detuvo un instante, mirando aquellos pinchos afilados y pensando que, si tuviese agallas suficientes, uno de aquellos pinchos seguramente le serviría para sus propósitos.

Abbot siguió su mirada.

—¿Qué pasa? ¿Crees que un pincho para asar carne puede ayudarte? —El demonio se echó a reír—. Me enterraron en lava ardiente una vez, Mequetrefe, y aquí sigo. Trae uno. Y haz lo peor.

—Haz lo peor —repitieron varios de los compañeros de N.° 1, su lealtad era más que evidente.

N.° 1 escogió de mala gana un pincho de madera del fuego. El mango era lo bastante sólido, pero la punta estaba negra y parecía frágil. N.° 1 se dio unos golpecitos en la pierna con el pincho para que se desprendiese la ceniza suelta.

Abbot le quitó el pincho para carne de las manos y lo sostuvo en alto.

—Esta es el arma que ha escogido —dijo en tono burlón—. El Mequetrefe este se cree que está cazando conejos...

Los abucheos y las burlas golpearon el ceño fruncido de N.° 1 como un mazazo y sintió cómo le empezaba uno de sus dolores de cabeza. Siempre era igual: siempre sufría una jaqueca en el momento más inoportuno.

—Me parece que esto no es una buena idea —admitió—. Seguramente debería golpearle con los puños como los otros idiotas..., quiero decir como mis compañeros.

—No, no —repuso Abbot, devolviéndole el pincho—. Adelante, abejita, pínchame con tu aguijón.

«Pínchame con tu aguijón», entonó N.° 1 en una imitación muy insultante del líder de la manada. Por supuesto, no la entonó en voz alta, porque N.° 1 rara vez se enfrentaba a alguien como no fuese para sus adentros.

En voz alta dijo:

—Lo haré lo mejor posible, señor Abbot.

—Lo haré lo mejor posible, señor Abbot —entonó Abbot en una imitación más insultante aún de Diablillo N.° 1, gritando a pleno pulmón.

Sintió cómo unas perlas de sudor le resbalaban por la cola regordeta. Lo cierto es que llevaba todas las de perder en aquella situación: si resultaba perdedor, sin duda le esperaba una nueva andanada de burlas e insultos personales, pero si resultaba vencedor.., entonces sí que perdería...

Abbot le dio unos golpecitos en la coronilla.

—Hola, Mequetrefe. Venga, adelante. Hay diablillos aquí esperando para deformarse. N.° 1 se quedó mirando la punta del pincho y dejó que el problema se hiciese con las riendas de la situación. Colocó el dorso de la mano derecha sobre el pecho de Abbot y luego, sujetando con fuerza el extremo más grueso, empujó el pincho, retorciéndolo hacia arriba en una de las escamas rígidas de Abbot. Retorcía despacio, concentrándose en el punto de contacto. La escama se tiñó ligeramente de gris por la ceniza, pero el pincho no logró atravesarla. Una columna de humo acre flotaba en espiral en torno al pincho.

Abbot se rió a carcajadas, encantado.

—¿Conque quieres hacer fuego, eh, Mequetrefe? ¿Quieres que llame al cuerpo de bomberos? Uno de los diablillos le arrojó a N.° 1 su almuerzo, que le resbaló por la nuca. Era un trozo de grasa, hueso y cartílago.

N.° 1 siguió insistiendo, retorciendo el pincho con el dedo índice y el pulgar. Cada vez lo retorcía más rápido, notando que el pincho empezaba a hacer mella, que empezaba a cavar una pequeña incisión en la escama, quemándola.

N.° 1 sintió cómo se iba apoderando de él un entusiasmo desconocido. Intentó contenerlo, pensar en las consecuencias, pero no pudo. Estaba a punto de lograrlo, estaba a punto de conseguir con un poco de maña lo que todos aquellos idiotas no habían conseguido por la fuerza. Sí, le darían una paliza, claro, y Abbot se inventaría algún pretexto para restar importancia a su hazaña, pero N.° 1 sabría lo que había conseguido. Y Abbot también.

El pincho atravesó la escama, solo un poco. N.° 1 notó cómo cedía el escudo, acaso solo una capa. El diablillo experimentó una sensación que jamás había sentido hasta entonces, una sensación de triunfo. La sensación fue abriéndose paso en su interior, irresistible, inquebrantable, y se convirtió en algo más que en una mera sensación; se transformó en una fuerza capaz de reconstruir unas vías neuronales olvidadas, liberando una energía atávica en el interior de N.° 1.

«¿Qué pasa aquí? —se preguntó N.° 1—. ¿Debería parar? ¿Puedo parar?»

«Sí» y «no» eran las respuestas a esas preguntas. Sí, debía parar, pero no, no podía. La fuerza fluía a través de sus miembros y le elevaba la temperatura corporal. Oyó cantar voces en el interior de su cabeza, y se dio cuenta de que estaba cantando con ellas. ¿Cantando qué? No tenía ni idea, pero de algún modo, su memoria lo sabía.

La extraña fuerza palpitaba en los dedos de N.° 1, al compás de los latidos de su corazón, y luego se trasladó de su cuerpo al pincho de madera. La punta

se convirtió en piedra y la madera se metamorfoseó en granito delante de sus propios ojos. El virus de piedra se propagó por la vara, fluyendo como una corriente de agua. En un abrir y cerrar de ojos, el pincho se había convertido en piedra por completo y se expandió ligeramente en la incisión abierta en la escama rígida de Abbot.

La expansión hizo que la incisión se convirtiese en una grieta de un par de centímetros. Abbot oyó el ruido, igual que todos los demás. El líder de la manada de demonios bajó la vista y se dio cuenta inmediatamente de lo que estaba sucediendo.

—Magia —dijo entre dientes. No había podido evitar que la palabra se escapase de sus labios. Con un golpe violento, se arrancó el pincho del torso y lo arrojó al fuego.

N.° 1 se quedó mirando perplejo la mano palpitante. De sus dedos seguían fluyendo los poderes en forma de una especie de neblina encendida.

—¿Magia? —repitió—. Eso significa que debo de ser un...

—Cierra esa estúpida boca —soltó Abbot, tapándose la escama resquebrajada con la capa—. Obviamente, no estoy hablando de magia verdadera, sino de simples trucos. Retuerces el mango de ese pincho hasta que se resquebraja y luego te pones a chillar y a rugir como si de verdad hubieses conseguido algo.

N.° 1 tiró de la capa de Abbot.

—Pero ¿y su escama?

Abbot se ciñó aún más la capa.

—¿Qué le pasa a mi escama? No le has hecho ni una sola señal, ni siquiera un rasguño. Me crees, ¿verdad?

N.° 1 lanzó un suspiro. Aquel era Leon Abbot, la verdad no significaba nada para él.

—Sí, señor Abbot, le creo.

—Pues por tu tono insolente yo diría que no me crees, así que compruébalo por ti mismo. —Abbot abrió su capa y dejó al descubierto una escama perfecta, sin una sola marca. Por una fracción de segundo, a N.° 1 le pareció ver una chispa azul alrededor de donde sin duda había estado la marca, pero enseguida la chispa desapareció. Chispas azules... ¿Podía tratarse de magia?

Abbot hincó un dedo rígido en el pecho del diablillo.

—Ya hemos hablado de esto, Número Uno. Ya sé que crees que eres un hechicero, pero no hay hechiceros, no los ha habido desde que salimos del tiempo. No eres un hechicero, olvídate de esa idea ridícula y concéntrate en deformarte. Eres una desgracia para los de tu raza.

N.° 1 estaba a punto de murmurar una protesta cuando alguien lo agarró violentamente del brazo.

—¡Tú, pequeño gusano baboso...! —gritó Rawley, escupiéndole en plena cara—. Así que estás intentando engañar al líder, ¿eh? Vuelve a tu sitio. Ya me encargaré de ti más tarde.

N.° 1 no pudo hacer otra cosa más que volver a su sitio y soportar los insultos de sus compañeros de clase, y tuvo que aguantar una auténtica avalancha, acompañada de algún proyectil o algún que otro golpe. Sin embargo, por alguna razón, N.° 1 hizo caso omiso de aquellas humillaciones y se limitó a mirarse fijamente la mano, la que había convertido la madera en piedra. ¿Era posible? ¿De verdad podía ser un hechicero? Y si lo era, ¿eso lo haría sentirse mejor o peor?

Un palillo le rebotó en la frente y fue a parar a su asiento. El palillo tenía un trocito de carne gris incrustado en la punta. N.° 1 levantó la vista y se encontró con una amplia sonrisa de Rawley.

—Llevaba semanas intentando quitarme eso de los dientes. Me parece que era jabalí. Y ahora, presta atención, Mequetrefe, el profesor Abbot está intentando instruirte.

Ah, sí, la lección de historia. Era asombrosa la forma en que Leon Abbot conseguía aparecer siempre en cualquier capítulo de la historia de los demonios. Oyéndolo se diría que él solito había salvado a la octava familia, a pesar de los hechiceros entrometidos.

Abbot se examinó las garras en forma de garfio de las puntas de sus dedos, cada una de ellas capaz de destripar un cerdo de gran tamaño. Si las historias que contaba Abbot eran ciertas, se había deformado a la edad de ocho años mientras peleaba con uno de los perros salvajes de la isla. De hecho, las uñas se le habían convertido en garras en el transcurso de la pelea, y era así como había lacerado el costado del perro.

A N.° 1 aquella historia le parecía bastante invero símil. Un diablillo tardaba horas en deformarse por completo, a veces incluso días, pero Abbot esperaba que creyesen que su deformación, precisamente, había sido instantánea. Menuda tontería... Y sin embargo, todos los demás diablillos se deleitaban con aquellas leyendas de autoensalzamiento.

—De todos los demonios que combatieron en la última batalla de Taillte —empezó a perorar Abbot, en un tono que seguramente le parecía muy adecuado para una clase de historia, pero que a N.° 1, en cambio, se le antojaba capaz de aburrir hasta a los pupitres—, yo, Leon Abbot, soy el único que queda.

«Qué cómodo y oportuno para él —pensó N.° 1—. No qu eda nadie vivo para contradecirlo. — También pensó—: Desde luego, aparentas la edad que tienes, Leon. Demasiadas toneladas de tocino.»

N.° 1 era despiadado cuando estaba de mal humor.

Es característico de los conjuros realizados «fuera del tiempo» que el proceso de envejecimiento se ralentice radicalmente. Abbot apenas era un cachorro cuando los hechiceros habían sacado a Hybras del tiempo, por lo que el conjuro, combinado con unos buenos genes, lo había mantenido a él y a su enorme ego vivito y coleando desde entonces. Posiblemente un millar de años. Por supuesto, eso era un millar de años en el espacio temporal normal, pero en unidades de tiempo de Hybras mil años no era nada. Un par de siglos podían pasar en un abrir y cerrar de ojos en la isla. Un diablillo podía despertarse una mañana y descubrir que había evolucionado. Tiempo atrás, todos los demonios y los diablillos de Hybras se levantaban una mañana con una cola rechoncha donde había estado su magnífica larga cola anterior. Durante un período de tiempo considerable después de aquello, los ruidos más comunes en la isla fueron los sonidos de los demonios al caerse o soltando improperios cuando se levantaban de nuevo.

—Después de esa gran batalla, en la que los batallones de demonios fueron los más valientes y los más feroces del ejército de las Criaturas —prosiguió Abbot, en medio de grandes vítores de aprobación por parte de los diablillos—, fuimos derrotados por la traición y la cobardía. Los elfos no querían combatir, y los enanos no querían cavar trampas, así que no tuvimos más remedio que formular nuestro conjuro y reagruparnos hasta que llegase el momento adecuado para volver.

Se oyeron más vítores y más patadas en el suelo.

«Todos los días —pensó N.° 1—. ¿Es que tenemos que oír la misma historia todos los días? Estos diablillos se comportan como si fuera la primera vez que la oyen. ¿Cuándo llegará el día en que alguien se levante y diga: “Perdón, pero esto ya lo hemos oído. Venga, a otra cosa, mariposa”?.»

—Y por eso nos reproducimos, nos reproducimos y cada vez nos hacemos más fuertes. Ahora nuestro ejército cuenta ya con más de cinco mil guerreros, sin duda suficientes para vencer a los humanos. Lo sé porque yo, Leon Abbot, he estado en el mundo y he vuelto a Hybras sano y salvo.

Aquel era el momento estelar en el relato de Abbot: ahí era donde cualquiera que quisiese rebatir sus palabras se amilanaba y desaparecía. Abbot no había llegado directamente al Limbo con el resto de Hybras. Por alguna razón, había sido desviado al futuro humano y luego había sido absorbido de nuevo hacia Hybras. Había visto los asentamientos humanos y de hecho se había traído algunos de sus conocimientos consigo. La forma en que había sucedido todo aquello era un tanto confusa, pues según Abbot se había librado una gran batalla, había derrotado a unos cincuenta hombres y luego un misterioso hechicero había vuelto a sacarlo del tiempo. Pero no antes de haberle echado el guante a un par de cosillas.

Desde que los hechiceros habían sido eliminados de manera tan fulminante de la octava familia, nadie tenía ya mucha idea acerca de la magia. Los demonios normales no tenían magia propia. Se creía que todos los hechiceros habían sido absorbidos en el espacio durante el traslado de Hybras de la Tierra al Limbo, pero según Abbot, uno de ellos había sobrevivido. Aquel hechicero se había aliado con los humanos solo había accedido a ayudar al líder de los demonios bajo grandes amenazas.

N.° 1 se mostraba muy escéptico ante aquella versión de los hechos. Ante todo, porque provenía de Abbot, y en segundo lugar porque se veía con malos ojos a los hechiceros una vez más. Los demonios parecían olvidar que, de no ser por los hechiceros, Hybras habría sido conquistada por los humanos. Aquel día en particular, N.° 1 sentía una especial predilección por los hechiceros, y le molestaba que aquel fanfarrón bocazas mancillase de aquel modo su memoria. No pasaba un día sin que N.° 1 dedicase un momento a rezar por el regreso del misterioso hechicero que había ido en auxilio de Abbot, y ahora que estaba seguro de que por sus venas corría magia de veras, rezaría con más ahínco aún.

—La luna me separó del resto de la isla durante el largo viaje —continuó Abbot, entrecerrando los ojos como si el recuerdo lo hubiese sumido en un trance—. Me fue imposible resistirme a sus encantos. Así que viajé a través del tiempo y el espacio hasta que llegué a descansar al nuevo mundo, que es ahora el mundo de los hombres. Los humanos me sujetaron los tobillos con grilletes, trataron de someterme, pero no lo consiguieron. —Abbot encorvó su enorme espalda y rugió hacia el techo—. ¡Porque pertenezco a la estirpe de los demonios! ¡Y jamás nos someteremos!

Huelga decir que los diablillos entraron en una especie de frenesí. Toda la habitación parecía temblar con tanta exaltación. En opinión de N.° 1, toda la actuación de Abbot había sido acartonada y artificial, por decirlo suavemente. El discurso del «jamás nos someteremos» era la página más antigua del libro de Abbot.

N.° 1 se frotó las sienes, tratando de mitigar su dolor de cabeza. Y aún quedaba lo peor, lo sabía. Primero el libro y luego la ballesta, si Abbot no se

apartaba del guión. ¿Por qué iba a hacerlo esta vez? No lo había hecho en todos los años desde su regreso del nuevo mundo.

—¡Así que luché! —gritó Abbot—. Me arranqué los grilletes y Hybras me reclamó, pero antes de despedirme de los odiosos humanos, me abrí paso hasta su altar y me llevé dos de sus objetos más preciados.

—El libro y la ballesta —murmuró N.° 1, perdiendo la paciencia.

—¡Díganos qué robó! —le imploraron los demás al instante, como si no lo supieran.

—¡El libro y la ballesta! —proclamó Leon Abbot al tiempo que se sacaba los objetos de debajo de la capa, como por arte de magia.

«Como por arte de magia —pensó N.° 1—. Pero no es magia verdadera, porque entonces Abbot sería un hechicero, y es imposible que sea un hechicero porque ya se ha deformado y los hechiceros no se deforman.»

—Ahora ya sabemos cómo piensan los humanos —comentó Abbot, blandiendo el libro—. Y cómo luchan —proclamó, enarbolando la ballesta.

«No me creo nada de esto ni por un segundo —pensó N.° 1—. O mejor dicho, no me lo creería ni aunque tuviésemos “segundos” en el limbo. Ojalá estuviese en la Tierra, Con el último hechicero... Entonces ya seríamos dos y averiguaría por fin lo que sucedió en realidad cuando Leon Abbot regresó.»

—Y pertrechados con esta información, podremos volver cuando el conjuro de tiempo se extinga y, así reconquistar el viejo país.

—¿Cuándo? —clamaron los diablillos—. ¿Cuándo?

—Pronto —respondió Abbot—. Pronto. Y habrá humanos suficientes para todos. Los aplastaremos como la hierba bajo nuestros pies y les arrancaremos la cabeza como si fueran margaritas.

«Por favor —pensó N.° 1—, basta ya de símiles de plantas.»

Era muy posible que N.° 1 fuese la única criatura de Hybras que hubiera llegado a pensar la palabra humana «símil». Si la hubiese pronunciado en voz alta, se habría ganado sin duda una buena zurra. Si los otros diablillos llegaban a enterarse de que su vocabulario incluía palabras como «acicalarse» y «delicado», seguro que eran capaces de lincharlo. Irónicamente, había aprendido aquellas palabras en *En el seto de lady Heatherington Smythe*, que se suponía que era un libro de texto escolar.

—¡Hay que arrancarles la cabeza! —gritó uno de los diablillos, y el grito enseguida se convirtió en un cántico que corearon todos los presentes en la sala.

—Sí, arrancarles la cabeza —dijo N.° 1, intentándolo, pero en su voz no había sentimiento.

«Qué motivación tengo? —se preguntó—. Nunca he conocido a ningún humano.»

Los diablillos se encaramaron a sus pupitres y empezaron a menearse con ritmo primitivo.

—¡Arrancarles la cabeza! ¡Arrancarles la cabeza!

Abbot y Rawley siguieron animándolos, flexionando las garras y aullando. Un repulsivo olor dulzón impregnó el aire; era hedor de deformación. Alguien estaba entrando en la fase de inicio de la deformación, y el clamor estaba provocando la metamorfosis.

N.° 1 no sentía nada, ni siquiera una punzada. Hizo todo lo que pudo, apretando las pestañas con fuerza, dejando que la presión se le fuese acumulando en la cabeza y pensando en imágenes sangrientas. Sin embargo, sus verdaderos sentimientos hicieron añicos las falsas visiones de afán de

sangre y carnicería.

«Es inútil —pensó—. No soy esa clase de demonio.»

N.° 1 dejó de cantar, se sentó y apoyó la cabeza en las manos. No tenía ningún sentido fingir: otro ciclo estaba pasando de largo ante él.

No era así para los otros diablillos. La teatralidad de Abbot había abierto un pozo natural de testosterona, sed de sangre y fluido corporal. Uno a uno fueron sucumbiendo ante el ataque de deformación: una viscosidad verde rezumaba de sus poros, despacio al principio y luego a borbotones. Todos pasaron por el proceso, todos y cada uno de ellos. Debía de ser una especie de reto, tantos diablillos deformándose simultáneamente. Por supuesto, todo el mérito recaería sobre Abbot.

Al ver los chorros de líquido, se produjeron nuevos estallido de júbilo y aullidos, y cuanto más aullaban los diablillos, más rápido manaba la viscosidad. N.° 1 había oído que los humanos tardaban varios años en realizar la transición de la infancia a la madurez. Los diablillos la realizaban en unas pocas horas. Y un cambio así tenía que doler.

Los aullidos de excitación se transformaron en alaridos de dolor a medida que los huesos se iban alargando, los cuernos se iban retorciendo y las extremidades recubiertas de viscosidad iban aumentando de tamaño. El olor era tan dulzón que a N.° 1 le dieron ganas de vomitar.

Los diablillos cayeron desperdigados por el suelo, y estuvieron retorciéndose unos segundos hasta que sus propios fluidos los momificaron por completo. Estaban encerrados dentro de una especie de cascarón como si fueran bichos verdes gigantescos, paralizados por la viscosidad endurecida. De repente, la clase quedó sumida en un silencio absoluto, solo roto por el chasquido del fluido nutritivo al solidificarse y el crepitar del fuego en la chimenea de piedra.

Abbot sonrió satisfecho, con una sonrisa de oreja a oreja que parecía partirle la cabeza por la mitad.

—Buen trabajo para una mañana, ¿no te parece, Rawley? Se han transformado todos.

Rawley asintió con un gruñido y luego advirtió la presencia de N.° 1.

—Todos menos el Mequetrefe.

—No, no puede ser... —empezó a decir Abbot, y luego se interrumpió en mitad de la frase—. Sí, sí puede ser. Todos menos el Mequetrefe.

A N.° 1 le ardía la frente bajo la mirada de Rawley y Abbot.

—Quiero deformarme —dijo, mirándose los dedos—, de verdad que sí, pero es todo eso del odio. Es que no puedo. Y toda esa viscosidad asquerosa. El simple olor del líquido me parece nauseabundo.

—¿Nauseaqué? —exclamó Rawley con aire suspicaz.

N.° 1 se dio cuenta de que tenía que hablar de forma un poco más simplificada para su profesor.

—Que me da asco. Me da un poco de asco.

—Ah. —Rawley meneó la cabeza con aire de resignación, indignado—. ¿La viscosidad te da asco? Pero ¿qué clase de diablillo eres? Los demás se mueren de ganas de expulsar viscosidad por todos sus poros.

N.° 1 inspiró hondo y dijo algo en voz alta que ya sabía desde hacía tiempo.

—No soy como los demás —explicó con voz temblorosa.

Estaba al borde de las lágrimas.

—¿Es que vas a llorar? —preguntó Rawley con ojos desorbitados—. Esto

es demasiado, Leon. Ahora se va a echar a llorar como una nenaza. Me rindo.

Abbot se rascó la barbilla.

—Voy a probar una cosa.

Rebuscó en un bolsillo de la capa y disimuladamente se colocó algo en la mano.

«Oh, no —pensó N.° 1—. El señor Guijarro no, por favor...»

Abbot levantó un antebrazo, recubierto con la capa. Un pequeño escenario. La marioneta de un humano asomó la cabeza por encima de la capa de cuero. La cabeza de la marioneta era una bola grotesca de arcilla pintada con la frente prominente y facciones toscas. N.° 1 dudaba que los humanos fuesen tan feos en la vida real, pero los demonios no se destacaban por sus habilidades artísticas precisamente. Abbot solía sacar al señor Guijarro como incentivo visual cada vez que alguno de los diablillos tenía problemas para deformarse. No es necesario añadir que N.° 1 ya había conocido a la marioneta en ocasiones anteriores.

—Grrr —gruñó la marioneta, o mejor dicho, el propio Abbot mientras movía la marioneta—. Grrr, me llamo señor Guijarro, el Fangoso.

—Hola, señor Guijarro —lo saludó N.° 1 con voz débil—. ¿Qué tal está?

—No importa cómo estoy, ni me importa cómo estás tú, porque odio a todos los seres mágicos —dijo Abbot con voz chillona—. Yo los expulsé de su verdadero hogar, y si alguna vez intentan volver, los mataré a todos.

Abbot bajó la marioneta.

—Bueno, ¿y ahora qué sientes?

«Siento que el líder de la manada debería ser otro demonio y no tú», pensó N.° 1, pero en voz alta respondió: —Hummm... ¿estoy enfadado?

Abbot pestañeó.

—Enfadado? ¿De verdad?

—No —confesó N.° 1, retorciéndose las manos—. No siento nada; es una marioneta, he visto sus dedos a través de la tela.

Abbot volvió a meterse al señor Guijarro en el bolsillo.

—Se acabó. Estoy harto de ti, Número Uno. Nunca te ganarás un nombre del libro.

Después de pasar por el proceso de deformación, los demonios recibían un nombre humano extraído de *En el seto de lady Heatherington Smythe*, obedeciendo el principio lógico de que aprender la lengua humana y poseer un nombre humano ayudaría al ejército de demonios a pensar como humanos y, por tanto, a derrotarlos. Puede que Abbot odiase a los Fangosos, pero eso no quería decir que no los admirase. Además, políticamente era una buena idea hacer que todos los demonios de Hybras se llamasen unos a otros por nombres que el propio Leon Abbot había procurado para ellos.

Rawley agarró a N.° 1 de la oreja y lo llevó a rastras desde su asiento al fondo de la clase. Una rejilla metálica en el suelo tapaba una fosa séptica de poca profundidad y con un potente olor acre.

—Ponte manos a la obra, Mequetrefe —le ordenó con brusquedad—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

N.° 1 lanzó un suspiro. Lo sabía perfectamente, porque no era ni la primera ni la segunda vez que tenía que llevar a cabo aquella odiosa tarea. Descolgó un arpón de mango largo de un gancho de la pared y lo utilizó para extraer la pesada rejilla. El olor era repugnante, pero no insoportable, porque ya se había formado una corteza en la superficie de los excrementos. Las cucarachas avanzaban por la superficie resquebrajada, aferrándose con las patas como si

fueran garras sobre la madera.

N.° 1 destapó la fosa por completo y luego escogió al compañero de clase que tenía más cerca. No tenía forma de saber de qué compañero de clase se trataba en realidad a causa del cascarón viscoso, y los únicos movimientos perceptibles eran las burbujitas de aire alrededor de la boca y la nariz. O al menos esperaba que aquello fuese la boca y la nariz.

N.° 1 se agachó e hizo rodar el cascarón por el suelo empujándolo hasta que cayó en la fosa. El diablillo en proceso de transformación se estrelló contra la corteza y la atravesó, arrastrando consigo a un montón de cucarachas hacia el interior de los desechos. Una vaharada de olor a estiércol embargó a N.° 1, y supo entonces que estaría oliendo a boñiga durante días. Los demás llevarían su olor a sumidero con orgullo, pero para N.° 1 solo era un nuevo motivo de vergüenza.

Era un trabajo duro, porque no todos los diablillos en fase de deformación se quedaban quietos. Muchos se removían dentro del cascarón, y por dos veces unas garras de demonio agujerearon la crisálida verde a escasos centímetros de la piel de N.° 1.

Él persistía en su labor, sin dejar de lanzar gemidos por el gran esfuerzo, con la esperanza de que Rawley o Leon Abbot le echasen una mano. Pero era una esperanza vana, porque los demonios estaban cómodamente instalados al frente de la clase examinando con atención *En el seto de lady Heatherington Smythe.*

Al final, N.° 1 arrojó rodando al último de sus compañeros de clase al sumidero. Estaban allí amontonados como trozos de carne en un estofado. El abono, rico en nutrientes, aceleraría su proceso de deformación, garantizando así que alcanzasen su pleno potencial. N.° 1 se sentó en el suelo enlosado, aguantando la respiración.

«Qué suerte la vuestra —pensó N.° 1—, estofándoos en estiércol.»

N.° 1 intentó sentir envidia, pero si el mero hecho de estar cerca del sumidero le provocaba arcadas, la idea de estar allí dentro, rodeado de caparazones de diablillo le revolvía el estómago.

Una sombra se proyectó sobre las losas del suelo delante de él, parpadeando bajo la luz del fuego.

—Mequetrefe —dijo Abbot—, un diablillo que nunca llega a convertirse en demonio, ¿eh? ¿Qué voy a hacer contigo?

N.° 1 se quedó mirándose los pies, haciendo ruiditos secos con sus garras diminutas contra el suelo.

—Señor Abbot, ¿puedo preguntarle una cosa? ¿Acaso no hay la más mínima posibilidad...? —Inspiró hondo y levantó la vista para mirar a Abbot directamente a los ojos—. ¿No podría ser un hechicero? Ya vio lo que sucedió con el pincho. No quiero ponerlo en evidencia, pero lo vio con sus propios ojos, igual que yo.

La expresión de Abbot se transformó al instante. Si hasta entonces había interpretado el papel del maestro y el genio, a partir de ese momento se mostró tal cual era en realidad.

—Yo no he visto nada —exclamó, haciendo rechinar los dientes y levantando a N.° 1 en volandas—. No ha pasado nada, pequeño monstruo odioso de la naturaleza. El pincho estaba recubierto de cenizas, nada más. No ha habido ninguna transformación ni he visto ninguna magia.

Abbot atrajo a N.° 1 hacia sí lo suficiente para que este viera las tajadas de carne incrustadas entre sus dientes amarillentos. Cuando volvió a hablar, su

voz parecía distinta, como superpuesta. Era como si un coro entero estuviese cantando armónicamente. Era una voz a la que era imposible no hacer caso. ¿Mágica?

—Si eres un hechicero, entonces creo que deberías estar al otro lado, con tu pariente. ¿No crees que sería lo mejor? Un saltito rápido, es lo único que hace falta. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Mequetrefe?

N.° 1 asintió, perplejo. Qué voz más maravillosa... ¿De dónde había salido? El otro lado, claro... Ahí es adonde debía ir. Un pequeño pasito para un diablillo.

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Asunto zanjado, entonces. Como bien diría lady Heatherington Smythe: «Un paso al frente, jovencito, el mundo te aguarda».

N.° 1 asintió, como sabía que Abbot quería que hiciera, pero en su interior, su cerebro estaba dando las mismas vueltas que su estómago. ¿Iba a ser así el resto de su vida? Todos siempre burlándose de él, siempre distinto a los demás. Nunca un momento de luz ni de esperanza... a menos que cruzase al otro lado.

La sugerencia de Abbot era su única esperanza. Cruzar al otro lado... Hasta entonces, N.° 1 nunca había sentido la tentación de saltar al interior de un cráter, pero en ese momento la idea le parecía casi irresistible. Era un hechicero, de eso no podía haber ninguna duda. Y ahí fuera, en algún lugar del mundo humano, había otro como él. Un antiguo hermano que podía enseñarle los secretos de su misma estirpe.

N.° 1 observó cómo Abbot se alejaba de él y se iba a hacer alarde de su poder a algún otro rincón de la isla, seguramente menospreciando a las féminas del lugar, otro de sus pasatiempos favoritos. Pero en el fondo, ¿podía Abbot ser tan malo en realidad? Al fin y al cabo, había sido él quien le había dado a N.° 1 aquella maravillosa idea.

«No puedo quedarme aquí —pensó N.° 1—. Debo irme al volcán.»

La idea fue arraigando con fuerza en lo más hondo de su cerebro, y al cabo de unos minutos ya se había impuesto a todas las demás ideas.

«Debo ir al volcán.»

Era un martilleo constante en el cráneo, como las olas rompiendo las rocas.

«Obedecer a Abbot. Debo ir al volcán.»

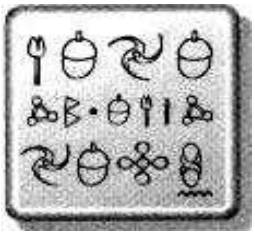
N.° 1 se limpió el polvo de las rodillas.

—Sabes qué? —murmuró para sí, por si Rawley le oía—, creo que voy a ir al volcán.

CAPÍTULO 4

MISIÓN IMPOSIBLE

TEATRO MASSIMO BELLINI, CATANIA, ESTE DE SICILIA



ARTEMIS Fowl y su guardaespaldas, Mayordomo, estaban relajándose tranquilamente en uno de los palcos privados del lateral izquierdo del célebre teatro Massimo Bellini de Sicilia. Tal vez no sea del todo exacto decir que Mayordomo estaba «relajándose», más bien aparentaba relajarse, igual que un tigre aparenta relajarse justo antes de atacar.

El guardaespaldas estaba aún menos contento en aquel teatro que en Barcelona. Al menos, en el viaje a España había dispuesto de unos cuantos días para prepararse, pero para aquella excursión apenas si le había dado tiempo a practicar un poco sus ejercicios de artes marciales.

En cuanto el Bentley de los Fowl hubo aparcado en la mansión familiar, Artemis se había encerrado a toda prisa en su estudio y encendido los ordenadores. Mayordomo aprovechó la ocasión para hacer un poco de ejercicio, asearse y preparar algo de cenar: tartaletas de cebolla caramelizada, costillar de cordero con ajo gratinado y una *crêpe* de frambuesas como colofón.

Artemis le comunicó la noticia durante el café.

—Tenemos que ir a Sicilia —dijo mientras jugueteaba con los biscotes de su plato—. He descubierto algo muy importante en las cifras del conjuro de tiempo.

—¿Cuándo tenemos que estar allí? —preguntó el guardaespaldas, repasando mentalmente la lista de contactos en la isla mediterránea.

Artemis consultó su reloj Rado y Mayordomo protestó.

—No mires el reloj, Artemis, mira el calendario.

—Perdona, amigo mío, pero ya sabes que el tiempo es limitado. No puedo arriesgarme a perder una materialización.

—Pero en el avión dijiste que no había ninguna otra materialización prevista hasta dentro de seis semanas.

—Pues me equivoqué, o mejor dicho, Potrillo se equivocó. Pasó por alto unos cuantos factores nuevos en la ecuación.

Artemis le había contado a Mayordomo con todo lujo de detalles la historia de la octava familia mientras el jet privado sobrevolaba el canal de la Mancha.

—Te lo enseñaré —dijo Artemis, y puso un salero plateado en su plato—. Supongamos que este salero es Hybras. Mi plato está donde está, en nuestra

dimensión. Y tu plato es adonde quiere ir: al Limbo. ¿Me sigues?

Mayordomo asintió de mala gana. Sabía que cuanto más entendiese lo que Artemis le decía, más cosas le explicaría, no había demasiado espacio en la cabeza de un guardaespaldas para la física cuántica.

—Así que los hechiceros demonios querían mover la isla del plato A al plato B, pero no a través del espacio, sino del tiempo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Está en el Libro de la Criaturas —respondió el adolescente irlandés—. Una descripción muy detallada, demasiado ampulosa para mi gusto.

El Libro era la Biblia de las Criaturas, y contenía su historia y sus mandamientos. Artemis había conseguido un ejemplar de manos de una duendecilla borrachina de ciudad de Ho Chi Minh varios años atrás, y había resultado ser una fuente de información muy pero que muy valiosa.

—Dudo que el Libro contenga muchas tablas y gráficos —señaló Mayordomo.

Artemis sonrió.

—No, los datos concretos me los dio Potrillo, aunque él no sabe que comparte la información conmigo.

Mayordomo se frotó las sienes.

—Artemis, ya te advertí que no te metieras en líos con Potrillo. Lo de los señuelos ya es bastante feo.

Artemis era perfectamente consciente de que Potrillo lo seguía mediante localizadores, a él y a todos los señuelos que enviaba. De hecho, solo había enviado los señuelos para hacer que Potrillo hurgase un poco en sus fondos. Era la idea que él tenía de gastar una broma.

—Pero no fui yo quien empezó lo de la vigilancia —objetó Artemis—. Fue Potrillo. Encontré más de una docena de aparatos solo en mis ordenadores, lo único que hice fue invertir la intervención para acceder a algunos de sus archivos compartidos ninguno de ellos clasificado. Bueno, puede que algunos sí lo fuesen... Potrillo ha estado muy ocupado desde que abandonó la PES.

—Bueno, ¿y qué has averiguado con los archivos de Potrillo? —preguntó Mayordomo con resignación.

—He averiguado más cosas sobre la magia. Básicamente, la magia es energía y la capacidad de manipular la energía. Para trasladar a Hybras de A a B, los hechiceros demonios aprovecharon la energía de su volcán para crear una grieta en el tiempo, o un túnel. —Artemis enrolló su servilleta para hacer un tubo, metió el salero en él y depositó el salero en el plato de Mayordomo.

—¿Así de sencillo? —inquirió Mayordomo con recelo.

—No del todo —respondió Artemis—. De hecho, los hechiceros hicieron un trabajo magnífico, teniendo en cuenta los instrumentos de los que disponían en la época. Tuvieron que calcular la energía del volcán, el tamaño de la isla, la energía de cada demonio de la isla de manera individual, por no hablar de la fuerza inversa de la atracción lunar. Es asombroso que el hechizo funcionase tan bien como lo hizo.

—Pero... a ver si lo adivino, ¿se produjo un problema técnico?

—Sí. Según el Libro, los hechiceros provocaron la erupción volcánica, pero la fuerza fue demasiado intensa. No pudieron dominarla y el círculo mágico se rompió. Hybras y los demonios fueron transportados, pero los hechiceros fueron catapultados al espacio.

Mayordomo dio un silbido de asombro.

—Caramba... eso sí que es un problema técnico.

—Es más que un problema técnico. Murieron todos los hechiceros demonios, así que ahora el resto de la manada está atrapada en el Limbo, retenida por un conjuro mágico que nunca se hizo con la intención de que fuese permanente, sin que haya ningún hechicero para traerlos de vuelta.

—¿Y no podría Potrillo ir y traerlos?

—No, sería una misión imposible recrear las mismas circunstancias. Imagina que tuvieras que conducir una pluma en mitad de una tormenta de arena y luego hacerla aterrizar en un grano de arena en concreto, solo que además no sabes dónde está ese grano de arena. Y aunque supieses dónde está el grano, la magia demoníaca solo puede ser controlada por un demonio. Son, con diferencia, los más poderosos de todos los magos y hechiceros.

—Pues sí que parece difícil —admitió Mayordomo—. Entonces, dime, ¿por qué esos demonios aparecen aquí y ahora?

Artemis lo corrigió con el movimiento de su dedo índice.

—No es aquí, ni ahora. Los demonios siempre han sentido una atracción por su hogar ancestral, una combinación de radiaciones lunares y terrestres, pero un demonio solo podría ser arrastrado de vuelta aquí si se encontrase al otro extremo de la entrada del túnel temporal, el cráter, y si no llevase encima ningún ancla dimensional.

Mayordomo se señaló la muñeca.

—Plata.

—Exacto. Y ahora, por el aumento masivo de los niveles de radiaciones en todo el mundo, la atracción sobre los demonios es mucho más fuerte y a veces alcanza el umbral crítico con mucha más frecuencia.

Mayordomo trataba por todos los medios de seguir las explicaciones del joven; no resultaba nada sencillo ser el guardaespaldas de un genio.

—Artemis, creí que no ibas a contarme todos los pormenores.

Artemis prosiguió de todos modos, pues no tenía ninguna intención de detenerse en ese momento, en mitad de la explicación.

—Sigue atento, amigo mío, ya casi estamos. Bueno, pues los picos de energía suceden con mucha más frecuencia de lo que Potrillo cree.

Mayordomo levantó un dedo.

—Ya, pero los demonios están a salvo, siempre y cuando se mantengan alejados del cráter.

Artemis alzó un dedo victorioso.

—¡Sí! —exclamó—. Eso es lo que cabría pensar, y eso es lo que piensa Potrillo, pero cuando nuestro último demonio se desvió, rehíce la ecuación hacia atrás. Mi conclusión es que el conjuro de tiempo se está deteriorando: el túnel se está deshaciendo.

Artemis dejó que el tubo que formaba la servilleta se deshiciese y se abriese en su mano.

—Ahora el área de atracción es mucho mayor, al igual que el área de depósito. Muy pronto, no habrá ningún lugar de Hybras en el que los demonios estén a salvo.

Mayordomo formuló la pregunta obvia.

—¿Y qué pasará cuando el túnel se rompa del todo?

—Justo antes de que eso ocurra, los demonios de toda Hybras serán

arrancados de la isla, con plata o sin ella. Cuando el túnel se derrumbe, algunos caerán en la Tierra, otros en la Luna y los demás serán esparcidos por el espacio y el tiempo. Pero una cosa es segura: no sobrevivirán muchos de ellos, y los que lo consigan acabarán encerrados en laboratorios y zoológicos.

Mayordomo frunció el ceño.

—Tenemos que contárselo a Holly.

—Sí —convino Artemis—, pero todavía no. Solo necesito un día más para comprobar mis cálculos. No voy a acudir a Potrillo solo con teorías.

—No me lo digas —repuso Mayordomo—. Y tienes que hacerlo en Sicilia, ¿verdad?

Así que en ese momento se hallaban en el teatro Massimo Bellini y Mayordomo tenía una vaga idea de por qué estaban allí. Si un demonio se materializaba sobre aquel escenario, entonces Artemis estaba en lo cierto y las Criaturas mágicas tenían un problema muy serio. Y si los seres mágicos estaban en apuros, entonces estaba en manos de Artemis el poder ayudarlos. De hecho, Mayordomo se sentía muy orgulloso de que su joven protegido estuviese haciendo algo por los demás, para variar. Pese a todo, solo disponían de una semana para completar su tarea y regresar a la mansión Fowl, porque al cabo de siete días los padres de Artemis volvían de Rhode Island, donde Artemis Fowl I finalmente había tomado posesión de una pierna artificial biohíbrida en sustitución de la que había perdido cuando la *mafiya* rusa había hecho estallar su barco por los aires.

Mayordomo se asomó por el palco para ver los centenares de arcos dorados y al millar de personas que disfrutaban de la representación de aquella tarde de la Norma de Bellini.

—Primero un edificio de Gaudí y ahora este teatro —comentó el guardaespaldas, en un tono de voz solo audible para Artemis gracias al aislamiento acústico de su palco y al volumen estentóreo de la ópera—. ¿Es que estos demonios no se materializan nunca en lugares un poco más discretos?

Artemis le contestó en un susurro.

—Deja que esta música sublime te embargue, disfruta al máximo del espectáculo. ¿Es que no sabes lo difícil que es conseguir un palco para una ópera de Vincenzo Bellini? Sobre todo para Norma. Norma combina los requisitos tanto de una soprano ligera de coloratura como de una soprano dramática. Y la soprano es excelente, incluso comparable a la mismísima Callas.

Mayordomo dio un gruñido. Puede que para la gente «corriente» fuese difícil conseguir un palco en un teatro, pero Artemis se había limitado a telefonear a su amigo ecologista multimillonario Giovanni Zito. El siciliano le había ofrecido con mucho gusto su propio palco a cambio de dos cajas de botellas del mejor Burdeos, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que Artemis había invertido recientemente más de diez millones de euros en los proyectos de investigación de purificación de agua de Zito.

«¿Un siciliano bebiendo Burdeos? —había bromeado Artemis por teléfono—. Debería darte vergüenza.»

—Tú sigue apuntando con el reloj al escenario —ordenó Artemis,

interrumpiendo las reflexiones de Mayordomo—. Las posibilidades de atrapar a un demonio sin plata son mínimas, aun estando lejos del cráter, pero si aparece alguno, lo quiero grabado para demostrarle a Potrillo que mi teoría es correcta. Si no disponemos de pruebas irrefutables, los del Consejo nunca tomarán medidas.

Mayordomo comprobó que el cristal de su reloj, que hacía las veces de lente fotográfica, estuviese enfocando bien el escenario.

—Lo de la cámara, pase, pero si no te importa no voy a imbuirme de la música sublime, ya tengo bastante con el deber de protegerte.

El teatro Bellini era la pesadilla de cualquier guardaespaldas: múltiples entradas y salidas, más de un millar de espectadores que se negaban a ser cacheados, cientos de arcos dorados que podían servir de escondite a un francotirador e innumerables rincones, recovecos y pasillos que seguramente ni siquiera aparecían en los planos del edificio. A pesar de todo, Mayordomo estaba razonablemente seguro de haber hecho todo cuanto estaba en su mano para proteger a Artemis.

Por supuesto, había ciertas cosas frente a las cuales los guardaespaldas no podían hacer nada, tal como Mayordomo estaba a punto de descubrir por sí mismo. Cosas invisibles.

El teléfono de Artemis vibró con suavidad. Por lo general, Artemis detestaba a la clase de personas que mantenían el teléfono encendido durante una función, pero aquel teléfono era especial y nunca lo apagaba: era el intercomunicador mágico que le había dado Holly Canija, con unas modificaciones y accesorios incorporados por el propio Artemis.

El teléfono tenía el tamaño y la forma de una moneda de dos euros, con un cristal rojo parpadeante en la parte central. El cristal era un omnisensor mágico, capaz de entrar en contacto con cualquier sistema de comunicaciones, incluido el cuerpo humano. El teléfono estaba disimulado bajo la forma de un anillo muy ostentoso en el dedo corazón de Artemis. El chico hizo girar el anillo de manera que el teléfono le quedó en la palma de la mano y luego cerró los dedos de en medio y extendió el pulgar y el meñique. El sensor podía descodificar vibraciones de su dedo meñique y enviarlas como patrones de voz. También podía utilizar los dedos de su mano para transmitir la voz de quien realizaba la llamada hasta la punta de su dedo pulgar.

A los ojos de cualquier otra persona, Artemis solo era un jovencito hablando por un teléfono imaginario.

—¿Holly? —dijo.

Mayordomo vio cómo Artemis permanecía a la escucha un momento y luego colgaba y devolvía el teléfono a su posición inicial de espera.

El chico miró a Mayordomo fijamente.

—No desenfundes tu arma —dijo, lo cual, naturalmente, hizo que Mayordomo echase mano de la culata de su Sig Sauer—. No pasa nada —trató de tranquilizarlo Artemis—. Ha venido alguien, una amiga.

Mayordomo soltó la pistola; ya sabía de quién se trataba. Holly Canija se materializó en la butaca tapizada de terciopelo que había junto a Artemis. Tenía las rodillas dobladas a la altura de la barbilla y las orejas puntiagudas tapadas por un casco negro. A medida que iba apareciendo en el espectro visible, una visera que le cubría la cara se subdividió en fragmentos y se replegó en el interior del casco. Su llegada entre los humanos quedó encubierta por la

penumbra de la sala.

—Buenas tardes, Fangosillos —los saludó, sonriendo. Sus ojos de color avellana emitieron un brillo malicioso como de diablilla o, mejor dicho, como de elfilla.

—Gracias por avisar con antelación —se burló Mayordomo con sarcasmo—. No querrías asustar a nadie. ¿Nada de vibraciones esta vez?

Por lo general, cuando los seres mágicos empleaban sus poderes para protegerse, lo único visible era una especie de turbulencia brillante en el aire, como una especie de calima. La entrada de Holly había sido del todo indetectable.

Holly se dio unas palmaditas en su propio hombro.

—Es un traje nuevo, hecho completamente de láminas inteligentes. Vibra conmigo.

Artemis examinó una de las láminas y se fijó en los microfilamentos del material.

—Es obra de Potrillo, ¿verdad? Típico de la Sección Ocho.

Holly no pudo ocultar su sorpresa y dio a Artemis un golpecito afectuoso en el hombro.

—¿Cómo sabes tú lo de la Sección Ocho? ¿Es que no podemos mantener nada en secreto?

—Potrillo no debería espiarme —dijo Artemis—. Donde hay una vía de entrada, también hay una vía de salida. Supongo que debería felicitarte por tu nuevo trabajo, y a Potrillo también. —Saludó con la cabeza frente a la lentilla diminuta que Holly llevaba en el ojo derecho—. ¿Nos está viendo ahora?

—No, está intentando averiguar cómo sabes tú lo que él no sabe. Pero sí, estamos grabándolo todo.

—Supongo que te refieres a los demonios.

—Puede ser.

Mayordomo se interpuso entre ambos e interrumpió el combate verbal que estaba a punto de librarse.

—Antes de que os enzarcéis en negociaciones, ¿qué me dices de un «hola» de verdad?

Holly dedicó una sonrisa sincera y cariñosa al descomunal guardaespaldas, activó las alas electrónicas incorporadas en el traje y se elevó volando hasta la altura de sus ojos. Holly lo besó en la mejilla y luego le abrazó casi la totalidad del contorno de la cabeza, pues no lograba abarcarla por completo.

Mayordomo tamborileó con los dedos en el casco de la elfa.

—Un equipo muy potente. Nada que ver con las antiguallas de la Policía de los Elementos del Subsuelo.

—No —convino Holly mientras se quitaba el casco—. Los artilugios de la Sección Ocho están a años luz de los equipos estándar de la PES. Todo depende del presupuesto, supongo.

Mayordomo le arrancó el casco de las manos.

—¿Algo que pueda interesar a un viejo soldado?

Holly pulsó un botón del ordenador que llevaba en la muñeca.

—Mira, la función de visión nocturna, por ejemplo. Se ve todo tan claro como si fuera... hummm... de día. Y lo mejor es que el filtro reacciona a la luz al pasar, así que se acabó lo de quedar deslumbrados por el flash de las

cámaras.

Mayordomo asintió con satisfacción. Desde siempre, el principal inconveniente de la visión nocturna había sido que dejaba al soldado en situación de vulnerabilidad ante los fogonazos repentinos de luz. Incluso la llama de una vela podía llegar a cegar al portador del casco en un momento dado.

Artemis carraspeó.

—Perdóname, capitana. ¿Os vais a pasar toda la noche emocionándonos de admiración por un casco o tenemos asuntos más importantes que discutir?

Holly guiñó un ojo a Mayordomo.

—El deber nos llama, será mejor que vaya a ver qué es lo que quiere.

Holly desactivó las alas y se acomodó en la butaca; se cruzó de brazos y miró a Artemis directamente a los ojos.

—Vale, Fangosillo. Soy toda tuya.

—Demonios, tenemos que hablar de demonios.

Los ojos de Holly perdieron su expresión risueña.

—¿Y por qué te interesan tanto los demonios, Artemis?

Artemis se desabrochó los dos botones de la camisa y sacó una moneda de oro con un cordel. La moneda tenía un agujero circular en el centro, perforado por la descarga de un láser de Holly.

—Me diste esto después de salvarle la vida a mi padre. Estoy en deuda contigo, estoy en deuda con las Criaturas, así que ahora voy a hacer algo por ellas.

Holly no estaba del todo convencida.

—Por lo general, antes de hacer algo por los Seres Mágicos, siempre negocias un porcentaje o algo así.

Artemis aceptó la acusación asintiendo con la cabeza.

—Es verdad. Bueno, era verdad, pero he cambiado.

Holly se cruzó de brazos.

—Y está bien descubrir algo que Potrillo ha pasado por alto, aunque lo haya descubierto por casualidad.

Artemis lanzó un suspiro.

—De acuerdo, hay otro factor, además.

—Ya decía yo. ¿Qué quieres? ¿Oro? ¿Tecnología?

—No, nada de eso.

Artemis inclinó el cuerpo hacia delante en su butaca.

—¿Tienes idea de lo difícil que es haber vivido todas esas aventuras extraordinarias con la PES y que de repente ya no formes parte de ese mundo?

—Sí —respondió Holly—, la verdad es que sí me hago una idea de lo que se siente.

—Pasé de salvar el mundo a estudiar geometría simple en una semana. Me aburro, Holly. Mi intelecto no se enfrenta a ningún desafío, así que cuando me topé con el evangelio de los demonios en el Libro, me di cuenta de que había un modo de estar involucrado sin provocar ningún efecto sobre esas cosas. Podía limitarme a observar, sencillamente, y acaso reconfeccionar, los cálculos de Potrillo.

—Que, de hecho, no aparecen en el Libro —señaló Holly—. Observar, sencillamente... ¡y yo me lo creo!

Artemis hizo caso omiso de las palabras de Holly.

—Quizá también un poco de pirateo inofensivo, lo reconozco, pero fue el centauro quien empezó. Así que decidí viajar a posibles lugares de materialización, pero no sucedió nada hasta Barcelona. Sí, apareció un demonio, aunque apareció en el lugar equivocado, y tarde. Simplemente me tropecé con él. Estaría flotando en el espacio prehistórico ahora mismo si Mayordomo no me hubiese anclado en esta dimensión con la ayuda de un poco de plata.

Holly reprimió una carcajada.

—Así que fue de chiripa. El gran Artemis Fowl vence al todopoderoso Potrillo gracias a un golpe de suerte de lo más tonto.

Artemis se ofendió.

—Un golpe de suerte bien informado es, a mi juicio, una mejor descripción. Además, eso es irrelevante. He recalculado las nuevas cifras, y mis conclusiones, de llegar a confirmarse, serían catastróficas para las Criaturas.

—Venga, cuéntamelo. Pero hazme un resumen, no te creerías la cantidad de explicaciones científicas que ya he tenido que escuchar hoy.

—Esto es muy serio, Holly —le espetó Artemis. Y tras sus palabras se oyó un murmullo reprobador y todo un coro de expresiones ordenándole que se callase procedentes del público de la sala—.

Esto es muy serio —repitió, susurrando en esta ocasión.

—¿Por qué? —preguntó Holly—. Seguro que solo se trata de que compartas tus nuevos cálculos y dejes que Potrillo se ocupe del resto con sus proyectores de distorsión de luz.

—Eso no es exactamente así —dijo Artemis, recostándose en el asiento—. Si aparece un demonio sobre ese escenario en los próximos cuatro minutos, no habrá proyector capaz de evitar el desastre. Si tengo razón y el conjuro de tiempo se está deshaciendo, entonces Hybras y todos sus habitantes no tardarán en ser arrastrados de vuelta a esta dimensión. La mayoría de los demonios no llegarán vivos, pero los que lo consigan aparecerán por todas partes, en los momentos más insospechados.

Holly volvió la cabeza para mirar al escenario. Una mujer de pelo negro azabache estaba sosteniendo unas notas ridículamente agudas durante un período de tiempo ridículamente prolongado. Holly se preguntó si la mujer se daría cuenta siquiera de la aparición de un demonio en medio de la nada durante un segundo o dos. No se suponía que fuese a producirse ninguna materialización ese día, pero si se producía: eso significaría que Artemis estaba en lo cierto, como de costumbre, y que muchos más demonios estaban en camino. Si eso sucedía, entonces Artemis Fowl y Holly Canija volverían a estar metidos hasta el cuello en la misión de salvar a la raza mágica, una vez más.

Holly miró de soslayo a Artemis, que estaba examinando el escenario con unos prismáticos. La elfa nunca se lo diría, pero si tenía que haber un humano implicado en la tarea de salvar a las Criaturas mágicas, Artemis era el hombre —o mejor dicho, el chico— más adecuado para semejante hazaña.

ISLA DE HYBRAS, LIMBO

N.°1 escaló el primer saliente rocoso de la ladera del volcán. Se había cruzado con varios demonios por el camino, pero ninguno de ellos había tratado de disuadirlo. De hecho, se había tropezado con Hadley Shrivelington Basset, que

se había ofrecido a dibujarle un mapa en un trozo de corteza. N.° 1 tenía la sospecha de que si de veras se atrevía a dar el gran salto dimensional, nadie iba a echarlo de menos, salvo en las ocasiones en que no encontrasen a nadie para hacer de diana en el tiro con arco. Nadie salvo tal vez la demonio con marcas rojas que le había sonreído, la del pabellón. A lo mejor ella sí que lo echaría un poco de menos. N.° 1 se paró en seco cuando se dio cuenta de que al único demonio al que podía importarle su partida era una demonio con la que nunca había cruzado una sola palabra.

Lanzó un gemido en voz alta. ¡Qué deprimente era eso! N.° 1 siguió avanzando y dejó atrás el último cartel de aviso que, con la sutileza que caracterizaba a los demonios, consistía en una calavera de lobo teñida de sangre colocada encima de un palo.

—Qué se supone que significa eso? —murmuró N.° 1 al pasar junto a la señal—. La cabeza de un lobo en un palo. Esta noche, gran barbacoa de lobos.

«Barbacoa», otra palabra de lady Heatherington Smythe. N.° 1 se sentó en la cresta del volcán, meneando el trasero para cavar un pequeño agujero para su cola. Ya puestos, valía la pena ponerse un poco cómodo antes de saltar los cien metros hacia el interior de la boca del volcán humeante. Por supuesto, aunque no fuese a dar con sus huesos en el viejo mundo, tampoco acabaría desintegrado por el efecto de la lava, sino que seguramente se iría despedazando al estrellarse contra las rocas al caer. Qué pensamiento tan reconfortante...

Desde donde estaba sentado, N.° 1 veía la boca irregular del cráter y las volutas rítmicas de humo que subían flotando hacia el cielo como el aliento de un gigante dormido. Era propio de un conjuro de tiempo que las cosas siguiesen desarrollándose como si Hybras siguiese unida al resto del mundo, aunque a un ritmo distinto. Así que el volcán todavía bullía y a veces vomitaba una diminuta lengua de fuego, a pesar de que ya no tenía la Tierra debajo.

A decir verdad, si N.° 1 era honesto consigo mismo, tenía que reconocer que empezaba a echarse atrás en su firme decisión de saltar. Era muy fácil imaginarse a uno mismo saltando a un cráter tridimensional cuando se está empujando a unos compañeros metidos en un caparazón hasta una fosa séptica recubierta por una corteza de boñiga endurecida. En la escuela de diablillos, mientras los copos de ceniza revoloteaban a su alrededor, le había parecido que las cosas no podían ir a peor, y había habido algo en la voz de Abbot que había hecho que la idea le resultase irresistible. Sin embargo en esos momentos, sentado al borde del cráter, con aquella brisa suave que le refrescaba las escamas del pecho, las cosas no le parecían ni mucho menos tan sombrías. Al menos estaba vivo, y no había ninguna garantía de que el cráter llevase a Otro sitio que no fuese el vientre del volcán. Ninguno de los otros demonios había regresado con vida. Sí, todos volvían, algunos encerrados en témpanos de hielo y otros completamente chamuscados, pero ninguno vivito y coleando como el líder de la manada. Aunque por alguna razón, cuando N.° 1 pensaba en Abbot, recordaba los muchos momentos de crueldad que había sufrido por voluntad del demonio en jefe envueltos en una especie de neblina, difíciles de precisar. Lo único que recordaba era aquella preciosa voz insistente diciéndole que cruzase al otro lado.

El influjo de la luna, ese era el quid de la cuestión. La raza demoníaca se sentía atraída por la luna, que les cantaba y agitaba las partículas que corrían

por sus venas. Soñaban con ella por las noches y hacían rechinar los dientes ante su ausencia. A cualquier hora del supuesto día, allí, en Hybras, podía verse a los demonios deteniéndose en seco para contemplar el hueco donde había estado la Luna. Formaba parte de ellos, una parte orgánica y viva, y a un nivel atómico eran la misma cosa.

Todavía quedaban jirones del conjuro de tiempo en el cráter, briznas de magia que revoloteaban por la cima del volcán y atrapaban en sus redes a cualquier demonio lo bastante estúpido para deambular por allí sin llevar algo de plata encima. Y codificado en el interior de la magia se hallaba el canto de la luna, llamándolos y atrayéndolos, engatusándolos con imágenes de luz blanca e ingravidez. Una vez que aquellos tentáculos pálidos se apoderaban de la mente del demonio, este hacía cualquier cosa con tal de permanecer cerca del origen de semejantes visiones. La magia y el influjo de la luna inyectaban energía a los átomos de su ser, haciendo vibrar sus electrones hasta que alcanzaban una nueva órbita, cambiando su estructura molecular y arrastrándolo a través del tiempo y el espacio.

Pero solo la palabra de Abbot aseguraba que aquel viaje terminaba en la Tierra. También podía tener su destino final en la Luna, y por mucho que amasen los demonios a aquel satélite, sabían que nada sobrevivía en su superficie yerma. Los sabios decían que los duendecillos no podían volar cerca de ella sin morir congelados, momento en que caían dibujando espirales sobre la Tierra con las alas congeladas y los rostros azules.

Por alguna razón, N.° 1 quería realizar el viaje aquel día. Quería que la Luna lo atrajese con su canto al interior del cráter y que luego lo dejase en algún lugar donde hubiese otro hechicero, alguien que le enseñase a controlar sus extraños poderes. Sin embargo —no le quedaba más remedio que admitirlo con tristeza—, no tenía valor para hacerlo. No podía tirarse así como así a un cráter, la base del volcán estaba plagada de los cadáveres chamuscados de aquellos que habían creído oír la llamada de la Luna. ¿Cómo podía él saber a ciencia cierta que era la luna el que lo reclamaba y no solo su deseo ciego de que así fuese?

N.° 1 enterró la cara entre las manos. No tenía otra opción más que volver a la escuela. Había que dar la vuelta a los diablillos de la fosa porque, de lo contrario acabarían llenos de señales amoratadas en la piel a causa de la exposición en exceso al estiércol. Lanzó un suspiro. Aquella no era la primera misión que realizaba ese viaje desesperado, pero esta vez pensaba de veras que llegaría a conseguir arrojarse al cráter. N.° 1 oía la voz de Abbot animándolo, y casi podía soportar la idea de que le cayese encima una lluvia de rocas, casi.

N.° 1 se puso a toquetear la pulsera de plata que llevaba en la muñeca. Habría sido tan fácil quitarse aquella baratija y desaparecer...

«Pues hazlo, entonces, pequeño —dijo una voz en su cabeza—. Quítatela y ven a mí.»

A N.° 1 no le asustaba la voz. De hecho, era más un sentimiento que una voz, era el propio N.° 1 quien le había proporcionado las palabras. Solía conversar a menudo con las voces que oía, dentro de su cabeza, pues no tenía a nadie más con quien hablar. Estaba Flambard, el zapatero, y lady Bonnie, la solterona, y su favorita, Bookie, la chismosa que ceceaba al hablar.

Pero aquella voz era nueva, más potente.

«Solo un segundo sin plata y un mundo nuevo podría abrirse ante ti.»

N.° 1 frunció el labio inferior mientras reflexionaba sobre ello; podía quitarse la pulsera un momento, solo un momento. ¿Qué habría de malo en eso? No estaba cerca del cráter, y la magia rara vez se aventuraba más allá del volcán.

«No pasa nada, nada de nada. Solo un momento...»

N.° 1 cada vez estaba más convencido: quitarse la pulsera sería como una especie de entrenamiento para el día en que finalmente se armase de valor para experimentar el influjo de la luna. Sus dedos trazaron el contorno de las runas inscritas en la pulsera, idénticas a las marcas que llevaba en el pecho. Se trataba de un doble amuleto para repeler la atracción de la Luna. Al quitarse uno de los amuletos se invertía el poder de resistencia de las marcas del pecho y sentiría inmediatamente la atracción.

«Quítatela. Invierte el poder.»

N.° 1 observó cómo sus dedos asían el borde de la pulsera. Estaba en trance, a merced de aquel sonido: la nueva voz se había apoderado de su mente y ostentaba el control.

«Estaremos juntos, tú y yo. Te bañarás en mi luz.»

«¿Te bañarás en mi luz?», pensó el último resquicio consciente de N.° 1. Aquella nueva voz era de lo más melodramática. A Bookie no iba a gustarle nada.

«Quítatela, pequeño.»

N.° 1 vio cómo su mano tiraba de la pulsera hacia atrás, por encima de los nudillos. Se sentía impotente para hacer que su mano se detuviera.., aunque tampoco quería que lo hiciese.

«El influjo de la luna —se dijo de repente—. Llega incluso hasta aquí. ¿Cómo puede ser?»

Una parte de su ser lo sabía, la parte que correspondía al hechicero que llevaba dentro, tal vez.

«El conjuro de tiempo se está rompiendo. Nadie está a salvo».

N.° 1 vio cómo la pulsera, su anda dimensional, se deslizaba por sus dedos y caía dando vueltas al suelo. Todo parecía suceder a cámara lenta, y la plata se movía con movimiento ondulante como la luz del sol a través del agua.

N.° 1 sintió el hormigueo que tiene lugar cada vez que cada átomo del cuerpo se sobrecarga de energía y pasa a forma gaseosa. La verdad es que debería ser terriblemente doloroso pero el cuerpo no sabe en realidad cómo responder a esa clase de destrucción celular, por lo que emite una patética sensación de hormigueo.

No había tiempo para gritar, lo único que N.° 1 pudo hacer fue desintegrarse en un millón de partículas centelleantes de luz que rápidamente se entrelazaron para formar una tupida franja que seguía un camino a otra dirección. Al cabo de unos segundos, no quedaba nada que demostrase que N.° 1 había estado allí, más que una pulsera de plata.

Tendría que pasar mucho tiempo, hablando en términos relativos, para que alguien lo echase en falta. Y a nadie le importaría lo suficiente para acercarse hasta allí a buscarlo.

TEATRO MASSIMO BELLINI, SICILIA

Mirando a Artemis Fowl, se diría que el chico había ido allí simplemente para disfrutar de la ópera: con una mano sostenía unos gemelos enfocados hacia el escenario, mientras con la otra dirigía la música con movimiento experto, siguiendo la partitura nota a nota.

—María Callas es la Norma por antonomasia —le explicó a Holly, quien asintió cortésmente con la cabeza antes de mirar a Mayordomo y poner los ojos en blanco—. Pero tengo que confesarte algo: la verdad es que prefiero a Monsterrat Caballé. Empezó a interpretar el papel en los setenta. Por supuesto, solo he podido escuchar grabaciones, pero, en mi opinión, la interpretación de Caballé es más sólida.

—Ya —repuso Holly—. Intento poner todo de mi parte, Artemis, de verdad, pero creía que se suponía que todo acababa cuando cantaba la señora gorda. Bien, pues la señora gorda está cantando, pero parece que esto no se acaba.

Artemis sonrió, mostrándole los incisivos.

—Te confundes con Wagner.

Mayordomo no participó en la conversación sobre divas porque para él no era sino una fuente más de distracción que debía evitar. En vez de eso decidió comprobar el filtro de visión nocturna del nuevo casco de Holly: si de verdad acababa con el problema del deslumbramiento tal como aseguraba Holly, entonces tendría que pedirle a Artemis que le consiguiese uno.

Sobra decir que el casco de Holly no cabía en la cabeza de Mayordomo; de hecho, ni siquiera le habría pasado por el puño, así que el guardaespaldas desplegó el ala izquierda del filtro hasta que pudo ver a través del mismo sosteniéndolo junto a su mejilla.

El efecto era impresionante: el filtro lograba neutralizar la luz de todo el edificio, aumentando o disminuyendo su intensidad de manera que todos los presentes en la sala se veían bajo la misma luz. Los artistas sobre el escenario aparecían completamente embadurnados de maquillaje, y los espectadores de los palcos quedaban despojados de sombras tras las que guarecerse.

Mayordomo fue inspeccionando los palcos uno a uno, Satisfecho de no encontrar espectadores que pudieran suponer una amenaza. Vio a muchos metiéndose el dedo en la nariz o haciendo manitas, a veces la misma persona haciendo ambas cosas a la vez, pero nada que fuese motivo de inquietud. Sin embargo, en un palco del segundo piso adyacente al escenario, había una chica con el pelo rizado y rubio vestida muy elegantemente para una noche en el teatro.

Mayordomo recordó de inmediato haber visto a la misma chica en el punto de materialización de Barcelona. ¿Y ahora también estaba allí? ¿Una casualidad? Las casualidades no existían. Según la dilatada experiencia del guardaespaldas, Cuando veías a un extraño dos veces seguidas, o bien te estaba siguiendo o ambos ibais detrás de lo mismo.

Examinó el resto del palco. Había dos hombres detrás de la chica, uno de ellos de unos cincuenta años, con una barriga prominente y vestido con un esmoquin muy caro; estaba filmando el escenario con la cámara de su teléfono móvil. Era el primer hombre de Barcelona. El segundo hombre también estaba allí, posiblemente chino, delgado y con el pelo de punta. Por lo visto, todavía no se había recuperado de su herida en la pierna y estaba ajustándose una de sus muletas. Le dio la vuelta, se quitó un arnés de goma del pie y luego se lo colgó del hombro como si fuera un rifle.

Automáticamente, Mayordomo se colocó entre Artemis y la línea de fuego del hombre. No porque la muleta apuntase a su protegido; de hecho, apuntaba a la derecha del escenario, a un metro de la soprano. Justo donde Artemis esperaba que apareciese su demonio.

—Holly —dijo despacio y con calma—, creo que deberías protegerte con el escudo.

Artemis bajó los gemelos.

—¿Problemas?

—Tal vez —respondió Mayordomo—, aunque no para nosotros. Creo que hay alguien más que está al tanto de los nuevos cálculos de materialización, y me parece que están tramando algo más que limitarse a observar el espectáculo.

Artemis se dio unos golpecitos en la barbilla con dos dedos, tratando de pensar rápidamente.

—¿Dónde?

—Segundo piso. Junto al escenario. Veo una posible arma apuntando al escenario. No se trata de un arma estándar, puede que un rifle de dardos modificado.

Artemis se inclinó hacia delante y se agarró a la barandilla.

—Están planeando capturar vivo al demonio, si es que aparece alguno. En ese caso, van a necesitar una maniobra de distracción.

Holly se había puesto de pie.

—¿Qué podemos hacer?

—Es demasiado tarde para detenerlos —repuso Artemis, al tiempo que una arruga se dibujaba en su frente—. Si interferimos puede que frustremos la maniobra de distracción, en cuyo caso el demonio quedará expuesto y al descubierto. Si esta gente es lo bastante lista para estar aquí, tened por seguro que su plan también es bueno.

Holly reclamó su casco y se lo colocó. Unas almohadillas de aire se inflaron automáticamente en su interior para protegerle la cabeza.

—No puedo permitirles que rapten a un ser mágico.

—¡No tienes elección! —exclamó Artemis, arriesgándose a que el público volviese a llamarle la atención—. En el mejor de los casos, y también el más probable, no pasará nada: no habrá materialización.

Holly arrugó la frente.

—Sabes tan bien como yo que la fortuna nunca nos envía el mejor de los casos, precisamente. Es que tienes muy mal karma.

Artemis no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Tienes razón, por supuesto. En el peor de los casos, aparece un demonio, lo anclan con el rifle de dardos, nosotros interferimos y en medio de todo el jaleo la *polizia* italiana se lleva al demonio y acabamos todos en el calabozo.

—No suena nada bien. Así que nos sentamos a esperar y observar, ¿no?

—Mayordomo y yo nos sentamos a esperar y observar. Tú vas volando hasta allí y grabas el máximo de información posible. Y cuando esa gente se mueva, tú te mueves tras ellos.

Holly activó las alas, que se desplegaron de su mochila y se tiñeron de azul en cuanto el ordenador de vuelo les transmitió una descarga.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —quiso saber Holly mientras iba

haciéndose invisible.

Artemis consultó el cronómetro de su reloj.

—Si te das prisa —contestó—, de ninguno.

Holly se precipitó en el aire sobrevolando a los espectadores de la platea y controlando su trayectoria con una palanca que llevaba incorporada en el pulgar de su guante. Pasó, invisible, por encima del grupo de humanos atentos solo a la diva. Con la ayuda de los filtros de su casco, veía con toda claridad a los ocupantes del palco del segundo piso.

Artemis estaba equivocado. Había tiempo para detener aquello; lo único que debía hacer era conseguir que el francotirador errase el tiro y así el demonio no quedaría anclado y la Sección Ocho podría perseguir a aquellos Fangosos sin problemas. Solo era cuestión de tocar el codo del pistolero con su porra eléctrica en el momento oportuno para hacerle perder el control de todas sus funciones motoras durante unos segundos. Eso daría al demonio un margen de tiempo considerable para aparecer y luego desaparecer otra vez.

Holly percibió cierto olor a ozono quemado y sintió una especie de calor en el brazo. Artemis no se había equivocado. No había tiempo: alguien estaba a punto de entrar en escena.

N.° 1 apareció en el escenario más o menos intacto. El viaje le había costado el último nudillo de su dedo índice derecho y unos dos gigabytes de recuerdos, pero no importaba, porque la mayoría eran malos recuerdos y nunca se le habían dado bien los trabajos manuales.

La desmaterialización no es un proceso especialmente doloroso, pero resulta que la materialización sí es un proceso extremadamente agradable. El cerebro está tan contento de detectar cómo el cuerpo recupera de nuevo todas sus funciones vitales que libera un torrente de alegres endorfinas.

N.° 1 se miró el muñón del lugar donde hasta entonces había estado la totalidad de su dedo índice.

—Mira —dijo, con una risita sofocada—, pero si no tengo dedo...

Luego advirtió la presencia de los humanos, centenares de ellos distribuidos en hileras que iban en ascenso hasta los cielos. N.° 1 supo de inmediato dónde estaba.

—Un teatro, estoy en un teatro. Con solo siete dedos y medio. Bueno, soy yo el que solo tiene siete dedos y medio, no el teatro... —Este pensamiento le provocó un nuevo ataque de risa, y eso habría sido todo para N.° 1, porque habría salido catapultado hacia la siguiente parada de su periplo entre dimensiones de no haber sido por un humano que, junto al escenario, lo apuntaba con un tubo—. ¡Un tubo! —exclamó N.° 1, orgulloso de su vocabulario humano y señalando con el dedo que ya no estaba allí.

Después de eso, las cosas sucedieron muy rápidamente, y una confusa sucesión de eventos borrosos tuvo lugar como si fueran pinceladas mezcladas de colores vivos. El tubo emitió un fogonazo, algo estalló encima de la cabeza del diablillo y, acto seguido, una abeja le picó en la pierna y una mujer se puso a chillar con un alarido ensordecedor. A continuación, una manada de animales, elefantes tal vez, pasó justo por debajo de él y luego, de forma muy desconcertante, el suelo desapareció debajo de sus pies y todo quedó sumido en la oscuridad más absoluta, una oscuridad de tacto áspero al contacto con su

cara y sus dedos.

Lo último que oyó N.° 1 antes de quedar sumido en su propia oscuridad fue una voz. No era una voz de demonio, porque el tono era más suave; a medio camino entre el gorjeo de un pájaro y el gruñido de un cerdo.

—Bienvenido, demonio —dijo la voz, y luego se echó a reír.

«Lo saben —pensó N.° 1, y le habría entrado el pánico si el hidrato de cloral que había penetrado en su organismo a través de una herida en la pierna le hubiese permitido semejante esfuerzo—. Lo saben todo sobre nosotros.»

A continuación, el sedante le llegó al cerebro y lo arrojó desde lo alto de un precipicio al interior de un agujero oscuro, muy oscuro.

Artemis siguió los acontecimientos desde su palco. Una sonrisa de admiración se instaló entre las comisuras de sus labios a medida que el plan se desenvolvía antes sus ojos con la suavidad de la más exquisita alfombra persa. Quienquiera que estuviese detrás de aquello era bueno, muy bueno. Puede que incluso fuesen parientes lejanos.

—Sigue apuntando con la cámara al escenario —ordenó a Mayordomo—. Holly llegará al palco. Mayordomo entrecerraba los ojos para cubrir a la elfa, pero su lugar estaba junto a Artemis. A fin de cuentas, la capitana Canija sabía cuidarse ella solita. Se aseguró de estar apuntando al escenario con su reloj, y es que Artemis no se lo perdonaría nunca si llegaba a perderse aunque fuese un solo nanosegundo de la acción.

Sobre las tablas, la ópera estaba a punto de concluir: Norma estaba llevando a Pollione a la pira, donde ambos iban a arder en llamas. Los ojos de todos los espectadores estaban puestos en ella, salvo los de los implicados en el melodrama de la especie mágica.

La música era intensa y emocionante, sirviendo de involuntaria banda sonora para el drama de la vida real que estaba teniendo lugar en el teatro.

Todo empezó con una crepitación eléctrica a la derecha del escenario, apenas perceptible a menos que se esperase su aparición. Y aunque hubiese espectadores que sí la habían advertido, ni siquiera se inmutaron. Podía tratarse fácilmente de un simple reflejo lumínico, o de uno de los efectos especiales que tanto les gustaban a aquellos directores de teatro modernos.

«Bueno —pensó Artemis, sintiendo cómo el entusiasmo le provocaba un hormigueo familiar en las puntas de los dedos—, está a punto de suceder algo. Empieza otra aventura.»

Aquel «algo» empezó a materializarse en el interior del envoltorio de crepitaciones azules y adoptó una forma indefinida y humanoide. Era más pequeño que el anterior, pero no cabía ninguna duda: decididamente era un demonio y no un reflejo lumínico. Al principio, la forma era incorpórea, fantasmal, pero al cabo de un segundo se hizo menos transparente y más de este mundo.

«Ahora —se dijo Artemis—. Ancladlo y sedadlo también.»

Un delgado tubo plateado asomó de entre las sombras al otro lado del teatro. Se oyó un ligero estallido y un dardo salió disparado por la boca del tubo. A Artemis no le hizo falta seguir la trayectoria del dardo: sabía que se dirigía directamente a la pierna de aquella criatura. La pierna era el mejor punto, un buen objetivo, pero era improbable que fuese letal. Una punta de

plata con alguna clase de cóctel anestesiante.

En esos momentos, la criatura estaba tratando de comunicarse y gesticulaba de forma violenta. Artemis oyó algunos gritos ahogados de estupor entre el público a medida que los espectadores iban advirtiendo la presencia espectral.

«Muy bien, ya lo habéis anclado. Ahora necesitáis una maniobra de distracción. Algo aparatoso y espectacular, pero no demasiado peligroso. Si hay heridos, habrá una investigación policial.» Artemis miró entonces al demonio, cuya figura era ya sólida entre las sombras. A su alrededor, la ópera avanzaba implacable hacia el *crescendo* del cuarto acto. La soprano lloraba histéricamente y casi todas las miradas del teatro estaban clavadas en ella. Casi todas, pero siempre había unos cuantos miembros del público aburridos en una ópera, sobre todo para cuando llega por fin el cuarto acto. Aquellas miradas en concreto estarían vagando por la sala, buscando algo, cualquier cosa interesante en la que fijarse. Aquellas miradas aterrizarían sobre el pequeño demonio que había en el escenario, hacia la derecha, a menos que algo las distrajese.

Y dicho y hecho, un enorme foco que colgaba del techo se liberó de su abrazadera y se deslizó oscilando del cable para estrellarse contra el telón del fondo. El impacto fue sin duda aparatoso y espectacular. La bombilla estalló y sembró de añicos el escenario y el foso de la orquesta. El filamento de la bombilla emitió un fulgurante brillo de magnesio que cegó momentáneamente a todos cuantos estaban mirándolo, que era casi todo el público.

Una lluvia de cristales cayó sobre la orquesta y los músicos, presas del pánico, echaron a correr despavoridos y en tropel hacia la sala contigua, arrastrando sus instrumentos con ellos. Una cacofonía de cuerdas chirriantes e instrumentos de percusión volcados destrozaron cualquier eco de la obra maestra de Bellini.

«Buena idea —pensó Artemis con admiración—. No ha estado mal lo de manipular la abrazadera y el filamento. Y la estampida de la orquesta, miel sobre hojuelas...»

Artemis iba observando todo aquello por el rabillo del ojo, porque su foco de atención principal era el diminuto demonio, perdido en las sombras entre la lona del telón.

«Si de mí dependiera —siguió pensando—, haría que Mayordomo cubriese a la criatura con un saco negro, me la llevaría por la puerta de atrás y la metería en un cuatro por cuatro. Estaríamos en el ferry a Ravenna antes de que los empleados del teatro hubiesen cambiado la bombilla rota.»

Lo que sucedió en realidad fue ligeramente distinto, porque se abrió una trampilla bajo los pies del demonio y este desapareció en una plataforma hidráulica.

Artemis meneó la cabeza con una mezcla de asombro y admiración: había sido un plan fabuloso. Seguramente, sus misteriosos adversarios habían entrado en el sistema informático y lo controlaban, y cuando el demonio había hecho acto de presencia, se habían limitado a enviar una orden para abrir la trampilla adecuada. Sin duda, había alguien esperando abajo para trasladar al demonio durmiente a un vehículo que los esperaba en el exterior.

Artemis se asomó a la barandilla y miró al público, abajo. A medida que se iban encendiendo las luces, los espectadores del teatro se restregaban los ojos

deslumbrados y hablaban con el tono temeroso que suele seguir a un episodio de shock traumático. Nadie hablaba de ningún demonio, nadie señalaba al escenario ni gritaba. Artemis acababa de presenciar la ejecución perfecta de un plan perfecto. Miró entonces hacia el palco del otro lado del escenario. Había tres ocupantes en pie con aspecto sereno que se disponían a marcharse con total tranquilidad. El espectáculo había terminado y era hora de irse. Artemis reconoció a la hermosa chica de Barcelona y a sus dos guardianes. El hombre delgado parecía haberse recuperado de su herida en la pierna, ya que en ese momento llevaba las muletas debajo del brazo.

La chica esbozaba una sonrisa satisfecha, como la que solía decorar el rostro del propio Artemis tras el éxito de alguna misión.

«Es la chica —se dio cuenta Artemis con cierto asombro—. Ella es el cerebro de la trama.»

La sonrisa de la chica, un reflejo de la suya, hirió a Artemis. No estaba acostumbrado a ir dos pasos por detrás. No cabía ninguna duda de que la chica pensaba que era ella la vencedora. Puede que sí hubiese ganado aquella batalla, pero la guerra no había hecho más que comenzar.

«Es hora —se dijo para sus adentros— de que esa chica sepa que tiene un contrincante.»

Juntó las manos y empezó a aplaudir despacio.

—*Brava* —exclamó, en italiano—. *Brava, ragazza!*

Su voz recorrió fácilmente el espacio sobre las cabezas del público. La sonrisa de la chica se quedó paralizada en sus labios y la joven buscó con la mirada al responsable de aquel cumplido. Al cabo de unos segundos, localizó al adolescente irlandés y sus ojos se encontraron.

Si Artemis esperaba que la chica se estremeciese y se pusiese a temblar al verlo a él y a su guardaespaldas, se llevó una decepción. Sí, una expresión de asombro cruzó su frente un momento, pero luego aceptó el aplauso asintiendo con la cabeza y haciendo una graciosa reverencia. La chica dijo dos palabras antes de marcharse. La distancia era demasiado grande para que Artemis llegase a oírlas en realidad, pero aunque hacía ya mucho tiempo que no practicaba el arte de leer los labios, habría sido igualmente fácil adivinar de qué palabras se trataba.

—Artemis Fowl —dijo la chica. Nada más. En ese momento empezaba un juego, de eso no había ninguna clase de duda. Un juego de lo más intrigante...

Luego sucedió algo muy gracioso: al aplauso de Artemis se unieron otros aplausos procedentes de distintos puntos del teatro. El aplauso pasó de titubeante al principio hasta convertirse en clamoroso, así que los espectadores no tardaron en ponerse de pie y los cantantes, perplejos, se vieron obligados a salir varias veces a escena a saludar.

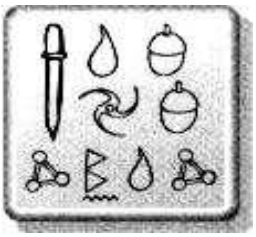
Más tarde, mientras cruzaba el vestíbulo de camino a la salida, a Artemis le divirtió oír los comentarios de algunos asistentes deshaciéndose en elogios para con la original dirección del final de la ópera. El foco que explota, reflexionaba un aficionado, era sin duda una metáfora de la propia caída en desgracia de Norma. Pero no, replicaba otro; el foco era, evidentemente, una interpretación moderna de las llamas de la hoguera a la que Norma estaba a punto de enfrentarse.

«O quizá —pensó Artemis mientras se abría paso entre la multitud y salía fuera bajo la ligera niebla siciliana de la calle—, el foco que ha explotado era,

sencillamente, un foco que ha explotado.»

CAPÍTULO 5

PRISIONERO



LA CAPITANA Holly Canija de la Sección Ocho siguió a los secuestradores hasta un Land Rover Discovery, y de ahí hasta el ferry de Ravenna. Su prisionero había sido trasladado del interior de un saco de lona a una robusta bolsa de golf de la que sobresalían los extremos de distintos palos. Tres adultos humanos y una muchacha adolescente. A Holly no le sorprendió demasiado que hubiese una chica involucrada; al fin y al cabo, Artemis Fowl era poco más que un crío y él solito conseguía meterse en asuntos mucho más complicados que aquel.

El grupo devolvió el Land Rover a una agencia de alquiler de coches de Italia y desde allí tomó un coche cama de primera clase en un tren nocturno que recorría la costa Oeste. Tenía su lógica que viajaran en tren, pues no había necesidad de pasar la bolsa de golf por una máquina de rayos X.

A Holly no le hacía falta preocuparse por las máquinas de rayos X ni por cualquier otra forma de dispositivos de seguridad humanos. Con su traje vibrador de la Sección Ocho era invisible a cualquier clase de rayo que la policía de vigilancia de fronteras pudiese proyectar sobre ella. La única forma de descubrir a un ser mágico protegido con el escudo era golpeándolo accidentalmente con una piedra, e incluso entonces lo más probable era que quien hubiese arrojado la piedra recibiese un sopapo invisible en la oreja por las molestias.

Holly se deslizó al interior del coche cama y se acomodó en una rejilla portaequipajes que había encima de la cabeza de la chica. A sus pies, los tres humanos apoyaron la bolsa de golf en la mesa y se la quedaron mirando... como si dentro estuviese el mismísimo demonio.

Tres hombres y una chica. Sería fácil dejarlos fuera de combate: podía tumbarlos con su Neutrino y luego hacer que Potrillo enviase a unos cuantos técnicos que ejecutasen sendas limpiezas de memoria. Holly se moría de ganas de liberar al pobre demonio. Solo sería cuestión de segundos. Lo único que se lo impedía eran las voces que oía en su cabeza.

Una de esas voces pertenecía a Potrillo, la otra era de Artemis.

—Mantén la posición, capitana Canija —le aconsejó Potrillo, el centauro—. Necesitamos ver hasta dónde pretenden llegar.

La Sección Ocho había mostrado un gran interés por la misión de Holly desde el secuestro del demonio. Potrillo mantenía abierta una línea dedicada única y exclusivamente a la comunicación con el casco de la elfa.

El casco de Holly estaba provisto de aislamiento acústico, pero pese a ello

a la elfa le ponía nerviosa la idea de hablar estando tan cerca de los objetivos. El truco en esa clase de situaciones consistía en entrenarse para hablar sin realizar ninguno de los ademanes que solían acompañar a cualquier conversación. Y eso es más difícil de lo que parece a simple vista.

—Ese pobre demonio estará aterrorizado —dijo Holly, completamente inmóvil—. Tengo que sacarlo de ahí.

—No —contestó Artemis con brusquedad—. Tienes que ir más allá de eso, Holly. No tenemos idea de lo extensa que es esta organización ni de cuánto saben acerca de las Criaturas.

—No tanto como tú. Los demonios no llevan nunca encima el Libro de los Seres Mágicos. Por lo general, las reglas les traen sin cuidado.

—Al menos tenéis algo en común —comentó Mayordomo.

—Podría hacerles un *encanta* —sugirió Holly. El *encanta* era uno de los trucos habituales del arsenal mágico de cualquier ser mágico que se precie. Era una especie de canto de sirena capaz de hacer que cualquier humano cantase como un pajarito—. Así conseguiríamos que me contasen todo lo que saben.

—Sí, pero solo lo que saben ellos —remarcó Artemis—. Si yo estuviese al frente de esa organización, los miembros solo sabrían única y exclusivamente lo que necesitasen saber para llevar a cabo su tarea, nada más. Nadie lo sabría todo salvo yo, por supuesto.

Holly resistió el impulso de golpear algo por la frustración. Artemis tenía razón, como siempre. Tenía que contenerse y ver cómo se desarrollaba la situación. Necesitaban extender al máximo la red para poder atrapar a todos los miembros de la organización.

—Voy a necesitar refuerzos —susurró Holly—. ¿Cuántos agentes puede enviarme la Sección Ocho?

Potrillo se aclaró la garganta, pero no respondió.

—¿Qué pasa, Potrillo? ¿Qué está pasando ahí?

—Aske Rosso se ha enterado de lo del secuestro.

La sola mención del nombre de aquel gnomo bastaba para que a Holly le subiese la tensión: el comandante Aske Rosso era la razón por la que la elfa había dejado la PES en primer lugar.

—¡Rosso! ¿Y cómo se ha enterado tan rápido?

—Tiene una fuente infiltrada en la Sección Ocho. Llamó a la comandante Vinyáya y esta no tuvo más remedio que ponerlo al corriente de todo lo ocurrido.

Holly lanzó, un gemido de protesta; Rosso era el rey de la burocracia y el papeleo, y como decían los enanos, era incapaz de tomar una decisión aunque llevase una jarra de agua en la mano y tuviese la culera de los pantalones ardiendo.

—¿Y qué se rumorea?

—Que Rosso va seguir una estrategia de control de daños: han activado los muros de protección y se han cancelado todas las misiones en la superficie. No hay ninguna acción pendiente de la reunión del Consejo. Si sucediese algo malo, Rosso no quiere cargar con el muerto. Al menos, no él solo.

—Bah, política... —escupió Holly—. A Rosso únicamente le preocupa su preciosa carrera. ¿Así que no puedes enviarme a nadie?

Potrillo escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Oficialmente, no. Y por supuesto a ningún oficial. Quiero decir que sería imposible para alguien, para un asesor, por ejemplo, traspasar los muros de protección con algo que tú puedas necesitar, no sé si entiendes qué es lo que quiero decir.

Holly entendía perfectamente lo que Potrillo intentaba.

—Recibido, Potrillo. Estoy sola. Oficialmente.

—Exacto. Por lo que al comandante Rosso respecta, simplemente estás siguiendo a los sospechosos. Solo debes pasar a la acción si deciden salir a la luz pública, en cuyo caso tus órdenes son, y cito textualmente al comandante Rosso: «seguir el plan de acción menos complicado y más permanente».

—¿Se refiere a eliminar al demonio?

—Rosso no lo dijo con esas palabras, pero eso es lo que quiere.

Holly cada vez sentía más desprecio por Rosso.

—Pero ¡no puede ordenarme que haga eso! Matar a un ser mágico va contra todas las leyes del Libro, no pienso hacerlo.

—Rosso sabe que oficialmente no puede ordenarte que emplees la fuerza extrema contra otro ser mágico, así que lo que hace es darte una recomendación extraoficial, la clase de recomendación que podría tener un efecto muy beneficioso sobre tu carrera. Es un asunto peliagudo, Holly. En el mejor de los casos, todo esto pasará al olvido.

Artemis expresó la opinión que tenían todos.

—Eso no va a pasar. Esto no es ningún secuestro oportunista: nos enfrentamos a un grupo organizado que sabe perfectamente lo que está haciendo. Esa gente estaba en Barcelona y también ha aparecido aquí. Tienen planes programados para ese demonio y, a menos que sean militares, apostaría a que están relacionados con sacarlo a la luz pública por una importante suma de dinero. Esto va a ser más fuerte que lo del monstruo del lago Ness, Sasquatch o el Yeti juntos.

Potrillo lanzó un suspiro.

—Estás metida en un buen lío, Holly. Lo mejor que podría pasarte ahora mismo sería que sufrieses una bonita herida no letal que te dejase fuera de combate.

Holly recordó las palabras de su antiguo mentor: «No se trata de lo que es mejor para nosotros —le había dicho Julius Remo una vez—, sino de lo que es mejor para las Criaturas».

—A veces no se trata solo de nosotros, Potrillo. Ya sabré arreglármelas de algún modo. Pero voy a disponer de ayuda, ¿verdad?

—Sí —confirmó el centauro—. Además, no es la primera vez que salvamos el mundo mágico. El tono de seguridad en sí mismo de Potrillo hizo que Holly se sintiese mejor, aunque su amigo el centauro estuviese a cientos de kilómetros bajo el suelo.

Artemis los interrumpió.

—Vosotros dos ya os contaréis batallitas más tarde, no podemos perdernos ni una sola de las palabras que intercambie esa gente. Si pudiésemos llegar antes que ellos a su destino, jugaríamos con ventaja.

Artemis tenía razón, no había tiempo que perder. Holly realizó una rápida comprobación del sistema de sus instrumentos del casco y luego enfocó con su visera a los humanos que tenía debajo.

—¿Lo recibes, Potrillo? —preguntó.

—Alto y claro. ¿Te he hablado ya de mis nuevas pantallas de gas?

El suspiro de impaciencia de Artemis atravesó con claridad los altavoces.

—Sí, ya lo has hecho. Y ahora, silencio, centauro. Estamos en plena misión, ¿recuerdas?

—Lo que tú digas, Fangoso. Eh, mira, tu «novia» está diciendo algo.

Artemis contaba con un enorme arsenal mental de contestaciones mordaces ante cualquier tipo de comentario, pero ninguna de ellas cubría los insultos del tipo «tu “novia”». Ni siquiera estaba seguro de que fuese un insulto. Y si lo era, ¿a quién estaba insultando? ¿A él o a ella?

La chica hablaba francés como solo un nativo podía hacerlo.

—Técnicamente —dijo—, el único delito que hemos cometido es el de viajar sin pagar billete, y tal vez ni siquiera eso. Legalmente hablando, ¿cómo puedes secuestrar algo que ni siquiera se supone que existe? Dudo que alguien llegase a acusar a Murray Gell-Mann de secuestrar un quark, a pesar de que llevaba conscientemente millones de ellos en su bolsillo. —La chica se rió con una risa suave, que hizo que las gafas se le volvieran a resbalar por el puente de la nariz.

Nadie más le rió la gracia, salvo un chico irlandés que espiaba su conversación a trescientos kilómetros de distancia, en el Aeropuerto Internacional de Fontanarossa, a punto de subir a bordo del último vuelo de Alitalia con destino a Roma. Según el razonamiento de Artemis, Roma sería un punto mucho más céntrico que Sicilia, y fuese adonde fuese aquel demonio, Artemis podría llegar allí más rápido si volaba desde la capital italiana.

—Eso no ha estado mal —comentó Artemis, y luego le contó el chiste a Mayordomo—. Obviamente, hay múltiples diferencias entre ambos casos, pero es un chiste, no una clase de física cuántica.

La ceja izquierda de Mayordomo se contrajo como si fuera un puente levadizo.

—Múltiples diferencias entre ambos casos, eso es justo lo que estaba pensando.

De vuelta en el coche cama, uno de los hombres, el de la pierna curada milagrosamente, se recostó en la tapicería de cuero sintético.

—¿A qué hora llegaremos a Niza, Minerva? —preguntó.

Aquella frase era por sí sola una mina de información para el atento Artemis: en primer lugar, el nombre de la chica era Minerva, seguramente por la diosa romana de la sabiduría. Hasta el momento, un nombre muy acertado, desde luego. En segundo lugar, su destino era Niza, en el sur de Francia. Y en tercer lugar, la chica parecía estar al mando. Extraordinario.

La chica, que seguía sonriendo a causa de su propio chiste sobre el quark, pasó a emplear un tono irritado.

—Nada de nombres, ¿recuerdas? Las paredes oyen. Si una sola persona descubre un solo detalle de nuestro plan, todo aquello por lo que hemos trabajado podría irse al traste.

«Demasiado tarde, Fangosilla —pensó la capitana Holly Canija desde el portaequipajes—. Artemis Fowl ya sabe demasiadas cosas de ti. Por no hablar de mi propio ángel guardián, Potrillo.»

Holly tomó un primer plano de la cara de la chica.

—Tenemos una foto y un nombre de pila, Potrillo. ¿Tienes suficiente con eso?

—Debería —respondió el centauro—. También tengo fotos de los hombres. Dame unos minutos para pasarlas por la base de datos.

Debajo de la elfa, el segundo hombre de Barcelona abrió la cremallera de la parte falsa de la bolsa de golf.

—Voy a ver cómo van mis «palos» —dijo—. A ver si no se han movido de su sitio. Si se han movido, tendré que introducir algo para que no se muevan más.

Y habría sido un código más que aceptable de no ser porque había una cámara enfocándolos.

El hombre metió la mano en la bolsa y después de palpar el interior durante unos momentos, sacó un bracito y comprobó el pulso.

—Bien. Todo va bien.

—Perfecto —repuso Minerva—. Y ahora, a dormir un poco vosotros dos. Todavía nos queda un largo viaje por delante. Yo me quedaré despierta porque me apetece leer un rato. El siguiente podrá leer dentro de cuatro horas.

Los tres hombres asintieron, pero ninguno se acostó. Se quedaron allí sentados, mirando la bolsa de golf como si hubiese un demonio dentro.

Artemis y Mayordomo tuvieron suerte y tomaron un vuelo de conexión a Niza con Air France y hacia las diez ya se habían registrado en el hotel Negresco y estaban disfrutando de un suculento desayuno a base de café y cruasanes en la Promenade des Anglais.

Holly no tuvo tanta suerte, pues seguía encaramada en lo alto de una rejilla portaequipajes en el coche cama de un tren. Sin embargo, no era la misma rejilla, sino que ya era la tercera. Primero habían tenido que cambiar de tren en Roma, luego otra vez en Montecarlo, y en esos momentos ya se dirigían finalmente a Niza.

Artemis le hablaba a su dedo meñique, que transmitía las vibraciones al teléfono mágico de la palma de su mano.

—¿Alguna pista sobre el destino final exacto?

—Todavía nada —respondió una cansada e irritada Holly—. Esta chica está controlando a los adultos con mano de hierro. Tienen miedo de decir cualquier cosa. Estoy harta de ir tumbada en este portaequipajes, me siento como si llevase un año tumbada en una rejilla. ¿Qué hacéis vosotros dos?

Artemis depositó el *capuccino* descafeinado encima de la mesa con suavidad para que no hiciese ruido al chocar con el plato.

—Estamos en la Biblioteca de Niza, tratando de averiguar algo sobre esa tal Minerva. A lo mejor podemos averiguar si tiene una casa cerca de aquí.

—Me alegra oír eso —dijo Holly—, porque ya os imaginaba tomándoos un té tranquilamente junto a la playa, mientras yo estoy aquí pasándolas canutas.

A seis metros de donde Artemis estaba sentado, las olas acariciaban la orilla de guijarros de la playa como si fuera pintura color esmeralda arrojada desde un cubo.

—¿Té? ¿En la playa? No hay tiempo para esa clase de lujos, Holly. Tenemos trabajo importante por hacer. —Guiñó un ojo a Mayordomo.

—¿Seguro que estáis en la biblioteca? Porque me ha parecido oír el rumor

del agua...

Artemis sonrió, disfrutando de lo lindo con la conversación.

—¿Agua? Pues claro que no. Lo único que fluye por aquí es la información.

—¿Estás sonriendo, Artemis? Por algún motivo tengo la sensación de que tienes esa sonrisa de suficiencia tuya en los labios.

Potrillo los interrumpió.

—La tenemos, Holly. Hemos tardado un rato, pero al final hemos identificado a nuestra chica misteriosa.

La sonrisa de Artemis se desvaneció; ahora era todo oídos.

—¿Quién es, Potrillo? Si he de serte sincero, me extraña que no la conozca ya.

—La chica se llama Minerva Paradizo, de doce años, nacida en Cagnes sur Mer, sur de Francia. El hombre de gafas es su padre, Gaspard Paradizo, de cincuenta y dos años, un cirujano plástico de origen brasileño. Tiene otro hijo, un chico, Beau, de cinco años. La madre los dejó hace un año. Vive en Marsella con el que había sido su jardinero.

Artemis estaba perplejo.

—¿Gaspard Paradizo es un cirujano plástico? ¿Y por qué has tardado tanto en identificarlos? Tiene que haber informes, fotos...

—Eso es todo. No había fotos en la Red, ni siquiera una instantánea en un periódico local. Tengo la sensación de que alguien ya había borrado sistemáticamente cualquier rastro electrónico que pudiese haber de esta familia.

—Pero a ti no se te escapa nadie, ¿eh, Potrillo?

—Así es. He ido más allá y he descubierto una imagen fantasma en una página de los archivos de la televisión francesa.

Minerva ganó un concurso nacional de ortografía cuando tenía cuatro años. Una vez conseguí el nombre, fue fácil recuperar el resto de la información. Tu «novia» es una chica excepcional, Artemis. Ya ha terminado el instituto y ahora mismo está estudiando dos carreras a distancia: física cuántica y psicología. Y sospecho que también tiene un doctorado en química bajo un nombre falso.

—¿Qué hay de los otros dos hombres? —quiso saber Holly, cambiando de tema antes de que Potrillo repitiese de nuevo aquella palabra: «novia».

—El hispano es Juan Soto, director de Soto Security. Parece un experto en seguridad auténtico, aunque no tiene demasiada experiencia, la verdad: poca formación. Nada de lo que preocuparse.

—¿Y el pistolero?

—El de las muletas es Billy Kong, un personaje de lo más siniestro. Voy a enviarte el archivo al casco. —Al cabo de unos segundos, la alerta del correo entrante resonó en el oído de Holly y la elfa abrió el archivo en su visera. Una foto tridimensional de Kong empezó a dar vueltas despacio en la esquina superior izquierda mientras el historial delictivo de aquel individuo se desplegaba ante sus ojos.

Artemis carraspeó.

—Yo no llevo ningún casco, Potrillo.

—Oh, sí, mister Tecnología Puntera —se burló Potrillo, con la voz impregnada de condescendencia—. ¿Quieres que te lo lea?

—Si tu todopoderoso cerebro es capaz de usar una vocalización normal...

—Está bien. Billy Kong. Se crió en un circo, perdió un ojo en una pelea con un tigre...

Artemis suspiró.

—Por favor, Potrillo, no tenemos tiempo para bromas...

—Sí, ya —le espetó el centauro—, y por eso estás en la «biblioteca»... Bueno, está bien, ahí va la verdad: nombre real, Jonah Lee, nacido en Malibú a principios de los setenta. Familia de origen taiwanés. Madre, Annie. Un hermano mayor, Eric, asesinado en una pelea entre bandas. La madre se trasladó con él de vuelta a Hsinchu, al sur de Taipei. Kong se fue a vivir a la ciudad y se convirtió en un ladronzuelo. Tuvo que marcharse en los noventa cuando una disputa con un cómplice se convirtió en una acusación de asesinato. Kong empleó un cuchillo de cocina para matar a su amigo Signe habiendo una orden de busca y captura contra él, bajo el nombre de Jonah Lee.

Holly no podía ocultar su sorpresa. Kong parecía del todo inofensivo. Era un hombre delgado con el pelo de punta y con mechas. Parecía el miembro de un grupo musical juvenil en lugar de un delincuente.

—Se marchó a París y allí se cambió el nombre —prosiguió Potrillo—. Aprendió artes marciales y se hizo una operación para cambiar su rostro, pero no lo bastante para burlar a mi ordenador.

Artemis bajó la mano donde ocultaba el teléfono y se dirigió a Mayordomo.

—Te suena el nombre de Billy Kong?

El guardaespaldas dio un respingo.

—Un hombre peligroso. Tiene un equipo de hombres muy reducido pero muy bien entrenado. Alquilan sus servicios como guardaespaldas a gente que vive peligrosamente. He oído el rumor de que ahora se ha vuelto un tipo legal y que trabaja para un médico en Europa.

—Kong va en ese tren —le informó Artemis—. Era el hombre de las muletas falsas.

Mayordomo asintió con aire pensativo. Kong era famoso en los bajos fondos; un individuo sin ningún sentido ético, capaz de llevar a cabo cualquier tarea con mucho gusto, por desagradable que fuese, a cambio de una determinada cantidad de dinero. Kong solo tenía una regla: no abandonar nunca hasta que el trabajo esté hecho.

—Si Billy Kong está metido en esto, significa que la situación es bastante más peligrosa de lo que parecía. Necesitamos rescatar al demonio lo antes posible.

—De acuerdo —convino Artemis, al tiempo que volvía a asir el teléfono—. ¿Tenemos alguna dirección, Potrillo?

—Gaspard Paradizo posee un castillo en la zona de Vence, en Tourretes sur Loup, a veinte minutos de Niza.

Artemis apuró el *capuccino* de un sorbo.

—Muy bien, Holly. Nos vemos allí entonces. —Artemis se levantó y se alisó las arrugas de su traje—. Mayordomo, amigo mío, necesitamos un equipo de vigilancia. ¿Conoces a alguien en Niza que pueda facilitárnoslo?

Mayordomo abrió la solapa de un teléfono móvil extraplano.

—¿Tú qué crees?

TOURRETTES SUR LOUP, SUR DE FRANCIA

Tourrettes sur Loup es un pueblecito de artesanos encaramado en las laderas inferiores de los Alpes Marítimos. El *château* Paradizo estaba un poco más arriba de la ladera, en la parte más plana de un pico bajo el límite de las nieves perpetuas.

El castillo había sido construido en el siglo XIX, pero había pasado por sucesivas y extensas reformas. Las paredes eran de piedra sólida, las ventanas estaban revestidas de material reflectante y seguramente a prueba de balas, y había cámaras por todas partes. La carretera que conducía hasta el castillo era típica de la región: estrecha y serpenteante, con unas curvas muy cerradas. En la esquina más meridional del edificio había una torre de vigilancia que facilitaba al centinela una panorámica de trescientos sesenta grados sobre cualquier vía de acceso. Varios hombres patrullaban el recinto alrededor del edificio principal, y en los jardines abundaban los montículos cubiertos de hierba, pero ninguno de ellos servía para ponerse a cubierto.

Artemis y Mayordomo estaban escondidos en una hilera de arbustos de la ladera adyacente. Mayordomo examinó el castillo con la ayuda de unos potentes prismáticos.

—Desde luego, cada vez los escoges más difíciles —se quejó el guardaespaldas—. Creo haber visto este lugar en una película de James Bond alguna vez.

—Pero no entraña ninguna dificultad para ti, ¿no?

Mayordomo frunció el ceño.

—Soy un guardaespaldas, Artemis. Un chaleco humano a prueba de balas; irrumpir en castillos no es mi especialidad.

—Pero me has rescatado de lugares mucho más seguros que este.

—Sí, es verdad —convino el guardaespaldas—, pero siempre tenía a algún infiltrado, apoyo desde dentro. O estaba desesperado. Si tuviera que marcharme de aquí, no me preocuparía excesivamente, siempre y cuando tú te vinieses conmigo.

Artemis le dio unas palmaditas en el brazo.

—Pero no podemos marcharnos así como así, amigo mío.

Mayordomo lanzó un suspiro.

—No, supongo que no. —Le dio a Artemis los prismáticos—. Ten, empieza por la esquina más occidental y continúa hacia el este.

Artemis se llevó los prismáticos a los ojos y luego ajustó el enfoque.

—Veo a dos vigilantes.

—La empresa privada de seguridad de Soto. No hay armas a la vista, pero sí detecto unos bultos debajo de las chaquetas. Supongo que han recibido un entrenamiento básico, pero si hay más de veinte en las instalaciones será muy difícil reducirlos a todos. Y aunque lo consiguiese, la policía local estaría aquí en cuestión de minutos.

Artemis desplazó los prismáticos unos cuantos grados.

—Veo a un chiquillo con un sombrero de vaquero que conduce un coche de juguete.

—Seguramente el hijo de Paradizo, Beau. Nadie le presta demasiada atención. Sigue.

—¿Sensores en los aleros?

—Precisamente he estudiado ese modelo en concreto. Lo último en dispositivos de seguridad: circuito cerrado, infrarrojos, sensores de movimiento, visión nocturna…, lo típico. He estado intentando actualizar la seguridad de la mansión Fowl.

Había pequeños altavoces en postes alrededor de todo el castillo.

—¿Un sistema de sonido?

Mayordomo soltó un resoplido.

—Ojalá. Son cajas estancas: sirven para transmitir interferencias. Nuestros micrófonos dirigidos no sirven para nada aquí. Incluso dudo que Potrillo sea capaz de captar algo del interior de ese edificio.

Holly se materializó en el plano visible junto a ellos.

—Tienes razón, ha sacado de órbita uno de nuestros satélites espía para echar un vistazo a este lugar, pero vamos a tardar varias horas en conseguir que el castillo entre dentro de su alcance.

Mayordomo apartó la mano de la culata de su arma.

—Holly, te agradecería que no aparecieses así, de pronto. Soy guardaespaldas, me pongo nervioso.

Holly sonrió y le dio un golpe en la pierna.

—Ya lo sé, grandullón. Por eso lo hago. Considérame una especie de entrenamiento mientras trabajas.

Artemis apenas apartó la vista de los prismáticos.

—Tenemos que averiguar qué es lo que está pasando ahí dentro. Ojalá pudiésemos meter a alguno de los nuestros.

Holly arrugó la frente.

—Yo no puedo entrar en una vivienda humana sin permiso. Ya conocéis las reglas. Si un ser mágico entra en una casa humana sin invitación, pierde su magia, y eso después de horas y horas de vómitos y dolores insoportables.

Después de las batallas de Taillte, Frond, el rey de las Criaturas mágicas, había intentado mantener a los seres mágicos más traviesos lejos de las casas humanas imponiéndoles *geasa* o reglas mágicas. Había utilizado a sus hechiceros para formular un poderoso maleficio a fin de imponer su voluntad: cualquiera que tratase de quebrantar dichas reglas caería mortalmente enfermo y perdería toda su magia. Ahora bien, el maleficio estaba perdiendo vigor con el paso del tiempo, pero seguía siendo lo bastante fuerte para provocar náuseas y un debilitamiento de las chispas de magia.

—¿Y Mayordomo? Podrías prestarle una capa de la tela de camuflaje de Potrillo. Le iría muy bien hacerse invisible.

Holly negó con la cabeza.

—Hay una pirámide de láser que controla toda la propiedad; aun con la tela de camuflaje, Mayordomo invadiría los haces de luz del láser.

—¿Mantillo entonces? Es un delincuente, hace ya mucho tiempo que pasó por la fase de reacción alérgica. Los dolores y los vómitos no le afectarían en absoluto.

Holly escaneó el perímetro con su filtro de rayos X.

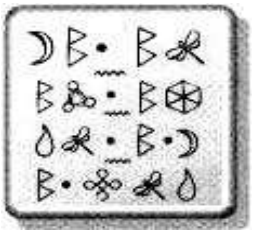
—Este lugar está edificado sobre roca sólida y los muros tienen un metro de espesor. Mantillo no podría entrar allí sin que nadie se diera cuenta. —Su visión de rayos X se detuvo en el esqueleto de un chiquillo que conducía su pequeño cochecito eléctrico. Se levantó la visera y vio a Beau Paradizo zigzagueando entre los guardias sin ningún problema.

—Mantillo no podría entrar ahí —dijo la elfa, sonriendo—, pero conozco a alguien que tal vez sí pueda.

CAPÍTULO 6

UN ENANO ENTRA EN UN BAR

LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO



MANTILLO Mandíbulas estaba paseando por el distrito del Mercado de Ciudad Refugio, tranquilizándose un poco más con cada paso que daba.

El distrito del Mercado era un nido de delincuentes, el nido de delincuentes que puede haber en una calle dotada con doscientas cámaras de seguridad y un puesto permanente de control de la PES en la esquina. Pese a todo, allí la proporción de delincuentes con respecto al número de civiles era de ocho a uno.

«Estos son de los míos —pensó Mantillo—, o al menos lo eran antes de que me aliase con Holly.»

No es que Mantillo se arrepintiera de haberse hecho socio de Holly, pero lo cierto es que a veces echaba de menos los viejos tiempos. Había algo en el latrocinio que le aceleraba los latidos de su corazón: la emoción del momento del robo, la euforia del dinero fácil...

«No te olvides de la desesperación de la cárcel —le recordó su lado práctico—. Ni de la soledad de una vida siempre a la fuga.»

Cierto. En el mundo delictivo no era todo de color de rosa, sino que tenía sus inconvenientes, como el miedo, el dolor y la muerte. Hasta entonces, Mantillo había conseguido dar esquinazo a dichos inconvenientes durante mucho tiempo, pero todo cambió cuando el comandante Julius Remo había sido asesinado por una criminal. Antes de aquel fatídico día, todo había sido un juego: Julius era el gato y él el ratón escurridizo. Sin embargo, ahora que Julius ya no estaba, volver a su antigua vida de delincuente sería como darle una bofetada a la memoria del comandante.

«Y por eso me gusta tanto mi nuevo trabajo —concluyó Mantillo, satisfecho—. Puedo moverme a espaldas de la PES y me relaciono con delincuentes famosos.»

Aquella tarde estaba viendo unos programas de debate en el salón de la Sección Ocho cuando Potrillo entró trotando. A decir verdad, a Mantillo le caía bien el centauro; se pasaban el rato lanzándose pullas el uno al otro, pero eso hacía que se mantuvieran siempre ágiles mentalmente.

Esta vez no hubo tiempo para prolegómenos ni payasadas, y Potrillo le

explicó en pocas palabras la situación que había en la superficie. Tenían un plan, pero dependía de la habilidad de Mantillo para encontrar al duende contrabandista Doodah Day y traerlo a la Sección Ocho.

—Para eso va a hacer falta una buena dosis de diplomacia —señaló Mantillo—. La última vez que lo vi se estaba quitando baba de enano de las botas. No le caigo demasiado bien. Voy a necesitar algunas influencias.

—Le dices a ese duende que si nos ayuda es un ser mágico libre. Yo mismo entraré en el sistema y borraré su historial.

Mantillo arqueó sus pobladas cejas.

—¿Tan importante es?

—Es muy importante.

—Yo salvé esta ciudad —gruñó el enano—. ¡Dos veces, además! Y nadie borró nunca mi historial de los archivos. Y va ese duende y participa en una sola misión y, ¡zas!, ya está hecho. Y qué me vais a dar a mí, ya que estamos concediendo deseos...

Potrillo dio una coz con impaciencia.

—A ti te pagaremos tu exorbitante factura como asesor. Lo que sea, pero hazlo ya. ¿Tienes algún modo de localizar al señor Day?

Mantillo lanzó un silbido.

—Va a ser endiabladamente difícil. Ese duende se habrá metido bajo tierra después de lo de esta mañana, pero tengo ciertas habilidades. Puedo hacerlo.

Potrillo le lanzó una mirada asesina.

—Y por eso te pagamos una generosa suma de dinero.

En realidad, encontrar a Doodah Day no iba a ser tan endiabladamente difícil como Mantillo había dicho. Lo último que había hecho Mantillo antes de despedirse alegremente del duende había sido meterle disimuladamente una píldora localizadora dentro de la bota.

Las píldoras localizadoras habían sido un regalo de Potrillo, a quien le gustaba pasar cualquier pieza de equipo sobrante a Holly para ayudarla a mantener la agencia a flote. Las píldoras estaban hechas con un gel adhesivo cocido que empezaba a derretirse en cuanto lo sacabas del interior de su cápsula de aluminio. El gel se adhería a cualquier superficie con la que entrase en contacto y adoptaba su color. Dentro llevaba un pequeño transmisor que emitía una radiación inofensiva por un período de cinco años. El sistema de localización no era demasiado sofisticado. Cada píldora dejaba su rúbrica en las cápsulas individuales de aluminio, de manera que la cápsula brillaba cuando detectaba la radiación de la rúbrica. Cuanto más intenso era el brillo, más cerca estaba la píldora.

«A prueba de idiotas», había dicho Holly al distribuir las píldoras.

Y estaba resultando ser a prueba de idiotas, porque apenas diez minutos después de haber salido de la Sección Ocho, Mantillo ya había localizado a Doodah Day en algún lugar del distrito del Mercado. Según los cálculos del enano, su presa se encontraba en un radio de veinte metros a la redonda. El lugar más probable era el bar de pescado al otro lado de la calle. A los duendes les encantaba el pescado, sobre todo el marisco, y muy especialmente el marisco protegido como la langosta, que era la razón por la cual las habilidades contrabandistas de Doodah estaban tan solicitadas.

Mantillo cruzó la calle, se puso la máscara de enano aterrador y entró en el Más Feliz que una Almeja como si fuera el dueño del garito.

El bar era un antro de mala muerte: el suelo era de tablones de madera y el aire apestaba a caballa en descomposición. El menú estaba escrito en la pared en lo que parecía sangre de pescado, y el único cliente parecía dormido encima de un cuenco de sopa... de pescado.

Un camarero duende lo fulminó con la mirada desde detrás de la barra, que le llegaba a la altura de la rodilla.

—Hay un bar de enanos al final de la calle—dijo.

Mantillo le dedicó una de sus sonrisas, toda llena de dientes.

—Vaya, eso no ha sido muy amable. Podría ser un cliente, ¿sabes?

—No lo creo —repuso el camarero—. Todavía no he visto nunca a un enano pagar por una comida.

Era verdad, los enanos eran gorrones por naturaleza.

—Vale, me has pillado —admitió Mantillo—. No soy ningún cliente, busco a alguien.

El camarero abarcó con un gesto el restaurante casi desierto.

—Pues si no ves a ese alguien, es que no está aquí.

Mantillo le enseñó una flamante placa de ayudante de la PES temporal que Potrillo le había entregado.

—Me parece que voy a echar un vistazo más de cerca.

El camarero salió a toda prisa de detrás de la barra.

—Y a mí me parece que necesitas una orden de registro para dar un paso más, poli.

Mantillo lo apartó a un lado.

—No soy de esa clase de poli, duende.

Mantillo siguió la señal del transmisor atravesando el salón principal del restaurante y siguiendo el pasillo viejo y mohoso hasta los servicios, aún más viejos y mohosos. Hasta el propio Mantillo se estremeció al verlos, y eso que él se ganaba la vida haciendo agujeros en el fango.

De la puerta de uno de los cubículos colgaba un letrero de «fuera de servicio». Mantillo se metió con dificultad en el reducido espacio de tamaño duende y rápidamente localizó la puerta secreta. Entró a través de ella reptando y fue a parar a una sala de aspecto mucho más limpio e higiénico que la que acababa de dejar atrás. Había un guardarropa con las paredes forradas de terciopelo, cuya encargada era una duendecilla con un vestido rosa y que parecía muy sorprendida ante la aparición del enano.

—¿Tiene alguna reserva? —le preguntó con voz entrecortada.

—Más de una —respondió Mantillo—. Para empezar, ¿le parece una buena idea colocar la puerta secreta de acceso a un restaurante ilegal en un lavabo? No me han engañado, y encima creo que he perdido el apetito.

Mantillo no esperó una respuesta, sino que pasó por debajo de un dintel de escasa altura y entró en un restaurante en toda regla y de aspecto opulento en el que decenas de duendes estaban dando muy buena cuenta de montones de bandejas humeantes de marisco. Doodah Day estaba solo en una mesa para dos, partiendo una langosta con un martillo, como si la odiase con toda su alma.

Mantillo avanzó hacia él, sin hacer ningún caso de las miradas de sorpresa de los demás comensales.

—¿Estás pensando en alguien? —le espetó, al tiempo que tomaba asiento en una diminuta silla de duende.

Doodah alzó la vista. Si estaba sorprendido, lo disimulaba muy bien.

—En ti, enano. Me estaba imaginando que esta pata de aquí era tu gorda cabeza.

Doodah dejó caer el martillo con un pesado golpe y salpicó a Mantillo con la carne blanca de la langosta.

—¡Eh, ten más cuidado, que eso apesta!

Doodah se puso lívido.

—¿Que apesta, dices? ¿Que apesta? Me he duchado tres veces. ¡Tres! Y no puedo quitarme ese nauseabundo olor de tu boca. Me sigue como si fuese mi propia cloaca personal e intransferible. Estoy aquí sentado comiendo solo, ¿ves? Pues por lo general, suelo estar rodeado de un montón de colegas, pero no hoy. Hoy apesto a enano.

Mantillo ni siquiera se inmutó.

—Eh, tranquilo, pequeñajo. Podría ofenderme.

Doodah blandió el martillo.

—¿Ves a alguien aquí a quien le importen tus sentimientos? Tanto si te ofendes como si no.

Mantillo tomó aire: aquello iba a ser más difícil de lo que creía.

—Sí, vale, Doodah. Ya lo he entendido. Eres un tipo listo, un tipo listo enfadado. Pero tengo una proposición que tal vez pueda interesarte.

Doodah se echó a reír.

—¿Qué tú tienes algo que proponerme? Pues yo también tengo algo que proponerte: ¿por qué no te llevas esa peste de enano tuya de aquí antes de que te rompa los dientes con este martillo?

—Sí, ya lo sé —dijo Mantillo con irritación—. Eres un tipo duro, y muy malo. Y un enano tendría que estar loco para meterse contigo. En otras circunstancias, me pasaría aquí un par de horas sentado intercambiando insultos, pero hoy estoy ocupado. Un amigo mío está en apuros.

Doodah esbozó una sonrisa radiante y levantó su copa de vino como si pretendiera hacer un brindis.

—Bueno, enano, brindemos por que se trate de esa escurridiza elfa Holly Canija, porque no hay nadie a quien me gustaría más ver metida hasta el cuello en un asunto peligroso.

Mantillo le enseñó los dientes, pero no estaba sonriendo.

—Por cierto, ahora que lo mencionas, precisamente quería hablarte de eso. Atacaste a mi amiga con una asfaltadora. Por poco la matas.

—Pero no lo hice —dijo Doodah, levantando un dedo—. Solo pretendía asustarla. No debería haber estado persiguiéndome, solo soy un traficante de gambas, no hago daño a nadie.

—Solo conduces.

—Exacto, solo conduzco.

Mantillo se relajó.

—Bueno, Doodah, pues estás de suerte, porque tu habilidad al volante es justo lo que me impide que me desencaje la mandíbula aquí mismo y empiece a masticarte como si fueras una de esas bolas de gamba que tienes ahí. Y esta vez quién sabe por qué extremo acabarías saliendo...

Toda la fanfarronería se esfumó al instante del rostro de Doodah.

—Soy todo oídos —dijo.

Mantillo escondió los dientes.

—Bien. Así que sabes conducir cualquier cosa, ¿verdad?

—Absolutamente todo. Me da lo mismo si lo fabricaron los marcianos, Doodah Day sabe conducirlo.

—Bien, porque tengo una propuesta para ti. A mí no me hace mucha gracia, pero tengo que proponértelo de todos modos.

—Adelante, Apestoso.

Mantillo gimió de frustración para sus adentros. Lo único que le faltaba a su pequeña banda de aventureros era la incorporación de otro sabiondo como aquel duende.

—Te necesito por un día para que conduzcas un vehículo, un solo trayecto. Si lo haces, te darán la amnistía.

Doodah se quedó impresionado. Era un trato impresionante.

—Lo único que tengo que hacer es conducir y vosotros me limpiáis el expediente?

—Eso parece.

Doodah se dio unos golpecitos en la cabeza con la pata de una langosta.

—Es demasiado fácil, tiene que haber alguna pega. Mantillo se encogió de hombros.

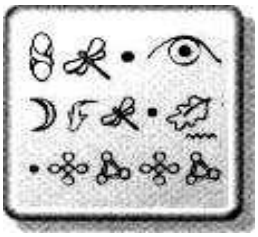
—Bueno, va a ser en la superficie y habrá un montón de Fangosos armados persiguiéndote.

—¿Sí? —exclamó Doodah con una sonrisa de oreja a oreja y con la boca llena de jugo de langosta—. Pero ¿cuál es la pega?

CAPÍTULO 7

LA FUGA DE BOBO

CHÂTEAU PARADIZO, SUR DE FRANCIA



PARA cuando Mantillo y Doodah hubieron aterrizado en las inmediaciones de Tourretes sur Loup, el enano estaba hecho un manojo de nervios.

—Está loco —farfulló mientras salía tambaleándose por la escotilla de una nave minúscula de titanio que había aterrizado con maniobra experta en un terreno plano no mucho mayor que un sello de correos—. ¡El duende está loco! Dame tu arma, Holly. Voy a dispararle. Doodah Day apareció por la escotilla y bajó al suelo ágilmente de un salto.

—Esa nave es fantástica —dijo en gnómico—. ¿Dónde la venden?

Su sonrisa se esfumó en cuanto vio que lo que antes había tomado por un árbol se movía y hablaba en una de las lenguas primitivas de la raza de los Fangosos.

—Este debe de ser Doodah Day. Hace mucho ruido, ¿no?

—Aaaaaargh —exclamó Doodah—. Un Fangoso muuuy grande.

—Sí, sí que hace ruido —comentó otro Fangoso, o tal vez un Fangosillo. Aquel era más pequeño, pero por alguna razón parecía aún más peligroso.

—¿Habláis gnómico? —inquirió el aterrorizado duende, por si el grandote decidía comérselo por no ser educado.

—Sí —contestó Artemis—, yo lo hablo, pero Mayordomo no lo domina tanto, así que si no te importa, preferimos hablar en nuestro idioma.

—Claro, claro, ningún problema —dijo Doodah, dando gracias de que aún le quedase una chispa de magia en el cerebro necesaria para activar su don de lenguas.

Doodah y Mantillo habían sobrevolado las cotas bajas de los Alpes Marítimos a bordo de una nave construida para remontar los estallidos de magma procedentes del núcleo de la Tierra. Aquellas lanzaderas contaban con escudos rudimentarios, pero no estaban diseñadas para el viaje por la superficie. Las instrucciones de Doodah habían sido que remontase las corrientes de magma hasta una pequeña terminal cerca de Berna, en Suiza, y que luego se pusieran un par de alas y siguiera volando durante el resto del camino. Sin embargo, en cuanto Doodah se puso al volante de la nave, decidió que irían mucho más rápido si realizaban el segundo tramo del trayecto a bordo

de la diminuta nave.

Holly estaba muy impresionada.

—Vuelas bastante bien para ser un contrabandista. Esas naves responden con la agilidad de un cerdo con tres patas.

Doodah dio unas palmaditas afectuosas en el titanio.

—Esta se ha portado muy bien. Solo hay que tratarla con cariño.

Mantillo aún seguía temblando.

—¡Hemos estado a punto... pero a punto de morir carbonizados! Perdí la cuenta después de la primera docena de veces.

Doodah se echó a reír.

—La cuenta no ha sido lo único que has perdido. Alguien va a tener que limpiar la nave por dentro.

Holly miró a Doodah a los ojos. Sí, estaban charlando como si tal cosa, pero tenían un asunto pendiente entre ambos.

—Estuviste a punto de matarme, duende —empezó a decir Holly con calma, dándole una oportunidad de explicarse.

—Ya lo sé, estuve a punto. Por eso es por lo que ha llegado el momento de retirarme del negocio, de reconsiderar la situación y analizar muy bien cuáles son mis prioridades.

—Eso es un cuento chino —replicó Holly, escéptica—. No me creo una sola palabra.

—Ni yo tampoco —dijo Doodah—. Ese es el rollo que les suelto siempre a los de la condicional. Si pongo ojos de cordero degollado y hago que me tiemblen los labios, me funciona siempre. Pero en serio, siento lo de la asfaltadora, capitana; estaba desesperado. Pero la verdad es que nunca corriste ningún peligro, estas manos son magia pura al volante de cualquier vehículo.

Holly decidió zanjar el asunto. Si no lo perdonaba, convertiría una misión difícil en algo imposible. Además, ahora Doodah tendría la oportunidad de compensarla.

Mayordomo ayudó a Mantillo a levantarse.

—¿Cómo te encuentras, Mantillo?

El enano lanzó una mirada asesina a Doodah.

—Me encontraré bien cuando la cabeza deje de darme vueltas. Esa nave es para un solo ocupante, ¿sabes? He llevado a ese mono de feria en el regazo las últimas cuatro horas. Cada vez que sorteábamos un bache, me daba un cabezazo en la barbilla.

Mayordomo guiñó un ojo a su amigo enano.

—Bueno, míralo por el lado positivo: has tenido que viajar a su manera, pero ahora él va a tener que viajar a la tuya.

Doodah oyó el final de la frase.

—¿Viajar? ¿Adónde hay que viajar? ¿Y quién tiene que viajar?

Mantillo se frotó las palmas de las manos con satisfacción.

—Esto me va a gustar, lo presiento.

Se tumbaron cuerpo a tierra en una zanja de escasa profundidad desde la que se divisaba el castillo. El terreno se deslizaba en una suave pendiente y en él abundaban las formas retorcidas de los olivos centenarios. La tierra era árida y

poco compacta, pero estaba razonablemente sabrosa según Mantillo.

—El agua alpina es muy buena —explicó al tiempo que escupía un puñado de guijarros—. Y las aceitunas le dan un regusto muy especial.

—Eso está muy bien —repuso Artemis, en tono paciente—. Pero lo único que quiero saber en realidad es si puedes llegar hasta la fosa séptica.

—¿Fosa séptica? —exclamó Doodah, nervioso—. ¿Por qué estamos hablando de fosas sépticas? No pienso meterme en ninguna fosa séptica, olvidaos del trato.

—No en la fosa —lo corrigió Artemis—, sino detrás de ella. La fosa es la única cobertura antes de llegar al castillo en sí.

Holly estaba escaneando el terreno con su visera.

—La fosa está enterrada lo más cerca de la casa posible, después de eso, solo hay roca. Pero sí disponéis de una buena veta de tierra, por cierto. Lo que tenéis que hacer es atraer con una chocolatina a ese chico del sombrero de vaquero para que vaya detrás de la fosa, luego Doodah tiene que ocupar su lugar.

—¿Y después qué? Ese cochecito eléctrico no va muy rápido, que digamos.

—Ni falta que hace, Doodah. Lo único que tienes que hacer es meterte con él dentro de la casa y enchufar esto a cualquier cable de vídeo que veas.

Holly le dio a Doodah un cable con púas diminutas en la superficie.

—Es fibra óptica cargada. Una vez enchufado, podremos vigilar todos sus movimientos.

—¿Podemos volver a lo de la chocolatina? —dijo Mantillo—. ¿Alguien tiene alguna?

—Ten —contestó Artemis al tiempo que le daba una barrita de chocolate con un envoltorio verde—. Mayordomo la compró en el pueblo. No es de mucha calidad, el cacao no llega al setenta por ciento y ni siquiera es de comercio justo, pero nos servirá.

—¿Y qué pasará cuando el crío se coma el chocolate? —quiso saber Mantillo—. ¿Qué hago con un niño?

—No debes hacerle daño —dijo Holly—. Solo tendrás que entretenerlo un minuto.

—¿Qué? ¿Entretenerlo? ¿Y cómo se supone que voy a entretenerlo?

—Utiliza tus habilidades de enano —le sugirió Artemis—. Los niños pequeños son muy curiosos.

Cómete unas piedras y tírate una ventosidad. El pequeño Beau se quedará fascinado.

—¿Y no puedo dejarlo fuera de combate?

—¡Mantillo! —exclamó Holly, horrorizada.

—No me refiero a liquidarlo, solo a noquearlo unos minutos. A los niños les gusta echar la siesta, ¿no? En el fondo, le estaría haciendo un favor.

—Dejarlo fuera de combate sería lo ideal —admitió Holly—, pero no tengo nada lo bastante seguro, así que tendrás que mantenerlo ocupado cinco minutos como mucho.

—Supongo que soy un enano encantador —dijo Mantillo—, y si llegado el momento pasa lo peor, siempre puedo comérmelo. —Sonrió de oreja a oreja al ver la expresión horrorizada de Holly—. Era broma. De verdad, nunca me comería a un niño Fangoso, tienen demasiados huesos.

Holly dio un codazo a Artemis, que estaba a su lado en la zanja.

—¿Estás seguro de esto?

—Ha sido idea tuya —contestó Artemis—, pero sí, estoy seguro. Hay otras opciones, pero no tenemos tiempo. Mantillo siempre ha demostrado tener mucha iniciativa, estoy seguro de que no nos defraudará. En cuanto al señor Day, se juega su libertad, y eso es un fuerte incentivo.

—Basta ya de cháchara —dijo Mantillo—. Me estoy empezando a quemar aquí fuera; ya sabéis lo sensible que es la piel de enano. —Se puso de pie, y se desabrochó la culera de la parte trasera de sus pantalones. ¿Dónde si no iba a estar una culera? —Vale, duende. Adelante.

Doodah Day parecía verdaderamente asustado.

—¿Estás seguro?

Mantillo suspiró.

—Pues claro que estoy seguro. ¿De qué tienes miedo? Solo es un trasero.

—Sí, tal vez, pero me está sonriendo.

—A lo mejor se alegra de verte. No querrás estar ahí si se enfada...

Holly le dio un puñetazo a Mantillo en el hombro.

—Eso es una costumbre muy fea —protestó Mantillo, frotándose el brazo—. Deberías ver a alguien para solucionar tus problemas de agresividad.

—¿Podrías dejar de hablar ya de traseros? ¡Tenemos un poco de prisa!

—Vale, venga, duende, súbete. Te prometo que no muerde. Mayordomo subió al pequeño ser mágico a lomos de Mantillo.

—No mires abajo —le aconsejó el guardaespaldas— y todo irá bien.

—Para ti es muy fácil decirlo —replicó el duende—, no eres tú el que va a cabalgar encima de un torbellino. No me dijiste nada de esto en el restaurante, Mandíbulas.

Artemis señaló la mochila del duende.

—De verdad necesitas eso, Day? No es muy aerodinámico. Doodah sujetó con fuerza las correas de la mochila.

—Son las herramientas del oficio, Fangosillo. Van allí donde yo voy.

—Muy bien —dijo Artemis—, un consejo: entra y sal lo más rápido posible.

Doodah puso los ojos en blanco.

—Caramba, eso sí que es un consejo... Deberías escribir un libro.

Mantillo se rió.

—Eso ha estado muy bien.

—Y evita tropezarte con la familia del niño —continuó Artemis—, sobre todo con la chica, Minerva.

—Familia, Minerva. Vale. Y ahora, vamos antes de que me arrepienta.

El enano se desencajó la mandíbula con unos crujidos estremecedores y se zambulló de cabeza en el montículo de tierra. Era algo digno de ver: unas fauces como guadañas que masticaban la tierra para ir excavando un túnel para el enano y su acompañante. Doodah mantenía los ojos cerrados con fuerza y su expresión era de absoluto estupor.

—Oh, dioses —exclamaba—. Me quiero bajar, me quiero bajar...

Y entonces ambos desaparecieron, perdidos bajo un manto de tierra vibrante. Holly se abrió paso hasta lo alto del montículo y examinó el avance de ambos a través de su visera.

—Mantillo va muy rápido —informó a los demás—. Me sorprende que lográsemos atraparlo.

Artemis estaba a su lado.

—Esperemos que sea lo bastante rápido. Lo último que necesitamos es que Minerva Paradizo añada un enano y un duende a su colección de seres mágicos.

Mantillo se sentía como en casa bajo tierra, pues ese era el hábitat natural de los enanos. Sus dedos absorbían el rumor de la arcilla y este lo tranquilizaba. Los pelos hirsutos de su barba, que en realidad eran una serie de sensores, se hundían en la tierra, adentrándose en las grietas, y enviaban señales y sonidos metálicos al cerebro de Mantillo. Percibió la presencia de unos conejos excavando su madriguera a casi un kilómetro a su izquierda. A lo mejor cazaba uno a la vuelta para comérselo de aperitivo.

Doodah temía por su vida, y su cara era un rictus de desesperación. Tenía muchas ganas de gritar, pero para eso había que abrir la boca, y eso era impensable.

Justo debajo de los pies de Doodah, el trasero de Mantillo expelía una mezcla de tierra y aire como una ametralladora, consiguiendo que ambos avanzasen cada vez más por el túnel. Doodah notaba el calor de la reacción trepándole por las piernas. De vez en cuando, las botas de Doodah se acercaban demasiado al tubo de escape del enano, y el duende tenía que subirlas de inmediato si no quería perder uno de los dedos del pie.

Mantillo no tardó ni un minuto en llegar a la fosa séptica. Se sacudió la tierra de encima, abriendo y cerrando sus tupidas pestañas de enano para eliminar los restos de barro de los ojos.

—Ya hemos llegado —masculló, escupiendo una lombriz por la boca.

Doodah se bajó por encima de la cabeza del enano y se tapó la boca con su propia mano para contener los gritos de pánico que había lanzado. Después de respirar hondo varias veces, se tranquilizó lo bastante para dirigirse a Mantillo hablando entre dientes.

—Eso te ha gustado, ¿no?

Mantillo volvió a encajarse la mandíbula y luego soltó un último vestigio de gas del túnel, que lo dejó de un salto encima de la tierra.

—Eso es lo que sé hacer. Digamos que estamos en paz por lo del viajecito en la nave.

Doodah no estaba de acuerdo.

—Digamos mejor que me debes una por lo de engañarme.

La discusión se habría prolongado, a pesar de lo urgente de su misión, si no hubiese aparecido por la esquina de la fosa un niño pequeño con un cochecito eléctrico de juguete.

—Hola, me llamo Beau Paradizo —dijo el conductor—. ¿Sois monstruos?

Doodah y Mantillo se quedaron paralizados momentáneamente y luego se acordaron del plan.

—No, chiquitín —contestó Mantillo, alegrándose de contar todavía con la chispa de magia suficiente para hablar francés. Intentó esbozar una sonrisa simpática, algo a lo que no dedicaba mucho tiempo practicando ante el espejo—. Somos los duendes del chocolate, y tenemos un regalo muy especial para ti. — Le mostró la chocolatina esperando que aquella presentación tan exagerada y teatral hiciese parecer aquella chocolatina barata más

impresionante de lo que era.

—¿Los duendes del chocolate? —exclamó el niño, bajándose del coche—. Pues espero que sea chocolate sin azúcar, porque me pongo hiperactivo con el azúcar, y mi papá dice que Dios sabe que ya soy bastante hiperactivo sin el azúcar, pero a pesar de todo me quiere.

Mantillo miró la etiqueta. Dieciocho por ciento de azúcar.

—Sí, es chocolate sin azúcar. ¿Quieres una onza?

Beau cogió la chocolatina entera y se la zampó en menos de diez segundos.

—Echáis peste, duendes. Sobre todo tú, el peludo. Echas más peste que el váter averiado de la casa de tía Morgana. Eres un duende apestoso.

Doodah se echó a reír.

—Qué quieres que te diga... El crío dice lo que hay, Mantillo.

—Vive usted en un váter averiado, señor Duende Chocolate Gordo?

—Eh —dijo Mantillo animadamente—, ¿qué me dices de una siesta? ¿Te apetece echarte una siestecilla, chiquitín?

Beau Paradizo dio un puñetazo a Mantillo en el estómago.

—Ya he dormido la siesta, idiota. ¡Más chocolate! ¡Ahora!

—¡No me des puñetazos! No tengo más chocolate. Beau volvió a pegarle.

—He dicho que quiero más chocolate... ¡o llamaré a los guardias! Y Pierre te meterá la mano por el gaznate y te sacará las tripas. Eso te hará. Me lo ha dicho.

Mantillo se echó a reír.

—Ya me gustaría a mí ver cómo me saca los intestinos.

—Ah, ¿sí? —exclamó Beau con el rostro resplandeciente—. ¡Iré a buscarlo! —El chiquillo echó a correr para alcanzar la esquina de la fosa. Se movía a una velocidad impresionante, y el instinto de Mantillo se impuso sobre su cerebro. El enano dio un salto hacia el chico, desencajándose la mandíbula mientras se arrojaba sobre él.

—¡Pierre! —gritó Beau una vez, aunque no llegó a gritar el nombre una segunda, porque Mantillo acababa de engullir todo su cuerpo, salvo el sombrero de vaquero.

—¡No te lo tragues! —exclamó Doodah entre dientes.

Mantillo lo estuvo pasando de un carrillo a otro unos segundos y luego lo escupió. Beau estaba chorreando y profundamente dormido. Mantillo limpió la cara del crío antes de que se endureciese la saliva del enano.

—La saliva lleva un sedante —explicó, volviéndose a encajar la mandíbula—. Es propio de los depredadores. Ayer no te quedaste dormido porque no engullí tu cabeza. Cuando se despierte, estará fresco como una rosa. Ya le quitaré esa cataplasma cuando se endurezca.

Doodah se encogió de hombros.

—Eh, que a mí me importa un rábano. Ni siquiera me caía bien.

Se oyó una voz procedente del otro lado de la fosa.

—¿Beau? ¿Dónde estás?

—Ese debe de ser Pierre, será mejor que te pongas en marcha, que lo despistes y lo alejes de aquí. Doodah asomó la cabeza por encima del terraplén. Un hombre robusto y de gran tamaño avanzaba hacia ellos. No era tan grandullón como Mayordomo, sin duda alguna, pero sí lo bastante grande para aplastar al duende de un solo pisotón. El hombre llevaba un mono de

guardia de seguridad de color negro con una gorra a juego. La empuñadura de una pistola le asomaba entre los botones. El hombre entrecerró los ojos para mirar hacia la fosa.

—Beau? ¿Eres tú? —preguntó en francés.

—*Oui, c'est moi* —contestó Doodah con voz de falsete.

Pierre no quedó muy convencido. La voz le había sonado más a gorrino parlante que a niño, así que siguió avanzando y metió la mano dentro del mono para empuñar el arma.

Doodah salió disparado hacia el cochecito eléctrico. Por el camino recogió el sombrero de Beau y se lo encasquetó en la cabeza. Pierre ya solo estaba a una docena de pasos de distancia, e iba apretando el paso.

—¿Beau? ¡Ven aquí ahora mismo! Minerva quiere que entres en la casa.

Doodah dio un brinco espectacular para subirse al coche, al más puro estilo *cowboy*. Solo con verlo ya supo que aquel juguetito alcanzaría como máximo la velocidad de marcha, en cuyo caso no le serviría de gran cosa en situación de emergencia. Extrajo una plancha negra y plana de su bolsa y la colocó en la parte frontal de plástico del vehículo: era un Mongocargador, un aparato sin el que ningún contrabandista que se precie salía nunca de casa. El Mongocargador iba equipado con un ordenador muy potente, un omnisensor y una batería nuclear limpia. El omnisensor hackeó el minúsculo chip del coche de juguete y asumió el control de su funcionamiento. Doodah extrajo un cable replegable de la base del Mongocargador y enchufó el extremo en el propio cable de corriente del coche, bajo el salpicadero. Ahora el coche funcionaba con energía nuclear.

Doodah pisó el acelerador.

—Eso ya es otra cosa —dijo, satisfecho.

Pierre apareció por el lateral derecho de la fosa, lo cual estuvo muy bien porque Mantillo y el adormecido Beau quedaban en su ángulo ciego... y estuvo muy mal porque Pierre estaba justo detrás de Doodah.

—¿Beau? —dijo Pierre—. ¿Pasa algo? —Había desenfundado el arma, que ahora apuntaba hacia el suelo.

Doodah seguía manteniendo el pie encima del pedal de acelerador, pero en ese momento no podía pisarlo, no con aquel memo mirándole la nuca.

—No pasa nada... Pierre —contestó con un gorjeo, escondiendo la cara debajo del ala del sombrero de vaquero.

—Tienes la voz rara, Beau. ¿Estás enfermo? Doodah pisó un poco el acelerador y avanzó unos centímetros hacia delante.

—No, estoy bien. Solo estoy poniendo voces tontas, como hacen los niños humanos.

Pierre seguía receloso.

—¿Los niños humanos?

Doodah decidió arriesgarse.

—Sí, los niños humanos. Hoy soy un extraterrestre que finjo ser un humano, así que vete o te meteré la mano por el gaznate y te sacaré las tripas.

Pierre se detuvo en seco, estuvo pensando un momento y luego se acordó.

—Beau, pillín... Que Minerva no te oiga hablar así, o se te acabó el chocolate, ¿me oyes?

—¡Te sacaré las tripas! —repitió Doodah para asegurar el tanto, mientras aceleraba con suavidad por el terreno de gravilla en dirección al camino de

entrada a la casa.

El duende sacó un espejo convexo de quita y pon del interior de su mochila y lo pegó al parabrisas. Sintió un gran alivio al comprobar que Pierre había vuelto a enfundar su arma y se dirigía de vuelta a su posición.

A pesar de que iba contra todos sus principios de contrabandista, Doodah mantuvo la velocidad al mínimo en el camino de entrada. Sus dientes se entrechocaban al pasar por encima de las losas irregulares de granito.

Una lectura digital le informaba de que estaba utilizando una centésima parte del uno por ciento de la nueva energía del motor. Doodah se acordó justo a tiempo de silenciar el Mongocargador: lo único que le faltaba era que la voz electrónica del ordenador empezase a quejarse de sus habilidades al volante.

Había dos guardias delante de las puertas principales. Apenas miraron hacia abajo cuando pasó Doodah.

—Hola, sheriff —dijo uno, sonriendo.

—Chocolate —repuso el duende con un chillido. Por lo poco que sabía de Beau, parecía lo más apropiado para decir en ese momento.

Pisó con más fuerza el acelerador para atravesar el umbral y luego condujo despacio por un suelo de mármol veteado. Las ruedas patinaban al tratar de agarrarse a la superficie pulida, lo cual era un poco preocupante, porque eso le costaría unos segundos preciosos en caso de tener que darse a la fuga rápidamente. Sin embargo, al menos el pasillo era lo bastante ancho para realizar un cambio de sentido si era necesario.

Doodah recorrió el pasillo a gran velocidad, dejando tras de sí varias hileras de palmeras en sus macetas y algunas obras de arte abstracto hasta que llegó al final del pasillo. Había una cámara instalada en lo alto de un arco que enfocaba directamente al vestíbulo principal. Un cable salía serpenteando de la caja y se metía en un conducto que bajaba hasta la base de la pared.

Doodah se paró junto al conducto y se apeó del coche. Hasta entonces había estado de suerte: nadie lo había interceptado. Aquel sistema de seguridad humano era de risa: en cualquier edificio mágico ya lo habrían escaneado con el láser al menos una docena de veces. El duende arrancó un trozo de conducto y dejó al descubierto el cable que había debajo. Tardó segundos escasos en enrollar la totalidad del cable de fibra alrededor del cable de vídeo. Misión cumplida. Sonriendo, Doodah volvió a subirse a su cochecito robado. Aquello había sido coser y cantar: la amnistía a cambio de cinco minutos de trabajo. Había llegado el momento de irse a casa y disfrutar de una vida en libertad, hasta que volviese a infringir las reglas.

—¡Beau Paradizo! ¡Ven aquí ahora mismo, mocoso!

Doodah se quedó paralizado un instante y luego miró en el espejo. Había una chica detrás de él, mirándolo, con las manos en jarras. Supuso que sería Minerva, y si la memoria no le fallaba, se suponía que debía mantenerse alejado de ella.

—Beau, es la hora de tu antibiótico. ¿O es que quieres tener esa infección para siempre?

Doodah arrancó el coche y lo condujo hacia el arco, fuera del campo de visión de la Fangosa. En cuanto hubiese doblado la esquina, ya podría pisar el acelerador a fondo.

—No te atrevas a huir de mí así, Bobo.

«¿Bobo? Con razón me alejo», pensó Doodah. ¿A quién se le ocurriría

acercarse a alguien que lo llamase Bobo?

—Hummm... ¿Chocolate? —exclamó el duende, esperanzado.

Craso error. Aquella chica sabía reconocer la voz de su hermano al oírla, y aquella no lo era.

—¿Bobo? ¿Te pasa algo en la voz?

Doodah se puso a maldecir entre dientes.

—¿Una infe... ción en el peeecho? —dijo.

Pero Minerva no se lo había tragado. Se sacó un walkie-talkie del bolsillo y empezó a avanzar hacia el coche a paso ligero.

—Pierre, ¿puedes venir, por favor? Trae a André y a Louis. —Luego se dirigió a Doodah—: Tú quédate ahí, Bobo. Tengo una chocolatina muy rica para ti.

«Sí, ya —pensó Doodah—. Una chocolatina y una celda de cemento.»

Consideró sus opciones un segundo y llegó a una conclusión: «Preferiría escapar cuanto antes que dejar que me capturen y me torturen hasta morir.»

«Me largo de aquí», pensó Doodah, y pisó a fondo el acelerador, enviando varios cientos de caballos de potencia por el frágil árbol de transmisión. Disponía quizá de un minuto a lo sumo antes de que el coche se descuajaringara, pero para entonces ya estaría muy lejos de aquella Fangosilla y sus falsas promesas de chocolate.

El coche salió zumbando tan deprisa que dejó una imagen de sí mismo allí donde había estado. Minerva se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

Se avecinaba una esquina rápidamente. Doodah giró el volante al máximo, pero la curva de giro del vehículo era demasiado amplia.

—Tengo que rebotar en la pared —dijo Doodah, apretando los dientes con fuerza.

Inclinó el cuerpo hacia la izquierda, levantó el pie del acelerador y chocó contra la pared de lado. En el momento en que se produjo el impacto, cambió el peso de pierna y pisó a fondo el acelerador. El coche perdió una puerta, pero salió disparado de la esquina como una bala de cañón.

«Qué bonito», pensó Doodah en cuanto dejaron de zumbarle los oídos.

Ahora disponía de unos segundos antes de que la chica pudiese verlo otra vez, y quién sabe cuántos guardias habría entre él y la libertad.

Estaba en un pasillo largo y recto que daba a una sala de estar. Doodah vio un televisor empotrado en la pared y el borde superior de un sofá de terciopelo rojo. Debía de haber escalones de acceso a la sala, y eso no presagiaba nada bueno. A aquel coche solo le quedaba un impacto.

—¿Dónde está Bobo? —gritó la chica—. ¿Qué has hecho con él?

No tenía sentido andarse con remilgos en esos momentos, era hora de ver lo que sabía hacer aquel cacharro. Doodah pisó a fondo el acelerador y luego se fue derecho a una ventana que había detrás del sofá de terciopelo. Dio unas palmaditas al salpicadero.

—Puedes hacerlo, caja de chatarra. Un saltito. Es tu ocasión de demostrar que eres un auténtico pura sangre.

El coche no le respondió. Nunca lo hacían; aunque a veces, en situaciones de estrés absoluto y privación de oxígeno, Doodah imaginaba que compartían su actitud de caballero.

Minerva apareció por la esquina. Estaba corriendo con todas sus fuerzas y

gritándole a un walkie-talkie. Doodah oyó las palabras «cogerlo», «violencia necesaria» e «interrogatorio», ninguna de las cuales le auguraban nada bueno.

Las ruedas del coche de juguete giraron a toda velocidad sobre una alfombra larga y luego se agarraron. La alfombra dio una sacudida ondulante hacia atrás como una lámina de caramelo de tofee saliendo de un rodillo. Minerva cayó al suelo, pero siguió hablando mientras caía.

—Se dirige a la biblioteca. ¡Detenedlo! Disparadle si es necesario.

Doodah se aferró al volante con todas sus fuerzas, sin desviarse de su trayectoria en línea recta. Estaba decidido a salir por esa ventana, estuviese cerrada o no.

Entró en la sala a noventa kilómetros por hora y despegó al llegar al escalón de lo alto. La aceleración no estaba nada mal para un coche de juguete. Había dos guardias en la sala, a punto de desenfundar sus armas. Pero no se atreverían a dispararle, porque seguía pareciendo que quien conducía el coche era un crío.

«Idiotas», pensó Doodah, y entonces la primera bala impactó en la carrocería. Vale, a lo mejor sí que dispararían al coche de todos modos.

La trayectoria voladora del coche describió un suave arco hacia la ventana. Dos balas más lograron arrancar unos trozos de plástico de la carrocería, pero era demasiado tarde para detener al minúsculo vehículo. Golpeó el marco inferior de la ventana, perdió un guardabarros y salió dando tumbos por la ventana abierta.

«Alguien debería estar grabando esto en vídeo, de verdad», pensó Doodah mientras apretaba los dientes para prepararse para el impacto.

La colisión hizo que todo el cuerpo se le estremeciera, desde la cabeza a los pies. Los ojos le hicieron chiribitas un instante, y luego recuperó el control de nuevo para, acto seguido, lanzarse a toda velocidad hacia la fosa séptica.

Mantillo estaba esperando, con su halo salvaje de pelo tembloroso por la impaciencia.

—¿Dónde te habías metido? Se me está acabando la protección solar.

Doodah no perdió el tiempo con respuestas, sino que se bajó de un salto del coche casi destrozado y le arrancó su Mongocargador y su espejo.

Mantillo lo amenazó con un dedo regordete.

—Tengo unas cuantas preguntas más.

Una bala disparada desde la ventana abierta rebotó en la fosa séptica e hizo que saltaran fragmentos de cemento.

—Pero pueden esperar. Vamos, súbete.

Mantillo se volvió, ofreciéndole la espalda al duende, así como otras cosas más. Doodah se encaramó al enano de un salto y se agarró con fuerza de los mechones de pelo de su barba.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Están justo detrás de mí! Mantillo se desencajó la mandíbula y se hundió en la tierra como un torpedo peludo.

Pero pese a lo rápido que era el enano, no lo habrían conseguido. Había guardias armados a escasos metros de distancia, habrían visto al bueno de Beau roncando a pierna suelta y habrían acribillado a balas el montículo móvil del túnel.

Seguramente les habrían arrojado un par de granadas potentes para asegurarse. Pero no lo hicieron, porque en ese preciso momento el interior del *château* se convirtió en un auténtico infierno.

En cuanto Doodah hubo enrollado el cable de fibra óptica alrededor del cable de vídeo, cientos de púas diminutas perforaron la goma e hicieron contacto con el sistema de cableado del interior.

Al cabo de unos segundos, en el cuartel general de la Sección Ocho, la información empezó a entrar a raudales en el terminal de Potrillo. Tenía vídeo, sistemas de alarma, cajas estancas y de comunicaciones, todos parpadeando en ventanas separadas en su pantalla.

Potrillo sonrió e hizo crujir los nudillos como si fuera un concertista de piano. Le encantaban esos viejos cacharros de fibra óptica; no eran tan sofisticados como los nuevos micros orgánicos, pero sí eran el doble de fiables.

—Vale —dijo al micrófono que había encima de su mesa—, ya está todo bajo mi control. ¿Qué clase de pesadillas queréis que sufran los Paradizo?

En el sur de Francia, la capitana Holly Canija le habló al micrófono de su casco.

—Lo que tengas: tropas de asalto, helicópteros... Sobrecárgales la red de comunicaciones, reviéntales las cajas estancas. Desconecta todas las alarmas. Quiero que crean que los están atacando.

Potrillo abrió varios archivos fantasma de su ordenador. Los fantasmas eran uno de sus proyectos favoritos: los había creado él mismo; sacaba los patrones de películas humanas, soldados, explosiones o lo que fuese, y luego los empleaba universalmente en la escena que él escogiera. En este caso envió a un escuadrón de fuerzas especiales del ejército francés, los *Commandament des Opératíons Spéciales*, o COS, al sistema de circuito cerrado de los Paradizo. No estaba mal para empezar.

En el interior del castillo el jefe de seguridad de los Paradizo, Juan Soto, tenía un pequeño problema. Su pequeño problema era que se oía ruido de disparos dentro de la casa. Eso solo puede verse como un pequeño problema en relación con el problema realmente gordo que Potrillo le estaba enviando en esos momentos.

Soto hablaba por radio.

—Sí, señorita Paradizo —dijo, tratando de mantener un tono sosegado—, ya entiendo que su hermano podría haber desaparecido. Digo que podría haber desaparecido porque podría ser él el del cochecito de juguete. Desde luego, a mí me parece igualito que él. De acuerdo, de acuerdo, ya entiendo lo que quiere decir. No es muy normal que los cochecitos de juguete vuelen así, podría ser una avería.

Soto decidió que tendría unas palabras con los dos idiotas que habían abierto fuego sobre un coche de juguete bajo las órdenes de Minerva. No le importaba lo lista que fuese esa chica, ninguna cría daba órdenes de esa clase estando él al mando.

A pesar de que la señorita Minerva no estaba cerca del centro de seguridad y, por tanto, no podía verle la cara, el jefe Soto adoptó una expresión severa para el sermón que estaba a punto de darle.

—Y ahora, señorita Paradizo, escúcheme —empezó a decir, pero justo en ese momento su expresión se transformó por completo mientras el sistema de

seguridad se volvía loco.

—Sí, jefe Soto, le escucho.

El jefe sujetaba la radio con una mano, mientras con la otra accionaba numerosos interruptores de su tablero de instrumentos, rezando por que se tratase de una avería.

—Parece que hay un escuadrón entero de COS volando hacia el castillo. ¡Dios Santo, hay algunos incluso en la casa! Helicópteros, las cámaras del tejado recogen imágenes de helicópteros. —Las transmisiones parpadearon de repente en el monitor de frecuencia—. Y tenemos interferencias. Vienen por usted, señorita Paradizo, y por su prisionero. Dios mío, han inutilizado todas las alarmas... De todos los sectores. ¡Estamos rodeados! Necesitamos evacuar. Los estoy viendo en los árboles. Tienen un tanque. ¿Cómo han subido un tanque ahí arriba?

Fuera, Artemis y Mayordomo observaban el caos que Potrillo había creado. Las señales de alarma quebraron el silencio del aire alpino y los hombres de seguridad corrieron a sus puestos.

Mayordomo lanzó unas cuantas granadas de humo al recinto para añadir aún más realismo.

—Un tanque —dijo Artemis irónicamente en su teléfono mágico—. ¿Les has enviado un tanque?

—¿Has hackeado el sistema de audio? —exclamó Potrillo, indignado—. ¿Y qué más sabe hacer ese teléfono tuyo?

—Sabe jugar al solitario y a las minas —contestó Artemis con aire inocente.

Potrillo dio un gruñido de suspicacia.

—Ya hablaremos de eso más tarde, Fangosillo. Ahora concentrémonos en el plan.

—Una idea excelente. ¿Dispones de misiles fantasma teledirigidos?

El jefe de seguridad estaba a punto de sufrir un síncope. El radar había captado dos señales bajando en espiral de la panza de un helicóptero.

—*Mon Dieu!* Misiles. Nos están lanzando bombas inteligentes. ¡Tenemos que evacuar ahora mismo!

Abrió la tapa de una plancha de acrílico y dejó al descubierto un botón de color naranja que había debajo. Tras dudarlo solo un instante, pulsó el botón. Las distintas alarmas quedaron silenciadas al instante y se vieron sustituidas por una sola sirena continua: la alarma de evacuación.

En el momento en que empezó a sonar dicha alarma, los guardias cambiaron de rumbo y se dirigieron a sus vehículos asignados o principales, y los residentes del castillo que no eran miembros del equipo de seguridad empezaron a guardar datos o lo que sea que fuese más importante para ellos.

En el ala más oriental de la casa, se abrió una serie de puertas de garaje y seis BMW cuatro por cuatro de color negro salieron al patio del castillo como si fueran seis pumas. Uno de ellos tenía los cristales tintados.

Artemis estudió la situación con ayuda de unos prismáticos.

—No perdáis de vista a la chica —dijo en el diminuto teléfono de su

mano—. La chica es la clave; yo diría que el suyo es el vehículo con los cristales tintados.

La chica, Minerva, apareció por las puertas del patio, hablando tranquilamente por un walkie-talkie. Su padre la seguía a pocos pasos llevando a rastras de la mano a un Beau Paradizo que no dejaba de protestar. Billy Kong era el último, y caminaba inclinando ligeramente el cuerpo por el peso de una enorme bolsa de golf.

—Ha llegado el momento, Holly. ¿Estás lista?

—¡Artemis! Yo soy la agente sobre el terreno aquí —fue su irritada respuesta—. Sal de mi frecuencia de banda a menos que tengas algo importante que decir.

—Solo estaba pensando...

—Y yo solo estaba pensando que deberías cambiarte el nombre por el de «Obseso del Control».

Artemis miró a Mayordomo, que estaba tendido en el suelo junto a él y no pudo evitar oír el intercambio.

—¿Obseso del control? ¿Te lo puedes creer?

—Qué cara tiene la gente... —repuso el guardaespaldas, sin apartar la vista del *château*.

A su izquierda, una pequeña porción de tierra empezó a vibrar y, de repente, algunos trozos de barro, hierba e insectos salieron disparados hacia arriba seguidos de dos cabezas. Un enano y un duende.

Doodah se encaramó a los hombros de Mantillo y cayó redondo al suelo.

—Estáis completamente locos, todos vosotros —sentenció, jadeando, mientras se arrancaba un escarabajo del bolsillo de la camisa—. Tendrían que darme algo más que la amnistía por esto, tendrían que darme una pensión.

—Tranquilo, hombrecillo —dijo Mayordomo con calma—. La fase dos del plan está a punto de empezar y no me gustaría perdérmela por tu culpa.

Doodah palideció.

—Ni yo tampoco... Querría que te la perdieras, quiero decir... Por mi culpa, vaya.

Fuera del garaje del castillo, Billy Kong abrió el maletero de uno de los BMW y arrojó la bolsa de golf al interior. Era el coche de los cristales tintados.

Artemis abrió la boca para dar una orden y luego volvió a cerrarla. Seguramente Holly sabía lo que tenía que hacer.

Lo sabía. La puerta del conductor se abrió unos centímetros, a todas luces por sí sola, y luego volvió a cerrarse. Antes de que Minerva o Billy Kong tuvieran tiempo siquiera de parpadear por la sorpresa, el cuatro por cuatro arrancó y dejó en el suelo una marca de sesenta centímetros de neumático al derrapar a toda velocidad en dirección a la puerta principal.

—Perfecto —dijo Artemis, conteniendo la respiración—. Y ahora, señorita Minerva Paradizo, futuro cerebro criminal, veamos exactamente lo lista que eres. Sé lo que haría yo si estuviese en tu lugar.

La reacción de Minerva Paradizo fue un poco menos dramática de lo que cabría esperar de una niña a la que le acababan de robar su posesión más preciada. No hubo ninguna rabieta ni grandes lloros. Billy Kong también superó cualquier expectativa; ni siquiera desenfundó su arma. Se sentó en cuclillas, se pasó los dedos por el pelo y se encendió un cigarrillo, que Minerva inmediatamente le quitó de los labios y aplastó con el pie.

Mientras tanto, el cuatro por cuatro se alejaba cada vez más y estaba a punto de llegar a la verja principal de la propiedad. Tal vez Minerva confiase en que la barrera de acero reforzado bastase para hacer que el BMW frenase en seco. Se equivocaba. Holly ya había destrozado los goznes con su Neutrino. Un solo empujoncito con la parrilla delantera del vehículo sería más que suficiente para quitar las puertas de en medio. Si es que el coche llegaba tan lejos... cosa que no hizo.

Después de aplastar en el suelo el cigarrillo de Kong, Minerva sacó un mando a distancia del bolsillo, tecleó un código corto y luego apretó el botón de «Enviar». En el interior del BMW, una diminuta descarga detonó en el sistema del circuito de aire y liberó una nube de sevoflurano, un potente gas anestésico. Al cabo de unos segundos, el vehículo empezó a dar bandazos, se abalanzó sobre los arbustos del camino de entrada y dejó un profundo surco sobre el césped recién cortado.

—Problemas —anunció Mayordomo.

—Hummm —dijo Artemis—. Un dispositivo de gas, imagino. Con un mecanismo de acción rápido. Posiblemente ciclopropano o sevoflurano.

Mayordomo se puso de rodillas y desenfundó su pistola.

—¿Quieres que vaya tras ellos?

—No, no deberías hacerlo.

En ese momento, el BMW avanzaba salvajemente a toda velocidad, siguiendo los desniveles de la topografía del terreno. Destrozó un *green* de minigolf, arrolló un cenador y decapitó la estatua de un centauro.

Cientos de kilómetros bajo el suelo, Potrillo se estremeció de dolor.

El vehículo se detuvo al fin en un lecho de lavanda, con el morro hacia abajo, las ruedas traseras dando vueltas sin cesar y escupiendo trozos de arcilla y flores púrpuras de tallo largo arrancadas de cuajo, como misiles.

«Un buen trabajo», pensó Mantillo, pero se guardó el pensamiento para sus adentros, consciente de que tal vez no era el mejor momento para poner a prueba la paciencia de Mayordomo.

El guardaespaldas se moría de ganas de lanzarse al ataque. Había desenfundado el arma y tenía los tendones del cuello rígidos, pero Artemis lo retuvo sujetándole el antebrazo.

—No —dijo—. Ahora no. Sé que tu impulso es ayudar, pero ahora no es el momento.

Mayordomo devolvió su Sig Sauer a su sitio, frunciendo el ceño.

—¿Estás seguro, Artemis?

—Confía en mí, viejo amigo.

Y por supuesto, Mayordomo así lo hizo, a pesar de que su instinto le decía lo contrario.

Dentro del recinto, una docena de guardias de seguridad se aproximaban con cautela al vehículo, encabezados por Billy Kong. El hombre se movía como un gato, desplazándose sobre la parte delantera de las plantas de los pies. Incluso su rostro parecía felino, con aquella sonrisa arrogante y la mirada insolente.

Hizo una señal y los hombres se precipitaron sobre el coche, sacaron la bolsa de golf y arrancaron a una Holly inconsciente del asiento delantero. Esposaron a la elfa con unas ligaduras de plástico y la arrastraron por el jardín hasta donde Minerva Paradizo y su padre los estaban esperando.

Minerva le quitó el casco y se arrodilló para examinar las orejillas puntiagudas de la elfa. A través de sus prismáticos, Artemis vio con toda claridad que la chica estaba sonriendo.

Había sido una trampa; todo había sido una trampa.

Minerva se puso el casco bajo el brazo y luego echó a andar a paso ligero hacia la casa. A medio camino, se detuvo y se volvió, y protegiéndose los ojos de los rayos del sol, escaneó las sombras y los picos de las colinas circundantes.

—¿Qué estará buscando? —se preguntó Mayordomo en voz alta.

Artemis no se lo preguntaba; sabía exactamente qué era lo que buscaba aquella asombrosa chica.

—Nos busca a nosotros, amigo mío. Si ese fuese tu castillo, quizá te preguntarías dónde se escondería un espía.

—Pues claro, y por eso es por lo que escogí este escondite. El escondrijo ideal sería más arriba en la montaña, en aquel cúmulo de rocas, pero ese también habría sido el primer lugar en que cualquier experto en seguridad colocaría una trampa. Este sitio sería mi segunda opción y, por tanto, fue mi primera opción.

La mirada de Minerva pasó de largo el cúmulo de rocas y se detuvo en la hilera de arbustos donde estaban escondidos. Era imposible que pudiese verlos, pero su inteligencia le decía que estaban allí.

Artemis se quedó embobado mirando el bello rostro de la chica; le asombraba ser capaz de fijarse en algo tan trivial como los rasgos de Minerva cuando esta acababa de hacer prisionera a su mejor amiga. La pubertad era una fuerza muy poderosa.

Minerva estaba sonriendo. Tenía un intenso brillo en los ojos, que provocaban a Artemis desde el otro lado del valle que los separaba. En ese momento le habló en su idioma. Artemis y Mayordomo, siendo como eran expertos en leer los labios, no tuvieron ninguna dificultad en interpretar su concisa frase.

—¿Has captado eso, Artemis? —preguntó Mayordomo.

—Sí, lo he pillado. Y ella nos ha pillado a nosotros.

—Ahora te toca a ti mover ficha, Artemis Fowl —había dicho Minerva.

Mayordomo se incorporó en la zanja, quitándose el barro de los codos.

—Creía que eras único, Artemis, pero esa chica no te anda a la zaga.

—Sí —contestó Artemis con aire pensativo—, salta a la vista que es un auténtico cerebro juvenil del crimen organizado.

Bajo la superficie, en el cuartel general de la Sección Ocho, Potrillo lanzó un gruñido ante su micrófono.

—Perfecto —dijo—, Ahora ya sois dos.

CAPÍTULO 8

IMPACTO SÚBITO

INTERIOR DEL CHÂTEAU PARADIZO

N.° 1 estaba teniendo un sueño precioso. En el sueño, su madre le había organizado una fiesta sorpresa para celebrar su graduación en la escuela de hechiceros. La comida estaba para chuparse los dedos: todos los platos habían sido cocinados y la mayoría de la carne ya estaba muerta.

Estaba alargando el brazo para coger un suculento faisán rociado en su jugo en una preciosa cesta trenzada de pan de especias, igual que la descrita en el capítulo tres de *En el seto de lady Heatherington Smythe*, cuando de repente, la visión empezó a alejarse de él como si la realidad misma se estuviese distorsionando.

N.° 1 intentó salir corriendo detrás del banquete, pero este se iba alejando cada vez más, y de pronto las piernas dejaron de responderle; no entendía por qué. Bajó la vista y vio horrorizado que todo su cuerpo desde las axilas para abajo se había convertido en piedra. El virus petrificante se extendía hacia arriba por su pecho y su cuello. N.° 1 sintió unas ganas irreprimibles de gritar. De repente, le aterrorizó la idea de que la boca también se le convirtiera en piedra antes de que pudiese gritar. Quedar petrificado para siempre conservando ese grito dentro del cuerpo era la peor pesadilla que podía imaginar.

N.° 1 abrió la boca y gritó.

Billy Kong, que había estado sentado en una silla vigilando, chasqueó los dedos ante una cámara que había instalada en el techo.

—El monstruo se ha despertado —dijo—, y creo que quiere a su mamá.

N.° 1 solo dejó de chillar cuando se quedó sin aliento. En realidad fue un poco vergonzoso, porque lo que había empezado como un enérgico alarido se fue apagando hasta convertirse en un aullido aflautado.

«Vale —pensó N.° 1—. Estoy vivo y en la tierra de los hombres. Es hora de abrir los ojos y averiguar hasta dónde estoy metido en este estercolero.»

Abrió los ojos con mucho cuidado, con el temor de ver algo duro y grande abalanzándose sobre él a toda velocidad. Lo que vio en realidad es que estaba en una habitación de reducidas dimensiones y desprovista de muebles. Había unas lámparas rectangulares en el techo que proyectaban una luz equivalente

a la de un millar de velas, y la mayor parte de una de las paredes estaba ocupada por un espejo. Había un humano, posiblemente un niño, tal vez una niña, con una ridícula mata de pelo rubio y rizado y un dedo de más en cada mano. La criatura llevaba un atuendo muy poco práctico consistente en una especie de toga y unos zapatos de suela mullida con relámpagos repujados en los lados. Había otra persona en la habitación, un hombre delgado con los hombros caídos y de mirada recelosa que no dejaba de tamborilear rítmicamente con los dedos en la pierna. N.° 1 no podía apartar la mirada del pelo del segundo humano: había por lo menos media docena de colores distintos en aquella cabeza. Aquel hombre era un pavo real.

N.° 1 decidió que tal vez le convendría levantar las manos para que viesen que no iba armado, pero era difícil hacer eso cuando se estaba atado a una silla.

—Es que estoy atado a una silla —dijo, como disculpándose, como si fuese culpa suya. Por desgracia dijo todo esto en gnómico y en dialecto demoníaco, y para los humanos sonó como si estuviese intentando quitarse alguna obstrucción particularmente molesta de la garganta.

N.° 1 decidió no volver a hablar. Seguro que diría algo inconveniente y los humanos no tendrían más remedio que cumplir con el ritual tradicional y ejecutarlo. Por suerte, la niña parecía tener muchas ganas de hablar.

—Hola, soy Minerva Paradizo y este hombre es el señor Kong —dijo— ¿Entiendes mi idioma?

Todo aquello era una jerigonza completamente ininteligible para N.° 1. No había ni siquiera una sola palabra reconocible del texto de *En el seto de lady Heatherington Smythe*.

Esbozó una sonrisa alentadora para demostrar que apreciaba aquel esfuerzo.

—¿Hablas francés? —preguntó la chica rubia, y luego cambió de idioma—. ¿Y qué me dices del inglés?

N.° 1 se incorporó de golpe. Eso último le resultaba familiar; la entonación era un poco rara, sí, pero las palabras en sí procedían del libro.

—¿Inglés? —repitió.

Aquel era el idioma de lady Heatherington Smythe, el que aprendió en el regazo de su madre, el que exploró en las aulas de Oxford, el que empleaba para profesar su amor eterno al profesor Rupert Smythe. A N.° 1 le encantaba el libro. A veces creía que era el único a quien le gustaba. Ni siquiera Abbot parecía valorar los párrafos más románticos.

—Sí —dijo Minerva—, inglés. El último lo hablaba bastante bien. Y también francés.

«Seguro que los buenos modales también se aprecian fuera de las páginas de un libro», había pensado siempre N.° 1, por lo que decidió hacer gala de los suyos.

Dio un gruñido, que era la forma educada de un demonio de pedir permiso para hablar delante de sus mayores. Pero no debía de ser así como lo interpretaban los humanos, porque el hombrecillo escuálido se levantó de un brinco y sacó un cuchillo.

—No, señor don humano —dijo N.° 1, tratando apresuradamente de hilvanar unas frases sacadas de lady Heatherington—. Tenga la bondad vuestra merced de enfundar esa daga, pues no traigo más que buenas

voluntades.

El humano estaba confuso. El monstruo hablaba su idioma como cualquier hijo de vecino, pero lo hacía utilizando raras palabras medievales que lo convertían en un lenguaje incomprensible. Kong agarró a N.° 1 por detrás y le puso el cuchillo en el cuello.

—Habla bien, monstruo—le ordenó el hombre, decidiendo probar con el taiwanés.

—Ojalá le entendiese —repuso N.° 1, temblando. Por desgracia, dijo esto en gnómico—. Oh, cielos.., desearía poder comprenderos...

Era inútil. Las citas de lady Heatherington que, por lo general, solía poner en práctica a la menor ocasión, no le salían bajo presión.

—¡Habla bien o de lo contrario morirás! —le gritó el humano a la cara.

N.° 1 le contestó también a gritos.

—Cómo voy a hablar bien, pedazo de chiquilicuatre jorobado, si no sé hablar taiwanés?

Todo eso lo dijo en perfecto taiwanés. N.° 1 se quedó perplejo. El don de lenguas no era algo que tuviesen los demonios. Aunque sí los hechiceros... Más pruebas.

Trató de reflexionar sobre aquel nuevo acontecimiento ahora que el humano del cuchillo había retrocedido, pero de repente, la belleza del lenguaje estalló en el interior de su cerebro con todo su esplendor. Hasta su propio idioma, el gnómico, había sufrido un proceso de empobrecimiento atroz por culpa de los demonios. Había miles de palabras que habían caído en desuso simplemente porque no estaban relacionadas con el hecho de matar cosas o de comérselas, y no necesariamente por ese orden.

—¡Capuccino! —gritó N.° 1, sorprendiendo a todos.

—¿Perdón, cómo dices? —exclamó Minerva.

—Qué palabra más bonita. Y maniobra. Y globo.

El hombre escuálido se guardó el cuchillo.

—Ahora sí está hablando bien. Como se parezca a lo que vi en los vídeos que me enseñaste del otro, no conseguiremos que se calle.

—¡Rosa! —soltó N.° 1, encantado—. No tenemos una palabra para ese color en el habla común de los demonios. El rosa se considera poco demoníaco, así que no lo usamos. ¡Qué alivio poder decir «rosa»!

—Rosa —dijo Minerva—. Increíble.

—Decidme —siguió hablando N.° 1—, ¿qué es el algodón de azúcar? Conozco las palabras y suenan... de rechupete... pero la imagen que tengo en la cabeza no puede ser del todo acertada.

La chica parecía alegrarse de que N.° 1 supiese hablar, pero también parecía un poco ofendida por que hubiese olvidado la situación en la que estaba.

—Ya hablaremos del algodón de azúcar más tarde, diablillo. Ahora tenemos cosas más importantes que discutir.

—Sí —convino Kong—. Como la invasión de los demonios, por ejemplo.

N.° 1 estuvo dándole vueltas a la frase en la cabeza.

—Perdón, pero me parece que mi don de lenguas no está del todo desarrollado, porque el único significado que tengo para «invasión» es el de la irrupción hostil de una fuerza armada en un territorio.

—Pues a eso es a lo que me refiero, pedazo de sapo.

—Vuelvo a estar un poco confuso. Mi nuevo vocabulario me dice que un sapo es una criatura parecida a la rana... —A N.° 1 le cambió la cara—. Ya entiendo, me estás insultando.

Kong miró a Minerva con el ceño fruncido.

—Creo que me gustaba más cuando hablaba como en las películas antiguas.

—Estaba citando las escrituras —explicó N.° 1, disfrutando de la forma de aquellas palabras nuevas en su boca—. Del libro sagrado: *En el seto de lady Heatherington Smythe*.

Minerva arrugó la frente y miró al techo como si estuviese retrocediendo mentalmente en el tiempo.

—Lady Heatherington Smythe. ¿Por qué me resulta tan familiar?

—*En el seto de lady Heatherington Smythe* es la fuente de todos nuestros conocimientos humanos. Lord Abbot nos lo trajo. —N.° 1 se mordió el labio para interrumpir su propio farfulleo. Sabía que ya había hablado demasiado. Aquellos humanos eran el enemigo, y sin darse cuenta él ya les había explicado el germen de los planes de Abbot. El germen. Bonita palabra también.

Minerva juntó las manos de golpe, con brusquedad. Se acababa de acordar de algo.

—Lady Heatherington Smythe. ¡Dios mío, esa ridícula novela romántica! ¿Se acuerda de esa novela, señor Kong?

Kong se encogió de hombros.

—No leo obras de ficción, solo manuales, casi siempre.

—No, recuerde las imágenes de vídeo del otro demonio. Le dejamos escoger un libro y él lo llevaba a todas partes como si fuese un amuleto o algo así.

—Ah, sí, ya me acuerdo. El muy estúpido... Siempre paseándose arriba y abajo con ese estúpido libro.

—¿Sabes? Te estás repitiendo —intervino N.° 1, balbuceando nervioso—. Hay otras palabras para «estúpido»: tonto, lerdo, botarate, idiota. Solo por mencionar unas pocas. Puedo decírtelas en taiwanés si lo prefieres.

En la mano de Kong apareció un cuchillo recién salido de la nada.

—Caramba —exclamó N.° 1—, eso sí que es tener talento. Y rapidez, además.

Kong hizo caso omiso del cumplido y le dio la vuelta al cuchillo, de manera que pasó a sostener la hoja.

—Tú cierra el pico, bichejo, o te prometo que te clavaré esto entre los ojos. Me da lo mismo lo valioso que seas para la señorita Paradizo. Para mí, tú y los de tu raza sois simplemente escoria que hay que eliminar de la faz de la Tierra.

Minerva se cruzó de brazos.

—Le agradecería, señor Kong, que no amenazase a nuestro huésped. Trabaja usted para mi padre, y hará lo que él le diga. Y estoy segura de que mi padre le ha dicho que hable con un mínimo de educación.

Puede que Minerva Paradizo fuese una niña prodigio en muchos terrenos, pero a causa de su edad, tenía una limitada experiencia. Por sus estudios, sabía cómo interpretar el lenguaje corporal, pero no sabía que un experto en artes marciales puede entrenarse para controlar su cuerpo a fin de disimular a la perfección sus verdaderos sentimientos. Un verdadero discípulo de dicha

disciplina habría advertido al instante la sutil rigidez de los tendones del cuello de Billy Kong. Aquel era un hombre contenido.

«Todavía no —decía su postura—. Todavía no.»

Minerva volvió a dedicar su atención a N.°1.

—¿*En el seto de lady Heatherington Smythe*, dices?

N.°1 asintió con la cabeza. Le daba miedo hablar por si su lengua suelta filtraba aún más información de la que ya había dado.

Minerva se dirigió entonces al espejo de grandes dimensiones.

—¿Te acuerdas de ese libro, papá? La novela rosa más simplona y cursi que te puedas echar a la cara. Me encantó cuando tenía seis años. Habla de una aristócrata inglesa del siglo XIX. ¿Quién era la autora...? Ah, sí, Carter Cooper Barbison, la chica canadiense. La escribió cuando tenía dieciocho años. No se documentó lo más mínimo, y hacía hablar a unos nobles del siglo XIX como si fueran del medioevo. Una tontería absoluta y, por tanto, un éxito de ventas en todo el mundo. Bueno, pues parece que nuestro viejo amigo Abbot se lo llevó consigo a su tierra. El muy caradura ha conseguido vendérselo a sus congéneres demonios como si fuera la Biblia. Por lo visto, todos los demonios citan a Cooper Barbison como si fuera una evangelista.

N.°1 rompió su voto de silencio.

—¿Abbot? ¿Abbot estuvo aquí?

—*Mais oui* —dijo Minerva—. ¿Cómo crees que sabíamos dónde encontrarte? Abbot nos lo contó todo.

Una voz retumbó a través de un altavoz en la pared.

—No todo. Sus cálculos eran inexactos, pero mi joven genio, Minerva, lo recalculó todo. Te regalaré un poni a cambio de todo esto, cariño. Del color que tú quieras.

Minerva hizo unas señas al espejo.

—Gracias, papá, pero a estas alturas ya deberías saber que no me gustan los ponis, ni el ballet.

El altavoz se echó a reír.

—Esa es mi chica. ¿Y qué me dices de un viaje a Disneyland, París? Podrías vestirte de princesa.

—Tal vez después del comité de selección —dijo Minerva con una sonrisa, aunque la sonrisa era un tanto forzada: no tenía tiempo para sueños Disney en esos momentos—. Después de que esté segura de la nominación para el Nobel. Nos queda menos de una semana para repasar las preguntas y organizar la seguridad del viaje a la Real Academia Sueca de Estocolmo.

N.°1 tenía otra pregunta importante.

—¿Y lo que aparece en *En el seto de lady Heatherington Smythe*... no es cierto?

Minerva se rió con ganas.

—¿Cierto? Mi querido amigo, nada podría ser menos cierto. Todo cuanto aparece en ese libro es una absoluta fabulación resultado de la alteración hormonal adolescente.

N.°1 estaba en estado de shock.

—Pero... ¡yo me he estudiado ese libro! Horas y horas. He interpretado escenas, he confeccionado trajes... ¿Me estás diciendo que la mansión Heatherington no existe?

—No existe la mansión Heatherington.

—¿Ni ningún malvado príncipe Karloz?

—Todo ficción.

N.°1 se acordó de algo.

—Pero Abbot regresó con una ballesta como la del libro. Eso es una prueba.

Kong se incorporó a la discusión; al fin de al cabo, aquella era su especialidad.

—¿Ballestas? Eso es historia antigua, sapito. Ahora utilizamos cosas como esta. —Billy Kong extrajo una pistola de cerámica de una sobaquera que llevaba bajo la axila—. Esta preciosidad dispara fuego y muerte. Y también tenemos otras mucho más grandes. Volamos por el mundo a bordo de nuestros pájaros de metal y arrojamos huevos que explotan sobre nuestros enemigos.

N.°1 lanzó un bufido.

—¿Esa cosa tan pequeña dispara fuego y muerte? ¿Voláis a bordo de pájaros de metal? Ya, y seguro que también coméis plomo y sacáis burbujas de oro por la nariz.

Kong no encajaba demasiado bien los comentarios cínicos, sobre todo si provenían de una especie de reptil como el que tenía delante. Con movimiento ágil, quitó el seguro de su arma y realizó tres disparos que destrozaron el reposacabezas del asiento de N.°1. Sobre la cara del diablillo cayó una lluvia de chispazos y astillas, y el sonido de los disparos retumbó como si fueran truenos en una caja de resonancia.

Minerva estaba furiosa. Empezó a chillar mucho antes incluso de que pudiera oírla.

—¡Largo de aquí, Kong! ¡Fuera!

Siguió gritando algo así hasta que dejaron de pitarle los oídos. Cuando Minerva se dio cuenta de que Billy Kong no le hacía el menor caso, decidió hablar en taiwanés.

—Le dije a mi padre que no lo contratase. Es usted un hombre impulsivo y violento. Estamos llevando a cabo un experimento científico y este demonio no me servirá de nada muerto, ¿lo entiende, insensato? Necesito comunicarme con nuestro huésped, así que haga el favor de marcharse porque es obvio que usted lo aterroriza. Váyase, se lo advierto, o podrá dar su contrato por finalizado.

Kong se frotó el puente de la nariz. Le estaba costando hasta la última gota de la paciencia que tenía no acabar con aquella niñata quejica en ese mismo instante y enfrentarse a sus guardias de seguridad, pero había sido una estupidez arriesgarlo todo por no ser capaz de contenerse unas cuantas horas más. Por el momento, tendría que contentarse con un poco más de insolencia por su parte.

Kong se sacó un espejito del bolsillo de sus pantalones y se arregló las mechas engominadas del pelo.

—Está bien, ahora me iré, niñata, pero ten cuidado con la manera en que me hablas, o puede que te arrepientas.

Minerva le lanzó una mirada desafiante.

—Ya, claro —dijo en su idioma.

Kong se guardó el espejo, guiñó un ojo a N.°1 y se marchó. A N.°1 no le hizo ninguna gracia aquel guiño, pues en el mundo de los demonios se guiñaba el ojo al enemigo en el fragor de la batalla para dejar claro que su intención era

que el próximo en morir fuese él. N.° 1 tuvo la clara impresión de que el humano de pelo engominado tenía la misma intención.

Minerva lanzó un suspiro, tardó unos segundos en serenarse y luego reanudó su entrevista con el prisionero.

—Empecemos por el principio. ¿Cómo te llamas?

N.°1 supuso que era seguro responder a aquella pregunta.

—No tengo ningún nombre verdadero porque todavía no me he deformado. Antes eso me preocupaba mucho, pero ahora parece que tengo muchas otras cosas de las que preocuparme.

Minerva se dio cuenta de que sus preguntas tendrían que ser más concretas.

—¿Cómo te llama la gente?

—¿Te refieres a los humanos o a los demás demonios?

—A los demonios.

—Ah, bueno. Me llaman Número Uno.

—¿Número Uno?

—Exactamente. No es un gran nombre, pero es el único que tengo. Y me consuelo pensando que es mejor que Número Dos.

—Ya. Muy bien, Número Uno, supongo que te gustaría saber qué está pasando aquí. N.°1 abrió mucho los ojos con expresión suplicante.

—Sí, por favor.

—Muy bien —empezó a decir Minerva, sentándose frente a su prisionero—. Hace dos años, uno de los tuyos se materializó aquí mismo. Apareció así, sin más, en plena noche en la estatua de D'Artagnan, en el patio. La verdad es que tuvo suerte de no morir en el acto, porque la espada de D'Artagnan le atravesó el brazo. La punta se le rompió dentro.

—¿La espada era de plata? —quiso saber N.°1.

—Sí, sí que lo era. Por supuesto, luego supimos que la plata era lo que lo había anclado a esta dimensión, porque de lo contrario habría sido absorbido de nuevo en su propio espacio y tiempo. El demonio no era otro que Abbot, claro. Mis padres querían llamar a los gendarmes, pero yo los convencí para que trajesen a la pobre bestia medio muerta al interior de la casa. Papá tiene dentro una pequeña consulta para atender a sus pacientes más paranoicos. Trató las quemaduras de Abbot, pero pasó por alto la punta de plata hasta que, al cabo de unas semanas, la herida se infectó y papá hizo una radiografía. Abbot era un sujeto de estudio muy interesante. Al principio, y durante muchos días, entraba en un estado psicótico cada vez que se le acercaba algún humano. Intentó matarnos a todos y juró que su ejército iba a venir para aniquilar a la Humanidad de la faz de la Tierra. Mantenía largas discusiones consigo mismo. Era algo más que una doble personalidad; era como si hubiese dos personas dentro de un mismo cuerpo: un guerrero y un científico. El guerrero montaba en cólera y daba violentas sacudidas, y luego el científico escribía cálculos en la pared. Sabía que estaba a punto de descubrir algo importante, algo revolucionario. Había descubierto una nueva especie o, mejor dicho, una especie antigua. Y si de veras Abbot iba a traer un ejército de demonios, entonces mi misión consistiría en salvar vidas. De humanos y de demonios. Pero claro, solo soy una niña, así que nadie me haría caso. Pero si pudiese grabar todo esto y presentarlo ante el Comité del Nobel en Estocolmo, podría ganar el premio Nobel de Física y declarar a los demonios una especie

protegida. Salvar a una especie me daría cierta satisfacción, y ningún niño ha ganado el premio antes, ni siquiera el gran Artemis Fowl.

N.°1 estaba un tanto perplejo.

—¿No eres un poco pequeña para estar estudiando otras especies? Además, eres una niña. La oferta del poni que te ha hecho la caja mágica sonaba muy bien...

Era evidente que Minerva ya se había encontrado con actitudes similares en ocasiones anteriores.

—Los tiempos están cambiando, demonio —le soltó—. Los niños de ahora somos mucho más listos que los de antes. Escribimos libros, tenemos un gran dominio de la informática y estamos destruyendo algunos mitos científicos. ¿Sabías que algunos científicos ni siquiera admiten la existencia de la magia? Una vez que incorporas la magia a la ecuación de la energía, se demuestra que casi todas las leyes actuales de la física son claramente erróneas.

—Ya entiendo —dijo N.°1, en un tono muy poco convi ncente.

—Tengo justo la edad adecuada para este proyecto —continuó Minerva—. Soy lo bastante joven para creer en la magia y lo bastante vieja para entender su funcionamiento. Cuando te presente ante el público en Estocolmo y presentemos nuestra tesis sobre el viaje en el tiempo y la magia como energía elemental, será un momento histórico. ¡El mundo no tendrá más remedio que tomarse la magia en serio y prepararse para la invasión!

—Pero no hay ninguna invasión —protestó N.°1.

Minerva sonrió como haría una maestra de parvulario ante un niño que acaba de decir una mentirijilla.

—Lo sé todo. En cuanto la personalidad guerrera de Abbot se impuso sobre su otro yo científico, nos lo contó todo acerca de la batalla de Taillte y nos dijo que los demonios regresarán y librarán una terrible guerra con los Fangosos, tal como nos llamó. Habló de montones de sangre y descuartizamientos.

N.°1 asintió. Eso era típico de Abbot.

—Eso es lo que Abbot creía, pero las cosas han cambiado.

—Ya se lo expliqué. Le expliqué que había estado revoloteando por el tiempo y el espacio diez mil años, y que ha llovido mucho desde entonces. Que ahora éramos muchos más que antes y que ya no utilizábamos ballestas.

—¿No las utilizabais? ¿No las utilizáis?

—Ya has visto el arma del señor Kong. Eso es solo un pequeño ejemplo del armamento con el que contamos. Incluso si vinieseis todos los demonios juntos, armados hasta los dientes, no tardaríamos ni diez minutos en encerraros a todos.

—¿Es eso lo que vais a hacer? ¿Encerrarnos a todos?

—Ese era el plan, sí —admitió Minerva—. En cuanto Abbot se dio cuenta de que los demonios nunca podrían derrotarnos, cambió de táctica. Me explicó voluntariamente la mecánica del túnel del tiempo y a cambio yo le di libros para que los leyera y viejas armas para que las examinara. Tras unos días de lectura, me pidió que lo llamásemos Abbot, por el general Leon Abbot del libro. Sabía que en cuanto presentase a Abbot en Estocolmo, sería fácil obtener financiación para una misión internacional. Cada vez que apareciese un demonio, podríamos cazarlo con plata y procurarle alojamiento en una comunidad artificial formada por demonios para su estudio. El Zoo de Central

Park era mi lugar favorito.

N.°1 buscó la palabra «zoo» en su nuevo léxico.

—¿Los zoos no son para los animales?

Minerva bajó la vista hacia el suelo.

—Sí. Me estoy replanteando eso, sobre todo después de haberte conocido. Tú pareces bastante civilizado, no como ese Abbot. Ese sí que era un animal. Cuando llegó, le curamos las heridas, lo ayudamos a recuperarse y nos lo agradeció intentando comernos. Tuvimos que atarlo, no nos dejó otra alternativa.

—Entonces, ¿ya no nos vais a encerrar en un zoo?

—En realidad, lo cierto es que no tengo elección. Según mis cálculos, el túnel del tiempo se está deshaciendo por ambos extremos y se deteriora a marchas forzadas. Muy pronto cualquier cálculo será inexacto y será imposible predecir dónde o cuándo se materializarán los demonios. Me temo, Número Uno, que a los de tu raza no les queda mucho tiempo antes de que desaparezcan por completo.

N.° 1 se quedó estupefacto. Aquella era más información de la que cualquiera podía absorber en un solo día. Por alguna razón, de pronto le vino a la cabeza la demonio de las marcas rojas.

—Y no hay ninguna forma de ayudar? Somos seres inteligentes, ¿sabes? No animales. Minerva se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo mientras tiraba de uno de sus tirabuzones rubios.

—Lo he estado pensando. No hay nada que pueda hacerse sin magia, y Abbot me dijo que todos los hechiceros murieron en la transición.

—Es verdad —corroboró N.° 1. No mencionó que él mismo podía ser un hechicero, porque algo le decía que aquella podía ser información valiosa y que no era una buena idea revelar demasiada información valiosa a una persona que te tenía atado a una silla. Ya había hablado demasiado.

—Tal vez si Abbot hubiese sabido lo del conjuro de tiempo no habría estado tan ansioso por volver a Hybras —reflexionó Minerva—. Papá le dijo que llevaba un trozo de plata incrustada en el brazo y esa misma noche él mismo se lo sacó con unos clavos y desapareció. Lo tenemos todo grabado en una cinta.

Me he preguntado todos los días si habría logrado volver a casa.

—Lo consiguió —le aseguró N.° 1—. El conjuro de tiempo lo llevó justo de vuelta al principio. Nunca nos habló de este lugar, solo apareció con el libro y la ballesta y nos aseguró que era nuestro salvador. Todo era mentira.

—Bueno, en ese caso —dijo Minerva, lanzando un suspiro, y parecía lamentarlo de veras—, no tengo ni idea de cómo salvar a los de tu raza. A lo mejor tu amiguita de la sala de al lado puede ayudar cuando se despierte.

—¿Qué amiguita? —preguntó N.°1, desconcertado.

—La que dejó fuera de combate a Bobo, mi hermano. La pequeña criatura que capturamos cuando trataba de rescatarte —le explicó Minerva—, o mejor dicho, cuando trataba de rescatar una bolsa de golf vacía. Parece una criatura mágica. A lo mejor ella puede ayudar.

«Y quién iba a querer rescatar una bolsa de golf?», se preguntó N.°1.

En ese momento, la puerta se abrió uno centímetros y la cabeza de Juan Soto apareció por la rendija.

—¿Minerva?

—Ahora no —le contestó Minerva bruscamente, haciéndole señas al hombre para que se fuera.

—La llaman por teléfono.

—Ahora no puedo ponerme. Que dejen el recado.

El guardia de seguridad insistió y entró en la habitación tapando con la mano el micrófono de un teléfono inalámbrico.

—Me parece que tendría que hablar con esta persona. Dice que se llama Artemis Fowl.

Minerva dedicó a Soto toda su atención.

—Hablaré con él —dijo, alargando el brazo para coger el teléfono.

El casco para misiones sobre el terreno de la unidad de Reconocimiento de la PES es una pieza del equipo asombrosa. El casco para misiones sobre el terreno de la Sección Ocho, por otra parte, es un milagro de la ciencia moderna; compararlos sería como comparar un trabuco con un rifle Sniper de mira láser.

Potrillo se había aprovechado al máximo de su presupuesto casi ilimitado para consentirse todos los caprichos de tecnología punta y equipar el casco con cada dispositivo de diagnóstico, vigilancia, defensa y cualquier otro artilugio que su fantasía fuese capaz de incorporar en él.

El centauro estaba manifiestamente satisfecho con el resultado de la totalidad de los componentes, pero si le hubiesen obligado a elegir uno solo de sus inventos sobre los que presumir, sin duda se habría quedado con las bolsas antichoque.

Las bolsas antichoque en sí no eran nada nuevo; hasta los cascos de los civiles contaban con bolsas de gel entre la estructura externa e interna que servían de barrera adicional en caso de colisión. Sin embargo, Potrillo había reemplazado la estructura exterior rígida del casco por un polímero más flexible, y luego había cambiado el gel electrosensible por unas diminutas bolas electrosensibles. Las bolas se controlaban mediante pulsaciones electrónicas para que se expandieran, se contrajeran, rodasen o se agrupasen, y había dotado al casco con un sencillo pero extremadamente eficaz sistema de propulsión.

—Esta maravilla no puede volar, pero puede botar cuando tú quieras —había dicho antes Potrillo, cuando Holly estaba escogiendo su equipo—. Solo a los comandantes les dan los cascos voladores, pero yo no los recomendaría, porque se sabe que la parte del motor alisa las permanentes. No estoy diciendo que lleves una permanente, ni que la necesites... ya que hablamos de eso.

Mientras N.° 1 estaba siendo interrogado por Minerva, Potrillo estaba practicando con el mando a distancia del casco de la Sección Ocho de Holly. En ese momento, el casco estaba guardado en una caja fuerte de malla metálica al fondo de la oficina de seguridad.

A Potrillo le gustaba cantar una cancioncilla mientras trabajaba. En este caso, la tonada era el clásico de Riverbend «Si parece un enano y huele como un enano, entonces es un enano (o una letrina con pantalones de peto)». Este título era relativamente corto para una canción de música riverbend, que era el equivalente entre los seres mágicos del country humano.

Cuando me pica y no me puedo rascar,
cuando hay un bicho en mi sopa de ratón,
cuando sufro en la calva una quemadura solar,
es cuando me acuerdo de ti...

Potrillo había apagado su micrófono muy consideradamente para no dar a Artemis ocasión de protestar por sus canciones. De hecho, estaba utilizando una antena integrada extremadamente vieja para emitir su señal con la esperanza de que nadie en la Jefatura de Policía captase su transmisión. Ciudad Refugio estaba en situación de blindaje absoluto, y eso significaba que no había comunicación con la superficie. Potrillo estaba desobedeciendo conscientemente las órdenes del comandante Aske Rosso, y se estaba divirtiendo de lo lindo haciéndolo.

El centauro se puso un par de gafas virtuales a través de las que podía ver todo cuanto aparecía en el visor del casco. No solo eso, sino que el dispositivo PIP de las gafas le proporcionaba visión posterior y lateral de las cámaras del casco. Potrillo ya tenía el control de los sistemas de seguridad del castillo; ahora quería echar un pequeño vistazo al contenido de sus ordenadores, algo que no podía hacer desde el cuartel general de la Sección Ocho, sobre todo con la PES al acecho ante cualquier señal que saliese de la ciudad.

El casco iba equipado de serie con funciones de omnisensor inalámbrico, pero cuanto más pudiese acercarse a un verdadero disco duro, más rápidamente podría realizarse el trabajo.

Potrillo apretó un comando de teclas combinadas en su teclado virtual. A cualquiera que lo estuviese observando, le parecería que el centauro estaba tocando un piano invisible, pero en realidad las gafas virtuales interpretaban los movimientos como pulsaciones de teclas. Un pequeño lápiz láser surgió de repente del interior de un compartimiento oculto justo por encima de la almohadilla del oído derecho del casco de Holly.

Potrillo fijó el objetivo en el mecanismo de cierre de la caja fuerte.

—Disparo de un segundo. Fuego. —No pasó nada, así que Potrillo soltó una maldición, activó el micrófono y lo intentó de nuevo. —Disparo de un segundo. Fuego.

Esta vez un haz de luz roja salió del extremo del lápiz y el cierre se derritió hasta hacerse papilla metálica.

«Siempre es útil tener el equipo activado», pensó Potrillo, alegrándose de que nadie hubiese sido testigo de su error al dar la orden con el micrófono apagado, sobre todo Artemis Fowl.

Acto seguido, fijó un nuevo objetivo: esta vez un ordenador de mesa que había al otro extremo de la oficina. Lo miró y pestañeó tres veces.

—Calcular bote —ordenó al casco, y casi de inmediato una flecha de puntos animada apareció en la pantalla, cayó una sola vez al suelo y luego subió de nuevo a la mesa donde estaba el ordenador.

—Ejecutar bote —dijo Potrillo, y sonrió al ver cobrar vida a su creación. El casco rebotó en el suelo con un rebote propio de un as del baloncesto y fue a parar directamente a la mesa del ordenador.

—Perfecto, eres un genio —se felicitó Potrillo. A veces sus propios inventos le hacían emocionarse.

«Ojalá Caballina hubiese visto esto —pensó—. Vaya, me parece que esa chica me gusta de verdad…»

Caballina era una centaura a la que había conocido en una galería del centro de la ciudad. Era documentalista de la cadena PPTV de día y escultora de noche. Era una fémina muy inteligente y lo sabía todo acerca de Potrillo. Al parecer, Caballina era una fan incondicional de la manta del humor, una prenda homeopática y de masaje multisensorial diseñada por Potrillo específicamente para centauros, así que estuvieron charlando casi media hora. Una cosa llevó a la otra y ahora Potrillo se veía con ella todas las tardes para practicar un poco de *jogging*. Siempre y cuando no hubiese un asunto de máxima emergencia.

«¡Y ahora lo hay!», tuvo que recordarse a sí mismo, volviendo a centrar su atención en el trabajo. El casco estaba junto al teclado del ordenador humano, con el omnisensor apuntando directamente al disco duro de sobremesa.

Potrillo miró fijamente el disco duro y pestañeó tres veces, seleccionándolo en la pantalla.

—Descarga todos los archivos de este ordenador y de cualquier otro que esté conectado en red — ordenó el centauro, y el casco inmediatamente empezó a bajar información del Apple Mac.

Al cabo de unos segundos, una botella animada en la pantalla de las gafas virtuales se llenó casi hasta el borde y soltó un eructo. Transferencia finalizada. Ahora ya podrían averiguar de cuánta información exactamente disponían aquellos humanos, y de dónde la obtenían. Sin embargo, aún quedaba la cuestión de las copias de seguridad. Aquel grupo podía haber copiado toda la información en CD o incluso haberla enviado por correo electrónico o almacenado en Internet.

Potrillo utilizó el teclado virtual para abrir una carpeta de carga de datos y enviar un virus al ordenador humano. La carga borraría por completo el contenido de cualquiera de los ordenadores que estuviesen conectados a la Red, pero antes de eso recorrería todos los sitios de Internet explorados por los humanos y los eliminaría. Potrillo habría preferido ser un poco más selectivo y borrar únicamente los archivos relacionados con los seres mágicos, pero no podía permitirse el lujo de correr ningún riesgo con aquel misterioso grupo. El mero hecho de que nadie hubiese detectado sus actividades durante tanto tiempo era prueba suficiente de que había que tomarlos muy en serio.

Aquel virus era capaz de causar auténticos estragos en los sistemas humanos, y muy probablemente destrozaría miles de sitios de Internet, Google y Yahoo! incluidos, pero Potrillo no veía otra opción.

En la pantalla del centauro, la carga de datos aparecía en forma de una llama roja titilante que emitió un desagradable chasquido al penetrar en el flujo de datos del omnisensor. Cinco minutos después, los discos duros de los Paradizo se quemarían por completo, sin posibilidad de ser reparados. Y además, como ventaja adicional, la carga se adheriría a cualquier dispositivo de almacenamiento dentro del alcance del sensor que llevase la rúbrica de la Red, por lo que cualquier información almacenada en CD o lápices de memoria se desintegraría en cuanto alguien intentase cargarla. Era muy potente, y no había cortafuegos ni antivirus capaz de detenerlo.

La voz de Artemis surgió de dos altavoces de gel colocados encima de la mesa e interrumpió la concentración del centauro.

—Hay una caja fuerte detrás de una pared falsa de esa oficina. Es donde

Minerva guarda sus notas. Tendrás que destruir todo lo que haya dentro.

—Una caja fuerte en la pared —repitió Potrillo—. Veamos...

El centauro realizó un escaneo con rayos X en la habitación y halló la caja detrás de una hilera de estanterías. De haber tenido más tiempo, le habría gustado echar un vistazo en profundidad a todo el contenido, pero tenía una cita a la que debía acudir. Lanzó un disparo de láser concentrado igual de fino que un hilo de pescar al vientre de la caja y redujo a cenizas el contenido de la misma. Con un poco de suerte, acababa de destruir algo más que las joyas de la familia.

El escáner de rayos X no reveló nada más prometedor, así que Potrillo hizo rodar las bolas del interior del casco de Holly para que este se cayese de la mesa. En un alarde de virtuosismo al teclado, Potrillo utilizó el láser para cortar una parte del segmento inferior de la puerta de la oficina mientras el casco aún seguía en movimiento en el aire. En dos rebotes perfectamente coreografiados, el casco pasó por debajo de la parte seccionada de la puerta y salió fuera de la oficina, al pasillo.

Potrillo sonrió satisfecho.

—Ni siquiera ha llegado a rozar la madera —dijo.

El centauro abrió un plano del castillo Paradizo y lo superpuso en una cuadrícula que apareció en su pantalla. En la cuadrícula había dos puntos: uno de ellos era el casco y el otro era Holly. Había llegado el momento de reunir a ambos.

Mientras trabajaba, Potrillo se puso a tararear inconscientemente una de las lúgubres tonadas de riverbend.

Cuando la buena fortuna me deja de sonreír,
cuando de este pozo negro y oscuro no puedo salir,
cuando a mi perrito favorito lo atropella un camión,
entonces es cuando más me acuerdo de ti.

En la superficie del planeta, Artemis se estremeció cuando la canción recorrió el camino que iba del diminuto teléfono al pulgar de su mano.

—Por favor, Potrillo —le pidió en tono atormentado—, estoy intentando negociar por la otra línea. Potrillo relinchó, sobresaltado. Se había olvidado de Artemis.

—Hay gente que no tiene una gota de riverbend en las venas —comentó mientras apagaba el micrófono.

Billy Kong decidió que tendría unas palabras con la nueva prisionera, la fémina. Si es que de veras era una fémina, porque ¿cómo demonios iba a saber él qué clase de criatura era? Parecía una chica, pero a lo mejor las chicas demonias no eran como las humanas. Así que Billy Kong decidió preguntarle a aquella «criatura» qué era exactamente, entre otras cosas. Si la criatura optaba por no responder, a Kong no le importaría. Había muchas maneras de conseguir que la gente hablase; hacerles preguntas amablemente era una manera, darles caramelos era otra, pero Billy Kong prefería la tortura.

A principios de la década de los ochenta, cuando Billy Kong era todavía Jonah Lee, vivía en la playa californiana de Malibú con su madre, Annie, y su

hermano mayor, Eric.

Annie practicaba el pluriempleo en dos lugares distintos para poder comprarles zapatillas de deporte a sus chicos, así que Jonah se quedaba con su hermano Eric por las tardes. Este sistema debería haber funcionado bien, porque Eric tenía dieciséis años y era lo bastante mayor para cuidar de su hermano pequeño. Sin embargo, como la mayoría de los chicos de dieciséis años, tenía otras cosas en la cabeza además de cuidar de los hermanos pequeños; es más, el hecho de tener que cuidar de Jonah estaba interfiriendo muy seriamente en la vida social de Eric.

El problema era, tal como Eric veía las cosas, que a Jonah le gustaba demasiado la calle: en cuanto Eric salía para pasar un rato con sus amigos, Jonah, haciendo caso omiso de las órdenes de su hermano, se iba a la calle a disfrutar de la tarde californiana. Y la calle, en la ciudad, no era sitio para un chaval de ocho años. Así que lo que Eric necesitaba era idear una estrategia para mantener a Jonah quiete cito en casa y que le permitiese a él salir a sus anchas.

El plan perfecto se le ocurrió casi por casualidad una noche, cuando volvía a casa después de una pelea a altas horas de la madrugada con el otro novio de su novia y los hermanos de este. Por una vez, Jonah no había salido de casa y se había quedado en casa embobado viendo programas de terror en la tele por cable pirata. A Eric, que siempre había sido un chico impulsivo y temerario, le había dado por salir con la novia de un gángster local. Habían empezado a circular rumores y ahora la banda del gángster lo perseguía. Le habían dado una pequeña paliza, pero había conseguido salir más o menos ileso. Estaba ensangrentado y cansado, pero lo cierto es que pese a todo disfrutaba con todo aquello.

—Cierra todas las puertas con llave —le dijo a su hermano pequeño, arrancándolo de delante del televisor del susto.

Jonah se puso de pie de un salto y abrió los ojos como platos al ver la nariz sangrante y el labio partido de su hermano.

—¿Qué te ha pasado?

Eric sonrió. Era de esa clase de personas: estaba agotado y maltrecho físicamente, pero la adrenalina le salía por los poros.

—Me... Había una panda de...

Y entonces interrumpió lo que estaba diciendo, porque el principio de una idea se le acababa de formar en la cabeza. Debía de tener muy mal aspecto. Tal vez podría usar aquella excusa para mantener al pequeño Jonah dentro de casa mientras mamá estaba trabajando...

—No puedo decírtelo —dijo, embadurnándose la cara de sangre con la manga de la camisa—. He hecho un juramento. Tú solo echa los pestillos y cierra las persianas.

En circunstancias normales, Jonah no tenía tiempo para los dramatismos de su hermano, pero aquella noche había sangre, y el terror de la tele, y estaba oyendo pasos acercándose por la calle hacia su casa.

—Maldita sea, me han encontrado —soltó Eric, mirando por una ventana.

El pequeño Jonah agarró a su hermano de la manga.

—¿Quién te ha encontrado, Eric? Tienes que decírmelo.

Eric parecía estar a punto de confesárselo.

—Está bien —dijo al fin—. Pertenezco a una... hummm... sociedad secreta.

Luchamos contra un enemigo secreto.

—¿Contra qué? ¿Una pandilla?

—No —contestó Eric—. Luchamos contra unos demonios.

—¿Demonios? —exclamó Eric, medio escéptico y medio aterrorizado hasta la médula.

—Sí, están por toda California. Por el día son chicos normales: contables, jugadores de baloncesto.., cosas así. Pero por la noche se quitan la piel y salen a cazar niños. Menores de diez años.

—¿Menores de diez años? Como yo.

—Como tú. Justo como tú. He encontrado a dos demonios comiéndose a un par de gemelas, de unos ocho años, tal vez. Los he matado a casi todos, pero algunos deben de haberme seguido a casa. Tenemos que quedarnos muy quietos y luego seguro que se van.

Jonah corrió al teléfono.

—¡Hay que llamar a mamá!

—¡No! —gritó Eric, arrebatándole el teléfono—. ¿Quieres que maten a mamá? ¿Es eso lo que quieres?

La idea de que su madre pudiese morir hizo que Jonah se echase a llorar:

—No, mamá no puede morir.

—Exacto —dijo Eric con calma—. Tienes que dejarme a mí y a mi panda la tarea de acabar con todos los demonios. Cuando cumplas los quince años, entonces podrás entrar a formar parte de nuestra sociedad, pero hasta entonces, este será nuestro secreto. Tú te quedarás aquí en casa y me dejarás cumplir con mi misión, ¿me lo prometes?

Jonah asintió, lloriqueando demasiado para poder pronunciar palabra.

Y así, los hermanos permanecieron abrazados en el sofá mientras los hermanos del novio de la novia de Eric golpeaban las ventanas gritando su nombre.

«Es una mentira cruel —pensó Eric—. A lo mejor solo dejo que lo crea durante un par de meses. Así lo mantendré alejado de los problemas hasta que las aguas vuelvan a su cauce.»

El engaño surtió efecto. Jonah estuvo varias semanas sin poner el pie fuera de la casa cuando anochecía, y se quedaba sentado en el sofá, con las rodillas encogidas a la altura de la barbilla, esperando a que Eric volviese con sus elaboradas historias sobre cómo había acabado con algunos demonios esa noche. Todas las noches temía que su hermano no regresase y que los demonios lo matasen.

Una noche, sus temores se hicieron realidad. La policía dijo que Eric había sido asesinado por una famosa panda de hermanos que hacía tiempo que iban tras él, algo relacionado con una chica o algo así. Pero Jonah sabía la verdad: sabía que eran los demonios quienes lo habían hecho, se habían quitado la piel de la cara y habían matado a su hermano.

Así que Jonah Lee, ahora conocido como Billy Kong, iba a entrar a ver a Holly con todo el peso de sus recuerdos de infancia. Por su propia salud mental, había conseguido convencerse con el paso de los años de que los demonios no existían, y de que su querido hermano le había mentido. Esa mentira lo había estado trastornando durante años, impidiéndole formar relaciones duraderas y facilitándole enormemente la tarea de hacer daño a otras personas. Y ahora aquella cría completamente tarada, Minerva, le pagaba

para que la ayudase a cazar a demonios de verdad, y encima resultaba que los demonios sí existían. Los había visto con sus propios ojos.

A aquellas alturas de la historia, Billy Kong ya era incapaz de distinguir entre realidad y ficción. Una parte de él creía que había sufrido un accidente y que todo aquello no eran más que alucinaciones producto del estado de coma profundo en el que se hallaba sumido. Lo único que Billy Kong sabía con absoluta certeza era que, si había la más mínima posibilidad de que aquellos demonios fuesen los mismos que habían matado a Eric, iban a pagar por ello.

Holly no se sentía demasiado cómoda en el papel de víctima. Ya había tenido bastante en la Academia; cada vez que el programa de estudios marcaba la práctica de un juego en el que cada uno debía interpretar un papel concreto, Holly, por ser la única chica de la clase, era la elegida para ser el rehén, o la elfa que volvía casa sola caminando, o la cajera que sufría un atraco en el banco. Había intentado protestar con el argumento de que eso era recurrir al estereotipo, pero el instructor le había contestado diciendo que los estereotipos lo eran por alguna razón, así que ya estaba poniéndose aquella peluca rubia. Así que cuando Artemis la había propuesto a ella para que se dejase atrapar, habían hecho falta muchas dotes de persuasión para convencerla.

Y ahora Holly estaba atada a una silla de madera en un sótano húmedo esperando a que viniese algún humano a torturarla. La próxima vez que a Artemis se le ocurriese un plan en el que alguien tuviese que prestarse para ser un rehén, podía hacer de rehén él mismo. Era ridículo. Ella era capitana con sus ochenta años, mientras que Artemis era un civil de catorce, y pese a todo era él quien dictaba las órdenes y ella quien tenía que obedecerlas.

«Eso es porque Artemis es un genio en cuestión de táctica y estrategia», le dijo su lado sensato.

«Bah, cierra el pico», le contestó su lado irritado con elocuencia.

Y entonces Billy Kong entró en la habitación y se dispuso a irritar a Holly aún más. El matón se desplazó por la sala como un fantasma pálido con el pelo engominado, y dio varias vueltas en silencio alrededor de la silla de Holly antes de hablar.

—Dime una cosa, demonia: ¿puedes quitarte la piel de la cara?

Holly lo miró a los ojos.

—¿Con qué? ¿Con los dientes? Tengo las manos atadas, idiota.

Billy Kong lanzó un suspiro. Últimamente todos los seres de menos de metro y medio se creían con derecho a insultarlo cada vez que les venía en gana.

—Seguramente sabes que se supone que no puedo matarte —le empezó a decir Billy, atusándose el pelo para ponérselo de punta—. Pero muchas veces hago cosas que se supone que no debo hacer.

Holly decidió minar la seguridad en sí mismo de aquel humano.

—Ya lo sé, Billy. ¿O debería llamarte Jonah? Me consta que has hecho un montón de cosas malas estos años.

Kong retrocedió un paso.

—¿Me conoces?

—Lo sabemos todo sobre de ti, Billy. Llevamos años vigilándote.

Eso no era del todo cierto, por supuesto. Holly no sabía nada más acerca

de Billy que lo que Potrillo le había dicho. Tal vez no le habría hablado así de haber sabido su historia con los «demonios».

Para Billy Kong, aquella afirmación tan simple fue la confirmación de todo cuando su hermano Eric le había contado. De repente, los bloques de construcción de sus creencias y su entendimiento se desmoronaron y se rompieron más allá de cualquier posibilidad de reparación.

Todo era verdad. Eric no había mentido. Los demonios poblaban la Tierra y su hermano solo había intentado protegerle y lo había pagado con su vida.

—¿Te acuerdas de mi hermano? —le preguntó con voz temblorosa.

Holly supuso que se trataba de alguna especie de prueba. Lo cierto es que Potrillo había mencionado a un hermano.

—Sí, me acuerdo. Se llamaba Derek, ¿no?

Kong se sacó un estilete del bolsillo de la camisa y lo sujetó con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Eric! —gritó, sacando espuma por la boca—. ¡Se llamaba Eric! ¿Te acuerdas de qué le pasó?

De pronto, Holly se puso nerviosa. Aquel Fangoso era inestable. Seguramente solo tardaría un segundo en desatarse de aquellas ligaduras, pero en aquella situación probablemente un segundo sería demasiado tiempo. Artemis le había pedido que permaneciese atada el máximo espacio de tiempo posible, pero por la expresión que dominaba el rostro de Billy Kong, parecía que permanecer atada podía llegar a ser un error mortal.

—¿Recuerdas qué le pasó a mi hermano? —volvió a preguntar Kong, blandiendo el cuchillo como la batuta de un director de orquesta.

—Lo recuerdo —contestó Holly—. Murió. Violentamente.

Kong estaba en estado de shock, sufriendo una auténtica vorágine interior. Continuaba dando vueltas y más vueltas por la habitación mascullando para sí, cosa que no hacía presagiar nada bueno a Holly.

—Entonces... era verdad. ¡Eric nunca me mintió! Mi hermano me quería. ¡Él me quería y ellos lo mataron!

Holly aprovechó aquel momento de ofuscación para deshacerse de las ligaduras de plástico que la maniataban, y lo consiguió recurriendo a un viejo truco de la PES que le había enseñado la comandante Vinyáya en la Academia: restregó las muñecas contra los bordes más rugosos y se provocó dos pequeños rasguños. Cuando las puntas de los dedos emitieron unas chispas mágicas para sanar las heridas, desvió unas cuantas para derretir el plástico lo suficiente para liberarse.

Cuando Kong volvió a mirar a Holly, la elfa ya se había soltado, pero decidió que no era el momento de delatarse.

Kong se arrodilló ante ella de manera que los ojos de ambos estaban a la misma altura. El hombre pestañeaba sin cesar y el pulso le latía en una vena en la sien. Habló despacio, con una voz impregnada de locura y violencia apenas contenidas. Había pasado al taiwanés, su lengua materna.

—Quiero que te quites la piel de la cara, ahora mismo.

Aquello, según el razonamiento de Kong, sería la prueba definitiva. Si aquella demonia era capaz de quitarse la piel de la cara, la apuñalaría en el corazón y al cuerno con las consecuencias...

—No puedo —dijo Holly—. Tengo las manos atadas. ¿Por qué no me la quitas tú? Ahora llevamos caretas nuevas, de usar y tirar. Se quitan muy

fácilmente.

Kong se puso a toser por la sorpresa, cayendo hacia atrás en la posición de cuclillas. A continuación, recobró el equilibrio y extendió unas manos temblorosas. Las manos no le temblaban de miedo, sino de ira y rabia por haber deshonrado la memoria de su hermano al haber desconfiado de él.

—Tira del nacimiento del pelo —le sugirió Holly—. No tengas miedo de romperla, tú tira y ya está.

Kong levantó la vista y establecieron contacto visual: era lo único que necesitaba Holly para poner en práctica su mágico encanta.

—¿No te pesan mucho los brazos? —le preguntó, con voz sugerente e irresistible.

De pronto, Kong arrugó la frente y las arrugas se impregnaron de sudor.

—Los brazos... ¿qué? ¡Es como si estuvieran muertos, como dos cañerías de metal! No puedo...

Holly intensificó aún más la potencia del encanta.

—¿Por qué no los bajas? Tómatelo con calma. Siéntate en el suelo.

Kong se sentó sobre el suelo de cemento.

—Me voy a sentar aquí, pero solo un segundo. Todavía estamos con lo de quitarte la piel de la cara, pero dentro de un segundo, estoy cansado.

—Seguro que te apetece hablar.

—Pues, ¿sabes qué, demonia? Que me apetece hablar. ¿De qué quieres que hablemos?

—La organización esta en la que andas metido, Billy: los Paradizo. Háblame de ellos.

Kong lanzó una sonora carcajada.

—¡Los Paradizo! Solo hay un miembro de la familia Paradizo que lleva la voz cantante, y esa es la chica, Minerva. Su papá solo se encarga de financiar las operaciones. Si Minerva quiere algo, Gaspard lo paga, así de sencillo. Está tan orgulloso de su niñita la genio que hace todo lo que ella le dice. ¿Te puedes creer que lo ha convencido para que guarde en secreto todo este tinglado de los demonios hasta que el comité del premio Nobel le eche un vistazo a sus investigaciones?

Aquellas eran muy buenas noticias.

—¿Quieres decir que nadie aparte de los ocupantes de esta casa sabe de la existencia de los demonios?

—Pero si ni siquiera los ocupantes de la casa apenas sabemos algo... Minerva está paranoica ante la posibilidad de que algún otro cerebrito le robe su trabajo. Todo el personal cree que estamos custodiando a un preso político que necesita cirugía plástica en la cara. Solo Juan Soto, el jefe de seguridad, y yo mismo conocemos la verdad.

—¿Y Minerva conserva algún documento?

—Documentos, dices? Pues sí, lo anota todo, y cuando digo todo quiero decir absolutamente todo. Tenemos anotaciones de todas y cada una de las actividades de los demonios, hasta de las veces que iban al baño. Lo tiene todo grabado en vídeo, y la única razón por la que no hay cámaras aquí abajo es porque no esperábamos a nadie.

—¿Y dónde guarda esas notas?

—En una pequeña caja fuerte que hay detrás de una pared falsa en la oficina de seguridad. Minerva cree que no me sé la combinación, pero sí me la

sé: es la fecha del cumpleaños de Bobo.

Holly activó un pequeño micrófono de color carne que llevaba adherido al cuello.

—Una caja fuerte en una pared falsa en la oficina de seguridad —dijo alto y claro—. Espero que os pongáis manos a la obra.

No hubo respuesta. El hecho de llevar un auricular habría sido demasiado arriesgado, por lo que Holly tuvo que contentarse con el micrófono del cuello y la iriscam pegada como una lente de contacto a su ojo derecho.

Kong seguía con ganas de hablar.

—¿Sabes qué? Voy a mataros a todos vosotros, los demonios. Tengo un plan. Y muy bueno, además. La señorita Minerva cree que va a ir a Estocolmo, pero eso no va a pasar. Solo estoy esperando el momento oportuno; sé que la plata es lo único que os mantiene anclados a esta dimensión, así que voy a enviaros de vuelta y os voy a dar un pequeño regalito para que os lo llevéis con vosotros.

«No si puedo evitarlo», pensó Holly.

Kong esbozó una media sonrisa.

—Hacemos lo de quitarte la piel de la cara? ¿De verdad puedes hacerlo?

—Pues claro que puedo —contestó Holly—. ¿Estás seguro de que quieres ver cómo me la quito?

Kong asintió, boquiabierto.

—Muy bien, entonces. Observa con atención.

Holly se llevó las manos a la cara y cuando las retiró, su cabeza había desaparecido. El resto del cuerpo y sus extremidades no tardaron en hacer lo propio.

—No solo puedo quitarme la piel de la cara —dijo la voz de Holly desde la nada—, también el cuerpo entero.

—¡Es verdad! —exclamó Kong, casi sin aliento—. Es todo verdad.

Entonces, un diminuto puño invisible desgarró el aire, le atizó en la cabeza y lo dejó inconsciente. Billy Kong quedó tendido en el suelo soñando que volvía a ser Jonah Lee y su hermano volvía a estar a su lado, diciéndole: «¿Lo ves, hermano? Ya te lo dije, te dije que habían sido los demonios. Fueron ellos los que me mataron en Malibú, así que, ¿qué piensas hacer al respecto?».

Y el pequeño Jonah respondió:

«Estoy en ello, Eric. Estoy en ello.»

Minerva aceptó la llamada de teléfono y tomó el aparato que le tendía el guardia de seguridad.

—Al habla Minerva Paradizo.

—Minerva, soy Artemis Fowl —dijo una voz en perfecto francés—. Nos vimos una vez, en un teatro abarrotado en Sicilia.

—Sé quién eres; estuvimos a punto de conocernos en Barcelona también. Y sé que eres realmente tú quien habla porque memoricé tu patrón de voz y tu entonación de una conferencia que diste sobre la política en los Balcanes hace dos años, en el Trinity College.

—Muy bien. Me extraña no haber oído hablar de ti.

Minerva sonrió.

—No soy tan despreocupada como tú, Artemis. Prefiero el anonimato, al

menos hasta que disponga de algo excepcional por lo que se me reconozca.

—Como la existencia de los demonios, por ejemplo —aventuró Artemis—. Eso sí que sería excepcional.

Minerva sujetó el teléfono con fuerza.

—Sí, Fowl. Eso sería excepcional. Es excepcional, así que aleja tus garras irlandesas de mi tema de investigación. Lo último que me hace falta es que un sabiondo engreído venga a adueñarse de mi trabajo en el último momento. Tú ya tenías tu propio demonio, pero con ese no te bastó, tenías que venir aquí a robarme el mío también. En cuanto te reconocí en Barcelona, supe que irías detrás de mi sujeto de estudio. Sabía que intentarías algún truco, que harías que alguien intentara robar el coche. Era lo más lógico, por eso puse una trampa en el vehículo. Y también dejaste inconsciente a mi hermano pequeño, ¿no te da vergüenza?

—Al parecer, te hice un favor —dijo Artemis sin alterarse—. Según dice todo el mundo, el pequeño Bobo es un verdadero incordio.

—¿Para eso me has llamado? ¿Para insultar a mi familia?

—No —respondió Artemis—, te ruego me disculpes, eso ha sido infantil. Te he llamado para intentar hacerte entrar en razón. Aquí hay muchas más cosas en juego que un premio Nobel, sin ánimo de desmerecer al premio, por supuesto.

Minerva esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Artemis Fowl, sea lo que sea lo que pretendas, el caso es que me has llamado porque tu plan ha fracasado. Tengo a tu demonia y tú quieres que te la devuelva, pero si eso hace que te sientas mejor, sigue con tu discursito sobre el bien de la Humanidad, anda.

Fuera, desde el risco desde el que se divisaba el *château* Paradizo, Artemis frunció el ceño. Aquella chica le recordaba muchísimo a sí mismo dieciocho meses atrás, cuando el éxito y los grandes logros lo eran todo, y la familia y los amigos eran algo secundario. En realidad, la honestidad, en aquella ocasión, era la mejor opción.

—Señorita Paradizo —empezó a decir en tono afable—, Minerva. Escúchame un momento, así verás que es cierto todo cuanto te diga.

Minerva chasqueó la lengua, indignada.

—¿Y eso por qué? ¿Porque estamos conectados o algo así?

—Pues la verdad es que sí. Somos muy parecidos, los dos somos la persona más inteligente de la habitación en la que estemos, sean cuales sean las circunstancias. A los dos nos subestiman constantemente, los dos estamos decididos a destacar en cualquier disciplina que nos propongamos, y a los dos nos acompaña siempre el desdén y la soledad.

—Eso es ridículo —le espetó Minerva, pero su protesta sonó a hueco—. Yo no estoy sola, tengo mi trabajo.

Artemis insistió.

—Sé cómo te sientes, Minerva. Y deja que te diga que da lo mismo los premios que ganes, no importa cuántos teoremas demuestres, con eso no bastará para caerle bien a la gente.

—Bah, ahórrate toda esa psicología barata de aficionado, ¿quieres? No eres ni siquiera tres años mayor que yo.

Artemis estaba ofendido.

—No soy ni mucho menos un aficionado. Y para tu información, la edad

muchas veces es perjudicial para la inteligencia. He escrito un artículo sobre eso en Psychology Today bajo el pseudónimo doctor Lade Mencia S. Nil.

Minerva se echó a reír.

—Lo he pillado: «La demencia es senil», muy bueno.

El propio Artemis sonrió.

—Eres la primera persona que lo pilla.

—Siempre soy la primera.

—Yo también.

—¿Y no te resulta agotador?

—Mucho. Siempre pienso, ¿qué le pasa a la gente? Todo el mundo dice que no tengo sentido del humor, y luego voy y hago un juego de palabras con un trastorno psicológico que todo el mundo conoce y nadie se entera. La gente debería partirse de la risa en los pasillos.

—Estoy de acuerdo —dijo Minerva—. A mí me pasa todos los días.

—Ya lo sé. Me encantó ese chiste que hiciste el otro día en el tren con lo de Murray Gell-Mann y el quark. Una analogía brillante.

La agradable conversación se interrumpió bruscamente.

—¿Y cómo oíste ese chiste? ¿Cuánto hace que me espías?

Artemis se quedó mudo; su intención no había sido la de revelar ese hecho. No era propio de él hablar de nimiedades cuando había vidas en juego, pero es que aquella chica, Minerva, le gustaba. Se parecía tanto a él...

—Había una cámara de seguridad en el pasillo del tren. Me hice con una copia de la cinta, mejoré la calidad y te leí los labios.

—Hummm... —se quedó pensando Minerva—. No recuerdo ninguna cámara.

—Pues estaba allí. Dentro de una burbuja de plástico roja, un objetivo de ojo de pez. Te pido perdón por invadir tu intimidad de esa manera, pero era una emergencia.

Minerva se quedó en silencio un momento.

—Artemis, es posible que tengamos mucho de qué hablar. No he hablado tanto con un chico desde... bueno, quizá no lo he hecho nunca, pero lo cierto es que tengo que terminar este proyecto. ¿Te importaría volver a llamarme dentro de seis semanas?

—Dentro de seis semanas será demasiado tarde. El mundo será un lugar distinto y seguramente no será mejor.

—Artemis, basta ya. Estabas empezando a caerme bien y ahora hemos vuelto a donde empezamos.

—Dame solo un minuto más —insistió Artemis—. Si no puedo convencerte en un solo minuto, entonces colgaré el teléfono y te dejaré en paz con tu trabajo.

—Cincuenta y nueve —empezó a contar Minerva—, cincuenta y ocho...

Artemis se preguntó si todas las chicas eran tan volubles. Holly también podía ser así, mostrándose cariñosa y alegre para, un segundo después, mostrarse fría como el hielo.

—Has hecho prisioneras a dos criaturas, ambas sensibles y ninguna de ellas humana. Si exhibes a cualquiera de las dos a la comunidad científica, perseguirán a toda su raza. Serás la responsable de la extinción de al menos una especie, ¿es eso lo que quieres?

—Eso es lo que quieren ellos —lo corrigió Minerva—. El primero que

rescatamos amenazó con matarnos a todos, y posiblemente comernos. Dijo que los demonios volverían y aniquilarían a la odiosa raza humana.

—Sé todo lo que pasó con Abbot —explicó Artemis, recordando lo que había descubierto a través de las cámaras de vigilancia de la propia Minerva—. Era un dinosaurio. Ahora los demonios serían incapaces de derrotar a los humanos. Según mis cálculos temporales, Abbot fue arrojado a una distancia de diez mil años en su propio futuro y luego regresó al punto de partida. Declarar la guerra a los demonios sería como declarar la guerra a los monos. De hecho, los monos supondrían una mayor amenaza, porque hay muchos más. Además, los demonios ni siquiera pueden materializarse por completo, a menos que los atiborremos de plata.

—Estoy segura de que encontrarán una forma de solucionar eso. O alguno podría pasar accidentalmente, como Abbot, y abrirles la puerta a los demás.

—Eso es muy poco probable. De verdad, Minerva, ¿cuántas posibilidades hay de que ocurra eso?

—Así que Artemis Fowl quiere que me olvide de mi proyecto para ganar el Nobel y que libere a mis prisioneros demonios.

—Que te olvides del proyecto, seguro —admitió Artemis, consultando su reloj—, pero no creo que haya necesidad de liberar a tus prisioneros.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Pues porque imagino que ya se habrán ido.

Minerva se dio media vuelta para mirar al sitio donde N.° 1 había estado sentado hasta entonces: estaba vacío, su demonio cautivo había desaparecido, con silla y todo. Le bastó un vistazo para darse cuenta de que en la habitación no había nadie más que ella.

—¿¡Dónde está, Artemis!? —gritó al teléfono—. ¿Dónde está mi premio?

—Olvídate de todo eso —le contestó Artemis con dulzura—. No vale la pena. Te lo dice alguien que ha cometido tus mismos errores. Te llamaré pronto.

Minerva apretó el teléfono como si fuera el cuello de Artemis.

—¡Me has engañado! —exclamó, dándose cuenta de repente de lo que había pasado en realidad—. ¡Tú querías que capturara a tu demonia!

Pero Artemis no respondió. A regañadientes, cerró el puño para cortar la comunicación telefónica. Por lo general, el hecho de engañar a alguien le producía una sensación placentera y excitante, pero el hecho de haber engatusado a Minerva Paradizo le hacía sentirse como un gusano. No dejaba de tener su gracia que se sintiese como un mal tipo ahora que casi era un buen tipo.

Mayordomo lo miró desde lo alto del montículo.

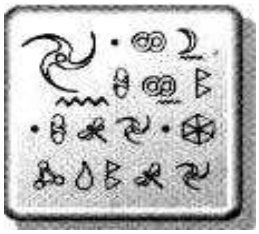
—¿Cómo ha ido? —le preguntó—. Tu primera conversación larga con una chica de tu edad, ¿no?

—Ha sido increíble —contestó Artemis, con la voz cargada de sarcasmo—. Estamos planeando la boda para junio.

CAPÍTULO 9

SE VUELVEN LAS TORNAS

CHÂTEAU PAPADIZO



CUANDO Holly Canija abrió la puerta de su improvisada celda en el sótano, se encontró su casco rebotando en el suelo delante de ella con una imagen tridimensional de Potrillo proyectada sobre él.

—Esto ya es demasiado —dijo—. ¿No podías mandarme un mensaje de texto?

Potrillo había incluido un programa de ayuda tridimensional en el ordenador del casco de Holly. A la elfa no le extrañó lo más mínimo que el centauro hubiese dotado el programa de ayuda con sus propios rasgos físicos.

—¿He perdido algo de peso desde que se diseñó ese módulo, sabes? —dijo la imagen de Potrillo—. Ahora salgo a correr, todas las tardes.

—Al grano —le ordenó Holly.

Holly bajó la barbilla y Potrillo rebotó el casco hasta que este fue a parar a la cabeza de la elfa, que se lo encasquetó.

—¿Dónde está el demonio?

—En el piso de arriba. La segunda puerta a la izquierda —respondió Potrillo.

—Muy bien. ¿Has borrado nuestros patrones del sistema de seguridad?

—Por supuesto. El demonio es invisible, y a ti no pueden verte, sea cual sea la lente que utilicen. Holly subió por los escalones de tamaño humano. Le habría resultado más fácil volar, pero se había dejado las alas fuera, junto con el ordenador del traje. No había habido necesidad de arriesgarse a dejarlas en otras manos humanas que no fuesen las de Artemis, e incluso para eso había hecho falta pensárselo un poco.

Se lanzó pasillo abajo, pasó por la primera puerta a la izquierda y se asomó por la rendija abierta de la segunda, haciéndose buena idea de la situación con un rápido escaneo de la sala.

El demonio estaba atado a una silla y la chica humana estaba hablando por teléfono, de espaldas a él. Había un enorme espejo de doble cara en la pared, y Holly utilizó su escáner térmico para asegurarse de que en la sala contigua solo había un ocupante, un hombre de gran tamaño. Al parecer, estaba hablando por el móvil, sin mirar hacia la celda del demonio.

—¿Quieres que la deje inconsciente? —preguntó Potrillo, animado—. Ella

te noqueó a ti con gas adormecedor, ¿no?

—Estaba disfrutando de lo lindo con su nuevo juguete; era como un juego de ordenador en primera persona.

—No estaba inconsciente —le informó Holly, con la voz amortiguada por el casco—. Solo aguantaba la respiración. Artemis ya me dijo que usaría gas. Lo primero que hice fue ventilar el vehículo.

—Y el Fangoso de aquí al lado? —insistió Potrillo—. Puedo apuntar con el láser a través del cristal. Es una función muy potente, la verdad.

—Cállate o cuando lleguemos a casa te vas a enterar —le advirtió Holly—. Únicamente disparamos en situaciones de emergencia.

Holly rodeó a Minerva con cuidado de no rozarla o de pisar algún tablón suelto del suelo. En esos momentos cruciales, un solo crujido podía dar al traste con todos sus planes. Se agachó delante del pequeño demonio, que no parecía demasiado preocupado por su situación. De hecho, estaba haciendo listas de palabras y riéndose después de pronunciar cada una de ellas.

—«Cornucopia», muy buena —dijo. Y a continuación añadió—: «Sanitario.» Esa me gusta, je, je.

«Genial», pensó Holly. Saltaba a la vista que aquel demonio había perdido unas cuantas neuronas durante la transferencia. Utilizó la función de órdenes de voz para escribir un texto en su visera.

—Asiente con la cabeza si puedes leer esto —decía el texto. Para el demonio, las palabras aparecían flotando en el espacio ante él.

—Asiente con la cabeza si... —empezó a decir, y luego se detuvo y empezó a asentir frenéticamente.

—¡Deja ya de asentir! —le envió Holly—. Soy una elfa, una de las primeras familias de seres mágicos. He venido a rescatarte. ¿Me entiendes?

No hubo respuesta, así que Holly envió una orden.

—Asiente una sola vez con la cabeza si lo entiendes.

El demonio asintió una sola vez.

—Muy bien. Ahora lo único que tienes que hacer es estarte quieto y calladito.

Otro asentimiento. El demonio ya le estaba cogiendo el tranquillo.

Potrillo había transferido su imagen al interior de la visera de Holly.

—¿Lista? —preguntó el centauro.

—Sí. Tú vigila al Fangoso, y si se vuelve, podrás dispararle con el láser.

Holly metió la mano por la manga derecha y sujetó una lámina de aluminio con los dedos índice y corazón. Esto no es tan fácil como parece para un ser mágico que está protegido con el escudo y vibrando a una velocidad mucho más rápida de la que puede detectar el ojo humano. El traje de la Sección Ocho lo hacía más fácil, puesto que reducía la cantidad de vibraciones necesarias. Holly extrajo y desplegó un enorme cuadrado de lámina de tela de camuflaje que automáticamente proyectó una lograda aproximación de lo que debía haber detrás de ella. Cada una de las partículas que formaban la lámina era en realidad un diamante mágico de múltiples facetas capaz de reflejarlo todo con la máxima precisión sin que importase cuál era el ángulo de incidencia.

La elfa se aproximó aún más a N.° 1 y luego levantó la tela de camuflaje. La tela iba equipada con tecnología multisensorial, por lo que a Potrillo le resultó muy fácil eliminar al diablillo de la imagen proyectada. A los ojos de

Minerva, parecería que su prisionero demonio se había esfumado, sin más, y para N.° 1, en cambio, sería como si no estuviese pasando nada de nada, y pensaría que aquel era el rescate más torpe en toda la historia de los rescates.

Segundos más tarde, Minerva se volvió rápidamente para mirarlos.

N.° 1 la saludó con la cabeza, pero se quedó perplejo al descubrir que la chica no podía verlo.

—¿¡Dónde está, Artemis!? —gritó la chica al teléfono—. ¿Dónde está mi premio?

N.° 1 estuvo a punto de decirle: «Estoy aquí», pero se lo pensó mejor.

—¡Me has engañado! —chilló Minerva—. ¡Tú querías que capturara a tu demonia!

«Por fin se da cuenta —pensó Holly—. Y ahora vete y ponte a registrar el castillo como una buena chica.»

Y acto seguido, Minerva salió de la habitación, llamando a su padre a gritos. En la habitación de al lado, papá Paradizo, al oír los gritos de su hijita, cerró el teléfono y empezó a volverse...

Potrillo activó el láser del casco y le disparó en el pecho. El hombre cayó al suelo y se quedó allí tendido, inhalando aire despacio con la respiración propia de quien está inconsciente.

—Qué bonito... —comentó el centauro—. ¿Has visto eso? Ni un solo rasguño en el cristal.

—¡Se iba derecho a la puerta! —protestó Holly, quitándose la lámina de camuflaje.

—Se volvía hacia el cristal. No he tenido más remedio que dispararle.

—Ya hablaremos de esto luego, Potrillo. No me gusta tu nueva actitud de pistolero.

—A Caballina le gusta que me ponga autoritario. Me llama su machote.

—¿Quién? Mira, cállate de una vez —le ordenó Holly al tiempo que derretía las ligaduras de N.° 1 descerrajando dos disparos de láser.

—¡Soy libre! —exclamó el diablillo, levantándose de un brinco—. Liberado, desatado, sin restricciones.

Holly desactivó su escudo protector y se descubrió ante N.° 1.

—Espero que eso sea un casco —comentó el diablillo.

Holly tocó un botón y la visera se deslizó hacia arriba.

—Sí. Soy un ser mágico, como tú. Solo que pertenezco a otra familia.

—¡Una elfa! —exclamó N.° 1, loco de contento—. Una elfa de verdad. Tengo entendido que cocináis la comida y os gusta la música. ¿Es eso cierto?

—A veces, cuando no estamos tratando de escapar de los humanos asesinos.

—No, no son asesinos, ni agresivos, ni homicidas, ni siquiera belicosos.

—Puede que la que has conocido tú, no. Pero hay un tipo con el pelo raro en el sótano, y créeme, cuando se despierte, se va a poner agresivo y todas esas cosas más que has dicho.

N.° 1 se acordaba de Billy Kong y no tenía ningunas ganas de volverlo a ver.

—Muy bien, elfa. Y ahora, ¿qué?

—Llámame Holly.

—Yo soy Número Uno. ¿Y ahora qué, Holly?

—Ahora, nos escapamos. Unos amigos nos están esperando... hummm...

Número Uno.

—¿Amigos? —se sorprendió N.° 1. Conocía la palabra, por supuesto, pero nunca había imaginado que pudiese aplicársela a él. Era una idea muy agradable, incluso en aquellas circunstancias extremas.

—¿Qué tengo que hacer?

Holly le echó la lámina de camuflaje por encima como si fuese un chal.

—Ponte esto. Te tapará casi todo el cuerpo.

—Increíble —dijo N.° 1—, una capa de invisibilidad.

Potrillo protestó al oído de la elfa.

—¿Una capa de invisibilidad? Eso de ahí es una pieza técnica muy sofisticada. ¿Qué se ha creído? ¿Que un mago se la ha sacado de su chistera o algo así?

Holly no hizo ningún caso al centauro, algo que empezaba a convertirse en costumbre.

—Sujeta la tela fuerte con una mano y agárrate a mi cinturón con la otra. Tenemos que salir de aquí muy rápido y solo me quedan unos pocos minutos de magia para activar el escudo. ¿Estás listo?

La expresión de ansiedad de N.° 1 asomó del chal de invisibilidad.

—Sujetar la capa. Agarrarse al cinturón. Vale.

—Muy bien. Potrillo, cúbrenos la espalda. Adelante.

Holly activó el escudo y luego se precipitó hacia la puerta abierta, arrastrando a N.° 1 consigo. El pasillo estaba flanqueado por numerosas macetas de plantas altas y cuadros al óleo, entre los que se incluía un Matisse. Holly oía voces humanas gritando en las habitaciones adyacentes. A su alrededor, la casa era un hervidero de actividad, y solo era cuestión de segundos que algunos Fangosos empezasen a aparecer por aquel pasillo.

N.° 1 trataba con todas sus fuerzas de seguir el ritmo, tambaleándose sobre sus escuálidas patitas a la zaga de la capitana elfa, que estaba completamente en forma. Parecía imposible que pudiesen escapar. A su alrededor se oía el rumor creciente de multitud de pasos aproximándose. N.° 1 se distrajo un momento, se enganchó un dedo del pie en la tela de camuflaje y la pisoteó sin querer. El circuito electrónico de la tela sufrió una sobrecarga y se desactivó: el demonio se volvió tan visible como una mancha de sangre sobre un montón de nieve.

—Hemos perdido la tela de camuflaje —informó Potrillo.

Holly flexionó los dedos. Echaba de menos su pistola.

—Vale, no nos queda más remedio que echar a correr. Potrillo, te doy rienda suelta, si me perdonas el símil caballuno.

—Por fin —exclamó el centauro, relinchando—. He incorporado a mis controles un módulo de juegos con joystick incluido. No es muy ortodoxo, pero sí muy preciso. Tenemos fuerzas hostiles aproximándose desde todos los ángulos. Mi consejo es que sigas la ruta directa, que vayas al final del pasillo y sigas el camino de nuestro amigo Doodah a través de la ventana. Mayordomo os cubrirá cuando estéis en campo descubierto.

—De acuerdo. Número Uno, ocurra lo que ocurra, no te sueltes.

La primera amenaza llegó por delante. Dos guardias de seguridad doblaron la esquina con las armas en ristre.

«Ex policías —supuso Holly—. Cubren las diagonales.» Los hombres se quedaron estupefactos al ver a N.° 1. Era obvio que no formaban parte del

reducido círculo de quienes sabían la verdad.

—¿Qué demonios...? —exclamó uno.

El otro mantuvo el tipo.

—¡Quedaos ahí quietos!

Potrillo les disparó a ambos dos descargas de láser en el pecho. La energía les empapó la ropa y cayeron al suelo resbalando por la pared.

—Inconscientes —dijo N.° 1, jadeando—. Comatosos, catalépticos, fuera de combate. —Se dio cuenta de que aquella búsqueda de sinónimos le iba bien para aliviar el estrés—. Estrés. Tensión, angustia y ansiedad.

Holly arrastró a N.° 1 hacia delante, hacia la ventana todavía abierta. Aparecieron más guardias por los pasillos laterales y Potrillo se deshizo de ellos con gran eficiencia.

—Deberían darme puntos extra por esto —dijo—, o al menos una vida más.

Había dos guardias más en la sala de estar, tomándose un café. Potrillo los fulminó en el acto, allí mismo, y luego descerrajó una descarga de láser en abanico para evaporar el café antes de que cayese en la alfombra.

—Es que es tunecina —se justificó—, y luego cuesta mucho quitarle las manchas de café. Ahora solo tendrán que limpiar los posos.

Holly bajó los escalones de la sala.

—A veces tengo la sensación de que no calculas bien la magnitud de las misiones sobre el terreno— dijo, pasando alrededor de un enorme sofá de terciopelo.

N.° 1 bajó por los escalones de tamaño humano tras su salvadora. A pesar de todo su nuevo vocabulario, el diablillo no sabía muy bien cómo se sentía.

Asustado, claro. Fangosos enormes con armas de fuego y todo eso. Entusiasmado, también; estaba siendo rescatado por una especie de súper elfa que, además, era invisible. Y le dolía la pierna, eso sobre todo. El humano furioso le había disparado un tiro en la pierna, con una bala de plata sin duda. Sin embargo, N.° 1 se dio cuenta de que le faltaba una sensación de todo el caldero hirviente de sensaciones, una sensación intensa que lo había acompañado siempre, al menos así lo recordaba: la sensación de incertidumbre. A pesar de los alocados acontecimientos que estaban sucediendo a su alrededor, se sentía más a gusto en aquel planeta de lo que se había sentido nunca en Hybras.

Una bala pasó silbando por su oído.

«Bueno, la verdad es que en Hybras tampoco se estaba tan mal...».

—¿Despierta, Potrillo! —le regañó Holly—. Se supone que nos cubres las espaldas...

—Perdón —se disculpó el centauro, haciendo girar el láser y dirigiéndolo hacia la puerta. La guardia de seguridad, una mujer esta vez, esbozó una sonrisa radiante y luego se desplomó. Una vez en el suelo, empezó a cantar una canción infantil que hablaba de perritos y sus huesos.

—Qué raro —dijo Potrillo—. Esa guardia está cantando.

—Pasa muchas veces —repuso Holly, encaramándose al alféizar de la ventana—. El láser bloquea algunas funciones, pero a veces activa otras.

«Qué interesante —pensó el centauro—. Un arma de la felicidad. Sin duda, merece la pena investigarlo más.»

Holly extendió la mano y agarró a N.° 1 de la muñeca para tirar de él hacia

arriba y subirlo al alféizar. Se inquietó al ver que sus propios brazos no eran tan invisibles como ella habría deseado: se le empezaba a agotar la magia. La activación del escudo consumía muchísima energía, no tardaría mucho tiempo en pasar al estado visible, tanto si ya estaban a salvo como si no.

—Ya casi estamos —dijo.

—Solo hay que cruzar al otro lado de ese campo verde tan grande, ¿verdad? —dijo N.°1, haciendo gala de grandes dotes para el sarcasmo.

—Me gusta este demonio —comentó Potrillo.

Saltaron al césped. La alarma ya había sonado por todas partes y los guardias salían en tropel de las distintas puertas como protagonistas de una estampida.

—Rienda suelta, Potrillo —le dio permiso Holly—. Y dispara a los vehículos también.

—Sí, señor, quiero decir, señora —contestó Potrillo, y empezó a disparar.

Holly se lanzó cuerpo a tierra, tirando del diablillo. No había tiempo para tener en cuenta su forma física, o conseguía seguir su ritmo o no tendría más remedio que llevárselo a rastras. El lápiz de láser de su casco disparaba una descarga tras otra y describía amplios arcos para cubrir a todos los guardias que se fuesen acercando. Holly sintió el calor del arma en la coronilla y decidió que le haría algún comentario a Potrillo acerca del sistema de refrigeración del casco si es que lograban salir de esta.

En ese momento, el centauro estaba demasiado ocupado para comentarios. Lo único que Holly oía a través de sus auriculares eran gruñidos y relinchos: Potrillo seguía concentrado en su trabajo. Ya había dejado de preocuparle la precisión, pues había demasiadas cosas a las que disparar. Lanzaba descargas en abanico que dejaban a media docena de guardias fuera de combate de un solo disparo. Los guardias estarían perfectamente al cabo de media hora, aunque podría ser que algunos experimentasen un ligero dolor de cabeza, alopecia, irritabilidad, flojedad de vientre y otros efectos secundarios parecidos durante varios días.

A continuación, Potrillo fijó su objetivo en los cuatro por cuatro, y realizó varios disparos a los tanques de gasolina. Los BMW explotaron de forma sucesiva, dando espectaculares vueltas de campana al estallar. La fuerza de la explosión impulsó a Holly y a N.°1 como si fuera un puño gigante, ayudándolos a avanzar un poco más rápido. El casco de Holly la protegió del estruendo, pero la cabeza del pobre N.°1 todavía sufriría zumbidos un buen rato.

Una gruesa columna de humo ascendía de cada uno de los vehículos destrozados, y fue extendiéndose por el césped del cuidado jardín, con más eficacia que si se tratase de una granada de humo. Holly y N.°1 corrieron justo por delante de la columna de humo hacia las verjas de la puerta principal.

—La puerta —dijo Holly entre jadeos al micrófono.

—Ya la veo —contestó Potrillo, y fulminó de un disparo los goznes de las verjas de hierro forjado, que cayeron al suelo con gran estrépito.

Un monovolumen apareció derrapando ante las puertas de la entrada, y su portón trasero se abrió de golpe.

Artemis estaba dentro y extendió el brazo para ayudar a subir a N.°1.

—Venga —lo apremió—. Sube rápido.

—¡Aaargh! —exclamó N.°1—. ¡Un humano!

Holly se metió en el vehículo de un salto, arrastrando a N.°1 consigo.

—No pasa nada —dijo, desactivando el escudo con la esperanza de conservar el resquicio de magia que le quedase—. Es amigo nuestro.

N.° 1 se agarró con fuerza a la espalda de Holly, tratando por todos los medios de no vomitar. Miró hacia el asiento delantero, donde estaba Mayordomo.

—¿Y ese? Por favor, dime que también es un amigo.

Holly sonrió y se encaramó a uno de los asientos.

—Sí, es un amigo. El mejor.

Mayordomo desplazó la palanca del cambio de marchas a la posición de conducción.

—Abrochaos los cinturones, chicos y chicas. Estamos a punto de participar en una persecución de coches.

El sol se estaba poniendo cuando Mayordomo enfiló con el coche la carretera serpenteante de la Route de Vence. Estaba labrada en la ladera de la montaña, con mansiones de piedra que los miraban desde arriba y el desfiladero de la Gorge du Loup aguardándolos debajo. Hacía falta ser un conductor muy experimentado para desenvolverse en aquellas curvas a semejante velocidad, pero Mayordomo había conducido un carro blindado Al Fahd por un bullicioso mercado de El Cairo, así que las carreteras alpinas no entrañaban ningún reto para él.

Al final, resultó que no hubo persecución automovilística: la flota de los Paradizo se quedó consumiéndose en montoncitos de amasijos de hierros en llamas, en el camino de entrada al castillo. No quedó ni siquiera un ciclomotor intacto para poder seguir al coche que se había dado a la fuga con el preciado demonio dentro.

Mayordomo no dejaba de comprobar el espejo retrovisor, y solo se permitió esbozar una tímida sonrisa de satisfacción al pasar por el peaje de la autopista a la altura de Cagues sur Mer.

—Ya estamos a salvo —anunció, y pisó el acelerador para desplazarse al carril de la izquierda—. No ha quedado un solo vehículo entero en esa finca, ni siquiera el cochecito eléctrico de Beau.

Artemis sonrió, exultante por el éxito de la misión.

—Tal vez deberíamos haberles dejado el fabuloso cohete del señor Day.

Holly advirtió que N.° 1 estaba examinando alegremente su cinturón de seguridad.

—Abróchatelo —dijo la elfa, colocando el extremo del dispositivo en la ranura correspondiente.

—Abrochar —repitió N.° 1—. Sujetar, unir, atar. ¿Por qué estás con estos humanos?

—Van a ayudarte —le explicó Holly amablemente.

N.° 1 tenía un millón de preguntas y sabía exactamente cómo formular cada una de ellas, pero, de momento, las palabras dejaban un lugar preferente a las imágenes, y la mandíbula cuadrada del diablillo no dejaba de abrirse cada vez más mientras contemplaba las maravillas de las autopistas modernas a través de los cristales tintados de la ventanilla.

Holly aprovechó el momento para actualizar la información.

—Doodah y Mantillo han salido sin problemas?

—Sí —le confirmó Artemis—. Potrillo estaba ansioso por que le devolvieran la nave, ya que la había cogido sin permiso. Solo vamos unas pocas horas por

detrás de ellos. Para cuando llegues a la terminal de lanzaderas, ya deberían haber levantado el blindaje absoluto. No me sorprendería nada que hubieses ganado una medalla, Holly. Has hecho un trabajo impecable.

—Todavía hay cabos sueltos.

—Sí, pero nada que no pueda solucionar un equipo de limpieza de memoria de la PES. No hay ninguna prueba física de que todo ese desastre en el castillo Paradizo lo pueda haber causado algo que no fuese humano.

Holly se recostó en el asiento.

—Tengo la sensación de que me olvido de algo.

—Te olvidas de los demonios. Su conjuro de tiempo se está deshaciendo, su isla quedará perdida en el tiempo, si es que no se ha perdido ya. Entran y salen del tiempo sin parar, estableciendo contacto como una pelota de baloncesto.

N.° 1 seleccionó una palabra.

—¿Deshaciéndose?

—Hybras está maldita —le explicó Artemis con franqueza—. Dentro de poco tu hogar y todo cuanto hay dentro será arrastrado por el túnel del tiempo, y cuando digo «dentro de poco» estoy hablando en términos humanos. En tu mundo es posible que haya sucedido ya, o tal vez sucederá dentro de un millón de años. —Le tendió la mano—. Y por cierto, me llamo Artemis Fowl.

N.° 1 le estrechó la mano y le mordisqueó el dedo índice, siguiendo la costumbre demoníaca.

—Yo me llamo Número Uno, y soy un diablillo. ¿Y no hay nada que podamos hacer para salvar Hybras?

—Me temo que no —respondió Artemis mientras retiraba el dedo y comprobaba que no le hubiese dejado señales—. La única manera de salvar Hybras es trayéndola a la Tierra bajo circunstancias controladas. Por desgracia, los únicos que podrían haberlo hecho son los hechiceros, y están todos muertos.

N.° 1 se mordisqueó el labio.

—Hummm... No estoy seguro, pero creo que... es posible que yo... sea un hechicero. Tengo el don de lenguas.

Artemis inclinó el cuerpo hacia delante, tirando de su cinturón de seguridad.

—El don de lenguas no significa nada, podrías tener facilidad para los idiomas. ¿Qué más sabes hacer?

—Bueno, tampoco estoy del todo seguro de esto, pero creo que tal vez haya convertido la madera en piedra.

—El don de la gárgola... Eso sí es interesante. ¿Sabes una cosa, Número Uno? Tienes algo especial. Esas marcas... Me resultas familiar. —Artemis frunció el ceño, irritado por no saber ubicar el recuerdo—. No nos conocemos de antes, estoy seguro de que lo recordaría. Y sin embargo, hay algo...

—Las marcas son muy comunes, sobre todo la de la frente. Muchas veces los demonios piensan que me conocen, me pasa muy a menudo. Y ahora, ¿cómo salvamos Hybras?

Artemis asintió.

—Sí, sí, claro. La mejor solución es enviarte al mundo subterráneo. Yo solo tengo nociones básicas de teoría mágica, pero Potrillo cuenta con una legión de expertos ansiosos por examinarte. Estoy seguro de que a la PES se le

ocurrirá algún plan para salvar tu isla.

—¿De verdad?

Mayordomo los interrumpió desde la parte delantera del coche y le ahorró a Artemis su respuesta.

—Tenemos un problemilla en el *château* Paradizo —anunció, dando unos golpecitos en la pantalla de un ordenador portátil incorporado en el salpicadero—. Será mejor que echéis un vistazo.

El guardaespaldas pasó el ordenador por encima de su hombro. La pantalla estaba dividida en una docena de ventanas en las que aparecían imágenes de las cámaras de seguridad del castillo, que seguían recibiendo gracias al desvío de datos ideado por Potrillo.

Artemis apoyó el portátil en las rodillas y examinó la pantalla con ojos brillantes.

—Madre mía... —exclamó—. Esto no tiene buena pinta.

Holly se cambió de sitio para poder ver la pantalla.

—A decir verdad, tiene muy mala pinta.

N.° 1 no estaba demasiado preocupado por el ordenador, ya que para él era una simple caja.

—Mala pinta —repitió, buscando en su diccionario mental—. Un sinónimo de «problema».

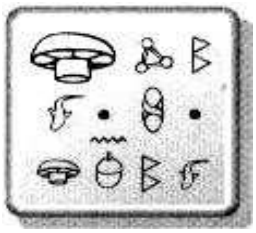
Artemis no levantó la vista de la pantalla.

—Eso es exactamente, Número Uno. Un problema. Un problema muy serio.

CAPÍTULO 10

KONG, EL KING

CHÂTEAU PARADIZO



MINERVA Paradizo estaba furiosa. No sabía cómo, pero aquel odioso Fowl había conseguido robarle su sujeto de estudio justo delante de sus narices. Y después de todo el dinero que su padre se había gastado en sistemas de seguridad, incluso contratando a ese repugnante señor Kong. A veces, Minerva se preguntaba si todos los hombres eran unos energúmenos, menos su padre, por supuesto.

Todo el castillo era un caos. Fowl había dejado una verdadera estela de destrucción a su paso. Los coches habían quedado reducidos a pura chatarra, el césped había quedado tan destrozado que entre sus profundos surcos ya se podía plantar un huerto, y el hedor a humo y gasolina había impregnado hasta el último rincón de su habitación. Solo una apresurada llamada a la comisaría de policía de Vence y unas mentiras improvisadas sobre la marcha acerca de un accidente con el generador habían impedido la aparición de un coche patrulla.

Una vez hubieron extinguido todas las llamas, Minerva convocó una reunión del personal en el patio. Juan Soto, el jefe de seguridad, su padre, Gaspard, y por supuesto Billy Kong, estaban presentes. El señor Kong parecía más nervioso de lo habitual.

—¡Demonios! —masculló el californiano—. Era verdad, todo verdad. Tengo una responsabilidad con mi hermano: terminar lo que él empezó.

Si Minerva hubiese prestado atención a las palabras de Billy Kong, se habría dado cuenta de lo premonitorias que podían ser, pero la chica estaba demasiado ocupada preocupándose de sus propios problemas. Y en opinión de Minerva, sus problemas eran mucho más importantes que los de cualquier otra persona.

—Un poco de atención, por favor. Os habréis dado cuenta de que mi proyecto atraviesa por serias dificultades.

Gaspard Paradizo estaba hasta la coronilla del «proyecto» de Minerva, sencillamente. Hasta ese momento, le había dedicado la módica cantidad de un millón y medio de euros, pero ahora la totalidad de su finca había quedado destrozada. Lo cierto es que era demasiado.

—Minerva, *chèrie* —empezó a decir, alisándose el pelo plateado—. Creo que tenemos que abordar este asunto desde otra perspectiva. Tal vez deberíamos dejarlo, ahora que todavía estamos a tiempo.

—¿Dejarlo, papá? ¿Dejarlo mientras Artemis Fowl lleva a cabo un proyecto paralelo? Ni hablar. Gaspard volvió a hablar, esta vez endureciendo su voz con un tono férreo.

—¿Ni hablar, Minerva?

Minerva se ruborizó.

—Lo siento, papá. Es que estoy furiosa, eso es todo. Ese chico irlandés entra aquí con su tropa y ¡zas!, en un abrir y cerrar de ojos destroza todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora. Es insoportable, ¿no?

Gaspard estaba sentado, como todos los demás, a una mesa de hierro forjado colocada en el jardín de la parte de atrás, donde estaba la piscina. Empujó la silla hacia atrás y rodeó la mesa hasta llegar junto al asiento de su hija. Desde allí había una vista espectacular del bosque que cubría la totalidad del valle hasta la localidad costera de Antibes, abajo. Sin embargo, nadie parecía sentir demasiado interés por admirar las vistas aquella tarde.

—Creo, Minerva —dijo, agachándose a su lado—, que hemos llegado demasiado lejos en este asunto. Hay fuerzas de otro mundo implicadas en este «proyecto», como tú lo llamas; el peligro persigue a esas criaturas, y no puedo permitir que te coloques en una situación en la que arriesgues tu integridad o la de los demás. Hemos luchado por una causa noble, y me siento tan orgulloso de ti que es como si el corazón no me cupiera en el pecho, pero es hora de dejar este asunto en manos del gobierno.

—No podemos, papá —dijo Minerva, enfurruñada—. No tenemos pruebas. No hay imágenes, nada. Todos nuestros discos y archivos informáticos han sido destruidos. Abrieron incluso la caja fuerte y quemaron todo su contenido. Me parece que Artemis Fowl provocó fallos de funcionamiento en Google y Yahoo! ¿Qué pensarían de una niña que entra en el Ministerio de Defensa diciendo que tiene monstruos en el sótano? Necesito pruebas.

Gaspard se puso de pie y sintió cómo le crujían las rodillas.

—¿Pruebas, pequeña? Pero no son criminales. Vi cómo hablabas con nuestro visitante: era un ser muy despierto, inteligente, no había hecho nada malo. No era un animal. Una cosa es presentar ante el comité del Nobel pruebas de una invasión a través del túnel del tiempo y otra muy distinta perseguir criaturas sensibles inocentes.

—¡Pero papá...! —suplicó Minerva—. Un último intento. Necesito un mes para reconstruir mi maqueta del túnel del tiempo y luego podré hacer una predicción de la siguiente materialización.

Gaspard besó a su hija en la frente.

—Mira en tu corazón, mi geniecillo. ¿Qué te dice él que hagas?

Minerva frunció el ceño.

—¿Que mire en mi corazón? De verdad, papá, no soy un Oso Amoroso, precisamente...

—Por favor, *chèrie* —dijo su padre—. Sabes que te quiero y que respeto tu inteligencia, pero aunque solo sea por una vez, ¿estás seguro de que no quieres mejor un poni? ¿Y no prefieres que te traiga a Justin Timberguay para que cante en tu fiesta de cumpleaños?

Minerva siguió echando humo unos minutos, pero sabía que su padre tenía

razón. No tenía ningún interés en detener a criaturas inteligentes, eso era crueldad, simplemente. Sobre todo si no tenían intención de hacer ningún daño. Pero no podía rendirse así, sin más. Minerva decidió entonces, en su fuero interno, que Artemis Fowl se convertiría en su siguiente proyecto. Lo averiguaría todo sobre el irlandés y descubriría cuánto sabía él de demonios.

—Muy bien —dijo, suspirando—. Renunciaré a mi premio Nobel por ti. Al menos este año.

«El año que viene será distinto —pensó—. Cuando sepa lo que sabe Artemis Fowl. Ahí fuera hay mundos enteros de conocimientos esperando que yo los descubra.»

Gaspard abrazó a su hija con fuerza.

—Muy bien. Es lo mejor.

El cirujano regresó a su asiento.

—Y ahora, señor Soto: balance de daños.

El jefe de seguridad español consultó su carpeta.

—Solo dispongo de un informe preliminar, señor Paradizo. Sospecho que descubriremos más daños a lo largo de las próximas semanas. Los vehículos han quedado completamente destrozados. Por suerte tenemos un seguro que cubre los desastres de guerra, así que deberíamos tener vehículos nuevos a nuestra disposición en un plazo de cinco días laborables. Hay metralla en la piscina. Un proyectil agujereó el filtro y la pared, así que ahora tenemos una grieta y no funciona el filtro. Conozco a un hombre en Tourretes sur Loup. El precio es muy razonable y sabe mantener la boca cerrada.

—¿Y los hombres?

Soto negó con la cabeza.

—No sé con qué nos noquearon. Con alguna especie de arma de rayos, como marcianos. Bueno, el caso es que la mayoría de los hombres ya han recobrado el sentido. Algunos tienen dolor de cabeza y nadie tiene otros efectos secundarios excepto Thierry, que se ha pasado la última media hora en el baño. De vez en cuando oímos algún grito...

De repente, Billy Kong salió de su estado de trance y asestó un fuerte golpe con el puño en la superficie de cristal de la mesa de hierro.

—No, eso no puede ser! Me niego en redondo. Necesito otro demonio.

Gaspard frunció el ceño.

—Ese desgraciado experimento se ha acabado. Nunca debería haberlo permitido, me cegaron mi orgullo y mi ambición. No habrá más demonios en esta casa.

—Inaceptable —sentenció Kong, como si fuera él el jefe y no el empleado—. Es necesario terminar el trabajo que empezó Eric. Se lo debo.

—Y ahora escuche, señor Kong —repuso Soto con voz férrea—. Si a usted le parece inaceptable o no, eso es irrelevante. Usted y sus hombres fueron contratados para realizar un trabajo, y ese trabajo no incluye declaraciones sobre lo que es aceptable y lo que no.

Kong volvió a hablar, atusándose el pelo en el espejito que llevaba a todas partes.

—Tienes que entender un par de cosas, Paradizo. En primer lugar, no eres tú quien manda aquí. No en realidad, no desde que mis hombres y yo nos sumamos a su pequeño grupo. En segundo lugar, no suelo trabajar a este lado de la ley, sino que mi especialidad es la de llevarme lo que quiera por los

medios que crea más convenientes. Solo me avine a trabajar de canguro porque tenía un pequeño asunto pendiente con los demonios. Mejor dicho, un gran asunto pendiente. Sé que la pequeña Minerva solo quería hacerles unas cuantas fotos y formularles un montón de preguntas psicológicas, pero yo tengo mi propio plan para ellos. Algo un poco más doloroso.

Gaspard volvió la cabeza hacia Soto.

—Señor Soto, ¿tiene usted algo que decir ante semejante ultraje?

—Por supuesto que sí —respondió Soto, ruborizándose—. ¿Cómo se atreve a hablarle al señor Paradizo de ese modo? Usted es aquí un simple empleado, eso es todo. De hecho, ya no es usted ni siquiera un empleado. Su contrato queda rescindido. Dispone de una hora para dejar libre su habitación y abandonar la propiedad.

Billy Kong esbozó una peligrosa sonrisa de tiburón.

—O de lo contrario, ¿qué?

—O de lo contrario, mis hombres lo echarán de aquí. Le recuerdo que solo hay cuatro hombres de su grupo, mientras que los míos los superan cinco veces en número.

Kong le guiñó un ojo.

—Puede ser, pero mis cuatro son los mejores.

Se levantó la solapa de la chaqueta y dejó al descubierto un pequeño micrófono de quita y pon.

—Hay que adelantar un poco el plan —dijo al micrófono—. Abrid el caballo.

Soto estaba perplejo.

¿De qué estaba hablando aquel idiota? ¿De caballos?

—¿De dónde ha sacado ese micrófono? No será de la caja fuerte... Hay que mantener los canales de comunicación despejados para las transmisiones oficiales.

Pero Minerva había captado la referencia a la Ilíada. Las palabras «abrid el caballo» solo podía referirse al caballo de Troya Billy: Kong había introducido traidores en el castillo.

—Papá —dijo en tono apremiante—, tenemos que irnos.

—¿Irnos? Esta es mi casa. He accedido siempre a casi todo lo que me has pedido, *chèrie*, pero esto... es completamente absurdo...

Minerva empujó su silla hacia atrás y se acercó corriendo a su padre.

—Por favor, papá, aquí corremos peligro.

Soto no la tomó en serio.

—Señorita, no corre ningún peligro. Mis hombres la protegerán. Tal vez los sucesos del día la han puesto un poco nerviosa. A lo mejor debería echarse una siesta.

Minerva frunció el ceño, frustrada.

—¿Es que no ve lo que pasa? El señor Kong le ha dado una señal a sus hombres, y estos seguramente ya están en sus puestos. Se ha mezclado entre nosotros como un lobo con piel de cordero.

Gaspard Paradizo era muy consciente de lo inteligente que era su hija.

—Soto, ¿es eso posible?

—¡Imposible! —declaró Juan Soto, pero detrás de su rostro encendido había un asomo de palidez. Había algo en la tranquilidad sonriente de Kong que le ponía muy nervioso y, a decir verdad, no era ni mucho menos el soldado que en su currículum había declarado ser. Sí, había pasado un año con las

fuerzas de pacificación españolas en Namibia, pero había sido asignado a acompañar a un periodista durante toda la estancia y nunca había participado en ninguna acción directa. Había conseguido aquel trabajo mediante simple bravuconería y unos conocimientos rudimentarios sobre armamento y tácticas bélicas. Pero si aparecía alguien que supiese en realidad de qué estaba hablando...

Soto echó mano de su cinturón y extrajo un walkie-talkie.

—Imposible —repitió—, pero para tranquilizarlos, redoblaré la guardia y daré instrucciones a mis hombres de que se mantengan alerta. —Pulsó el botón que activaba la función de habla—. Informad por parejas. De arriba abajo.

Soto soltó el botón, y el aire se inundó de interferencias. La transmisión vacía no auguraba nada bueno, y parecía la transmisión de un fantasma. La situación se prolongó por espacio de varios segundos, y Soto trató valientemente de aguantar el tipo, pero lo traicionaban unas perlas de sudor que le resbalaban por la frente.

—Debe de tratarse una avería del equipo —comentó con voz débil.

Billy Kong negó con la cabeza.

—Dos disparos —ordenó a través del micrófono de la solapa. Al cabo de apenas un segundo, dos disparos secos retumbaron en el aire.

Kong sonrió.

—Confirmado —dijo—. Estoy al mando de la situación.

Soto se había preguntado muchas veces cómo sería su reacción ante una situación de peligro real. Unas horas antes, cuando había creído que estaban en estado de sitio, había caído presa del pánico, pero había seguido el protocolo habitual. Esta vez era diferente.

Soto quiso desenfundar su arma. Un pistolero experimentado podía hacer eso sin bajar la vista siquiera, pero Soto no tenía la experiencia suficiente. Para cuando bajó la mirada hacia la funda de la pistola, Kong ya se había encaramado a la mesa y había dejado a Soto inconsciente.

El jefe de seguridad se desplomó hacia atrás con un suave suspiro.

Kong se puso en cuclillas encima de la mesa y apoyó los codos en las rodillas.

—Necesito recuperar a ese demonio —explicó, sacando con toda naturalidad un estilete de un bolsillo secreto en la manga de la chaqueta—. ¿Cómo lo encontramos?

Gaspard Paradizo estrechó a Minerva en sus brazos hasta casi asfixiarla, pues quería proteger al máximo a su hija.

—Si le haces daño a mi hija, Kong...

Billy Kong puso los ojos en blanco.

—No es momento de negociaciones, doctor.

Hizo un remolino con el cuchillo entre los dedos y luego se hizo crujir la muñeca antes de amenazar a Gaspard con el estilete. Golpeó al hombre en la frente con el mango del cuchillo, y el doctor se deslizó hacia el suelo entre los brazos de Minerva como si fuera un abrigo maltrecho.

Minerva se arrodilló y acunó la cabeza de su padre entre las manos.

—¿Papá? ¡Despierta, papá! —Se comportó como una chiquilla unos momentos y luego se serenó. Comprobó el pulso de su padre y el lugar donde se había producido el impacto con su dedo índice y el medio. —Tiene suerte,

señor Kong, de no enfrentarse a una acusación de homicidio.

Kong se encogió de hombros.

—Ya me he enfrentado a ese tipo de acusaciones antes. Es asombroso lo fácil que resulta eludir a las autoridades: cuesta exactamente diez mil dólares. Tres mil por la cirugía facial, dos por los papeles nuevos y cinco por un hacker realmente bueno para que te fabrique un pasado informático.

—Y a pesar de eso, una simple media revolución más de su navaja y mi padre ahora estaría muerto y no solo inconsciente.

Kong se sacó un segundo cuchillo del bolsillo de la manga.

—Todavía hay tiempo; y ahora, dime cómo vamos a encontrar a nuestro amiguito.

Minerva se puso de pie delante de Kong, amenazándolo con los puños.

—Escúchame, idiota. Ese demonio se ha ido. No tengo ninguna duda de que sus benefactores le quitaron la astilla de plata de la pierna en cuanto lo metieron en el coche. Ha vuelto a su isla. Olvídate de él.

Kong arrugó la frente.

—Tiene sentido. Eso es lo que haría yo. Bueno, vale, entonces, ¿cuándo es la siguiente materialización?

Minerva debería haber estado aterrorizada. Su capacidad para hacer otra cosa que no fuese gimotear y lloriquear debería haberla abandonado. Al fin y al cabo, su padre yacía en el suelo inconsciente, y el hombre que lo había dejado en ese estado estaba sentado en la mesa de su jardín, blandiendo un cuchillo. Sin embargo, Minerva Paradizo no era, una chica de doce años cualquiera. Siempre había hecho gala de una enorme compostura en momentos de estrés. De modo que, a pesar de que estaba aterrorizada, Minerva era perfectamente capaz de transmitir todo su desprecio a Billy Kong.

—¿Dónde estabas tú los últimos treinta minutos? —le espetó, y luego chascó los dedos—. Pues claro... Dormido. Creo que vosotros lo llamáis «neutralizado». Y encima, por una demonia enana. Bueno, pues deja que te cuente lo que ha ocurrido: toda nuestra operación ha sido «neutralizada». No tengo sujeto de estudio, ni cálculos, ni proyecto de investigación. Voy a tener que empezar de cero. De hecho, ojalá pudiese empezar de cero; empezar de cero sería un sueño hecho realidad. La última vez me dieron los cálculos temporales, esta vez voy a tener que sacarlos yo misma. Bueno, no me malinterpretes, puedo hacerlo. Soy un genio al fin y al cabo, pero me llevará al menos diecisiete meses. Como mínimo. ¿*Comprenez-vous*, señor Kong?

Billy Kong lo entendía muy bien; entendía que aquella mocosa insoportable estaba tratando de impresionarlo con sus numeritos científicos.

—Diecisiete meses, ¿eh? ¿Y cuánto tardarías si tuvieras algún incentivo?

—Ningún incentivo podrá cambiar jamás las leyes de la ciencia.

Kong se bajó de la mesa de un salto y aterrizó sin hacer ruido sobre las plantas de los pies.

—Creía que esa era tu especialidad: cambiar las leyes de la ciencia. ¿La finalidad de este proyecto no era sobre todo demostrar que todos los científicos del mundo son unos lerdos excepto tú?

—No es tan sencillo...

Kong empezó a lanzar su cuchillo al aire y a recogerlo sin ni siquiera pestañear. La hoja plateada daba vueltas sin cesar, como una hélice de plata. El efecto era hipnótico.

—Te lo explicaré de una forma sencilla: creo que tú puedes conseguirme un demonio, y creo que puedes hacerlo en menos de diecisiete meses, así que te diré lo que voy a hacer yo.

Se agachó y levantó la silla de Juan Soto. El guardia de seguridad cayó hacia delante y se dio de bruces contra la mesa.

—Voy a hacer daño al señor Soto. Así de sencillo. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Es una demostración de la seriedad de mis palabras. Te conectará con la realidad de tu situación, y entonces sabrás que hablo en serio. Así que luego, empiezas a hablar. Y si no empiezas a hablar, entonces pasamos al afortunado concursante número dos.

Minerva no tenía ninguna duda de que el concursante número dos era su padre.

—Por favor, señor Kong, no hay ninguna necesidad de todo esto. Le estoy diciendo la verdad.

—Ah, ¿conque ahora dices «por favor»? —exclamó Kong con aire de fingida sorpresa—. ¿Y vuelves a tratarme de usted y a llamarme «señor Kong»? ¿Y lo de «idiota»?

—No le mate. Es un buen hombre. Tiene una familia.

Kong agarró a Soto por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. La nuez del jefe de seguridad le sobresalía como si fuese una ciruela.

—Es un incompetente —gruñó Kong—. Mira con qué facilidad ha logrado escapar tu demonio. Mira qué sencillo me ha resultado hacerme con el control de la situación.

—Déjele vivir —le suplicó Minerva—. Mi padre tiene dinero.

Kong lanzó un suspiro.

—No lo entiendes, ¿verdad que no? Para ser una chica tan lista hay que ver lo tonta que eres casi siempre. No quiero dinero, quiero un demonio. Y ahora, deja ya de hablar y presta atención. No tiene sentido que trates de negociar.

El corazón de Minerva le dio un vuelco al darse cuenta de lo perdida que estaba en realidad. En menos de una hora había cruzado a un mundo de tinieblas y crueldad absoluta. Y su propia arrogancia la había conducido hasta él.

—Por favor... —imploró. Trataba por todos los medios de no perder la compostura—. Por favor.

Kong volvió a asir el cuchillo con fuerza.

—No apartes la vista ahora, mocosa. Mira y recuerda quién es el jefe.

Minerva no podía apartar la mirada, tenía los ojos absortos en aquella terrible escena, que parecía sacada de una película de terror, con banda sonora incluida.

Minerva frunció el ceño: la vida real no tenía banda sonora. Se oía música procedente de alguna parte.

Esa parte resultó ser el bolsillo del pantalón de Billy Kong. Los tonos polifónicos de su móvil estaban tocando la canción del «Toreador» de *Carmen*. Kong se sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mi nombre no importa —dijo una voz juvenil—. Lo importante es que tengo algo que usted quiere.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—Tengo un amigo —respondió el misterioso interlocutor—. Conoce todos los números. Y ahora, vayamos al grano. Me han dicho que le interesaría a usted un demonio.

Minutos antes, Mayordomo había dejado la autopista, había detenido el vehículo en la salida del aeropuerto y se había pasado al asiento de atrás, sentado junto a Artemis y Holly. Habían seguido todo lo ocurrido en el *château* Paradizo en la pantalla de su diminuto ordenador portátil.

Artemis se agarraba con fuerza las rodillas.

—No puedo permitirlo. No pienso permitirlo.

Holly puso su mano encima de la de él.

—No tenemos otra elección, Artemis. Ahora ya estamos a salvo. Esta no es nuestra lucha, no puedo arriesgarme a poner en peligro a Número Uno.

El ceño de Artemis trazaba un surco que iba desde el nacimiento del pelo al puente de la nariz. —Ya lo sé, por supuesto. Pero aun así, ¿cómo no va a ser esta mi lucha? —Lanzó una mirada elocuente a Mayordomo—. ¿Matará Kong a ese hombre?

—Sin ninguna duda —respondió el guardaespaldas—. En su cabeza ya lo ha hecho.

Artemis se restregó los ojos, sintiéndose fatigado de repente.

—Soy responsable, indirectamente. No puedo cargar con la muerte de un hombre sobre mi conciencia. Holly, haz lo que tengas que hacer, pero yo me siento en la obligación de salvar a esa gente.

—Conciencia —dijo N.°1—. Qué palabra más bonita... Con esa cadencia...

Estaba claro que el diablillo no estaba escuchando la conversación en realidad, sino que solo se fijaba en determinadas palabras. La incongruencia de aquella afirmación hizo a Artemis levantar la vista. Detuvo la mirada un instante sobre las marcas en el pecho de N.°1 y de repente, recordó dónde las había visto antes. De pronto, le vino a la cabeza un plan con la celeridad de un rayo.

—Holly, ¿confías en mí?

Holly lanzó un gemido.

—Artemis, no me preguntes eso... Presiento que se avecina uno de tus maquiavélicos planes.

—¿Confías en mí?

—Sí —contestó Holly con un suspiro—. Confío en ti, más que en cualquier otra persona.

—Muy bien, pues entonces confía en mi capacidad de sacarnos a todos de este atolladero. Ya te lo explicaré después.

Holly estaba dividida: aquella decisión podía afectar al resto de su vida, y también a la del diablillo. Y el efecto podía ser que las acortase radicalmente.

—Está bien, Artemis, pero te estaré vigilando.

Artemis activó su teléfono para hablar.

—Potrillo, ¿me pones con el móvil del señor Kong, por favor?

—Enseguida —contestó el centauro desde el cuartel general de la Sección Ocho—. Pero va a ser lo último que haga por ti. Rosso ha localizado mi línea. Dentro de treinta segundos me cortará la comunicación y tú tendrás que arreglártelas solo.

—Lo entiendo. Vale, ponme con él.

Mayordomo agarró a Artemis por el hombro.

—Si lo llamas, él jugará con ventaja, ya que querrá elegir el lugar de

encuentro.

—Sé dónde debemos encontrarnos, lo único que tengo que hacer es convencer a Kong de que el punto de encuentro haya sido idea suya. —Artemis cerró el puño para tapar el auricular—. Silencio, está llamando.

—¿Quién es? —respondió Kong.

—Mi nombre no importa —dijo Artemis—. Lo importante es que tengo algo que usted quiere.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—Tengo un amigo. Conoce todos los números. Y ahora, vayamos al grano. Me han dicho que le interesaría a usted un demonio.

—Entonces tú debes de ser el gran Artemis Fowl, el ídolo de Minerva. Estoy harto de vosotros, niñatos sabihondos. ¿Por qué no os dedicáis a abrir coches o robar cosas como los críos normales?

—Y robamos cosas, solo que cosas más importantes. Bueno, ¿le interesa mi demonio o no?

—Podría ser —dijo Kong—. ¿Qué tenías pensado?

—Un simple trueque. Yo escojo un lugar público y hacemos el cambio. Mi demonio a cambio de esa chica. —Tú no vas a escoger nada, niñato. Yo escojo el punto de encuentro. Me llamaste tú, ¿recuerdas? ¿Qué quieres de esa chica, de todos modos?

—Su vida —fue la escueta respuesta de Artemis—. No me gusta el asesinato ni los asesinos. Usted y sus hombres salen de ahí con un rehén y hacemos un intercambio. Es una sencilla transacción. No me diga que nunca ha liberado a un rehén...

—Te recuerdo que soy un veterano, niñato. Llevo años recogiendo rescates.

—Bien, me alegro de poder hacer negocios con usted. Bueno, y ahora, ¿por qué no me dice el lugar de encuentro que prefiere? Llegaré con un envase de comida tai, peinado con el pelo hacia atrás y con una corbata de color burdeos, preste atención a ese detalle. Hay ciento un modos de que esto salga mal, y si es así, la policía podría encerrarnos a uno de los dos durante mucho tiempo.

En el coche, Holly no podía dar crédito a lo que estaba oyendo: no era propio de Artemis entablar conversación de ese modo. Él la tranquilizó con una mirada elocuente y un ademán con la mano.

—De acuerdo —dijo Kong—. Se me acaba de ocurrir un sitio. ¿Conoces el Taipei 101?

—¿En Taiwán? —exclamó Artemis—. ¿Uno de los edificios más altos del mundo? No hablará en serio, eso está al otro extremo del planeta...

—Hablo completamente en serio. Taipei es mi segundo hogar. Lo conozco a la perfección. Tendrás el tiempo justo de llegar hasta allí antes de que expire el plazo para el trueque, así que no habrá trucos. Realizaremos el intercambio en el mirador a las doce en punto, dentro de dos días. Si no apareces, la chica bajará zumbando por el ascensor exprés, no sé si me explico.

—Se explica perfectamente. Ahí estaré.

—Bien. No vengas solo, trae a ese bicho feo contigo, o a la chica, me da lo mismo. Solo necesito a uno.

—Ya hemos liberado a la fémina.

—Bueno, pues el feo entonces. ¿Ves qué fácil es tratar conmigo? Soy un hombre razonable, a menos que se me crucen los cables. Así que no hagas que se me crucen los cables.

—No se preocupe —dijo Artemis—, no lo haré.

Y lo dijo con tanta convicción que, cualquiera que no lo conociese, se lo habría creído a pie juntillas.

CAPÍTULO 11

UN LARGO CAMINO (HACIA ABAJO)

TAIPEI, TAIWÁN

EL TAPEI 101 se halla entre los edificios más altos del mundo. Hay quienes dicen que es el más alto si se cuenta la aguja de sesenta metros pero otros sostienen que una aguja no es un edificio, por lo que el Taipei 101 solo puede ser la «estructura» más alta del mundo. En cualquier caso, había cuatro edificios en construcción (dos en Asia, uno en África y el cuarto en Arabia Saudita) con la mira puesta en alcanzar el título de edificio más alto del mundo, por lo que la acreditación del Taipei podía ser más bien efímera.

Artemis y compañía aterrizaron en el aeropuerto internacional Chiang Kai-Shek apenas tres horas antes de que finalizase el plazo en un jet Lear de alquiler. Y aunque Mayordomo tenía el título de piloto y estaba cualificado para volar tanto de día como de noche en distintas clases de aeronaves, fue Artemis quien pilotó el avión la mayor parte del trayecto.

El irlandés aseguraba que volar le ayudaba a relajarse. Además, así nadie lo interrumpiría mientras ultimaba los detalles finales de su audaz plan. Artemis era plenamente consciente de los riesgos que implicaba, pues el elemento central era puramente teórico y el resto era altamente improbable.

Informó a los demás sobre los detalles en la parte trasera de un Lexus alquilado durante los cuarenta minutos que duraba el trayecto entre el aeropuerto y el centro de Taipei. Todo el grupo parecía exhausto, a pesar de que habían comido y descansado en el avión. Solo N.° 1 estaba de buen humor. Mirase donde mirase, siempre había nuevas maravillas que admirar, y no podía concebir que alguien pudiese hacerle algún daño mientras estuviese bajo la protección de Mayordomo.

—La mala noticia es que está a punto de expirar el plazo —dijo Artemis—, así que no habrá tiempo para tender ninguna trampa.

—¿Y la buena noticia, Artemis? —repuso Holly malhumoradamente. Estaba de mal humor por varios motivos: iba vestida de chica humana porque Artemis le había pedido que se guardase la magia para cuando fuese necesaria. Había conseguido recargar su energía mágica enterrando una bellota seca que siempre llevaba colgada alrededor del cuello, pero no había habido luna llena, por lo que sus reservas de energía eran limitadas. Además,

había perdido toda comunicación con las Criaturas, y, para colmo, no tenía ninguna duda de que Aske Rosso la acusaría de varios delitos si es que alguno de ellos conseguía sobrevivir al intercambio. Al fin y al cabo, había llevado a N.° 1 al otro extremo del mundo en lugar de traslad arlo sano y salvo a Ciudad Refugio.

—La buena noticia es que Kong no puede llevarnos demasiada ventaja, así que tampoco es probable que haya tenido tiempo de tendernos alguna trampa.

El Lexus entró en el distrito de Xinyi y el Taipei 101 surgió imponente entre el paisaje urbano como un tallo de bambú gigante. Los edificios que lo rodeaban parecían encogerse con temor reverencial ante él.

Mayordomo inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a lo más alto del rascacielos de más de quinientos metros.

—Siempre tenemos que hacerlo todo a lo grande, ¿verdad? ¿Es que no podíamos, por una vez, haber quedado en un Starbucks?

—Yo no escogí este edificio —dijo Artemis—, él nos escogió a nosotros. El destino nos ha traído hasta aquí.

Dio unos golpecitos a Mayordomo en el hombro y el guardaespaldas aparcó el coche en el primer hueco que encontró. Tardaron una eternidad en encontrar aparcamiento. El tráfico de la mañana en Taipei era denso y lento, y vomitaba humo como un dragón enfurecido. Muchos de los millares de peatones y ciclistas llevaban mascarillas que les cubrían parte del rostro.

Cuando el vehículo se hubo detenido, Artemis siguió con sus explicaciones.

—Taipei 101 es un milagro de la ingeniería moderna. Los arquitectos se inspiraron en la humilde planta del bambú, pero esa forma por sí sola no mantendría el rascacielos en pie durante un terremoto o en caso de huracán, así que quienes lo diseñaron lo construyeron sobre un armazón de columnas gigantes de acero y hormigón armado e instalaron una bola de acero de setecientas toneladas como regulador de masa para absorber la fuerza del viento. Muy ingenioso. Es el regulador de masa el que oscila en lugar del edificio. Se ha convertido en la primera atracción turística. Se puede observar el regulador incluso desde el mirador, y los propietarios lo han recubierto con quince centímetros de plata sólida que ha sido grabada por el famoso artista taiwanés Alexander Chou.

—Gracias por la lección de bellas artes —lo interrumpió Holly—. Y ahora, ¿por qué no nos cuentas el plan? Quiero acabar con esto ya de una vez por todas y quitarme este ridículo traje. Brilla tanto que estoy segura de que me ven desde los satélites.

—A mí tampoco me gusta demasiado este traje —se quejó N.° 1, que iba vestido con un gorrito de niño y una especie de túnica hawaiana floreada de color naranja. Decididamente, el naranja no le sentaba bien.

—Tu traje es lo último que debería preocuparte —le dijo Holly—. Intuyo que estamos a punto de entregarte a un asesino sanguinario, ¿no es así, Artemis?

—Sí, es verdad —confirmó Artemis—, pero solo será durante unos segundos. No correrás ningún peligro, o un poco a lo sumo. Y si mis sospechas son correctas, es posible que podamos salvar Hybras.

—Volvamos a eso de que voy a estar en peligro unos segundos —intervino N.° 1, arrugando la gruesa frente—. En Hybras, unos segundos pueden durar

mucho tiempo.

—Aquí no —lo tranquilizó Artemis en lo que esperaba que fuese un tono alentador—. Aquí «unos segundos» es el tiempo que se tarda en abrir la mano.

N.° 1 abrió y cerró el puño unas cuantas veces seguidas para practicar.

—Eso es mucho. ¿Hay alguna forma de reducirlo?

—La verdad es que no. Si lo hiciésemos, eso significaría sacrificar a Minerva.

—Bueno, pensándolo bien, lo cierto es que me ató a una silla... —N.° 1 vio las caras de estupor de sus nuevos amigos—. ¿Qué pasa? ¡Era una broma! Pues claro que lo haré. Pero no más naranja, por favor.

Artemis sonrió, pero la sonrisa no llegó a alcanzarle los ojos.

—Muy bien, no más naranja. Y ahora, el plan. Se divide en dos partes: si la primera parte no funciona, entonces la segunda es redundante.

—Redundante —repitió N.° 1, casi de forma inconsciente—. No necesaria, superflua.

—Exacto. Así que ya la explicaré cuando haga falta.

—¿Y la primera parte? —preguntó Holly.

—En la primera parte, nos encontramos con un cruel asesino y con su banda de matones y él espera que le entreguemos a Número Uno.

—¿Y qué hacemos?

—Pues le entregamos a Número Uno —contestó Artemis. Se volvió hacia el diablillo ligeramente nervioso—. Hasta ahora, ¿te gusta el plan?

—Bueno, no me gusta la primera parte y no conozco la segunda, así que, la verdad, espero que la parte de en medio sea genial.

—No te preocupes —dijo Artemis—. Lo es.

TAIPEI 101

El grupo se subió a un ascensor de alta velocidad que iba desde el enorme y tenebroso vestíbulo del Taipei 101 hasta el mirador. Técnicamente, Holly y N.° 1 habían obtenido permiso, para entrar en el edificio mediante una pequeña placa encima de la puerta principal que se limitaba a animar a los visitantes a que entraran y salieran cuando quisieran, y al constatar que no sentía la necesidad apremiante de vomitar mientras subía en el ascensor, Holly supuso que la placa contaba como invitación.

—Ascensores Toshiba —explicó Artemis, leyendo un folleto que había recogido en información— Son los ascensores más rápidos del mundo. Nos movemos a una velocidad de dieciocho metros por segundo, así que no deberíamos tardar más de medio minuto en alcanzar la planta ochenta y nueve. Artemis consultó su reloj cuando el timbre del ascensor anunció la apertura de las puertas.

—Hummm. Justo a tiempo. Una ingeniería impresionante. A lo mejor compro uno de estos para mi casa.

Salieron a la zona del mirador, en cuyo extremo había un restaurante. Desde aquel magnífico lugar, los visitantes podían dar la vuelta completa a aquella planta del edificio y grabar en vídeo las vistas panorámicas. Desde aquella altura, era posible incluso ver China al otro lado del estrecho de Taiwán. Por un momento, el grupo se olvidó de sus tribulaciones y se dejó maravillar por la elegancia de aquella imponente estructura. Al otro lado de los

ventanales, el cielo se fundía casi imperceptiblemente con el mar en el horizonte. N.° 1 estaba especialmente atónito y se desplazaba trazando pequeños círculos, haciendo que la túnica hawaiana se le enredase entre las piernas.

—Menos piruetas, hombrecillo —le aconsejó Mayordomo, el primero en volver a la realidad de la misión que traían entre manos—. Se te ven las patas. Y bájate ese gorrito para taparte la cara.

N.° 1 hizo lo que le decía, aunque no estaba muy contento con aquel gorrito. Era deforme y le iba grande, y hacía que su cabeza pareciese una bolsa de ropa para lavar.

—Buena suerte, Holly —dijo Artemis a la nada—. Nos reuniremos en el piso veintitrés.

—Acaba con esto lo más rápido posible —le susurró Holly al oído—. No tengo magia suficiente para activar el escudo durante demasiado tiempo. Ni siquiera soy del todo invisible ahora mismo.

—Entendido —contestó Artemis por la comisura de los labios.

El pequeño grupo se acercó despacio hacia la zona del bar y se sentó a una mesa debajo del enorme regulador de masa, que estaba suspendido un metro por encima del piso ochenta y nueve. La esfera de setecientas toneladas era un espectáculo digno de ver, como contemplar la luna dentro de una casa, y en su superficie brillaban los grabados tradicionales de Yuanzhumin.

—Cuenta la leyenda que Nian —explicó Artemis con naturalidad, mientras Mayordomo examinaba la sala— era una bestia feroz que se alimentaba de carne humana todas las Nocheviejas. Para ahuyentar a Nian se encendían antorchas y bengalas, porque se sabía que a Nian le asustaba el color rojo. De ahí las pinceladas de pintura roja. Por los dibujos que se conservan, parece probable que Nian fuese un trol. Chou debe de haber basado su trabajo en las versiones contemporáneas.

Una camarera se acercó a su mesa.

—*Li ho bo* —dijo Artemis—. ¿Nos trae una tetera de té Oolong? Orgánico, a poder ser.

La camarera pestañeó al ver a Artemis y luego miró a Mayordomo, que seguía de pie.

—¿Es usted el señor Fowl? —preguntó, en un inglés excelente.

—Yo soy el joven señor Fowl —la corrigió Artemis, dando unos toquecitos en la mesa para reclamar su atención—. ¿Tiene algo para mí?

La camarera le dio una servilleta.

—De parte del caballero del fondo del bar —le dijo.

Artemis recorrió con la mirada el arco de la barandilla de metal y el sistema de seguridad que mantenía a los clientes separados del regulador de masa y, lo que es más importante, que mantenía el regulador de masa separado de ellos.

Billy Kong estaba sentado a una docena de mesas de distancia, moviendo frenéticamente las cejas en su dirección. No estaba solo. Nadie más movía las cejas, pero había tres hombres sentados a la mesa con él, y otros cuantos estaban dispersados por toda la zona del bar. Minerva estaba sentada sobre las rodillas de Kong, y este la sujetaba con fuerza por el antebrazo. La joven tenía la espalda tensa, pero la posición de la mandíbula indicaba cierta actitud desafiante.

—¿Y bien? —dijo Artemis, dirigiéndose a Mayordomo.

—Al menos doce —contestó el guardaespaldas. Billy debe de tener amigos en Taiwán.

—Ninguno de ellos invisible, por suerte —repuso Artemis, abriendo la servilleta.

«Manda a la criatura a la mesa reservada —rezaba el mensaje de la servilleta—. Yo enviaré a la chica. Nada de trucos o alguien resultará herido.»

Le pasó la servilleta a Mayordomo.

—¿Tú qué opinas?

Mayordomo le echó un vistazo superficial al mensaje.

—Creo que no va a intentar nada raro aquí dentro. Hay demasiadas cámaras. Si los de seguridad no lo graban en vídeo, algún turista lo hará. Si quiere jugar sucio, lo hará una vez fuera.

—Y para entonces, debería ser demasiado tarde.

—Eso esperamos.

La camarera regresó con una bandeja de bambú sobre la que transportaba una tetera de barro y tres tazas. Artemis se lo tomó con calma y se sirvió un poco de líquido humeante.

—¿Cómo te encuentras, Número Uno?

—Me duelen un poco las piernas.

—Se te está pasando el efecto del analgésico. Le diré a Mayordomo que te ponga otra inyección luego. ¿Estás listo? Todo saldrá bien, te lo aseguro.

—¿Lo único que tengo que hacer es abrir la mano?

—En cuanto estemos en el ascensor.

—¿Y eso es todo? ¿No quieres que distraiga al hombre malo con una cháchara ingeniosa, como haces tú con Holly?

—No, no será necesario. Tú limítate a abrir la mano.

—¿Tengo que parecer asustado?

—Sería lo lógico.

—Muy bien, No será ningún problema.

Mayordomo se movía desplegando al máximo el dispositivo de acción. Por regla general, solía contenerse y caminar un poco encorvado para evitar atraer la atención, pero en ese momento se paseaba recto y erguido, listo para pasar a la acción en cuanto fuera necesario. Su mirada era feroz, y los músculos le sobresalían a la altura del cuello. Atrapó la mirada de Billy Kong y fijó la suya en la de él, impertérrito. A pesar de que las miradas tenían que cruzar una sala abarrotada de gente, la hostilidad casi podía palparse. Dos de las personas que estaban allí, más sensibles físicamente, de repente sintieron ansiedad y empezaron a buscar desesperadamente con los ojos dónde estaba el baño más próximo.

Cuando terminó de mirar con odio absoluto a Billy Kong, Mayordomo se arrodilló para dar las últimas instrucciones a N.° 1.

—Lo único que tienes que hacer es acercarte a esa mesa que tiene el cartel de reservada. Espera a que Minerva llegue allí, y luego sigue caminando hasta donde está Kong. Si se te llevan inmediatamente, cuenta hasta veinte y luego abre la mano. Si esperan a que nos marchemos, abre la mano cuando se hayan cerrado las puertas del ascensor. ¿Lo ha entendido?

—Lo entiendo todo, en cualquier idioma que quieras hablarme.

—¿Estás listo?

N.° 1 inspiró hondo. Sentía cómo le vibraba la cola por los nervios. Había estado en una especie de nube desde su paso por el túnel del tiempo. ¿Cómo era posible asimilar todo aquello? ¡Rascacielos, por todos los demonios...! Edificios que, literalmente, rascaban el cielo.

—Estoy listo —dijo.

—Entonces, adelante. Buena suerte.

N.° 1 emprendió su camino en solitario de vuelta al cautiverio.

Decenas de humanos se arremolinaban a su alrededor, entusiasmados, sudando, mascando cosas, apuntándose unos a otros con máquinas.

«Serán cámaras, supongo.»

El sol de mediodía penetraba a través de los inmensos ventanales que iban del techo al suelo, y atrapaba con sus rayos el brillo plateado del regulador de masa, que se encendía como una bola de espejos. Las superficies de las mesas superaban la altura de la cabeza de N.° 1. Los camareros y camareras pasaban a toda velocidad con bandejas repletas; un vaso caía al suelo, los niños gritaban.

«Demasiada gente —pensó N.° 1—. Echo de menos a los demonios. Incluso a Abbot. Vale, está bien, puede que a Abbot no.»

N.° 1 llegó a la mesa reservada. Tuvo que ponerse de puntillas para ver el cartel de cartón doblado con la palabra escrita en él. Se levantó el borde del gorrito para poder ver mejor. Empezaba a darse cuenta de que un gorrito y una túnica hawaiana no era la típica vestimenta de un niño Fangoso, como le había dicho Artemis.

«Este disfraz es horrible. Parezco un monstruo. Seguro que alguien se da cuenta de que no soy humano. Ojalá pudiese protegerme con el escudo, como Holly.»

Por desgracia, aunque N.° 1 hubiese podido controlar sus incipientes poderes mágicos, el escudo nunca había sido un arma que formase parte del arsenal demoníaco de los hechiceros.

N.° 1 dio un paso a la derecha, entrecerrando los ojos ante el brillo cegador del regulador de masa gigante. Minerva caminaba hacia él desde el otro extremo, avanzando pasito a pasito con sumo cuidado en dirección a la mesa reservada. A sus espaldas, Kong inclinaba el cuerpo hacia delante en su asiento, moviendo los dedos de los pies de entusiasmo ante la expectativa. Era como un perro atado con el olor de un zorro haciéndole cosquillas en el hocico.

Minerva llegó hasta la mesa y levantó el borde del gorrito de N.° 1 para comprobar que efectivamente se trataba de él.

—El gorrito no es mío —le aseguró N.° 1—. Y desde luego, la túnica hawaiana tampoco.

Minerva lo cogió de la mano. Antes del secuestro su esencia había sido ochenta por ciento genio y veinte por ciento chica de doce años. Ahora la proporción era del cincuenta por ciento.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Siento mucho haberte atado y todo lo demás. Creía que querías comerme.

—No todos somos salvajes —dijo N.° 1—. Y la verdad es que las muñecas me dolían horrores durante bastante tiempo, pero supongo que te perdono. Siempre y cuando tus días de atar a la gente a sillas se hayan terminado.

—Sí, te lo prometo. —Minerva miró por encima de la cabeza de N.° 1 hacia la mesa de Artemis—. ¿Por qué me ayuda? ¿Lo sabes?

El diablillo se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Holly, nuestra amiga, dijo que tenía algo que ver con la pubertad. Por lo visto, eres una chica guapa, aunque si te soy sincero, yo no veo de dónde sacan eso.

Su conversación se vio interrumpida por un silbido procedente del fondo del bar; Billy Kong empezaba a impacientarse. El ex empleado de los Paradizo llamó a N.° 1 con un movimiento de su dedo índice.

—Tengo que irme. Marcharme. Partir.

Minerva asintió.

—De acuerdo. Ten cuidado. Nos veremos pronto. ¿Dónde lo llevas? ¿En la mano?

—Sí —respondió automáticamente N.° 1 antes de añadir—: ¿Cómo lo sabes?

Minerva continuó andando despacio.

—Soy un genio, no puedo evitarlo.

«Este lugar está plagado de genios —se dijo N.° 1—. Solo espero que el señor Kong no sea otro de ellos.»

El diablillo prosiguió su camino, con mucho cuidado de conservar los pies y las manos dentro de la túnica. Lo último que quería era hacer que cundiese el pánico enseñando sus dígitos rechonchos y grises. Aunque, quién sabe... También era probable que los humanos se descubriesen ante él y se arrojasen a sus pies. Al fin y al cabo, era increíblemente guapo en comparación con los varones desgarbados de la raza humana.

Billy Kong se deshacía en sonrisas cuando N.° 1 llegó a su mesa, aunque, en aquella cara, una sonrisa parecía el primer síntoma de una enfermedad. Llevaba el pelo vertical terminado en puntas perfectas. Aun en mitad de un secuestro, Kong todavía se reservaba un tiempo para arreglarse el pelo. Un buen peinado dice mucho de una persona.

—Bienvenido de nuevo, demonio —lo saludó, tirando de una punta de la túnica—. Me alegro mucho de verte, si es que eres tú...

—¿Si es que soy yo? —repitió N.° 1, confuso—. ¿Y quién iba a ser si no?

—Perdona que no confié en tu palabra —le espetó Kong, levantando un poco el borde del gorrito para verle la cara a N.° 1—. Si ese niñato de Fowl es la mitad de listo de lo que hemos oído, entonces seguro que intenta algo.

Kong examinó la cara del diablillo: le tocó el dibujo de la frente y le retiró los labios hacia atrás para examinar las encías rosadas y los dientes blancos cuadrados. Al final, optó por recorrer con el dedo la superficie de la runa de la frente de N.° 1 para asegurarse de que no estaba pintada.

—¿Satisfecho?

—Pues sí, supongo que el pequeño Artemis no ha tenido tiempo de darme el cambiazo. Le he hecho correr mucho.

—Nos has hecho correr mucho a todos —se quejó N.° 1—. Tuvimos que volar hasta aquí en una máquina. Vi cómo la luna casi se abalanzaba sobre nosotros.

—Se me parte el corazón, demonio. Después de lo que le hicisteis a mi hermano, tienes suerte de estar vivo, algo a lo que espero poner remedio dentro de unos minutos.

N.° 1 volvió la cabeza para mirar hacia el ascensor. Artemis, Mayordomo y Minerva estaban a solo dos pasos de las puertas.

—No los mires. No pueden ayudarte, nadie puede ayudarte. Kong chasqueó los dedos y un hombre robusto y musculoso se sumó a ellos en la mesa. Llevaba un maletín metálico de grandes dimensiones.

—Por si te lo preguntas, eso de ahí es una bomba. Sabes lo que es una bomba, ¿no?

—Bomba —repitió N.° 1—. Obús. Artefacto explosivo. —Abrió los ojos como platos—. Pero eso podría hacer daño a alguien... A muchos, en realidad.

—Exacto, pero no a humanos. A demonios. Mira, te la voy a sujetar al cuerpo, programaré el temporizador y luego te enviaré de vuelta a tu isla. La explosión debería, como mínimo, causar estragos en la población demoníaca. No vais a poder pasar a este lado del mundo para vuestras pequeñas cacerías nocturnas durante una buena temporada.

—Pues no pienso hacerlo —dijo N.° 1, dando incluso una patada en el suelo.

Kong se echó a reír.

—¿Estás seguro de que eres un demonio? Por lo que he oído, el último era más... demoníaco.

—Soy un demonio, un demonio hechicero.

Kong se acercó lo suficiente como para que N.° 1 oliese su loción para después del afeitado: olía a cítricos.

—Bueno, señor Hechicero, a lo mejor puedes convertir esta bomba en un ramo de flores, pero lo dudo.

—No tengo que hacer nada, porque no puedes obligarme a volver a Hybras.

Kong se sacó un par de esposas del bolsillo.

—Por el contrario, sé exactamente qué debo hacer. Me he traído un par de cositas del castillo. Lo único que hay que hacer es sacarte esa bala de plata de la pierna y Hybras te succionará de vuelta a casa.

N.° 1 volvió a mirar hacia el ascensor. En ese instante, las puertas se estaban cerrando con sus amigos dentro.

—¿Te refieres a esta bala de plata? —preguntó, enseñándole a Kong lo que llevaba escondido en el puño.

—¡Se la ha sacado! —exclamó Billy Kong, sin aliento—. Fowl le ha sacado la bala.

—Sacado —repitió N.° 1—. Extraído, extirpado.

Y a continuación, tiró la bala de plata al suelo y desapareció.

Holly había permanecido agachada en el regulador de masa observando el desarrollo de los acontecimientos. Hasta entonces, todo estaba saliendo según el plan. Minerva había llegado hasta Artemis, y Mayordomo los había conducido apresuradamente a ambos hasta el ascensor. En el otro extremo del bar, Billy Kong estaba presentando todo su repertorio de sonrisas de psicópata. Cuando todo aquello terminara, habría que realizarle una limpieza de memoria a aquel Fangoso. Lo cierto es que todavía quedarían unos cuantos cabos sueltos por resolver, aunque no tendría que hacerlo ella, porque ya no era de la PES. Después de aquello, tendría suerte si todavía pertenecía a la Sección Ocho.

Holly pulsó un botón del miniordenador que llevaba en la muñeca e hizo un

zoom sobre N.° 1. El diablillo levantó la mano izquierda: era la señal. Había llegado el momento, la hora de poner en práctica las teorías. Se trataba de decir hola de nuevo o adiós para siempre.

El plan de Artemis era arriesgado porque sus cálculos eran teóricos, pero era la única posibilidad de salvar la isla donde vivían los demonios. Y Artemis había tenido razón hasta el momento. Si Holly tenía que depender de las teorías de otra persona, sinceramente, prefería que esa persona fuese Artemis Fowl.

Mientras Holly veía cómo N.° 1 abría el puño y soltaba la bala de plata antes de desaparecer, no pudo resistir la tentación de sacar una foto de la cara de Kong con la cámara de su casco. La reacción del mercenario no tuvo desperdicio. Ya se reirían un buen rato de eso más tarde.

Acto seguido, la elfa activó las alas y se elevó por encima de la gigantesca bola de plata, buscando señales.

Al cabo de unos segundos, un débil rectángulo eléctrico azul empezó a dar vueltas en lo alto de la esfera, justo donde Artemis habría predicho que lo haría. N.° 1 estaba regresando, como había vaticinado Artemis.

«Una masa tan grande de plata en un radio de tres metros debería impedir el regreso de N.° 1 a su casa. Debería causar una materialización momentánea en lo alto, donde el campo de energía del regulador está más concentrado. Tú, Holly, tendrás que estar ahí para garantizar que esa materialización momentánea se hace más permanente.»

En el regulador de masa, la forma de N.° 1 era visible dentro del rectángulo luminoso. Parecía un poco confuso, como si estuviera medio dormido. Tenía un brazo a este lado del mundo, tocando la realidad. A Holly le bastaba con eso. Se lanzó en picado y colocó una pulsera de plata alrededor de la muñeca gris de N.° 1. Los dedos fantasmagóricos se movieron y luego se solidificaron. La solidez se propagó por la totalidad del brazo de N.° 1 como si fuera pintura y lo rescató del limbo. En cuestión de segundos, donde solo había habido un espacio vacío, ahora yacía en cuclillas una criatura temblorosa.

—¿Ya me he ido? —preguntó el diablillo—. ¿Y ya estoy de vuelta?

—Sí y sí —respondió la elfa—. Y ahora quédate quieto y no digas nada. Tenemos que sacarte de aquí.

El regulador de masa oscilaba despacio, absorbiendo la energía eólica que azotaba el Taipei 101. Holly aprovechó el balanceo, asió a N.° 1 con fuerza y se lanzó hacia abajo en vertical, con cuidado de mantener su carga protegida de la esfera de plata de setecientas toneladas.

El piso de abajo era otro mirador, pero estaba cerrado porque lo estaban decorando. Había un solo obrero cortando la moqueta para una parte esquinera, y no parecía demasiado sorprendido de ver a un diablillo vestido con una túnica hawaiana asomando por la barandilla.

—Eh —dijo—, pero si es un diablillo con una túnica hawaiana... ¿Sabes una cosa, diablillo?

N.° 1 aterrizó en el suelo con un sonoro golpe.

—No —contestó—, dime una cosa.

—No me sorprende nada verte —repuso el hombre—. De hecho, me llamas tan poco la atención que voy a olvidar que te he visto en cuanto te hayas ido.

N.° 1 se recompuso y se colocó bien el gorrito.

—Veo que ya has hablado con él.

Holly desactivó su escudo y se hizo visible.

—Bueno, le lancé una descarga del encanta. —Se asomó por la barandilla para echar un vistazo al restaurante—. Ven aquí, Número Uno. Esto te va a gustar.

N.° 1 apoyó los dedos contra el cristal. Abajo, Kong y sus compinches estaban armando un auténtico caos, abalanzándose sobre los ascensores. Kong estaba especialmente fuera de sí, apartando de su camino a los turistas a empujones y volcando mesas y poniéndolas patas arriba.

—Seguramente no tenemos tiempo para esto —se lamentó N.° 1.

—Seguramente no —convino Holly. Ninguno de los seres mágicos se movió.

—Eh, mira —dijo el obrero—. Otro duende. Qué cosa más normal y corriente...

Holly no se volvió para marcharse hasta que las puertas del ascensor Toshiba se hubieron cerrado detrás de Billy Kong y sus hombres.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó N.° 1, limpiándose una lágrima de felicidad del ojo.

—Y ahora pasamos a la segunda fase del plan —respondió Holly, llamando al ascensor—. Es la hora de salvar Hybras.

—Ni un momento de descanso. ¡Demonio de demonios! —protestó N.° 1, mientras entraba en la caja metálica—. ¡Eh, mi primer juego de palabras!

Artemis y Mayordomo habían visto a Minerva atravesar el restaurante en dirección a ellos. Se conducía con bastante coraje, dadas las circunstancias; caminaba con la cara bien alta y con una expresión decidida en la mirada.

—Mayordomo, ¿te puedo preguntar algo? —dijo Artemis.

Mayordomo estaba intentando vigilar los movimientos de todos los comensales del restaurante.

—Estoy un poco ocupado en este momento, Artemis.

—No es nada demasiado complicado. Solo necesito un «sí» o un «no» como respuesta. ¿Es normal, durante la adolescencia, sentir estas malditas sensaciones de atracción en momentos de especial estrés? ¿Durante la entrega de un rescate, por ejemplo?

—Es guapa, ¿verdad?

—Mucho. Y además es divertida, ¿te acuerdas de ese chiste del quark?

—Me acuerdo. Tenemos que hablar de chistes un día de estos. A lo mejor a Minerva también le interesa el tema. Y en respuesta a tu pregunta, sí, es normal. Cuanto más estresante sea la situación, más hormonas fabrica tu cuerpo.

—Bien. Entonces es normal. Volvamos al trabajo.

Minerva se lo tomó con calma, sorteando a los turistas y rodeando las mesas que encontraba por el camino.

Cuando llegó hasta ellos, Mayordomo apoyó la mano en la espalda de la joven con actitud protectora.

—Parece como si te secuestraran todos los días, ¿sabes? —comentó con un gruñido mientras la dirigía al ascensor.

Artemis los siguió, mirando hacia atrás por encima del hombro para asegurarse de que no los seguía nadie. Kong ni siquiera los estaba mirando, de tan satisfecho que se sentía con su premio.

El ascensor abrió sus puertas y el trío se metió en su interior. En la pared de la caja, la luz que indicaba el número de planta parpadeaba muy rápidamente en sentido vertical hacia abajo.

Artemis le tendió la mano a Minerva.

—Artemis Fowl, hijo. Encantado de conocerte al fin.

Minerva le estrechó la mano vigorosamente.

—Minerva Paradizo. Lo mismo digo. Has entregado a tu demonio por mí. Te lo agradezco de todo corazón. —Se ruborizó ligeramente.

El ascensor redujo la velocidad hasta detenerse con un movimiento suave y las puertas de acero se abrieron con un ligerísimo sonido sibilante.

Minerva se asomó afuera.

—Esto no es el vestíbulo. ¿Acaso no estamos huyendo?

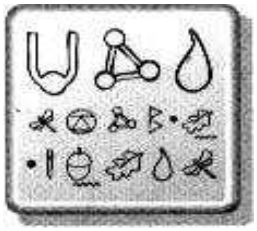
Artemis salió a la planta cuarenta.

—Todavía no hemos acabado el trabajo que hemos venido a hacer. Necesito recuperar nuestro demonio, y ya va siendo hora de que sepas contra qué has estado a punto de enfrentarte.

CAPÍTULO 12

CORAZÓN DE PIEDRA

TAIPEI 101, PISO CUARENTA, GALERÍA KIMSICHIOG



ARTEMIS entró en el vestíbulo de la galería Kimsichiog flanqueado por Minerva y Mayordomo.

—Estamos en una galería de arte —dijo Minerva—. ¿De verdad tenemos tiempo para obras de arte?

Artemis se detuvo, sorprendido.

—Siempre hay tiempo para el arte —respondió—, pero estamos aquí por una obra de arte muy especial.

—¿Y cuál es?

Artemis señaló unos estandartes de seda pintados que colgaban del techo a intervalos regulares. Cada estandarte llevaba estampada una única y espectacular runa en forma de espiral.

—Sigo todo cuanto ocurre en el mundo del arte, y esta exhibición me resulta de especial interés. La pieza central son los restos de una escultura fantástica: un semicírculo de extrañas criaturas que bailan. De unos diez mil años de antigüedad, aproximadamente. Se cree que fue encontrada en la costa de Irlanda y, a pesar de eso, aquí está, en Taiwán, exhibida por una empresa petrolera estadounidense.

—Artemis, ¿por qué estamos aquí? Tengo que volver a casa junto a mi padre.

—¿Es que no reconoces la runa? ¿No la has visto en alguna parte?

Minerva se acordó de inmediato.

—*Mais oui! Certainment*. Es la runa de la frente del demonio. Es exactamente igual.

Artemis chasqueó los dedos y siguió andando.

—Exacto. Cuando conocí a Número Uno, sabía que sus marcas me resultaban familiares. Tardé un buen rato en recordar dónde las había visto antes, pero, en cuanto lo supe, entonces se me ocurrió que tal vez esta escultura no era ninguna escultura, para empezar.

El cerebro de Minerva trabajaba a toda máquina.

—Era el círculo de los hechiceros, del conjuro de tiempo original.

—Exacto. ¿Y si no habían sido expelidos al espacio? ¿Y si uno de ellos tuvo la luminosa idea, en el último momento, de hacer uso el don de la gárgola para convertirlos a todos en piedra.

—Y si Número Uno es un hechicero, entonces es el único que puede reanimarlos.

—Muy bien, Minerva. Una mente muy ágil. Joven, rápida y arrogante, me recuerdas a alguien. ¿A quién puede ser...?

—No tengo ni idea —dijo Mayordomo, poniendo los ojos en blanco.

—Pero ¿cómo conseguiste que el punto de encuentro fuese este? —se preguntó la francesa—. El lugar de la cita fue idea de Kong, pude oírlo por teléfono.

Artemis sonrió satisfecho ante su propia inteligencia.

—Mientras Kong pensaba en el lugar, yo dije: «Llegaré con un envase de comida **tai**, **pei**nado con el pelo hacia atrás y con una corbata de color burdeos, preste atención a ese detalle. Hay **ciento un** modos de que esto salga mal, y si es así, la policía podría encerrarnos a uno de los dos durante mucho tiempo.» ¿Lo ves?

Minerva se retorció uno de sus tirabuzones con expresión pensativa.

—*Mon Dieu!* Has utilizado el poder de sugestión. Tai-pei. Ciento un.

—O lo que el subconsciente de Kong oyó: «Taipei 101».

—Una idea brillante, Artemis. Extraordinaria. Y viniendo de mí, eso significa algo.

—Sí, sí que ha sido brillante —convino Artemis, con la modestia que lo caracterizaba—. Unido al hecho de que el segundo hogar de Kong es Taiwán, estaba razonablemente seguro de que surtiría efecto.

Había un hombre de aspecto hostil en el mostrador de recepción de la galería; iba vestido con un traje azul fosforescente y llevaba la cabeza completamente rapada, salvo por un mechón en espiral con la misma forma que la runa de N.° 1. Hablaba muy rápidamente en taiwanés a un auricular Bluetooth que llevaba sujeto a la oreja.

—No, no, el salmón no es lo bastante bueno. Calamares y langosta es lo que pedimos. O nos los trae aquí antes de las ocho o bajaré yo personalmente lo cortaré a trocitos y lo serviré a usted como sushi.

—¿Algún problema con el catering? —preguntó Artemis afablemente en taiwanés cuando el hombre hubo desconectado la comunicación.

—Sí —respondió el hombre—. La exposición se inaugura esta noche y... —El hombre se interrumpió porque había levantado la vista para ver con quién estaba hablando cuando vio a Mayordomo—. Bueno, caramba... Grande... quiero decir, hola, me llamo Lin, y soy el comisario de la exposición. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Pues queríamos una visita privada a la exposición en pase previo —dijo Artemis—. En especial, para ver las figuras que bailan.

El señor Lin estaba tan sorprendido que no pudo hacer otra cosa más que ruborizarse.

—¿Qué? ¿Una qué? ¿Una visita privada? No, no, imposible. Eso no puede ser. Esto es arte importante. Mírenme la cabeza. Mírenla. Yo no hago esto por una exposición cualquiera.

—Eso lo entiendo, pero es que este amigo mío de aquí, el grandote, sería inmensamente feliz si nos dejase entrar solo un minuto.

El señor Lin abrió la boca para responder, pero algo más allá del vestíbulo atrajo su atención.

—¿Qué es eso? ¿Es una túnica hawaiana?

Artemis no se molestó en mirar.

—Ah, sí. Hemos disfrazado de niño a nuestro amigo el ser mágico vistiéndolo con una túnica hawaiana.

El señor Lin frunció el ceño y la espiral que llevaba en la cabeza se movió.

—¿Conque un ser mágico, eh? Ya. ¿Y ustedes quiénes son? ¿Son de la revista Pop Art Today? ¿Es esta una de las peformances posmodernas de Dougie Hemier?

—No, es un ser mágico de verdad. Un hechicero demonio para ser más exactos. Y la que va detrás de él, volando, es una elfa.

—Conque volando, ¿eh? Le dice a Dougie Hemier de mi parte, que no pienso... —Y en ese momento vio a Holly suspendida en el aire encima de la cabeza de N.° 1—. ¡Ay!

—¡Ay! —repitió Artemis—. Esa es una reacción bastante frecuente. Y ahora, ¿podemos entrar? Es extremadamente importante.

—¿Van a estropear la exposición?

—Seguramente —admitió Artemis.

El labio del señor Lin le tembló al hablar:

—Entonces no les puedo dejar entrar.

Holly se precipitó hacia delante, plegando la visera de su casco.

—Creo que puede dejarnos entrar —empezó a decirle, con la voz impregnada de magia—, porque estos tres humanos son sus mejores amigos. Los invitó a un pase previo de la exposición.

—¿Y qué pasa con vosotros dos?

—No se preocupe por nosotros dos, ni siquiera estamos aquí. Solo somos la inspiración para su próxima exposición. Así que, ¿por qué no nos deja pasar a todos?

El señor Lin les cedió el paso con la mano.

—¿Por qué iba a preocuparme por vosotros dos? Tú ni siquiera estás aquí, solo eres una idea que me revolotea por la cabeza. En cuanto a vosotros tres, me alegro tanto de que hayáis podido venir...

—No será necesario que nos grabe en vídeo —le aseguró Holly—. ¿Por qué no apaga las cámaras de la galería?

—Ahora mismo apago las cámaras de la galería, así os dejaré un poco de intimidad.

—Buena idea.

El comisario ya se había enfrascado en la tarea de examinar la pila de pósteres que ocupaban su mesa antes de que la puerta de seguridad se cerrara detrás de Artemis y su grupo.

La sala de exposiciones era ultramoderna, con el suelo de madera oscura y persianas venecianas. Las paredes estaban repletas de fotografías, ampliaciones gigantes de las figuras que bailaban del centro de la sala. Las propias figuras estaban en lo alto de una tarima para facilitar el examen de todos sus detalles. Estaban iluminadas por tantos focos que apenas se proyectaba ninguna sombra sobre la piedra.

N.° 1 se quitó el gorrito con aire distraído y se aproximó a la exposición como en trance, como si hubiese sido él la víctima del *encanta* y no el comisario.

Se subió a la tarima y acarició la piel de piedra de la primera figura.

—Hechiceros —dijo, susurrando—. Hermanos.

La escultura era muy hermosa en los detalles, pese a todo lo horrible que encubría el tema que representaba. Se componía de cuatro figuras, distribuidas en un semicírculo roto y en el acto de bailar o de retroceder ante algo. Eran pequeños seres mágicos rechonchos, como el propio N.° 1, con mandíbulas prominentes, de aspecto fornido y con la cola más bien corta. Tenían el cuerpo, las extremidades y la frente cubiertas de runas en forma de espiral. Los demonios hechiceros se cogían de la mano, y el cuarto se aferraba a la mano seccionada del siguiente en el corro.

—El círculo se rompió —explicó N.° 1—. Algo no salió bien.

Artemis se encaramó a la tarima junto al diablillo.

—¿Puedes traerlos de vuelta?

—¿Traerlos de vuelta? —exclamó N.° 1, asustado.

—Por mis conocimientos acerca del don de la gárgola, con él se pueden transformar los objetos animados en piedra, y viceversa. Tú tienes el don. ¿Sabes usarlo?

N.° 1 se frotó las palmas de las manos, nervioso.

—Es posible que tenga el don, pero solo «posible», y eso es un «posible» muy grande. Convertí un pincho de madera en piedra, o al menos creo que era piedra. Aunque a lo mejor solo estaba carbonizado. Estaba sometido a mucha presión. Todos me miraban. Ya sabéis lo que se siente, o a lo mejor no. ¿Cuántos de vosotros habéis estado alguna vez en una escuela de diablillos? Ninguno, ¿verdad?

Artemis lo cogió del hombro.

—Estás desvariando, Número Uno. Vamos, tienes que concentrarte.

—Sí, claro. Concentrarme. Centrarme. Pensar.

—Muy bien, y ahora, intenta traerlos de vuelta. Es la única forma de salvar Hybras.

Holly meneó la cabeza con resignación.

—Bonita manera de no someterlo a presión, genio.

Minerva estaba rodeando las figuras de la exposición en un estado de trance similar al experimentado por su antiguo prisionero.

—Es que estas estatuas son demonios de verdad... Han estado entre nosotros todo este tiempo. Debería haberlo visto, pero Abbot no se parecía en nada a esto...

Holly aterrizó junto a la chica, muy pegada a ella.

—Hay especies enteras de las que no sabéis nada en absoluto. Casi ayudaste a aniquilar a una de ellas. Tuviste suerte; si eso hubiese ocurrido, si eso hubiese llegado a ocurrir, ni un ejército de Artemis Fowl te habría salvado de la policía mágica.

—Ya veo. Ya he dicho que lo sentía. ¿Podemos mirar hacia delante?

Holly frunció el ceño sin desviar la mirada de Minerva.

—Me alegra ver que te has perdonado a ti misma tan rápidamente.

—Albergar sentimientos de culpa puede tener un efecto negativo sobre la salud mental.

—Estos niños genio... —masculló Holly.

—Genios —la corrigió Minerva.

En la tarima, N.° 1 estaba imponiendo las manos sobre uno de los

demonios petrificados.

—Bueno, cuando estaba en Hybras, solo sostuve el pincho y me puse muy nervioso y luego empezó todo. Yo no estaba intentando convertirlo en piedra.

—¿Podrías ponerte muy nervioso ahora? —le preguntó Artemis.

—¿Cómo? ¿Así, sin más? No lo sé. La verdad es que estoy un poco mareado. Creo que la túnica hawaiana me está dando dolor de cabeza. Es que es muy brillante.

—Y si Mayordomo te da un susto?

—No es lo mismo. Necesito presión real. Sé que el señor Mayordomo no me mataría en realidad.

—Yo que tú no estaría tan seguro.

—Sí, claro. Qué sentido del humor tienes, Artemis Fowl. Contigo hay que andarse siempre con pies de plomo.

Mayordomo estaba comprobando el estado de su pistola cuando oyó ruidos en el pasillo. Se acercó corriendo a la puerta de seguridad y se asomó por el pequeño rectángulo de cristal doble.

—Tenemos compañía —declaró, empuñando su pistola—. Kong nos ha encontrado.

El guardaespaldas descargó sobre la cerradura una ráfaga de disparos que inutilizó el chip y bloqueó la puerta.

—No tardarán mucho en abrir esa puerta. Tenemos que despertar a esos demonios y largarnos de aquí. ¡Ahora!

Artemis apretó el brazo de N.° 1 y señaló con la cabeza hacia la puerta de seguridad.

—¿Es esa suficiente presión para ti?

Al otro lado de la puerta de seguridad, Kong y sus hombres se detuvieron en seco al ver el humo salir del teclado numérico de la puerta.

—¡Maldita sea! —exclamó Kong—. Ha destrozado la cerradura. Vamos a tener que entrar a tiros. No hay tiempo para planes. Don, ¿llevas el maletín?

Don lo levantó en el aire.

—Aquí está.

—Muy bien. Si por algún milagro hay un demonio ahí dentro, sujétale el maletín a la muñeca, sujétaselo bien y con fuerza. No quiero desperdiciar otra oportunidad.

—Así lo haré. También tenemos granadas, jefe. Podríamos volar la puerta.

—No —repuso Kong—. Necesito a Minerva y no quiero que resulte herida. Si alguien le hace daño, yo le haré daño a ese alguien, ¿entendido?

Todos lo habían entendido. No tenía nada de complicado.

Dentro de la galería, Artemis se estaba poniendo un poco nervioso. Esperaba que Kong abandonase el edificio inmediatamente, pero el mercenario debía de haber visto uno de los pósteres de la exposición en el ascensor y llegado a la misma conclusión que Artemis.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó a N.° 1, que estaba frotando ligeramente el brazo de una estatua.

—Todavía no. Lo estoy intentando.

Artemis le dio unas palmaditas en el hombro.

—Inténtalo un poco más en serio, porque no tengo ningún deseo de provocar un tiroteo en medio del rascacielos más alto del mundo. Como poco, acabaríamos todos en una cárcel taiwanesa.

«De acuerdo —pensó N.° 1—. Concéntrate. Llega hasta la piedra.»

Sujetó el dedo del hechicero de piedra con firmeza e intentó sentir algo. Por lo poco que sabía acerca de los hechiceros, supuso que aquel seguramente sería Qwan, el hechicero más anciano. La cabeza de la figura de piedra estaba rodeada por una simple cinta con un motivo en espiral en la parte delantera: el signo del líder.

«Qué terrible debió de ser —se dijo N.° 1—. Ver descomponerse tu propio hogar y ver que tú te quedas atrás. Saber que todo ha sido por tu culpa.»

«¡No fue por mi culpa! —exclamó una voz en la cabeza de N.° 1—. Fue culpa de ese estúpido demonio, N'zall. Bueno, ¿y piensas sacarme de aquí o no?»

N.° 1 estuvo a punto de desmayarse. Empezó a respirar entrecortadamente con jadeos cortos mientras el corazón le latía desbocado.

«Vamos, joven hechicero. ¡Libérame! Llevo esperando mucho, muchísimo tiempo.»

La voz, la presencia, estaba dentro de la escultura. Era Qwan.

«Pues claro que soy Qwan. Me estás sosteniendo la mano. ¿Quién creías que era? No eres idiota, ¿no? Menuda suerte la mía; tener que esperar diez mil años para que luego aparezca un idiota.»

—¡No soy un idiota! —exclamó N.° 1.

—Pues claro que no —lo tranquilizó Artemis—. Tú haz lo que puedas y ya está. Le daré instrucciones a Mayordomo para que entretenga a Kong el máximo posible.

N.° 1 se mordió el labio y asintió. Si hablaba en voz alta, podría resultar confuso, y aquella situación ya era lo suficientemente confusa sin que él tuviera que añadir nada más.

Lo intentaría con el poder mental: Qwan le estaba hablando a su mente, así que tal vez también funcionase a la inversa.

«¡Pues claro que funciona! —le dijo Qwan—. ¿Y qué son todas esas tonterías sobre la comida cocinada? Sácame de esta cárcel ya de una vez.»

N.° 1 se estremeció, tratando mentalmente de borrar sus sueños de un banquete de alimentos cocinados.

«No sé cómo liberarte —pensó—. No sé si puedo.»

«Pues claro que puedes —repuso Qwan—. Tienes magia suficiente en tu interior para enseñar a un trol a tocar un instrumento musical. Solo tienes que sacarla al exterior y ponerla en práctica.»

«¿Cómo? No tengo ni idea de cómo hacerlo.»

Qwan permaneció en silencio un momento mientras le echaba un vistazo a los recuerdos de N.° 1.

«Ah, ya lo entiendo. Eres un novato de primera. Nunca has recibido ninguna clase de instrucción. Bueno, la verdad es que mejor que mejor, porque sin un instructor experto podrías haber hecho que Hybras volase en mil pedazos. Muy bien, entonces te daré un empujoncito en la dirección adecuada. No puedo hacer gran cosa desde aquí dentro, pero a lo mejor consigo que tu poder fluya. Será más fácil después de esto. Una vez que entras en contacto

con un hechicero, te es transmitida una parte de sus conocimientos.»

N.° 1 habría jurado que los dedos de piedra alrededor de los suyos se cerraban con un poco más de fuerza, pero también podría haber sido producto de su imaginación. Lo que decididamente no era producto de su imaginación era la súbita sensación de pérdida y frío que empezó a recorrerle el brazo. Era como si una fuerza externa estuviese succionándole su propia vida.

«No te preocupes, joven hechicero. Solo te estoy extrayendo un poco de magia para que se enciendan las primeras chispas. La sensación es horrible, pero no durará mucho.»

La sensación era horrible. N.° 1 imaginó que morirse poco a poco sería algo parecido, cosa que, en cierto modo, era lo que estaba ocurriendo. Y en semejante situación, el cuerpo trataba de defenderse expulsando al intruso. La magia que había permanecido latente en el interior de N.° 1 de pronto estalló en su cerebro y salió a la caza del intruso.

Para N.° 1, fue como si de repente tuviese un espectro de visión totalmente nuevo. Había estado ciego antes, pero ahora era capaz de ver a través de las paredes. Por supuesto, en realidad no se trataba de ninguna nueva especie de súper visión, sino que era una comprensión de sus propias habilidades. La magia fluía a través del diablillo como fuego líquido, eliminando impurezas a través de sus poros, expeliendo vapor a través de sus orificios y encendiendo las runas de su cuerpo.

«Buen chico —dijo Qwan—, y ahora dale rienda suelta. Expúlsame.»

N.° 1 descubrió que era capaz de hacer eso exactamente: controlar el caudal mágico. Lo lanzó en dirección a Qwan, a través de sus propios dedos y por los de Qwan. La sensación de estado inerte se vio reemplazada por una descarga de energía. Empezó a vibrar y también lo hizo la estatua, que empezó a despojarse de los cascotes de piedra como si de la muda de una serpiente se tratara. Los dedos del anciano hechicero dejaron de ser sólidos y se convirtieron en piel viva y transpirante. Se aferraron a N.° 1 con fuerza, manteniendo sólida la conexión.

«Eso es, chico. Lo estás consiguiendo.»

«Lo estoy consiguiendo —pensó N.° 1, incrédulo—. Esto está pasando de verdad.»

Artemis y Holly se miraron con expresión de asombro absoluto cuando la magia empezó a propagarse por el cuerpo de Qwan, despojándose de la piedra de sus miembros con chasquidos que sonaban como el disparo de un arma y entre llamas anaranjadas.

La vida reclamó la mano de Qwan, y luego su brazo, y a continuación su torso. Le cayó el revestimiento de piedra de la barbilla y la boca, y eso permitió al hechicero inhalar su primera bocanada de aire en milenios. Unos ojos azules brillantes se entrecerraron cegados por la luz, y luego se cerraron con fuerza. La magia seguía esparciéndose partiendo hasta la última esquirla de piedra del cuerpo de Qwan, pero allí se detuvo. Cuando las chispas del poder de N.° 1 llegaron al siguiente hechicero del corro, simplemente emitieron un chisporroteo y se extinguieron.

—¿Qué pasa con los demás? —preguntó N.° 1. Estaba seguro de que también podía liberarlos.

Qwan carraspeó y tosió varias veces antes de responder.

—Muertos —dijo, y luego se desplomó sobre los escombros.

Al otro lado de la puerta de seguridad de la galería, Kong estaba vaciando un tercer cargador de su pistola automática en el teclado numérico.

—La puerta no aguantará mucho más tiempo —anunció Mayordomo—. De un momento a otro...

—¿Puedes entretenerlos? —preguntó Artemis.

—No debería ser un problema, pero no quiero dejar el suelo sembrado de cadáveres. La policía ya debe de estar en camino.

—Quizá podrías asustarlos un poco.

Mayordomo sonrió.

—Será un placer.

Los disparos cesaron y la puerta de seguridad se tambaleó ligeramente sobre sus goznes.

Mayordomo abrió la puerta de un tirón con movimiento elegante, hizo pasar a Billy Kong a la fuerza y luego volvió a cerrarla a sus espaldas.

—Hola, Billy —lo saludó, al tiempo que levantaba al hombrecillo en el aire y lo aplastaba contra la pared.

Kong estaba demasiado loco para asustarse. Contraatacó con una serie de derechazos, cualquiera de los cuales habría resultado mortal para una persona normal. Sin embargo, aquellos golpes rebotaron en el cuerpo de Mayordomo como rebotaría una mosca en la superficie de un carro de combate. Eso no quiere decir que no le hiciesen daño. Los puñetazos expertos de Kong eran como hierros candentes allí donde hacían impacto. La única reacción de Mayordomo ante el dolor fue un leve estiramiento de las comisuras de sus labios.

—¿Holly? —dijo.

—Adelante —respondió la elfa, apuntando con su Neutrino hacia un punto determinado en el espacio.

Mayordomo catapultó a Billy Kong hacia arriba y Holly lo derribó en el aire lanzando sobre él una descarga con su arma. Kong se puso a girar sobre sí mismo en el suelo, sin dejar de soltar puñetazos espasmódicos.

—La cabeza de la serpiente está fuera de combate —anunció Artemis—. Esperemos que los demás lo sigan.

Minerva decidió aprovechar el minuto de inconsciencia de Kong para tomarse una pequeña revancha, por lo que se aproximó a su secuestrador, que yacía tendido en el suelo.

—Señor Kong, es usted un miserable matón —dijo, dándole una patada en la pierna.

—Jovencita —la avisó Mayordomo—, apártate. Puede que no esté inconsciente del todo.

—Como mi padre tenga aunque solo sea un pelo fuera de su sitio —continuó Minerva, haciendo caso omiso de la advertencia de Mayordomo—, me encargaré personalmente de que cumpla usted la mayor condena posible en prisión.

Kong abrió un ojo lloroso.

—Esa no es manera de hablarle a un empleado —gruñó, y le agarró el tobillo con una mano de hierro.

Minerva se dio cuenta de que había cometido un grave error y decidió que

lo mejor que podía hacer era chillar a pleno pulmón. Cosa que hizo.

Mayordomo estaba dividido: su deber era proteger a Artemis, no a Minerva, pero después de años trabajando con Artemis y, por supuesto, con Holly, había asumido inconscientemente el papel de protector general. Cada vez que alguien estaba en peligro, él lo ayudaba a salir de él. Y aquella chica tan insensata sin duda estaba en peligro. En peligro de muerte.

«¿Por qué será —se preguntó— que los más listos siempre se creen invencibles?»

Así que Mayordomo tomó una decisión cuyas consecuencias lo atormentarían tanto en sueños como en las horas de vigilia a lo largo de los siguientes años. Como guardaespaldas profesional, sabía lo inútil de cuestionarse a posteriori sus propios actos, pero en las noches sucesivas muchas veces se sentaría junto al fuego, enterraría la cabeza en las manos y volvería a repetir aquella escena en su cabeza, deseando haber obrado de forma distinta. Sea cual fuese la decisión que hubiese tomado, los resultados habrían sido igualmente trágicos, pero al menos no habrían sido trágicos para Artemis.

De modo que Mayordomo actuó. Dio cuatro majestuosas zancadas para alejarse de la puerta y salvar a Minerva de las garras de Kong. Era una tarea sencilla, el hombre estaba prácticamente inconsciente y solo parecía capaz de funcionar gracias a una especie de energía psicótica. Mayordomo se limitó a pisarle la muñeca con fuerza y luego le dio un golpe duro y seco entre los ojos con el nudillo del dedo índice. Kong perdió el conocimiento y sus dedos se relajaron como las patas de una araña moribunda.

Muy juiciosamente, Minerva se apartó del alcance de Kong.

—Eso ha sido una estupidez por mi parte. Lo siento —murmuró.

—Es un poco tarde para eso —la regañó Mayordomo—. Y ahora, ¿quieres ponerte a cubierto, por favor?

El mini episodio duró en total apenas cuatro segundos, pero en aquellos cuatro segundos pasaron muchas cosas al otro lado de la puerta de seguridad. Don, que sujetaba la bomba y que recientemente había sido golpeado sin razón justificada por su jefe, decidió ganarse el favor de Kong irrumpiendo en la galería y reduciendo al gigante que había dentro. Empujó la puerta con el hombro en el preciso instante en que Mayordomo se alejaba de ella para acudir en auxilio de Minerva, y, para su sorpresa, Don cayó de bruces en el interior de la sala, seguido rápidamente por cuatro más de los sicarios de Kong, que iban provistos de un nutrido surtido de armas.

Holly, que cubría la puerta con ayuda de su Neutrino, estaba inquieta, y con razón. Empezó a inquietarse de veras cuando una granada salió rodando de la maraña de hombres que habían caído al suelo y fue a parar a sus pies. A ella le habría resultado fácil escapar a la explosión, pero Artemis y N.° 1 se hallaban en pleno radio de alcance.

«¡Piensa, rápido!».

Había una solución, pero era muy cara en términos de equipo. Se guardó el arma, se quitó el casco y lo arrojó sobre la granada para taparla, haciendo presión con su propio peso. Se trataba de un truco que había empleado antes con resultados diversos. Esperaba que no fuese a convertirse en una costumbre. Permaneció allí agachada como un sapo en un taburete durante lo que se le antojó una eternidad, aunque en realidad no fueron más que unos

cuantos segundos. Advirtió, por el rabillo del ojo, que uno de los matones, el del maletín metálico, estaba abofeteando al hombre que había lanzado la granada. Tal vez emplear la fuerza letal iba contra las órdenes.

La granada explotó y catapultó a Holly en un arco ascendente. El casco absorbió la mayor parte de la onda expansiva y toda la metralla; aun así, la fuerza de la explosión fue suficiente para destrozar las dos tibias de Holly y fracturarle el fémur. Aterrizó en la espalda de Artemis como un saco de piedras.

—¡Ay! —dijo y se desmayó.

Artemis y N.°1 estaban tratando de reanimar a Qwan .

—Está vivo —señaló Artemis, comprobando el pulso del hechicero—. El ritmo cardíaco es estable. Debería volver en sí muy pronto. Mantén un fuerte contacto con él o desaparecerá.

N.°1 acunó la cabeza del veterano demonio.

—Me llamó hechicero —dijo, con lágrimas en los ojos—. No estoy solo.

—Ya habrá tiempo para momentos emotivos más adelante —repuso Artemis bruscamente—. Ahora hay que sacaros de aquí.

Los hombres de Kong ya habían entrado en la galería y se oían disparos. Artemis estaba convencido de que Holly y Mayordomo podían encargarse de unos cuantos matones, pero su convencimiento sufrió un revés cuando oyó una súbita explosión y una maltrecha Holly aterrizó en su propia espalda. El cuerpo de la elfa quedó envuelto de inmediato en un caparazón de luz azul. Del caparazón saltaron varias chispas que, como estrellas, caían justo encima de las heridas más graves.

Artemis salió de debajo de la elfa y tendió a su dolorida amiga con suavidad en el suelo, junto a Qwan.

En esos momentos, los hombres de Kong estaban muy ocupados con Mayordomo, y seguramente arrepintiéndose de haber elegido aquella vía de acción. El guardaespaldas se abalanzó sobre ellos como una bola sobre un puñado de bolos temblorosos.

Uno de ellos consiguió traspasar la barrera de Mayordomo, un hombre alto con el cuello tatuado y un maletín de aluminio. Artemis supuso que aquel maletín no contenía un surtido de especias asiáticas, precisamente, y se dio cuenta de que iba a tener que entrar en acción él mismo. Mientras se preguntaba qué podía hacer exactamente, el hombre lo tumbó de un golpe. Cuando volvió en sí, estaba al lado de Holly: su amiga estaba sentada en el suelo medio grogui y llevaba un maletín esposado a la muñeca.

El hombre que había entregado el maletín había vuelto a la pelea, donde había durado menos que un segundo hasta que Mayordomo lo había dejado inconsciente.

Artemis se arrodilló junto a Holly.

—¿Estás bien?

Holly sonrió, pero le suponía un gran esfuerzo.

—Solo regular, y gracias a la magia. Pero se me ha agotado, no me queda ni una sola gota, así que os aconsejaría a todos que no os metáis en líos hasta que pueda llevar a cabo mi ritual. —Sacudió la muñeca y la cadena que la ataba a ella—. ¿Qué hay en el maletín?

Artemis estaba más pálido que de costumbre.

—Imagino que nada agradable. —Abrió los cierres y levantó la tapa—. Y lo imagino bien: es una bomba, grande y complicada. De algún modo han logrado

pasarla por los controles de seguridad; supongo que a través de una zona todavía en construcción.

Holly parpadeó para mantenerse alerta, y sacudió la cabeza hasta que el dolor la despejó.

—Vale, una bomba. ¿Ves el temporizador?

—Ocho minutos, y la cuenta atrás ya se ha iniciado.

—¿Puedes desactivarla?

Artemis apretó los labios.

—Tal vez sí. Tengo que abrir la caja y ver el mecanismo antes de saberlo con total certeza. Podría ser un simple detonador o llevar incorporados toda clase de sofisticados dispositivos.

Qwan se apoyó sobre los codos y empezó a toser y a escupir grandes cantidades de polvo y esputo.

—¿Qué pasa? ¿Vuelvo a ser de carne y hueso después de diez mil años y ahora me decís que una bomba va a volarme en mil pedazos?

—Os presento a Qwan —explicó N.° 1—. Es el hechicero más poderoso del círculo mágico.

—Ahora soy el único —dijo Qwan—. No pude salvar a los demás. Ahora solo quedamos nosotros dos, chico.

—¿Puedes petrificar la bomba? —preguntó Holly.

—Mi magia tardará todavía un rato en funcionar a pleno rendimiento. Además, el don de la gárgola solo funciona sobre la materia orgánica. Animales y plantas. Una bomba está llena de componentes fabricados por el hombre.

Artemis arqueó una ceja.

—¿Entiende usted de bombas?

—Estaba petrificado, no muerto. Veía lo que sucedía a mi alrededor. La de historias que podría contarte... No te creerías dónde pegan los chicles los turistas.

Mayordomo estaba apilando cuerpos inconscientes contra las puertas de seguridad.

—Tenemos que irnos de aquí! —gritó—. La policía está en el pasillo.

Artemis se puso de pie, se alejó unos cuantos pasos del grupo y cerró los ojos.

—Artemis, no es momento de desmoronarse —lo reprendió Minerva, reptando por el suelo desde detrás de una vitrina—. Nos hace falta un plan.

—Chist... jovencita —la silenció Mayordomo—. Está pensando.

Artemis se dio veinte segundos para estrujarse los sesos. Lo que se le ocurrió distaba mucho de ser un plan perfecto.

—Muy bien. Holly, tienes que sacarnos de aquí volando.

Holly hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Tendré que hacer dos viajes, tal vez tres.

—No hay tiempo para eso. La bomba debe salir primero; hay mucha gente en este edificio. Yo debo irme con la bomba, pues hay una posibilidad de que sepa cómo desactivarla. Y los seres mágicos también tienen que venir: es imprescindible que no los detenga la policía. Hybras desaparecerá.

—No puedo permitirlo —se opuso Mayordomo—. Tengo una obligación para con tus padres. Artemis se mostró inflexible con su protector.

—Pues te voy a dar una nueva obligación —dijo—: cuidar de Minerva. Mantenla a salvo hasta que podamos reunirnos.

—Deja que Holly vuele hasta el mar y suelte la bomba —propuso Mayordomo—. Ya organizaremos una operación de rescate más tarde.

—Será demasiado tarde. Si no sacamos a estos seres mágicos de aquí, los ojos del mundo estarán puestos en Taipei. Además, los mares locales están repletos de barcas de pescadores. Esta es la única manera. No permitiré que mueran humanos o seres mágicos cuando yo podría haberlo evitado.

Mayordomo se mantuvo en sus trece.

—Escúchate. Suenas como... ¡como un buen chico! A ti no te va nada en esto.

Artemis no tenía tiempo para emociones.

—En palabras de H. P. Woodman, amigo mío: «El tiempo pasa, vamos a casa». Así que Holly, sujétanos a tu cinturón, a todos menos a Mayordomo y Minerva.

Holly asintió, todavía ligeramente confusa por la explosión de la granada. Extrajo varios pitones de su cinturón pensando que ojalá le hubiesen dado uno de los Lunocinturones de Potrillo, que generaba un campo de baja gravedad alrededor de todo lo que iba sujeto a él.

—Debajo de los brazos —instruyó a N.° 1—. Luego vuelve a sujetarlo al aro.

Mayordomo ayudó a Artemis con la sujeción.

—Ya está, Artemis. Ya no puedo más, te lo juro. Cuando volvamos a casa me retiro. Soy más viejo de lo que parezco y me siento más viejo de lo que soy. No más conspiraciones, ¿me lo prometes?

Artemis esbozó una sonrisa forzada.

—Solo voy a volar al próximo edificio. Si no puedo desactivar la bomba, entonces Holly puede llevarla hasta el mar y tratar de encontrar un lugar seguro donde arrojarla.

Ambos sabían que Artemis estaba mintiendo. Si no podía desactivar la bomba, no habría tiempo de encontrar un lugar seguro donde arrojarla.

—Ten —dijo Mayordomo, tendiéndole una cartera de cuero plana—. Mis herramientas. Para que puedas al menos meterte en faena.

—Gracias, viejo amigo.

Holly iba cargada hasta la barbilla. N.° 1 y Qwan iban colgados de su cintura mientras que Artemis se agarraba de la parte delantera.

—Muy bien. ¿Todo el mundo listo?

—Ojalá recuperase mi magia —murmuró Qwan—. Así volvería a convertirme en estatua.

—Aterrorizado —dijo N.° 1—. Muerto de miedo. Cangue lo.

—Coloquialismos —dijo Artemis—. Muy bien.

Mayordomo cerró el maletín.

—El edificio de enfrente, eso es lo más lejos que tenéis que ir. Saca el tablero del interior y empieza a trabajar directamente con el explosivo. Abre el detonador si llega a ser necesario.

—Entendido.

—Bien. No voy a decir adiós, solo buena suerte. Os veré en cuanto salgamos de aquí.

—Treinta minutos a lo sumo.

Hasta ese momento, Minerva había permanecido en segundo plano, avergonzada. Entonces se adelantó unos pasos.

—Lo siento, Artemis. No debería haberme acercado a Kong.

Mayordomo se la llevó a un lado.

—No, no deberías haberlo hecho, pero ahora no hay tiempo para disculpas. Quédate junto a la puerta y pon cara de inocente.

—Pero yo...

—¡De inocente! ¡Ahora!

Minerva le obedeció, dándose cuenta muy juiciosamente de que aquel no era momento para discusiones.

—Muy bien, Holly —dijo Artemis—. Despega.

—Comprobando... —Holly activó su mochila. En un primer momento, las alas se desplegaron con cierta dificultad a causa del peso, y hubo algo en la manera en que vibró el motor que no gustó nada a la elfa, pero poco a poco su equipo fue adquiriendo potencia y levantó a los cuatro del suelo—. Muy bien —dijo al fin—. Creo que vamos bien.

Mayordomo empujó al grupo volador hacia una de las ventanas. Todo aquello era tan peligroso que le parecía increíble que estuviese dejando que sucediera. Sin embargo, no había tiempo para deliberaciones. A grandes males, grandes remedios.

Levantó los brazos y tiró del cierre de seguridad de la ventana. La totalidad de la hoja de dos metros se abrió hacia fuera y dejó que el viento de las altitudes penetrase aullando en el edificio. De repente, todos quedaron ensordecidos y a merced de los elementos. Era difícil ver a alguno de ellos y aún más oírlo.

Holly salió flotando hacia fuera con el grupo y el viento los habría arrancado de allí al instante de no ser por Mayordomo, que los sujetó un último segundo.

—Sigue la dirección del viento —le gritó a Holly, soltándola despacio—. Que el descenso sea gradual.

Holly asintió. El motor de sus alas traqueteó y bajaron dos metros de golpe.

A Artemis se le revolvió el estómago.

—Mayordomo —dijo, con voz débil e infantil por el efecto del viento.

—Sí, Artemis. ¿Qué?

—Si algo sale mal, espérame. No importa lo que parezca que ha pasado, volveré. Los traeré a todos de vuelta.

Mayordomo estuvo a punto de saltar tras ellos.

—¿Qué estás planeando, Artemis? ¿Qué piensas hacer?

Artemis le respondió algo, pero el viento atrapó sus palabras y su guardaespaldas solo pudo quedarse allí, inmóvil, bajo el marco de acero y cristal, gritándole al viento.

Bajaron muy rápidamente, un poco más rápidamente de lo que a Holly le habría gustado.

«Las alas no pueden con el peso —se dijo—. Ni con el peso ni con el viento. No lo conseguiremos.»

Dio unos golpecitos con los nudillos en la cabeza de Artemis.

—¡Artemis! —gritó.

—Ya lo sé —respondió el irlandés, gritando también—. Demasiado peso.

Si caían en ese momento, la bomba haría explosión en pleno corazón de

Taipei. Eso era inaceptable. Solo se podía hacer una cosa; Artemis no le había mencionado aquella opción a Mayordomo, pues sabía que este la rechazaría de plano, sin que importase lo sensato de su razonamiento.

Antes de que Artemis tuviese tiempo de maniobrar de acuerdo con su teoría, las alas de Holly chisporrotearon, dieron una sacudida y murieron. Se desplomaron en una caída libre irregular como un saco de pesadas anclas, boca abajo, peligrosamente cerca de la pared del rascacielos.

A Artemis le ardían los ojos por el aire, las dentelladas del viento estaban a punto de arrancarle de cuajo las extremidades y tenía las mejillas hinchadas hasta alcanzar proporciones cómicas, de no ser porque no había nada de cómico en el hecho de caer durante cientos y cientos de metros a una muerte certera.

«¡No! —se reveló el corazón de hierro de Artemis—. No dejaré que este sea el final.»

Con una mueca y una determinación física que debía de haber copiado de Mayordomo, Artemis levantó los brazos y agarró a N.°1 por el brazo. El objeto que buscaba estaba justo allí, casi en su cara, y pese a todo parecía imposible alcanzarlo.

«Imposible o no, tengo que alcanzarlo.»

Era como intentar deformar la lona de un globo gigante, pero lo cierto es que Artemis empujaba con todas sus fuerzas.

El suelo se aproximaba cada vez más vertiginosamente, y los rascacielos más bajos se alzaban ahora como lanzas. Arte mis seguía empujando.

Por fin, los dedos de Artemis se cerraron en torno a la pulsera de plata de N.°1.

«Adiós, mundo —pensó—. De uno u otro modo.»

Y le arrancó la pulsera para lanzarla al aire. Los demonios ya no estaban anclados a aquella dimensión. Durante un segundo, no pareció ocurrir nada, pero entonces, en el preciso instante en que pasaban ante el primero de los rascacielos más bajos, un trapecio giratorio de color púrpura se abrió en el cielo y se los tragó con la misma facilidad con que un niño se tragaría un caramelo.

Mayordomo retrocedió unos pasos para alejarse de la ventana, tratando de procesar lo que había visto. Las alas de Holly habían fallado, eso era incuestionable, pero ¿y luego? ¿Qué?

De pronto, lo entendió todo. Artemis debía de tener un plan alternativo, ese chico siempre lo tenía. Artemis no iba ni al baño sin un plan B. Así que no estaban muertos. Eso era muy probable. Solo habían desaparecido en la dimensión de los demonios. Tendría que seguir repitiéndose aquello hasta que se lo creyese.

Mayordomo se percató de que Minerva estaba llorando.

—Están todos muertos, ¿verdad? Por mi culpa...

Mayordomo le apoyó la mano en el hombro.

—Si estuvieran todos muertos, lo estarían por tu culpa, pero no lo están: Artemis lo tiene todo controlado. Y ahora, levanta esa cabeza bien alta, porque tenemos que ingeniárnoslas para salir de aquí con alguna patraña, hija.

Minerva frunció el ceño.

—¿Hija?

Mayordomo le guiñó un ojo, aunque sentía de todo menos alegría.

—Sí, hija.

Segundos más tarde, una patrulla de la policía taiwanesa abrió la puerta e inundó la sala de uniformes azules y grises. Mayordomo se sorprendió examinando las bocas de los cañones de una docena de pistolas especiales de la policía. La mayoría de aquellos cañones temblaban ligeramente.

—No, imbéciles —exclamó el señor Lin, abriéndose paso con dificultad entre los policías y golpeándoles los brazos con los que empuñaban las armas—. A ese no, ese es amigo mío. A esos otros, los que están inconscientes. Son los que irrumpieron aquí y los que me golpearon. Es un milagro que mi amigo y su...

—Hija —completó Mayordomo.

—… y su hija no resultasen heridos.

Entonces el comisario se dio cuenta de que la exposición había quedado destrozada y fingió que se desmayaba. Como nadie acudía en su auxilio, se levantó él solo y se fue a llorar a un rincón.

Un inspector, que llevaba su arma al estilo cowboy, se dirigió hacia Mayordomo.

—¿Ha hecho usted esto?

—No, yo no. Estábamos escondidos detrás de una caja. Destrozaron la escultura y luego empezaron a pelearse entre ellos.

—¿Tiene alguna idea de por qué esta gente querría destrozar una escultura?

Mayordomo se encogió de hombros.

—Creo que se creen anarquistas. Con esa gente nunca se sabe...

—No llevan documentación —dijo el inspector—. Ninguno de ellos. Eso es un poco raro.

Mayordomo sonrió con amargura. Después de todo lo que había hecho Billy Kong, solo lo acusarían por daños a la propiedad. Por supuesto, podrían mencionar el secuestro, pero eso conduciría a semanas o incluso meses de burocracia en Taiwán. Además, Mayordomo no tenía ningún deseo en especial de que hurgasen en su pasado ni de que descubrieran el amplio surtido de pasaportes falsos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

En ese momento, se acordó de algo; algo sobre Kong de una conversación cuando estaban en Niza.

«Kong empleó un cuchillo de cocina para matar a su amigo —había dicho Potrillo—. Sigue habiendo una orden de busca y captura contra él, bajo el nombre de Jonah Lee.»

Mayordomo se dio cuenta de que a Kong se le buscaba por asesinato en Taiwán, y no había ninguna ley de prescripción respecto al asesinato.

—Los oí hablar con ese de ahí —dijo Mayordomo señalando a Billy Kong, todavía tendido en el suelo—. Lo llamaban señor Lee, o Jonah. Era el jefe.

Aquello pareció despertar el interés del inspector.

—Ah, ¿sí? ¿Y oyó algo más? A veces los detalles más insignificantes pueden tener mucha importancia.

Mayordomo frunció el ceño, pensando.

—Uno de ellos dijo algo. Ni siquiera sé lo que significa...

—Continúe, por favor —insistió el inspector.

—Dijo... déjeme pensar... Dijo: «No eres un tipo tan duro, Jonah. Hace

años que no te apuntas un tanto con la pistola.» ¿Qué significa eso, «apuntarse un tanto con la pistola»?

El inspector extrajo un teléfono móvil del bolsillo.

—Significa que ese hombre es sospechoso de asesinato.

—Marcó el uno y luego la marcación rápida—. ¿Base? Aquí Chan. Necesito que introduzcas el nombre de Jonah Lee en el ordenador. Retroceded unos cuantos años. —Cerró el teléfono—. Gracias, señor...

—Arnott —contestó Mayordomo—. Franklin Arnott, Nueva York. —Llevaba años utilizando el pasaporte de Franklin Arnott, que estaba ya convincentemente gastado.

—Gracias, señor Arnott, es posible que acabemos de atrapar a un asesino.

Mayordomo pestañeó.

—¡Un asesino! Caramba... ¿Has oído eso, Eloise? Papá ha atrapado a un asesino.

—¡Bien hecho, papi! —dijo «Eloise», aunque parecía enfadada con papi por alguna razón.

El inspector se volvió para proseguir con sus pesquisas y luego se detuvo.

—El comisario dijo que había otra persona, un chico. ¿Un amigo suyo?

—Sí y no. Es mi hijo, Arty.

—No lo veo por aquí.

—Acaba de salir, pero volverá.

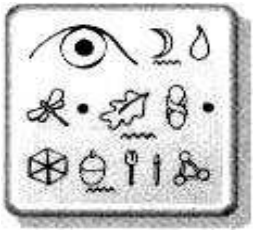
—¿Está seguro?

Mayordomo contestó con la mirada perdida.

—Sí, estoy seguro. Siempre cumple lo que dice.

CAPÍTULO 13

FUERA DEL TIEMPO



EL VIAJE entre dimensiones fue más violento de lo que Artemis recordaba. No hubo tiempo para reflexionar sobre los distintos cambios en el paisaje ni para que sus sentidos captasen las variaciones en las imágenes, los sonidos o la temperatura. Se vieron arrancados de su propia dimensión y arrastrados a través de agujeros en el espacio y en el tiempo con solo su conciencia intacta. Únicamente se materializaron una vez y por un instante.

El paisaje era gris e inhóspito, y estaba lleno de cráteres; Artemis vio a lo lejos un planeta azul camuflado por un manto de nubes.«Estoy en la Luna», pensó Artemis, y luego desaparecieron de nuevo, succionados por la fuerza de atracción de Hybras. Aquel viaje fuera de la mente y fuera del cuerpo era una sensación antinatural. «¿Cómo es posible que todavía sea consciente? —pensó Artemis—. ¿Cómo es posible que todo esto esté sucediendo?»

Y lo que era aún más extraño, cuando se concentraba percibía los pensamientos de los demás revoloteando a su alrededor. En su mayoría eran emociones generales, como miedo o nerviosismo, pero después de unas vueltas más, Artemis también detectó pensamientos específicos.

Holly, por ejemplo, se preguntaba si su arma llegaría intacta, un pensamiento muy propio de la soldado que era; y N.° 1 estaba muy nervioso, no por el viaje en sí, sino por alguien que estaría aguardándolo en Hybras: Abbot. Un demonio llamado Abbot.

Artemis amplió su alcance un poco más y encontró a Qwan flotando en el éter. Su actividad mental era extraordinaria, haciendo cálculos muy complejos y resolviendo enigmas filosóficos.

«Estás manteniendo el cerebro activo y en forma, joven humano.»

Artemis se dio cuenta de que aquel pensamiento iba dirigido a él: el hechicero había percibido su torpe intento de leer la mente.

Artemis notaba la diferencia entre su cerebro y el de los demás. Tenían algo distinto: una energía extraterrestre. Era difícil explicar una sensación sin disponer de sentidos, pero, por alguna razón, parecía azul, un plasma azul, eléctrico y vivo. Artemis dejó que aquel intenso sentimiento fluyese por su mente y de inmediato percibió una sacudida producida por él.

«Magia —descubrió—. La magia está en la mente.» Aquello sí que valía la pena saberlo. Artemis se retiró a su propio ámbito de espacio - mente, pero se llevó una pequeña muestra del plasma azul consigo: nunca se sabía cuándo podía ser útil un poco de magia.

Se materializaron en Hybras, en el interior del propio cráter. Su llegada se vio acompañada por un resplandor, producido sin duda por la energía desplazada. El grupo se quedó tendido en la ladera ennegrecida de hollín, jadeando y sudando a mares. El suelo bajo sus pies estaba caliente, y el hedor acre a azufre les inundaba las fosas nasales. La euforia de la materialización no tardó en disiparse.

Artemis inspiró con actitud vacilante, y el aire de su boca levantó pequeños remolinos de polvo. El gas volcánico hizo que se le humedecieran los ojos y unas pavesas de ceniza le recubrieron de inmediato hasta el último centímetro de piel descubierta.

—Podríamos estar en el infierno —comentó.

—El infierno o Hybras —repuso N.° 1, poniéndose de rodilla —. En cierta ocasión esas cenizas se impregnaron en mi túnica. Es imposible quitarlas.

Holly también se había incorporado y estaba realizando una comprobación del sistema de su equipo.

—Mi Neutrino está intacta, pero no consigo obtener señal de comunicación. Estamos incomunicados. Y, por lo que parece, he perdido la bomba.

Artemis se arrodilló y resquebrajó con las rodillas la capa de ceniza que cubría el suelo, liberando el calor que había debajo. Consultó su reloj vio en él el reflejo de su propia cara. Tenía el pelo gris por la ceniza y por un segundo creyó estar viendo a su padre.

Una idea empezó a tomar forma en su mente.

«Me parezco a mi padre, un padre a quien tal vez no vuelva a ver nunca. Mamá. Mayordomo... Ahora solo me queda una amiga.»

—Holly —dijo—, déjame mirarte.

La elfa no levantó la vista del ordenador que llevaba en la muñeca.

—Ahora no tengo tiempo, Artemis.

El irlandés se acercó a ella, caminando con paso brioso sobre la fina capa de ceniza.

—Holly, deja que te eche un vistazo —insistió, asiéndola por los hombros.

Había algo en la voz de Artemis que hizo que Holly abandonara de inmediato lo que estaba haciendo para prestarle atención. Aquel no era un tono que Artemis Fowl emplease demasiado a menudo. Casi podía incluso clasificarse como ternura.

—Solo tengo que asegurarme de que sigues siendo tú. Las cosas se confunden un poco entre dimensiones. La última vez, a mí se me cambiaron los dedos de sitio.

Levantó la mano para que la elfa la viese.

—Es raro, ya lo sé. Pero tú pareces estar bien.., todo está en su sitio.

Algo atrajo la atención de Artemis: había un maletín metálico semienterrado en las cenizas un poco más arriba, en la ladera del cráter.

—La bomba —exclamó Artemis con voz ahogada—. Creía que la habíamos perdido durante el trayecto... sin embargo, es cierto que vi un resplandor cuando aterrizamos.

Qwan se precipitó hacia la bomba.

—No, eso fue un desplazamiento de energía, sobre todo de la mía. La

magia es casi como otro ser, fluye a donde quiere. Parte de la mía no volvió a mí a tiempo y ardió en llamas al entrar en contacto con Hybras. Me alegra decir que el resto de mis poderes están encendidos y listos para ignición.

A Artemis le asombraba lo mucho que el lenguaje de aquel ser prehistórico se asemejaba al lenguaje empleado por la NASA. «No me extraña que no tengamos ni una posibilidad contra los seres mágicos — pensó—. Ellos ya estaban resolviendo ecuaciones dimensionales cuando nosotros todavía estábamos picando piedras.»

Artemis ayudó al hechicero a retirar la bomba del lecho de cenizas. El temporizador marcaba un seis antes del salto en el tiempo y en ese momento estaba programado para más de cinco mil horas. Al final, un golpe de suerte.

Artemis empleó los instrumentos de Mayordomo para examinar el mecanismo de la bomba. Tal vez podría desarmarla si disponía de varios meses, un par de ordenadores y algunas herramientas láser. Sin aquellas condiciones, tenía tantas posibilidades de desactivar la bomba como una ardilla de fabricar un avión de papel.

—Esta bomba está perfectamente operativa —le explicó a Qwan—. Solo el temporizador ha resultado afectado.

El hechicero se acarició la barba.

—Eso tiene sentido. Ese instrumento es relativamente sencillo, comparado con la complejidad de nuestros cuerpos. El túnel de la dimensión no tendría ningún problema para recomponerla, pero lo del tiempo es otra cuestión. Quedará afectado por cualquier erupción temporal que se produzca por aquí. Podría estallar en cualquier momento, o nunca.

«Nunca no —pensó Artemis—. Puede que no sea capaz de desarmarla, pero desde luego, puedo hacerla estallar cuando lo necesite.»

Holly examinó el mortífero dispositivo.

—¿Hay algún modo de poder deshacernos de ella?

Qwan negó con la cabeza.

—Los objetos inanimados no pueden viajar solos por el túnel del tiempo. Nosotros, en cambio, podemos ser succionados en cualquier momento. Necesitamos ponernos algo de plata inmediatamente.

Holly miró a Artemis.

—A lo mejor a algunos de nosotros nos gustaría ser succionados de nuevo.

—Tal vez sí —dijo Qwan—, pero bajo determinadas condiciones. Si os dejáis aspirar sin más, quién sabe dónde acabaréis. O cuándo. Vuestro espacio y tiempo naturales os atraerán, pero con el deterioro del conjuro, podríais llegar metidos dentro de una roca a dos kilómetros por encima de la superficie, o acabar vagando a la deriva en la Luna.

Aquella imagen daba que pensar. Una cosa era echarle un vistazo rápido como si uno fuera un turista a la superficie de la Luna, y otra muy distinta quedarse a vivir allí para siempre. Aunque lo cierto es que, después del primer minuto sin oxígeno, ya nada importaría.

—¿Así que estamos atrapados aquí para siempre? —dijo Holly—. Venga, Artemis. Tienes un plan. Tú siempre tienes un plan.

Los demás se reunieron en torno a Artemis. Había algo en él que hacía que la gente diese por sentado que era el líder. Tal vez era la forma en que lo daba por sentado él mismo. Además, en este caso, era la persona de mayor

estatura del grupo.

Esbozó una sonrisa breve. «Conque así es como se siente Mayordomo todo el tiempo.»

—Tenemos nuestras razones para querer regresar —empezó a decir—. Holly y yo hemos dejado a nuestros seres queridos atrás, amigos y familia a quienes nos gustaría mucho volver a ver. Número Uno y Qwan, vosotros tenéis que sacar a los vuestros de esta dimensión; el conjuro se está deshaciendo y pronto no habrá lugar seguro en toda la isla. Si mis cálculos son correctos, y estoy seguro de que lo son, ni siquiera la plata podrá seguir anclándoos aquí por mucho tiempo. Ahora bien, podéis iros cuando lo dicte el conjuro o podemos decidir nosotros cuándo dar el salto.

Qwan realizó sus cálculos mentalmente.

—No es posible. Hicieron falta siete hechiceros y un volcán para trasladar la isla aquí. Para regresar necesitaríamos siete seres mágicos, hechiceros a poder ser. Y por supuesto, un volcán en activo, cosa que no tenemos.

—¿Y tiene que ser un volcán? ¿No valdría cualquier fuente de energía?

—En teoría, sí —convino Qwan—. ¿Estás diciendo que podríamos emplear la bomba?

—Es posible.

—Muy poco probable, pero posible. Sigo necesitando siete seres mágicos.

—Pero el conjuro ya está formulado —objetó Artemis—. La infraestructura está toda aquí. ¿No podríamos hacerlo con menos hechiceros?

Qwan levantó un dedo admonitorio hacia Artemis.

—Eres un Fangosillo muy listo. Sí, tal vez podría hacerlo con menos. Por supuesto, no lo sabremos hasta que lleguemos.

—¿Cuántos?

—Cinco, cinco como mínimo.

Holly hizo rechinar los dientes.

—Solo somos tres, y Número Uno es un principiante. Así que tenemos que encontrar dos demonios con magia en esta isla.

—Imposible —soltó Qwan—. Una vez que un diablillo se deforma, pierde toda la magia que podía tener hasta entonces. Solo los hechiceros como Número Uno y yo mismo no nos deformamos, por lo que conservamos la magia.

Artemis se sacudió unas cenizas de la chaqueta.

—Nuestra máxima prioridad es salir de este cráter y encontrar algo de plata. Sugiero que dejemos la bomba aquí. La temperatura no basta para hacerla estallar y, si al final explota, el volcán absorberá parte de la fuerza. Si queremos encontrar a alguna otra criatura mágica, seguro que tenemos más posibilidades fuera de este cráter. En cualquier caso, el azufre me está dando dolor de cabeza.

Artemis no esperó a que los demás estuviesen de acuerdo, sino que se volvió y emprendió el camino hacia la orilla del cráter. Al cabo de un momento, los demás le siguieron, avanzando con dificultad por la corteza de ceniza. Aquel lugar le recordaba a Artemis una duna gigante por la que había subido una vez con su padre. En esta ocasión, una caída tendría consecuencias más graves.

Fue un ascenso arduo y difícil. Las cenizas ocultaban surcos en la roca y pequeñas grietas por las que el volcán expulsaba aire caliente. Unos hongos

de vistosos colores crecían en grupo alrededor de aquellas fumarolas, y brillaban entre las sombras del cráter como luces coralinas nocturnas.

Nadie habló demasiado durante la ascensión. N.° 1 subió todo el camino mascullando fragmentos enteros del diccionario, pero los demás se dieron cuenta de que aquel era su truco particular para no perder el ánimo.

Artemis miraba hacia arriba de vez en cuando. El cielo era de un rojo amanecer y relucía por encima de su cabeza como una laguna de sangre.

«Esa sí es una metáfora optimista —ironizó Artemis para sus adentros—. A lo mejor dice algo sobre mi carácter que una laguna de sangre sea la única imagen que se me ocurre en estos momentos.»

El físico de N.° 1 se adaptaba mejor a la escalada cuesta arriba muy empinada, pues tenía un centro de gravedad bajo y podía descansar sobre su cola rechoncha si era necesario. Sus pies anchos lo sujetaban con firmeza al suelo y las escamas blindadas que le recubrían el cuerpo lo protegían de las rozaduras o las magulladuras en caso de caída.

Saltaba a la vista que Qwan estaba sufriendo lo suyo. El anciano hechicero había sido una estatua los diez mil años anteriores, y todavía se estaba quitando la rigidez de los huesos. La magia aliviaba el proceso en cierta medida, pero ni siquiera la magia podía eliminar por completo el dolor. Todo ello le hacía estremecerse cada vez que pisaba con el pie la capa de hollín.

Al final, el grupo llegó a la cima. Si había pasado mucho o poco tiempo, era imposible saberlo. El cielo todavía conservaba el mismo tono rojo intenso, y todos los relojes se habían parado.

Holly recorrió los últimos pasos y luego levantó la mano derecha, con los dedos cerrados en un puño.

—Eso significa «deteneos» —les dijo Artemis a los demás—. Es algo militar. Los soldados humanos usan exactamente el mismo signo.

Holly asomó la cabeza por el borde un momento y luego regresó junto al grupo.

—Qué significa si hay un montón de demonios subiendo por la ladera del volcán, al otro lado? Qwan sonrió.

—Significa que nuestros hermanos demonios han visto el resplandor de nuestra llegada y acuden a recibirnos.

—¿Y qué significa si todos vienen armados con ballestas?

—Hummm... —se quedó pensando Qwan—. Eso podría ser algo más serio.

—¿Acaso son peligrosos? —quiso saber Artemis—. Ya nos hemos enfrentado a algunos como esos, incluso a troles.

—No pasa nada —dijo Holly, recargando su arma—. No son tan grandes. Todo saldrá bien, de verdad.

Artemis frunció el ceño; Holly solo se molestaba en tranquilizarlo cuando las cosas se ponían verdaderamente feas.

—¿Tan peligrosos son? —dijo.

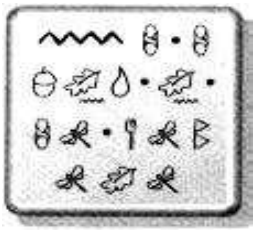
Holly lanzó un silbido y meneó la cabeza con resignación.

—No te lo puedes ni imaginar.

CAPÍTULO 14

EL LÍDER DE LA MANADA

ISLA DE HYBRAS



MIENTRAS Artemis y compañía vagaban por el túnel del tiempo, Leon Abbot se había reunido en consejo con los sabios de la manada de demonios. El Consejo era donde se tomaban todas las decisiones importantes o, para ser más exactos, donde Abbot tomaba todas las decisiones. Los demás creían que participaban, pero Leon Abbot era un experto convenciéndolos para que pensasen como él.

«Si supiesen la verdad... —pensó, mordiéndose la parte interna de las mejillas para no esbozar una sonrisa petulante—. Me comerían vivo. Pero no la sabrán nunca, porque no queda nadie con vida para contarles la verdad. Ese idiota de Número Uno era el último, y se ha ido. Qué lástima…»

Abbot tenía algo grande para ese día, un gran cambio para la manada, el comienzo de una nueva era: la era Leon Abbot.

Bajó la vista hacia la mesa para mirar a sus compañeros demonios, para ver cómo chupaban y roían los huesos de un cubo lleno de conejos, vivos hasta escasos minutos antes, que había servido para la ocasión. Despreciaba a los demás miembros del Consejo, a todos y cada uno de ellos. Eran unas criaturas débiles y estúpidas que se regían por sus apetitos más básicos. Lo que necesitaban era un auténtico liderazgo. Nada de discusiones ni de debates, solo su palabra era ley, y con eso se zanjaba el asunto.

Por supuesto, en circunstancias normales, los demás demonios podían no compartir su visión del futuro. De hecho, si era él quien la sugería, entonces lo más probable es que hiciesen con él lo que en esos momentos estaban haciendo con los conejos, pero aquellas no eran circunstancias normales. Abbot contaba con ciertas «ventajas» cuando se trataba de negociar con el Consejo.

Al otro extremo de la mesa, Hadley Shrivelington Basset, recientemente incorporado al Consejo, se levantó y se puso a gruñir con gran estruendo, la señal de que quería hablar. Lo cierto es que Abbot estaba un poco preocupado por Basset, pues este se resistía al poder de persuasión habitual de Abbot, y algunos de los otros empezaban a escucharle. Tendría que ocuparse de Basset en breve.

El demonio volvió a gruñir, e hizo bocina con las manos para asegurarse

de que el sonido llegase a la cabecera de la mesa.

—Me dispongo a hablar, Leon Abbot. Te ruego me escuches.

Abbot suspiró con gesto cansino y le hizo una señal al demonio con la mano para que continuase. Decididamente, a aquellos jovenzuelos les encantaban los formalismos.

—Están sucediendo cosas que me preocupan, Abbot. Cosas que no son como deberían ser en la manada.

Se oyeron murmullos de asentimiento entre los asistentes. No había de qué preocuparse; los demás no tardarían en cambiar de parecer.

—Se nos conoce por nombres humanos. Veneramos un libro humano. Es algo que me parece indignante. ¿Es que nos vamos a volver humanos o qué?

—Ya te lo he explicado, Basset. Puede que un millón de veces. ¿Es que eres tan duro de mollera que mis palabras no te entran en el cerebro?

Basset gruñó por lo bajo. Aquellas eran palabras hirientes. Y tanto si era el líder de la manada como si no, Abbot tendría que tragarse esas palabras muy pronto.

—Lo intentaré una vez más —continuó Abbot al tiempo que ponía las botas encima de la mesa, otro insulto más a Basset—. Aprendemos costumbres de los humanos para poder entenderlos mejor y así derrotarlos más fácilmente. Leemos el libro, practicamos con la ballesta y llevamos sus nombres.

Basset no pensaba dejarse intimidar.

—He oído esas palabras un millón de veces, y todas las veces me parecen igual de ridículas. No nos ponemos nombres de conejos cuando cazamos conejos ni vivimos en zorreras para cazar al zorro. Podemos aprender cosas del libro y la ballesta, pero somos demonios, no humanos. El nombre de mi familia era Cartílago. ¡Eso sí que es un nombre de demonio, y no este absurdo Hadley Shrivelington Basset!

Era un buen argumento, y bien presentado. Tal vez en otras circunstancias Abbot habría aplaudido y reclutado al joven demonio como teniente, pero los tenientes crecían y se convertían en rivales, y eso era algo que Abbot no pensaba permitir.

Se levantó y rodeó la mesa despacio, mirando a los ojos a cada uno de los miembros del Consejo a su paso. Al principio, los ojos de los demonios brillaban con furia, pero en cuanto Abbot empezó a hablar, aquella furia se transformó en una dócil expresión de obediencia.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Abbot, acariciándose un cuerno con una de sus garras. Un arco de chispas siguieron la estela de su uña—. Llevas razón en todo lo que dices: los nombres, ese ridículo libro, la ballesta... Aprender el idioma de los humanos... Es todo una broma.

Los labios de Basset se curvaron para descubrir unos dientes blancos y puntiagudos, y entrecerró los ojos pardos.

—Lo admites, Abbot? ¿Lo habéis oído admitirlo?

Unos segundos antes, los otros habían mostrado con sus gruñidos su aprobación ante la iniciativa del joven demonio, pero en ese momento era como si les hubiesen absorbido toda la energía. Lo único que podían hacer era bajar la cabeza hacia la mesa con la mirada perdida, como si la respuesta a las preguntas más vitales de su existencia estuviera grabada en la superficie de madera.

—Lo cierto es, Basset —prosiguió Abbot, acercándose aún más—, que no

vamos a volver a casa.

Este es ahora nuestro hogar.

—Pero tú dijiste...

—Ya lo sé. Dije que el conjuro finalizaría y que a todos nos succionarían de vuelta al lugar de donde vinimos. Y quién sabe, puede que sea verdad incluso, pero no tengo ni idea de lo que sucederá en realidad. Lo único que sé es que durante todo el tiempo que permanezcamos aquí, mi intención es estar al mando.

Basset estaba patidifuso.

—¿No va a haber ninguna gran batalla? Pero si llevamos muchísimo tiempo entrenando...

—Distracción —dijo Abbot, agitando los dedos como un prestidigitador—. Humo y conjuros. Les di a los soldados algo en lo que concentrarse.

—¿Concen... qué? —preguntó Basset, perplejo.

—Concentrarse, imbécil. Algo en que pensar. Mientras haya una guerra que planificar, los demonios serán felices. Yo les di la guerra y les enseñé cómo ganarla. Así que, naturalmente, soy un salvador.

—Tú nos diste la ballesta.

Abbot no pudo reprimir la risa. Verdaderamente, aquel Basset era un idiota de primera categoría. Casi podría pasar por un gnomo.

—La ballesta, dice... —logró decir al fin, cuando se le pasó el ataque de risa—. ¡La ballesta! Los Fangosos disponen de armas que disparan fuego y muerte, tienen pájaros de metal que vuelan y arrojan huevos que explotan. Y hay millones de ellos, ¡millones! Lo único que tendrían que hacer sería arrojar un huevo en nuestra pequeña isla y nosotros desapareceríamos. Y esta vez sí que no reapareceríamos jamás.

Basset no sabía si atacar o batirse en retirada. Todas aquellas revelaciones le provocaban dolor de cabeza, y lo único que parecían capaces de hacer los demás miembros del Consejo era quedarse allí sentados, babeando. Era casi como si estuviesen bajo el influjo de un encantamiento...

—Vamos —lo animó Abbot con aire burlón—, si ya casi lo has adivinado. Estruja esa esponja que tienes por cerebro.

—Has hechizado al Consejo.

—¡Premio! —exclamó Abbot—. ¡Que le den un conejo crudo al caballero!

—Pe... pe... pero eso es imposible —dijo Basset tartamudeando—. Los demonios no son criaturas mágicas, salvo los hechiceros. Y los hechiceros no se deforman.

Abbot extendió los brazos.

—¡Claro, y como yo soy una criatura tan magníficamente deformada! ¿Te duele la cabeza? ¿Todo esto resulta demasiado para ti, Basset?

Basset extrajo una larga espada de su vaina.

—¡Me llamo Cartílago! —rugió, y arremetió contra el líder. Abbot apartó a un lado la hoja de la espada con el antebrazo y luego se abalanzó sobre su oponente. Puede que Abbot fuese un mentiroso y un manipulador, pero también era un guerrero temible. Era como ver una paloma luchando contra un águila.

Abbot tiró al suelo al demonio más pequeño y luego se agachó sobre su pecho, sin hacer caso de los golpes que Basset le asestaba sobre las escamas blindadas.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer, pequeñín? He tenido peleas mejores con mi perro.

Asió la cabeza de Basset entre las manos y se la apretó hasta que los ojos del demonio más joven empezaron a salírsele de las cuencas.

—Y ahora, podría matarte —anunció Abbot, y la sola idea le produjo un placer intenso—, pero eres un demonio popular entre los diablillos y me acribillarían a preguntas, así que te dejaré vivir. Aunque por supuesto será a mi manera: tu voluntad tendrá que someterse a la mía.

A Basset le tendría que haber resultado imposible hablar, pero logró articular una sola palabra.

—Nunca.

Abbot le apretó la cabeza con más fuerza.

—¿Nunca? ¿Nunca, dices? ¿Acaso no sabes que «nunca» llega muy pronto aquí en Hybras?

Entonces Abbot hizo lo que ningún demonio deformado debería haber sido capaz de hacer: conjuró la magia que habitaba en su interior y la dejó traslucir en sus ojos.

—Eres mío —le dijo a Basset con la voz impregnada de magia, irresistible.

Los otros estaban ya tan condicionados que sucumbían con solo una pizca de encanta en la voz de Abbot, pero, para la joven mente de Basset, Abbot estaba haciendo acopio de hasta la última chispa de magia en su organismo. Magia que había robado antes, magia que, según la ley de las criaturas mágicas, nunca debía emplearse para encantar a otro ser mágico.

La cara de Basset se puso muy roja y se le resquebrajó la frente.

—¡Eres mío! —repitió Abbot, mirando fijamente a los ojos cautivos de Basset—. No volverás a cuestionar mis decisiones.

En honor de Basset hay que decir que estuvo luchando contra el encantamiento durante varios segundos, hasta que el poder de la magia llegó a romperle un vaso sanguíneo en el ojo. A continuación, mientras la sangre se expandía por el globo ocular anaranjado de su ojo, Basset perdió toda capacidad de decisión, y se entregó a la voluntad de Abbot con la docilidad más absoluta.

—Soy tuyo —entonó—.Y nunca más volveré a cuestionar tus decisiones.

Abbot cerró los ojos un momento, volviendo a guardar toda la magia en su interior. Cuando volvió a abrirlos, era todo afabilidad.

—Muy bien. Me alegra mucho oír eso, Basset. Es decir, tu otra opción era una muerte rápida y dolorosa, así que estarás mejor como perrito faldero sin cerebro de todos modos.

Se puso en pie y tuvo el detalle de ayudar a Basset a levantarse.

—Te has caído —le explicó, con el tono paciente de un médico—. Y te estoy ayudando a levantarte.

Basset pestañeó con la mirada perdida.

—Nunca volveré a cuestionar tus decisiones.

—Bueno, no te preocupes de eso ahora. Tú solo siéntate y haz todo lo que yo te diga.

—Soy tuyo —dijo Basset.

Abbot le dio una palmadita cariñosa en la mejilla.

—Y eso que los demás decían que no nos llevábamos bien. Abbot regresó junto a su propia silla a la cabecera del grupo. La silla tenía el respaldo muy

alto y estaba hecha con distintas partes de animales.

Se acomodó en ella y acarició los brazos de la silla con las palmas de las manos.

—Me encanta esta silla —comentó—. En realidad, parece más un trono que una silla, lo que me recuerda el asunto que nos ha traído hoy hasta aquí. —Abbot rebuscó entre unos de los pliegues de cuero de la silla y extrajo una tosca corona de bronce—. Creo que ya va siendo hora de que el Consejo me declare rey para siempre —sentenció, colocándose la corona en la cabeza.

Aquella nueva idea de ser rey para siempre iba a ser difícil de vender. Una manada de demonios siempre estaba gobernada por el que estaba más en forma, y era un cargo muy temporal. Abbot solo había sobrevivido como líder durante tanto tiempo porque había encantado a cualquiera que se hubiese atrevido a desafiarle.

La mayoría de los miembros del Consejo llevaban sometidos al influjo de Abbot durante tanto tiempo que aceptaron la sugerencia como si fuese un decreto real, pero algunos de los más jóvenes empezaron a temblar y a sufrir escalofríos mientras sus verdaderas convicciones luchaban contra aquella nueva y repugnante idea.

La lucha no se prolongó demasiado tiempo. La sugerencia de Abbot se propagó como un virus por su consciente y su subconsciente, sofocando cualquier signo de rebelión allí donde lo encontraba. Abbot se ajustó la corona.

—Basta ya de debate. Todos los que estén a favor, que rujan: «Aaargh!».

—AAARGH! —rugieron los demonios, golpeando la mesa con guantes y espadas.

—¡Un hurra por el rey Leon! —ordenó Abbot.

—¡VIVA EL REY LEON ABBOT! —obedeció el Consejo, como si fueran simples loros amaestrados.

La adulación se vio interrumpida por un demonio soldado que irrumpió en mitad de la reunión.

—Hay... Ha habido un gran...

Abbot se quitó la corona rápidamente. La población general no estaba lista para eso todavía.

—¿Hay un qué? —inquirió—. ¿Un gran qué?

El soldado hizo una pausa y contuvo el aliento. De pronto se dio cuenta de que más le valía comunicar la magnitud de lo sucedido en la montaña, porque de lo contrario Abbot lo decapitaría por haber interrumpido la reunión.

—Ha habido un resplandor muy grande. —¿Grande? Eso no sonaba lo bastante grande—. Empezaré de nuevo: ha habido un enorme resplandor de luz procedente del volcán. Dos miembros de una partida de caza estaban por allí y dicen que alguien ha aparecido en el volcán. Un grupo. Cuatro seres.

Abbot frunció el ceño.

—¿Seres?

—Puede que dos de ellos sean demonios, pero los otros dos... Los cazadores no están seguros de lo que son.

Aquello era un asunto muy grave, Abbot lo sabía. Aquellos seres podían ser humanos o, peor aún, hechiceros supervivientes. Si se trataba de un hechicero, sin duda descubriría el secreto de Abbot. Lo único que hacía falta era un demonio con poderes verdaderos y todo su influjo sobre la manada desaparecería. Era necesario poner remedio a aquella situación.

—Muy bien. El Consejo lo investigará. Que no suba nadie más allí arriba.

La nuez del cuello del soldado se agitaba frenéticamente, como si estuviese a punto de transmitir malas noticias.

—Es demasiado tarde, profesor Abbot. Toda la manada al completo se dirige a la cima del volcán. Abbot ya había llegado a la puerta para cuando el soldado terminó de hablar.

—Seguidme! —gritó a los demás demonios—. Y traed vuestras armas.

—AAARGH! —rugieron los miembros encantados del Consejo.

Artemis se sorprendió mucho de ver lo tranquilo que estaba. Cabía esperar que un humano adolescente estuviese aterrorizado ante el espectáculo de una manada de demonios escalando una cuesta hacia ellos, pero Artemis se sentía más nervioso que aterrorizado, y más curioso que nervioso.

Miró hacia atrás por encima de su hombro, al cráter del que acababan de salir.

—Más dura sería la caída que enfrentarnos a la jauría —dijo en voz baja, y luego se rió ante su propia rima.

Holly lo oyó.

—Desde luego, sabes escoger el momento más oportuno para convertirte en poeta.

—Normalmente, ya estaría planeando algo, pero esto me queda grande. Qwan está ahora al mando.

N.° 1 los condujo por la orilla del cráter hacia un saliente bajo y rocoso. Había un palo de madera incrustado en el suelo junto al saliente, y colgadas del palo había montones de pulseras de plata, la mayoría deslustradas y cubiertas de hollín.

N.° 1 sacó unas cuantas por el extremo del palo.

—Los saltadores de dimensiones las dejan aquí —explicó mientras se las pasaba al resto del grupo—. Por si acaso regresan. Ninguno lo había conseguido hasta ahora. Excepto Leon Abbot, claro.

Qwan se colocó una pulsera en la muñeca.

—El salto de dimensiones es un suicidio. Sin plata, un demonio nunca sería capaz de quedarse en el mismo sitio durante más de unos pocos segundos. Vagan errantes entre distintos tiempos y dimensiones hasta que mueren de congelación o inanición. Me asombra que ese tal Abbot consiguiera regresar. ¿Cuál es su nombre de demonio?

N.° 1 entrecerró los ojos para mirar por el sendero que ascendía hasta el cráter.

—Puedes preguntárselo tú mismo. Es ese de ahí, el grandote que está apartando a los demás para colocarse delante.

Holly miró con los ojos entreabiertos al líder de la manada.

—¿El de los cuernos arqueados y la espada grande? —preguntó.

—¿Está sonriendo?

—No.

—Entonces es Abbot.

Fue un reencuentro muy extraño. No hubo abrazos ni champán ni un momento

para recordar los viejos tiempos con los ojos humedecidos por las lágrimas. En su lugar, abundaron los dientes desnudos, las espadas desenfundadas y la actitud amenazadora. La última promoción de diablillos estaba especialmente ansiosa por ensartar a los recién llegados en pinchos y poner a prueba su valor. Artemis era el objetivo número uno del grupo y es que era, nada más y nada menos, que el primer humano vivo en Hybras. No parecía tan duro.

Artemis y su grupo permanecieron inmóviles en el saliente, esperando a que los demonios llegasen hasta ellos. No tuvieron que esperar demasiado. Los diablillos llegaron primero, sin resuello después de la ascensión y muriéndose de ganas de matar a alguien. De no haber sido por el señor Qwan, habrían hecho trocitos a Artemis allí mismo. Aunque, para ser justos, Holly también había tenido algo que ver con el hecho de que Artemis todavía siguiese con vida. Redujo a la primera media docena de diablillos lanzándoles una descarga con su Neutrino lo suficientemente fuerte para que salieran disparados de vuelta a lo que creían que era una distancia segura. Después de eso, Qwan consiguió centrar su atención conjurando un mono bailarín multicolor en el aire.

Muy pronto, todos los demonios capaces de subir por la montaña ya lo habían hecho, y estaban mirando al mono mágico.

Incluso N.° 1 estaba embobado.

—¿Qué es eso?

Qwan agitó los dedos e hizo que el mono diese una voltereta.

—Es una simple estructura con la magia. En lugar de dejar que las chispas revoloteen a su antojo, las obligo a crear una forma reconocible. Requiere tiempo y esfuerzo, pero a medida que adquieras experiencia tú también tendrás este microcontrol.

—No —dijo N.° 1—, lo que yo quiero saber es qué es eso exactamente.

Qwan lanzó un suspiro.

—Es un mono.

A medida que se iban incrementando en número, los demonios se iban poniendo cada vez más nerviosos. Los guerreros entrechocaban los cuernos como demostración de fortaleza, se golpeaban las escamas del pecho con los antebrazos y hacían alarde del modo en que afilaban las espadas en las piedras.

—Echo de menos a Mayordomo —se quejó Artemis.

—Yo también —dijo Holly, examinando la multitud para detectar cuál sería la amenaza más peligrosa. No era algo fácil de decidir. Todos los demonios que formaban aquella jauría parecían igual de ansiosos por abalanzarse sobre los recién llegados. Holly había visto en anteriores ocasiones modelos tridimensionales de demonios, claro, pero nunca había visto a ninguno al natural. Los modelos eran bastante precisos, aunque no podían percibir la sed de sangre de los ojos de las criaturas ni los sobrecogedores aullidos que les salían de la garganta a medida que la fiebre del combate se iba apoderando de ellos.

Abbot se abrió paso hasta la cabeza del grupo y Holly inmediatamente lo apuntó al pecho con su arma.

—¡Qwan! —exclamó Abbot, a todas luces perplejo—. ¿Estás vivo? Creía que los hechiceros estaban todos muertos.

—Todos menos el que te ayudó —dijo N.° 1 antes de poder reprimir sus

palabras.

Abbot retrocedió un paso.

—Bueno, sí. Excepto ese.

Qwan cerró el puño y el mono desapareció.

—Yo te conozco —dijo despacio, tratando de recuperar los recuerdos—. Tú estabas en Taillte. Tú eras un disidente.

Abbot se irguió.

—Es cierto, soy Abbot el disidente. Nunca deberíamos haber venido aquí. Deberíamos habernos enfrentado a los humanos. ¡Los hechiceros nos traicionaron! —Apuntó con su espada a Qwan—. ¡Tú nos traicionaste!

Los otros demonios empezaron a rugir y a enarbolar sus armas.

Abbot se detuvo un momento a examinar a los demás componentes del grupo.

—¡Un humano! Eso es un humano. Has traído al enemigo a nuestras puertas. ¿Cuánto falta para que lleguen todos los demás a bordo de sus pájaros de metal?

—¿Pájaros de metal? —exclamó Artemis en gnómico—. ¿Qué pájaros de metal? Lo único que tenemos son ballestas, ¿recuerdas?

Un «oooh» de admiración salió de la manada cuando los demonios se dieron cuenta de que aquel humano hablaba su idioma, aunque con acento.

Abbot decidió cambiar de tema; aquel chico estaba encontrando lagunas en su historia.

—Y además has traído a una elfa, hechicero, equipada con un arma mágica. ¡Los elfos nos traicionaron en Taillte!

Qwan se estaba aburriendo con tanta pantomima.

—Sí, ya lo sé, todo el mundo te traicionó en Taillte. ¿Por qué no das ya la orden que estás deseando dar? Nos quieres ver muertos. Da la orden y a ver si tus hermanos demonios atacan al único ser que puede salvarlos.

Abbot se percató de que pisaba terreno muy resbaladizo. Había que ocuparse de aquel grupito venenoso cuanto antes. Rápida y terminantemente.

—¿Tantas ganas tenéis de morir? Pues que así sea, podéis morir. —Apuntó con su espada al pequeño grupo y estaba a punto de gritar «¡Matadlos!» o «¡Muerte a los traidores!» cuando Qwan chasqueó los dedos. Lo hizo de una forma muy llamativa y espectacular, provocando una miniexplosión mágica.

—¡Ya me acuerdo de ti! Tú no te llamas Abbot, te llamas N’zall, el idiota que estropeó el conjuro de tiempo. Pero estás distinto, con esas marcas rojas... Abbot se estremeció como si acabara de recibir un golpe. Algunos de los demonios más ancianos empezaron a reírse entre dientes. El verdadero nombre de Abbot no solía salir a relucir muy a menudo. A Abbot le daba cierta vergüenza, y no era de extrañar, porque N’zall significaba «cuernito» en el viejo dialecto demoníaco.

—Sí, eres tú, N’zall. Ahora lo recuerdo todo. Tú y ese otro imbécil, Bludwin, estabais en contra del conjuro de tiempo. Queríais zanjar el asunto con los humanos.

—Y todavía quiero —rugió Abbot, una vez repuesto tras la mención de su verdadero nombre—. Hay uno aquí mismo. Podemos empezar por él.

Qwan estaba enfadado por primera vez desde que había vuelto a la vida.

—Lo teníamos todo controlado. Habíamos formado un círculo de siete en

el volcán, la lava estaba subiendo y todo estaba bajo control, y entonces tú y Bludwin salisteis de detrás de una roca y rompisteis el círculo.

Abbot se rió con una risa hueca.

—Eso no ha pasado nunca. Llevas fuera demasiado tiempo, hechicero. Te has vuelto loco.

Los ojos de Qwan brillaban con chispas azules y la magia le recorría la totalidad de los brazos.

—He sido una estatua durante diez mil años por tu culpa.

—Nadie cree una palabra de lo que dices, hechicero.

—Yo le creo —dijo N.°1. Y había algunos en el grup o de los demonios que también le creían. Se veía en sus ojos.

—¡Intentaste matar a los hechiceros! —prosiguió Qwan en tono acusador—. Hubo un poco de confusión y Bludwin cayó en el volcán. Su energía contaminó el conjuro. Luego arrastraste a mi aprendiz, Qweffor, también a la lava. Los dos caísteis en ella. Yo lo vi. —Qwan arrugó la frente, tratando de hacer encajar las piezas—. Pero tú no moriste. No moriste porque el conjuro ya había empezado. La magia te transportó antes de que la lava pudiese derretir tus huesos. Pero ¿adónde fue Qweffor? ¿Adónde fuiste tú?

N.°1 conocía la respuesta a esa pregunta.

—Fue al futuro. Contó nuestros secretos a los humanos a cambio de una de sus novelas y un arma antigua de un museo.

Abbot lo apuntó con la espada.

—Iba a dejarte vivir, diablucho.

N.°1 sintió una punzada de rabia en el estómago.

—¿Como la última vez, cuando también me dejaste «vivir»? Tú me dijiste que saltase al cráter. ¡Fui víctima de tu encantamiento!

Abbot estaba en un verdadero aprieto. Podía ordenar al Consejo que atacase, pero eso dejaría muchas preguntas sin respuesta, y no podía dominar con un encantamiento a todo el mundo. Pero si dejaba que Qwan siguiese hablando, todos y cada uno de sus secretos serían revelados. Lo que necesitaba era un poco de tiempo para pensar, pero, por desgracia, tiempo era algo que no tenía. Tendría que hacer uso de todo su ingenio y sus armas para salir de aquella situación.

—¿Que yo te sometí a un encantamiento? No seas ridículo Los demonios no tenemos magia, detestamos la magia. —Abbot negó con la cabeza, incrédulo—. ¿Qué estoy haciendo dándole explicaciones a un mequetrefe como tú? Cierra la boca, Número Uno, o te la cerraré yo mismo con hilo y aguja y te arrojaré al volcán.

A Qwan no le hizo ninguna gracia que amenazase a su aprendiz de aquella manera.

—Ya me he hartado de ti, N’zall. ¿Te atreves a amenazar a un hechicero? Número Uno, como tú lo llamas, tiene más poder en su interior del que tú tendrás jamás.

Abbot se echó a reír.

—Por una vez tienes razón, viejo hechicero. No tengo poderes dentro de mí, ni chispa de magia. Lo que sí tengo es el poder de mi puño, y la fuerza de la manada que me respalda.

Artemis se estaba cansando de tanta palabrería.

—No tenemos tiempo para esto —dijo, saliendo de detrás de Qwan—. El

conjuro de tiempo se está deshaciendo y necesitamos hacer los preparativos para el viaje a casa. Para ese viaje, necesitamos toda la magia que podamos reunir, incluida la tuya, N'zall o Abbot, o como te llames.

—No discuto con humanos —gruñó Abbot—, pero si lo hiciese, repetiría que no tengo magia.

—Oh, venga ya —le espetó Artemis—. Conozco los efectos secundarios del *encanta*, entre los que se incluyen pupilas rasgadas y ojos inyectados en sangre. Algunos de tus amiguitos han sido víctimas del encantamiento tantas veces que apenas si les quedan ya pupilas.

—¿Y de dónde saqué esa supuesta magia?

—La robaste del túnel del tiempo. Imagino que tú y Qweffor os fundisteis literalmente por la combinación de lava y magia. Cuando apareciste en el pasado reciente de la Tierra, conseguiste quedarte con algo de la magia propia de los hechiceros.

Aquello era un poco rocambolesco para cualquiera de los presentes. Abbot se dio cuenta de que no le haría falta el *encanta* para convencerlos de que la teoría del humano era absurda. Podía destrozar el argumento de aquel niñato antes incluso que destrozar al humano.

Abbot montó todo un espectáculo para mofarse de Artemis, y representó el número completo del líder de la gran tribu, recorriendo con las uñas las curvas de sus cuernos y soltando pequeños estallidos sonoros de risa como si fueran ladridos. Los demás no tardaron en sumarse riendo a sus carcajadas.

—Así que, humano —dijo Abbot, una vez que hubo cesado el escándalo—, yo robé algo de magia en el túnel del tiempo. Debes de estar perdiendo la chaveta, Fangosillo. A lo mejor eso es porque estoy a punto de ordenar a mis diablillos que te corten los huesos y se beban el tuétano. Aunque lo que dices fuese posible, ¿cómo lo sabrías? ¿Cómo iba a saberlo un humano? —Y Abbot sonrió con aire de suficiencia, seguro de que no iba a poder proporcionarle ninguna respuesta satisfactoria.

Artemis Fowl le devolvió la sonrisa y señaló al cielo con el dedo índice. En realidad era su dedo medio, a causa del intercambio en el túnel del tiempo. De la punta del dedo saltó una pequeña chispa azul que explotó como un si fuera un petardo diminuto.

—Sé que la magia se puede robar —dijo Artemis—, porque yo mismo he robado un poco.

Aquella escena melodramática fue acogida con un momento de silencio helado. A continuación, Qwan se puso a reír a carcajadas.

—Dije que eras listo, Fangosillo, pero estaba equivocado: eres excepcional. Incluso en el túnel del tiempo estabas tramando algo. Así que robaste un poco de magia, ¿verdad?

Artemis se encogió de hombros y cerró los dedos sobre las chispas.

—Estaba flotando alrededor. Me preguntaba lo que sucedería si la tocaba.

Qwan lo miró fijamente.

—Ahora ya lo sabes. Has cambiado. Eres una criatura mágica como nosotros. Espero que sepas utilizar tu don con sabiduría y sensatez.

—¡Lo que nos faltaba! —protestó Holly—. Artemis Fowl con poderes mágicos.

—Me parece que si contamos al señor N'zall sumamos en total cinco seres mágicos. Suficiente para invertir el conjuro de tiempo.

Abbot había perdido y lo sabía. Los Otros demonios lo miraban con curiosidad, preguntándose si los habría manipulado por medios mágicos. Incluso algunos de los miembros encantados del Consejo luchaban por liberarse de sus cadenas mentales. Era cuestión de minutos que los sueños de realeza de Abbot se alejasen flotando para siempre lejos de su alcance.

Solo le quedaba una opción.

—Matadlos a todos! —rugió, no tan ferozmente como le habría gustado—. Diablillos, tenéis carta blanca.

Los miembros encantados del Consejo entraron en acción, no tan ágiles en la batalla como en circunstancias normales. Los diablillos estaban tan contentos de poder tener una oportunidad de matar algo con solo dos patas que se abalanzaron hacia delante con un alborozo y una satisfacción sin límites.

—¡Sangre y vísceras! —aulló uno, y todos aullaron al unísono. No era especialmente elocuente, pero transmitía el mensaje.

Holly no estaba excesivamente preocupada, pues su Neutrino podía disparar tan rápido como ella apuntase a su objetivo, y con un ajuste de amplio alcance en la potencia del arma podía acabar con la fila entera de demonios y diablillos antes de que pudieran hacerles daño. En teoría.

Apartó a Artemis a un lado de un codazo, tomó posición y empezó a disparar. Los rayos salieron del rifle distribuyéndose en forma de cono y alcanzaron a los demonios, los hicieron caer al suelo y los mantuvieron allí tendidos durante al menos diez minutos. Menos a los que se estaban levantando inmediatamente.., que eran casi todos. Incluso los diablillos estaban sacudiéndose las descargas de encima como si frieran meras ráfagas de viento.

Holly frunció el ceño; aquello no debería estar sucediendo. Además, no se atrevía a incrementar la potencia por miedo a causar daños irreversibles. Algo a lo que no podía arriesgarse bajo ninguna circunstancia.

—¿Qwan? —dijo—. Mis rayos no tienen demasiado efecto. ¿Tienes alguna idea de por qué?

Holly sabía que los hechiceros no eran demasiado útiles en las situaciones de combate. Hacer daño al prójimo iba en contra de sus creencias, por lo que solo lo hacían en situaciones desesperadas. Para cuando Qwan superase su naturaleza pacifista, ya sería demasiado tarde.

Mientras Qwan se rascaba la barbilla, Holly seguía disparando sin cesar. Con cada descarga conseguía derribar a unos cuantos demonios, pero volvían a ponerse de pie al cabo de escasos segundos.

—Si el Consejo ha sido encantado, yo puedo sacarlos del trance —concluyó Qwan—. Pero el cerebro es delicado: necesito contacto directo.

—No hay tiempo para eso —dijo Holly, perdiendo otra descarga—. Artemis, ¿tienes algo?

Artemis tenía la mano a la altura del estómago.

—Necesito ir al baño, de verdad. Hace un segundo estaba bien, pero ahora...

Holly deseó con todas sus fuerzas que sus alas estuviesen operativas. Si pudiese obtener una vista de pájaro sobre los objetivos, le resultaría mucho más fácil.

—¿Al baño, Artemis? ¿De veras crees que es el mejor momento?

Un demonio logró atravesar la barrera de las descargas de láser, y se acercó lo suficiente como para que su olor corporal fuese detectable. Holly se agachó para esquivar el golpe con la maza que pretendía propinarle el demonio y le dio a este en el pecho con todas sus fuerzas. El aire escapó de los pulmones del demonio con un bufido y este salió corriendo cuesta abajo para recuperar el aliento.

—Yo necesito ir al baño y tu Neutrino apenas si tiene algún efecto. Se nos acaba el tiempo, estamos sufriendo una oscilación. —Artemis agarró a Holly por el hombro e hizo que el arma de la elfa disparase una descarga por accidente, hacia arriba, por suerte—. Necesito llegar hasta la bomba. Podría explotar en cualquier momento.

Holly se lo quitó de encima.

—Un consejo de seguridad, Artemis. No me zarandees cuando estoy disparando. Qwan, ¿puedes conseguirnos algo más de tiempo?

—Tiempo —dijo Qwan, sonriendo—. ¿Sabes?, es curioso que necesitemos tiempo, porque...

Holly hizo rechinar los dientes. ¿Por qué siempre tenían que tocarle a ella los intelectuales?

N.° 1 había estado aterrorizado y pensativo a partes iguales durante el combate. Aterrorizado por razones obvias: mutilaciones, muerte dolorosa, etcétera. Pero también pensativo. Era un hechicero, tenía que haber algo que él pudiese hacer. Antes de marcharse de la isla, se habría quedado paralizado por la brusquedad y ferocidad de aquel ataque. Ahora, en cambio, ni siquiera era lo peor a lo que había tenido que enfrentarse. Aquellos hombres de seguridad en el castillo, por ejemplo, los grandullones con los trajes y los palos que disparaban fuego. N.° 1 los estaba viendo en ese momento, con tanta claridad como si de veras estuvieran allí.

«En lugar de dejar que las chispas revoloteen a su antojo, las obligo a crear una forma reconocible.»

N.° 1 se concentró en las figuras humanas de su recuerdo y las envolvió con su magia, trayéndolas hasta allí. Notó cómo se solidificaban como si la sangre de su frente se estuviese congelando. Cuando la presión se hizo insoportable para su frente, la expulsó a la realidad y conjuró las imágenes espectrales de una docena de mercenarios humanos, disparando sin cesar con sus armas automáticas. Era una imagen espectacular. Incluso Abbot retrocedió. El resto hizo algo más que retroceder: se volvieron y huyeron.

—Muy bien, Qwan. Qué gran idea —lo felicitó Artemis.

Qwan estaba perplejo.

—Puedes leerme el pensamiento? Ah, te refieres a los soldados. Ese no he sido yo. Número Uno es un alumno muy aventajado. Dentro de diez años podrá mover esta isla él solito.

Abbot estaba de pie a diez pasos del grupo con la espada en la mano y una lluvia de balas azules cayendo en cascada a su alrededor. En honor al líder del manada, se mantuvo impertérrito, enfrentándose a una muerte certera al más puro estilo demoníaco: con una espada en la mano y un gruñido en la cara.

Qwan meneó con la cabeza con gesto de resignación.

—Mirad eso. Es esa clase de insensatez la que nos metió en apuros, para empezar.

Abbot tenía cierta experiencia con la magia y no tardó en darse cuenta de que aquellos humanos y sus armas no eran más que meras ilusiones.—Volved, imbéciles —gritó a sus soldados—. ¿No veis que no pueden haceros daño? —

Artemis dio unas palmaditas a Holly en el hombro.

—Siento molestarte de nuevo, pero tenemos que volver junto a la bomba, todos nosotros. Y si es posible, atraer a Abbot hasta allí abajo también.

Holly descargó varias andanadas sobre el pecho de Abbot para ganar un par de minutos más. El líder de la manada salió volando hacia atrás como si un gigante le acabase de golpear el pecho con un mazo.

—Vale, vamos. Artemis, ve tú delante, yo cubriré la retaguardia.

Volvieron a meterse en el interior del cráter, frenándose con los talones mientras bajaban por la capa de ceniza. Avanzaban con mayor rapidez por el camino de bajada, pero era igual de traicionero. Para Holly era aún más difícil porque se desplazaba de espaldas, lista para disparar a cualquiera que asomase aunque fuese un pelo por el borde del volcán.

Era una escena sacada de la pesadilla de un niño de cinco años: olores acres que quemaban los ojos y la garganta, una superficie que pretendía absorber los pies, un cielo rojo y el sonido de la respiración y los latidos del corazón. Por no hablar del miedo constante a que apareciesen los demonios.

Las cosas estaban a punto de ponerse aún más feas: la liberación de la energía mágica desplazada de Qwan había acelerado el deterioro del conjuro de tiempo y este estaba a punto de deshacerse del todo. Por desgracia, aquello sucedería en el orden inverso, empezando en Hybras. Artemis lo sabía, pero no había dispuesto de un solo segundo para realizar algún cálculo. «Pronto —suponía—, sucedería muy pronto. ¿Y quién sabe cuándo es “pronto” durante una oscilación de tiempo?»

Artemis se dio cuenta de que era algo más que una suposición, sabía que el desplome del túnel era inminente, lo percibía. Ahora estaba en contacto con la magia. Formaba parte de ella y ella formaba parte de él.

Artemis se puso el brazo de Qwan alrededor del hombro, animándolo a que siguiera andando.

—Rápido, tenemos que darnos prisa.

El viejo hechicero asintió.

—¿Lo notas? Caos en el ambiente. Mira a Número Uno.

Artemis miró atrás. N.°1 seguía andando, pero tení a el ceño fruncido por el dolor y se golpeaba la frente con los nudillos.

—Está muy sensible —comentó Qwan, jadeante—. La pubertad.

De repente, la pubertad humana no parecía tan mala.

Holly estaba en apuros. Sus años de entrenamiento y experiencia no la habían preparado para el momento en que debería batirse en retirada nada menos que en el interior de un volcán, protegiendo a un humano y a dos miembros de una especie supuestamente extinguida durante una oscilación de tiempo.

La oscilación estaba haciendo estragos en las funciones corporales de la elfa, pero también estaba teniendo efecto en su arma. Estaba disparando una descarga de cobertura hacia lo alto del volcán cuando una ráfaga de disparos desapareció en el aire.

«¿Adónde han ido esos disparos? —se preguntó Holly por un instante—. ¿Al pasado?»

Varios grupos de imágenes etéreas cobraron vida un momento con un chisporroteo, creando la ilusión de que había el doble de demonios de los que había habido antes. Además de eso, Holly sufrió de repente unos espasmos de hambre en el estómago y habría jurado que le estaban creciendo las uñas.

Los demonios de Abbot no tardaron en llegar, y no en un grupo reducido y concentrado como había esperado Holly, sino que se habían dispersado a lo largo de toda la orilla del cráter atravesando la cima en una columna coordinada. Era un espectáculo aterrador: decenas de guerreros saltando por encima de la orilla del cráter, con las marcas brillando bajo la luz roja, enseñando los dientes, agitando los cuernos y lanzando espeluznantes alaridos de batalla que retumbaban por las paredes del volcán. Aquello no era como luchar contra los troles, los troles tenían un cerebro bastante primitivo, mientras que aquellos demonios estaba organizados y sabían cómo librar una batalla. Ya habían aprendido a desplegarse y esquivar las descargas de láser.

Holly se concentró en el líder de la manada.

«Bueno, Abbot —pensó—. Pase lo que pase, te vas a ir a casa con dolor de cabeza.»

Le descerrajó tres rayos láser; dos de ellos desaparecieron, pero uno hizo impacto y consiguió que Abbot cayera dando tumbos por el suelo.

Holly hacía todo lo que podía, ampliando el campo de alcance lo máximo posible, ajustando el gatillo en posición automática. Si hubiese dispuesto de su equipo completo de combate, no habría tenido ningún problema. Unas cuantas granadas de distracción en el momento adecuado habrían noqueado al ejército entero de demonios, y un rifle especial de asalto los habría mantenido a raya cien años si hubiese sido necesario. Pero, tal como estaban las cosas, solo tenía un arma, ningún refuerzo y una oscilación de tiempo que engullía la mitad de sus rayos. Parecía tarea imposible entretener a Abbot y los suyos el tiempo suficiente para que Artemis llegase a la bomba. Y aunque lo consiguiese, ¿luego qué?

Los demonios no dejaban de acudir en tropel, agachando la cabeza y avanzando en una especie de zigzag. Disparaban flechas con sus ballestas, ninguna de las cuales se veía afectaba por la oscilación de tiempo. Y era lógico: los rayos de la Neutrino de Holly estaban calibrados para una vida corta, pues una vez que entraban en contacto con el aire, se disipaban al cabo de cinco segundos a menos que se modificase el ajuste específicamente.

Por suerte, el alcance de las ballestas no era suficiente para llegar a su objetivo, pero cada vez estaban más cerca de lograrlo. Se les acababa el tiempo en más de un sentido.

Un grupo de diablillos especialmente intrépidos logró atravesar el arco de fuego de Holly. Su método de avance era imprudente y suicida. Solo la suerte de los inconscientes los salvaba de no acabar con el cráneo aplastado: utilizando un escudo de pieles como trineo, tres de ellos se deslizaron por la ladera interior del cráter y empezaron a sufrir golpes por la lluvia de piedras que caía sobre ellos al resbalar y por los cambios de ángulo de la pendiente.

Parecían estar todavía a cincuenta metros de distancia cuando, de pronto, Holly olió el hedor del sudor resbalándoles por las sienes. La elfa los apuntó con su arma, pero era demasiado tarde, no podría derribarlos. Y aunque lo consiguiese, los demás aprovecharían la confusión para ganar terreno.

Los diablillos la miraban con una sonrisa esperpéntica en la boca, con los

labios contraídos para enseñarle bien sus dientes afilados. Uno estaba especialmente ansioso y ya le salía espuma por la boca y viscosidad por los poros.

Parecía que los diablillos se habían quedado suspendidos en el aire durante una eternidad cuando, de repente, algo sucedió. El aire palpitó y la realidad se dividió momentáneamente en píxeles de colores como una pantalla de ordenador averiada. Holly sintió ganas de vomitar y los diablillos se desvanecieron sin dejar rastro, llevándose consigo un trozo de dos metros de diámetro del cráter.

Holly saltó hacia atrás para salir del agujero, que se desmoronó sobre sí mismo.

N.°1 cayó de rodillas y vomitó.

—Magia —dijo, jadeando—. Se está deshaciendo. Ahora la atracción de la Tierra es más potente que la plata. Nadie está a salvo.

Artemis y Qwan estaban en condiciones ligeramente mejores, pero solo ligeramente.

—Soy mayor y tengo más control sobre mi cuerpo —dijo Qwan—, por eso no he vomitado. —Y acto seguido, vomitó.

Artemis ni siquiera le dio al anciano hechicero tiempo para recobrarse. No había tiempo, porque el tiempo estaba experimentando una oscilación y deshaciéndose simultáneamente.

—¡Vamos —dijo—, adelante!

Holly se puso en pie y ayudó a N.°1 a hacer lo pro pio. Detrás de ellos, en las laderas, los demonios se detuvieron en seco al ver desaparecer a los diablillos, pero en ese momento estaban reemprendiendo la marcha con mucha más determinación. No había duda de que hacían a Holly responsable de la desaparición de sus hermanos pequeños.

Unos estallidos momentáneos retumbaron por toda la isla mientras algunos fragmentos de Hybras iban siendo absorbidos por el túnel del tiempo. Unos se materializarían en la Tierra y otros en el espacio, y no era probable que los demonios que tuvieran la mala fortuna de ser engullidos pudieran sobrevivir. No sin algo de magia concentrada que les fabricase una brújula.

Artemis avanzó arrastrándose los últimos metros que lo separaban de la bomba y luego se hincó de rodillas junto a ella. Limpió las cenizas de la pantalla de lectura con la manga y luego pasó un rato examinándola, moviendo la cabeza con cada parpadeo de su temporizador digital.

Los números del temporizador se comportaban un tanto erráticamente: saltando hacia delante, ralentizándose e incluso retrocediendo ligeramente. Sin embargo, Artemis sabía que debían seguir algún patrón preestablecido. La magia solo era otra forma de energía, y la energía obedecía ciertas reglas. Simplemente era cuestión de observar el temporizador y contar. Tardó un poco más de lo que podían permitirse, pero al final Artemis detectó la repetición y se dispuso a efectuar los cálculos rápidamente en su cabeza.

—Ya lo tengo —le gritó a Qwan, que estaba arrodillado junto a él—. Es sobre todo hacia delante. Una hora por segundo por cada recuento de cuarenta, seguido de una desaceleración a treinta minutos por segundo por cada recuento de dieciocho, y luego un ligero salto hacia atrás en el tiempo, un minuto por segundo hacia atrás por cada recuento de dos. Luego se repite.

Qwan esbozó una sonrisa débil.

—Cuál has dicho que era el primero?

Artemis se levantó y extrajo la bomba de su lecho de ceniza y hongos.

—No importa. Tienes que prepararte para transportar este lugar. Yo llevaré la bomba a donde tú me digas.

—Muy bien, Fangosillo listo. Pero todavía somos solo cuatro seres mágicos. Necesitamos a N'zall.

Holly se incorporó al grupo sin dejar de disparar.

—Veré lo que puedo hacer.

Qwan asintió.

—Tengo fe en ti, capitana. Aunque bien pensado, por ser un hechicero de fe mira dónde estoy.

—¿Dónde quieres que la coloque?

Qwan se quedó pensando un momento.

—Tenemos que formar un círculo a su alrededor, de modo que necesitamos un lugar plano. Aquel llano de allí podría servir.

Artemis empezó a arrastrar la bomba hacia el lugar indicado. No estaba muy lejos. Luego podrían formar un círculo a su alrededor y ver cómo estallaba.

Todos tenían una tarea que desempeñar en ese momento, y las posibilidades de que la llevasen a cabo con éxito eran mucho menores que las de un matrimonio entre una enana y un goblin. Todo el mundo sabe que un goblin prefería comerse sus propios pies antes que casarse con una enana.

Artemis debía colocar la bomba. N.° 1 y Qwan estaban a cargo de la formulación del conjuro, y Holly tenía la desagradable misión de mantenerlos a todos con vida y de convencer a Abbot para que se sumase al grupo. Y todo eso mientras la isla se desintegraba a su alrededor.

El volcán se estaba desintegrando, literalmente. Unos enormes fragmentos se desvanecieron en el espacio como partes de un rompecabezas tridimensional gigante. Al cabo de escasos minutos, no quedaría nada que transportar.

Qwan tomó la mano de N.°1 entre las suyas y lo llevó al pequeño llano.

—Muy bien, joven amigo. Eso que hiciste ahí arriba, con los soldados, estuvo muy bien. Me he quedado muy impresionado. Pero ahora ha llegado el momento de la verdad. Ya sé que sufres dolores, y eso se debe a que eres sensible a la descomposición del hechizo, pero tienes que hacer caso omiso de esos dolores: tenemos una isla que trasladar.

N.°1 sintió cómo le vibraba la cola frenéticamente.

—¿Una isla? ¿Una isla entera?

Qwan le guiñó un ojo.

—Y a todos sus habitantes. Sin presión.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Solo necesito una cosa de ti: reúne tu magia, hasta la última gota de ella. Pásala a través de mí y yo me encargaré del resto.

Aquello parecía muy fácil, pero hacer acopio de la magia de uno cuando había cientos de flechas volando alrededor y trozos de paisaje desapareciendo por momentos era tan fácil como ir al baño obligado cuando había una docena de personas mirando y todas ellas te odiaban.

N.°1 cerró los ojos y se concentró en tener pensamientos mágicos.

«Magia, ven aquí, magia.»

Intentó abrir las mismas puertas mentales que había abierto para conjurar

a los soldados humanos. Para su sorpresa, descubrió que la magia le llegaba más fácilmente entonces, como si ya estuviese lista para salir. La jaula ya se había abierto y la bestia era libre. N.° 1 notó cómo la inyección de energía le subía por los brazos y le insuflaba vida como a una marioneta.

—Eh, tranquilo, amigo —exclamó Qwan—. No hace falta que me hinches la cabeza. Frénala un poco hasta que llegue el momento de intervenir. —El anciano hechicero miró a Artemis y, con su débil voz casi apagada por los estallidos de sonido, le gritó—: ¿Cuánto falta?

Artemis arrastraba la bomba con cierta dificultad, enterrando los talones en la corteza y jadeando al respirar. No podía evitar pensar que Mayordomo solo habría tenido que echarse la bomba y su cubierta al hombro y la habría llevado sin problemas al llano.

—Cuenta hasta trescientos. Tal vez doscientos noventa y nueve. Siempre y cuando el deterioro se mantenga constante.

Qwan había dejado de escucharle tras la palabra «trescientos». Agarró las manos de N.° 1 con fuerza.

—Cinco minutos más y nos vamos a casa. Es hora de empezar con el mantra. —Qwan cerró los ojos y meneó la cabeza de lado a lado, murmurando en la antigua lengua de los demonios.

N.° 1 sintió el poder de las palabras, dando forma a la magia en círculos ascendentes de fuego azul a su alrededor. Siguió sujetando la mano de su nuevo mentor y se sumó a sus palabras, repitiendo el mantra como si le fuese la vida en ello. Y es que, claro, le iba la vida en ello.

Ahora Holly tenía una nueva misión. Tenía que atraer de algún modo a Abbot a su pequeño grupo y convencerlo para que se sumase al círculo mágico. Por lo visto, a juzgar por la forma en que blandía su sofisticada espada, había muy pocas posibilidades de que lo hiciese de forma voluntaria. El ataque demoníaco se había disuelto en un caos previsible, teniendo en cuenta que grandes fragmentos de los alrededores estaban desapareciendo hacia otra dimensión a ojos vista. Sin embargo, Abbot y los miembros de su Consejo luchaban con más obstinación que antes, avanzando sin pausa cuando alguno de sus miembros desaparecía.

Holly seguía disparando, preguntándose cuál sería el mejor modo de comunicarse con el líder de la manada. Era una negociadora experta y sospechaba, a partir de sus propias observaciones y de lo que N.° 1 le había dicho, que Abbot había contraído el síndrome de narcisismo de situación. Estaba completamente enamorado de sí mismo y de su propia importancia dentro de la comunidad. Los narcisistas muchas veces preferían morir en lugar de aceptar lo que consideraban un descenso de categoría. Para Abbot, Holly representaba alguien que trataba de arrebatarle su posición de líder de la manada, y, por lo tanto, alguien a quien debía eliminar de inmediato.

«Genial —se dijo Holly para sus adentros—. No importa en qué dimensión te encuentres: siempre hay un macho engreído tratando de dominar el mundo.»

Los demonios avanzaban en una columna irregular. Abbot iba en cabeza, enarbolando su sofisticada espada y animando a sus soldados encantados a seguir adelante. El cielo rojo se deshilachaba en filamentos entrelazados a sus espaldas. El mundo tal como Abbot lo conocía estaba llegando a su fin, pero, pese a todo, él no pensaba cejar en su empeño. Prefería la muerte antes que el deshonor.

—Disuelve tus filas, Abbot —le gritó Holly—. Podemos hablar de esto.

Abbot no respondió de forma propiamente dicha, a no ser que los gruñidos y el entrechocar de la espada contasen como respuesta.

Los demonios se desperdigaban cada vez más, flanqueándola y evitando en lo posible ser absorbidos a otra dimensión. Abbot se mantenía en cabeza, hincando los talones en la corteza de ceniza e inclinando el torso hacia atrás para evitar caerse. Ya estaba cubierto de ceniza por completo, de pies a cabeza, y hasta los cuernos de carnero eran grises. Y con cada paso levantaba una polvareda de pavesas grises que seguían su estela.

«No puedo hacer nada —pensó Holly—. Ese tipo no escucharía ni a su propia madre. Si supiese quién es su madre, claro.»

No había otra salida. Iba a tener que aumentar la potencia de la descarga y dejarlo sin sentido un par de horas. Qwan tendría que colocarlo en el círculo mágico inconsciente.

—Lo siento —se disculpó la elfa, y subió la muesca de potencia en su arma por encima del pulgar.

Holly apuntó con precisión experta. El rayo que disparó con el cañón de su Neutrino era ya de un rojo más peligroso y debía dejar inconsciente al demonio con un par de sacudidas.

«Intentaré ahorrarme ese espectáculo», pensó Holly.

Fue un espectáculo que no llegó a ver, pues en ese preciso instante la oscilación de tiempo se invirtió a un recuento de dos. El rayo desapareció en el pasado y Holly sintió náuseas mientras sus átomos se revolvían de nuevo por el movimiento temporal. Captó por un instante la imagen fantasmagórica de su pasado a menos de un metro a su derecha. Versiones pasadas desenfocadas de los demonios se materializaron detrás de ellos pasando a toda velocidad. A continuación, el pasado desapareció otro minuto.

Abbot seguía acercándose, cada vez más peligrosamente. Holly calculó que todavía le daba tiempo a lanzar un último disparo: con un poco de suerte, el Consejo de demonios perdería su razón de ser si su líder desaparecía del mapa.

Ajustó la mira y luego el mundo se hizo añicos delante de sus ojos como si de un espejo se tratara. Una sección arqueada de la Tierra se alzó ante ella como si fuera un maremoto y luego se desmaterializó en una crepitante lluvia de chispas. Holly alcanzó a ver una imagen fugaz de las dimensiones alternativas a través de las rendijas. Había sol y espacio y enormes criaturas con múltiples tentáculos.

La cantidad total de magia presente en el aire presionaba la cabeza de Holly como si fuera un torno. Advirtió vagamente el sonido de unos gemidos a sus espaldas mientras Artemis y los demás sucumbían a la sobrecarga mágica.

Pero ella no podía sucumbir; puede que algunos demonios hubiesen sido absorbidos por el túnel del tiempo, pero podían quedar más. El aire se estremeció y luego se sosegó, y unas nubes de polvo y esquirlas de piedra empezaron a caer de la nada. Por todas partes se abrían unas enormes simas, y debajo de ellas no había nada más que espacio rojo. Ya había más vacío que tierra firme.

La mayoría de los demonios habían desaparecido. La mayoría, pero no todos: solo quedaba Abbot, que sonreía como un poseso, espada en ristre.

—Hola, elfa —dijo, y clavó la espada en el pecho de Holly.

Holly sintió cómo el acero penetraba por la delicada membrana de la epidermis elfina, entre la octava y la novena costilla, y terminaba alojándose un milímetro por debajo de su corazón. Era una sensación fría como el hielo, y tan dolorosa que se hacía imposible describirla con palabras. Cayó hacia atrás, expulsando la hoja resbaladiza de la espada, y atravesó con el cuerpo la gruesa capa de ceniza. De su cuerpo empezó a brotar sangre a chorros como agua de un manantial. Su propio corazón hacía el trabajo que le correspondía a la gravedad, vaciándole las venas con cada latido.

—Magia —acertó a decir entre jadeos, a pesar del dolor.

Abbot estaba exultante.

—La magia no puede ayudarte, elfa. Llevo trabajando en esta espada mucho tiempo, por si algún día aparecían los hechiceros. Hay encantamiento suficiente en este acero para detener un círculo mágico entero. —Agitaba la espada al hablar. De su boca manaba un torrente de baba, y la sangre de Holly goteaba de la espada, horadando surcos en la ceniza.

Holly tosió y le pareció que el cuerpo se le iba a partir en dos. La magia no podía ayudarla, solo había una persona que pudiese hacerlo.

—Artemis —dijo, con un hilo de voz—. Artemis, ayúdame.

Artemis Fowl miró un momento hacia donde estaba la elfa y luego volvió a fijar la mirada en el temporizador de la bomba, dejando a Holly Canija morir en el suelo. Y eso fue exactamente lo que pasó.

CAPÍTULO 15

VOLVER A CASA, VOLVER A CASA

ARTEMIS transportaba la bomba cuando se produjo la hecatombe: la sobrecarga mágica le cayó encima como un mazazo y lo hizo caer de rodillas. Por un momento, sus sentidos se vieron completamente sobrecargados y permaneció jadeando en un vacío. La vista fue el primero de sus sentidos que logró recobrar, distorsionada por las lágrimas y las estrellas.

Consultó el temporizador de la bomba. Quedaban tres minutos, siempre y cuando el patrón no se desintegrase. Echó un vistazo a su izquierda, donde Qwan y N.° 1 estaban reanudando la formulación del conjuro, mientras a su derecha Holly se estaba encargando de los demonios que quedaban con vida. A su alrededor, el mundo estaba vibrando hasta desaparecer de la existencia. El ruido era ensordecedor y el olor le inundaba las fosas nasales.

La bomba era tan pesada que a Artemis le crujían los nudillos y, no por vez primera, deseó con toda su alma tener a Mayordomo a su lado para relevarle. Sin embargo, Mayordomo no estaba a su lado, ni lo estaría si Artemis no se ponía en marcha. Se trataba de un plan muy simple: llevar la caja al llano, trasladar el objeto A al punto B. No tenía sentido pensar en ello.

Entonces Abbot clavó su espada en Holly y el plan se complicó bastante más.

Artemis vio por el rabillo del ojo cómo penetraba la espada, y lo que es peor, oyó el sonido que hizo al penetrar. Un golpe limpio, como una llave encajando en una cerradura.

«Esto no puede estar pasando —pensó—. Hemos pasado por demasiadas cosas juntos para que Holly se vaya así, de repente.»

El sonido que hizo la espada al desalojarse del cuerpo de Holly fue tan estremecedor que era inconcebible para la imaginación. Artemis sabía que se llevaría ese sonido a la tumba.

Abbot estaba loco de alegría.

—La magia no puede ayudarte, elfa. Llevo trabajando en esta espada mucho tiempo.

Artemis se puso en cuclillas, luchando contra las ganas de correr al lado de Holly. La magia no podía ayudarla, pero tal vez una combinación de magia y ciencia sí. Se obligó a sí mismo a olvidarse de los chorros de sangre rojo intenso que manaban de la herida de la elfa. No había nada en el futuro de Holly Canija más que muerte. Su futuro actual, pero el futuro podía cambiarse.

N.° 1 y Qwan no habían visto el envite de la espada. Estaban

completamente concentrados construyendo los círculos azules. Abbot avanzaba hacia ellos en ese mismo instante, y la punta de su espada goteaba sangre sobre las cenizas como una estilográfica uniendo la línea de puntos que conducía a sus siguientes víctimas.

Holly pronunció sus últimas palabras.

—Artemis —dijo—. Artemis, ayúdame.

Artemis la miró. Solo una vez y por un instante. No debería haberlo hecho, pues la imagen de su amiga moribunda estuvo a punto de hacerle perder la concentración mientras contaba. Y en ese momento, la cuenta atrás era lo más importante.

Holly murió sin un amigo a su lado que le sostuviera la mano. Artemis sintió cómo se iba... otro regalo de la magia. Siguió contando, al tiempo que se enjugaba las lágrimas de las mejillas.

«Sigue contando. Es lo único que importa.»

Artemis se levantó y se acercó corriendo a su amiga, tendida en el suelo. Abbot lo vio dirigirse hacia ella y apuntó con su espada en la dirección del irlandés.

—Tú serás el próximo, Fangosillo. Primero los hechiceros y luego tú. Una vez desaparezcas, las cosas volverán a ser como antes.

Artemis no le hizo ningún caso, moviendo la cabeza al compás de la cuenta atrás que llevaba en la cabeza, asegurándose de no precipitarse y adelantarse. La cuenta debía ser exacta o estaban perdidos.

Abbot se abrió paso a codazos entre Qwan y N.° 1, que estaban tan concentrados que apenas se percataron de su presencia. Les asestó dos golpes maestros con su espada maldita, y misión cumplida. N.° 1 cayó de espaldas y la magia azul empezó a brotarle de los dedos. Qwan no cayó, porque la punta de la espada de Abbot lo mantenía derecho.

Artemis no miró a Holly a los ojos. No podía hacerlo. En vez de eso, le arrancó el arma de la mano y dirigió el cañón hacia fuera.

«Ahora ten cuidado. El cronometraje lo es todo.»

Abbot arrancó la espada del pecho de Qwan y el cuerpecillo del hechicero cayó inerte al suelo. Tres muertos en menos que se tarda en atarse los cordones de los zapatos.

Artemis hizo caso omiso de las exhalaciones y del crujido rítmico de las cenizas que le advertía de la presencia cada vez más próxima de Abbot. Aunque el demonio tampoco se molestaba en disimularla.

—Ya estoy aquí otra vez, humano. Vamos a ver si puedes hacer retroceder el tiempo.

Artemis rebuscó con la mirada en el suelo del volcán alrededor del cuerpo de Holly, tratando de detectar pisadas. Había muchas, pero solo dos lado a lado, donde Abbot había estado mientras le asestaba el golpe con la espada. No paraba de contar, recordando sus propios cálculos.

«Una hora por segundo por cada recuento de cuarenta, seguido de una desaceleración a treinta minutos por segundo por cada recuento de dieciocho, y luego un ligero salto hacia atrás en el tiempo, un minuto por segundo hacia atrás por cada recuento de dos. Luego se repite.»

—A lo mejor te dejo vivir —espetó Abbot, dando unos golpecitos a Artemis en la espalda con la espada—. Estaría bien tener un humano de mascota. Podría adiestrarte para que hicieses algún numerito.

—Yo tengo un numerito para ti —dijo Artemis, y disparó un único rayo con el arma.

El rayo salió del cañón y luego retrocedió un minuto en el pasado, justo como Artemis había calculado que haría. Se desvaneció del presente y emergió justo a tiempo de golpear la imagen espectral de Abbot mientras desenfundaba su espada para clavársela a Holly.

El Abbot de hacía un minuto se levantó en el aire por la fuerza del rayo y se estrelló contra la pared del cráter.

El Abbot del presente apenas tuvo tiempo de decir «¿Qué ha pasado?» antes de desaparecer parpadeando de la existencia, ya no más carne y hueso, sino mera posibilidad inmaterializada.

—Tú no mataste a mis amigos —le informó Artemis, aunque estaba hablando consigo mismo—. Eso no ha pasado nunca.

Artemis bajó la mirada nervioso. Holly ya no estaba allí. «Gracias a Dios.»

Otro vistazo le dijo que Qwan y N.° 1 volvían a estar enfrascados en la tarea de construir su círculo mágico, como si nada hubiera pasado.

«Pues claro que no. Es que no ha pasado nada.»

Artemis se concentró en el recuerdo, viendo a Abbot dando vueltas de campana en el aire. Envolvió el momento en magia para conservarlo.

«Recuérdalo», se dijo. Lo que acababa de hacer, no se podía hacer, y por lo tanto, no lo había hecho. Salvo que, por supuesto, sí lo había hecho. Las modificaciones temporales como aquella debían olvidarse por higiene mental, pero a Artemis le reventaba tener que desprenderse de sus recuerdos.

—Eh —dijo una voz familiar—, ¿es que no tienes trabajo que hacer, Artemis?

Era Holly, que estaba maniatando a Abbot con los cordones de sus propios zapatos.

Artemis no pudo hacer otra cosa que mirarla y sonreír. Todavía sentía el dolor de su muerte, pero se curaría pronto ahora que volvía a verla viva.

Holly lo pulió sonriendo.

—Artemis, ¿podrías llevar esa caja al llano? Es un plan muy sencillo.

Artemis sonrió un poco más y luego se forzó a volver al momento presente.

—Sí, claro. Llevar la caja al llano.

«Holly estaba muerta y ahora está viva.»

El joven irlandés sintió un cosquilleo extraño en la mano con el recuerdo fantasma de un arma que pudo o no pudo haber sostenido momentos antes.

«Esto traerá consecuencias —pensó—. No se pueden alterar los sucesos en el tiempo sin que haya consecuencias. Pero sean cuales sean las consecuencias, las soportaré: la alternativa es demasiado terrible.»

Volvió a enfrascarse en su misión, arrastrando la bomba los metros finales que lo separaban del llano. Se arrodilló, apoyó el hombro en la cubierta y colocó la bomba entre las piernas de N.° 1 y Qwan. N.° 1 ni siquiera se percató de la presencia de Artemis. Los ojos del pequeño aprendiz de hechicero eran en ese momento de un azul sólido, cargado de magia. Le relucían las runas del pecho y empezaron a moverse, enroscándose como serpientes, reptándole hacia el cuello y caracoleándole en la frente como una rueda de fuegos artificiales encantada.

—¡Artemis! ¡Échame una mano con esto!

Era Holly, tratando con todas sus fuerzas de hacer rodar por los baches del

cráter el cuerpo inconsciente de Abbot. Con cada vuelta, los cuernos del demonio se hincaban en la tierra y abrían un pequeño surco.

Artemis se acercó a ella, con las piernas doloridas por la ascensión y el descenso. Asió uno de los cuernos y tiró de él. Holly le agarraba el otro.

—¿Le has disparado? —quiso saber Artemis.

Holly se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede ser. Me he quedado un poco transpuesta ahí un minuto. Debe de ser el conjuro del tiempo.

—Será eso —repuso Artemis, sintiendo un gran alivio al ver que Holly no recordaba nada de lo sucedido. Nadie debería tener que recordar su muerte, aunque a él le parecía interesante averiguar qué era exactamente lo que venía a continuación.

El tiempo se acababa en todos los sentidos. De un modo u otro, la isla de Hybras no iba a permanecer allí mucho más tiempo: o el conjuro de tiempo se la llevaba de allí a pedazos, o Qwan haría acopio de la energía de la bomba y los transportaría de vuelta a la Tierra. Artemis y Holly arrastraron a Abbot al círculo mágico y lo arrojaron a los pies de Qwan.

—Siento que esté inconsciente —dijo Holly—. Era eso o muerto.

—Una decisión difícil con este impresentable —comentó Qwan, agarrando a Abbot por uno de los cuernos.

Artemis asió el otro y entre ambos pusieron a Abbot de rodillas. Ahora eran cinco en el círculo.

—Esperaba contar con cinco hechiceros —masculló Qwan—. Un hechicero, un aprendiz, una elfa, un humano y un egocéntrico que no para de roncar no es exactamente lo que tenía pensado, pero en fin....

Esto complica un poco más el asunto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Artemis.

Qwan se estremeció y una película azul pasó por delante de sus ojos.

—*D'Arvit!* —exclamó—. Este joven de aquí es poderoso. No puedo retenerlo mucho más tiempo. Dos minutos más y nos va a derretir el cerebro. Lo vi una vez, el fluido bullendo y saliendo por las orejas. Absolutamente repugnante.

—¡Qwan! ¿Qué podemos hacer?

—Huy, perdón. Es que estoy un poco estresado. Vale, así es como se supone que funciona. Voy a elevarnos a todos, con la ayuda del joven. Cuando estalle la bomba, convertiré la energía en magia.

Capitana Canija, tú te encargarás del dónde. Artemis, tú te encargarás del cuándo.

—¿Dónde? —dijo Holly.

—¿Cuándo? —dijo Artemis simultáneamente.

Qwan asió el cuerno de Abbot con tanta fuerza que se rompió.

—Ya sabes adónde va esta isla, Holly, visualiza el sitio. Artemis, deja que tu tiempo te atraiga, deja que te atrape en sus redes. No podemos volver a nuestro tiempo, eso provocaría tantas oscilaciones que el planeta seguramente caería a una órbita más baja y quemaría todo cuanto hay en él.

—Lo acepto —dijo Artemis—, pero lo de dejar que me atrape en sus redes... La verdad, preferiría algunos datos y cifras concretos. ¿Qué me dices de las trayectorias? ¿Direcciones espaciales?

Qwan estaba a punto de caer en trance.

—Nada de ciencia, solo magia. Siente el camino hacia casa, Artemis Fowl.

Artemis frunció el ceño, contrariado. «Sentir el camino» no era el modo en que solía hacer las cosas. La gente que «sentía el camino» sin hechos científicos contrastados por lo general acababan arruinados o muertos. Pero ¿qué otra opción tenía?

Era más fácil para Holly. La magia siempre había formado parte de su vida, había sido su asignatura preferida en la universidad y todos los agentes de la PES tenían que asistir a cursos de perfeccionamiento regularmente. En cuestión de segundos, los ojos se le llenaron de chispas azules y su magia interior añadió un anillo azul a los círculos palpitantes a su alrededor.

«Visualízalo —pensó Artemis—. Imagina adónde quieres ir o mejor, cuándo quieres llegar.»

Lo intentó, pero a pesar de que la magia estaba en su interior, no era suya. Los seres mágicos estaban absortos en la formulación del hechizo, pero Artemis Fowl solo podía mirar fijamente la bomba enorme a sus pies, y asombrarse de que estuvieran esperando a que explotara.

«Un poco tarde para tener dudas. Al fin y al cabo, la idea de “aprovechar la potencia de la bomba” fue enteramente tuya.»

Sí, es verdad que antes había provocado unas cuantas chispas, pero eso era distinto; lo había hecho sin pensar. Las chispas habían sido una floritura para acompañar su teoría. En ese momento, su magia podía ser la que mantuviese a todos los habitantes de aquella isla con vida.

Artemis examinó a cada miembro del círculo, uno por uno. Qwan y N.° 1 vibraban a una velocidad antinatural, tenían los ojos azules y las marcas daban vueltas en su frente como ciclones en miniatura. La magia de Holly le salía de los dedos, cubriéndole la mano de un azul claro liquido. Abbot, por supuesto, estaba inconsciente, pero sus cuernos emitían un brillo azul y de ellos salían disparados chorros continuos de chispas, cayendo en cascada sobre el grupo como si fueran los efectos especiales de una banda de rock. De hecho, todo aquel episodio no estaría fuera de lugar en un videoclip musical.

A su alrededor, la isla estaba sufriendo su propia experiencia traumática. La fusión continua del túnel del tiempo arrancaba trozos cada vez mayores y los arrastraba a otras dimensiones. Los aros crepitantes de energía a su alrededor se fundieron para dar forma a un hemisferio mágico, aunque no era perfecto: había huecos en toda la superficie que amenazaban la integridad de la totalidad de la estructura.

«El problema soy yo —pensó Artemis—. No estoy colaborando.»

Artemis se sintió al borde de un ataque de pánico, y cada vez que experimentaba esa sensación, ordenaba a su cerebro que cambiase de plano mental y se deslizase a un estado de ánimo meditativo. Lo hizo justo en ese momento y sintió cómo se le ralentizaba el corazón y cómo la locura imposible de lo que ocurría a su alrededor desaparecía.

Se concentró en una sola cosa, en la mano de Holly encima de la suya, que se aferraba a sus dedos con vida y energía. Los dedos de Holly se movieron bruscamente y enviaron unas ramificaciones mágicas por todo el brazo de Artemis. En su estado de relajación estaba más receptivo, y la magia de la elfa activó la suya, arrancándola de su cerebro. Sintió cómo la magia prendía en sus terminaciones nerviosas, inundándole, elevando su conciencia a otro lugar. Era una experiencia eufórica. Artemis se percató de que había

partes de su cerebro que se estaban abriendo y que no habían sido utilizadas por los humanos desde hacía milenios. También cayó en la cuenta de que los humanos debieron de tener su propia magia en algún momento, pero habían olvidado cómo usarla.

«¿Listos?», preguntó Qwan, pero no en voz alta. Ahora estaban compartiendo la consciencia, como habían hecho en el túnel. Sin embargo, esta era una experiencia más nítida, como las ondas digitales comparadas con las hercianas.

«Listos», contestaron los demás, mientras las ondas de pensamiento se solapaban en una especie de armonía mental. Sin embargo, también había discordancia y hostilidad.

«No basta —pensó Qwan—. No puedo cerrar el hemisferio. Necesito más entrega de Abbot.»

Los demás empujaron con todas sus fuerzas, pero ninguno de ellos tenía más magia que entregar. Abbot los mataría a todos mientras dormía.

«¿Hola? ¿Quién está ahí?», dijo una nueva voz, algo completamente inesperado en un círculo mágico cerrado.

Acompañando a la voz llegaron una serie de recuerdos, grandes batallas, una traición y una caída en un volcán en llamas.

«¿Qweffor? —preguntó Qwan—. ¿Eres tú, chico?»

«¿Qwan? ¿Es posible que sea usted? ¿También está aquí atrapado?»

Qweffor. El aprendiz que Abbot había arrojado al volcán cuando estaban en la Tierra. Qwan enseguida dedujo lo que debía de haber pasado.

«No, estamos en el círculo mágico otra vez. Necesito tu energía. ¡Ahora!»

«Oh, dioses, profesor Qwan. Hace tanto tiempo... No se creería lo que llega a comer este demonio.»

«¡Tu energía, Qweffor! ¡Ahora mismo! Podremos hablar cuando estemos al otro lado.»

«Vale, vale, perdón. Qué gusto da poder volver a oír los pensamientos de un hechicero de nuevo. Después de tanto tiempo creía que...»

«¡Tu energía!»

«Lo siento. Allá voy.»

Al cabo de un momento, una fuerte corriente de energía electrizó el círculo. El hemisferio mágico se selló y se convirtió en un escudo sólido de luz. Qwan redirigió un pequeño fragmento de magia hacia abajo para rodear a la bomba en sí. Un silbido muy agudo surgió de la pequeña esfera dorada.

«Do mayor», dijo Artemis distraídamente.

«¡Concentración! —lo reprendió Qwan—. Llévanos a tu tiempo.»

Artemis se concentró en las cosas importantes que había dejado atrás y se dio cuenta de que todas eran personas. Su madre, su padre, Mayordomo, Potrillo y Mantillo. Las posesiones que antes había creído importantes, ahora no significaban nada para él. Salvo acaso su colección de arte impresionista.

«Olvídate del arte, Artemis —le advirtió Holly—. O acabaremos en el siglo XX.»

«En el XIX —replicó Artemis—, pero ya te entiendo.»

Podría parecer que toda esta palabrería era la pérdida de un tiempo precioso, pero tuvo lugar instantáneamente, pues un millón de mensajes extrasensoriales se intercambiaban a lo largo de unas líneas mágicas que hacían a los cables de fibra óptica parecer tan eficaces como dos vasos y un

trozo de cuerda. Recuerdos, opiniones y secretos se exponían al desnudo para que todo el mundo los conociese.

«Interesante —señaló Artemis—. Si pudiera recrear esto, revolucionaría el mundo de las telecomunicaciones.»

«¿Era una estatua? —dijo Qweffor—. ¿Estoy leyendo esto bien?»

En el centro del círculo, el temporizador de la bomba se aproximaba al cero. En un solo segundo, el temporizador recorrió la última hora del reloj. Cuando llegó a cero, se transmitió una descarga a distintos detonadores, entre los que se incluían tres señuelos, y a un bloque de explosivo plástico del tamaño de un pequeño aparato de televisión.

«Ya está aquí», pensó Qwan.

La bomba explotó y transformó la cubierta de una caja metálica en un millón de dardos supersónicos. El escudo interior frenó los dardos en seco, pero absorbió su energía cinética, añadiéndola al escudo exterior.

«Lo he visto —pensó Artemis, impresionado—. Muy ingenioso.»

Y lo había visto, en cierto modo. Se trataba de una especie de visión lateral que les permitía a todos ver los acontecimientos a su propio ritmo y desde el punto de vista que prefiriesen. También le permitía a su mente concentrarse por completo en su tiempo humano mientras que disfrutaba del espectáculo. Artemis decidió desviar su tercer ojo fuera del círculo. Sea lo que fuere lo que le pasase a aquella isla, sin duda iba a ser algo espectacular.

La explosión liberó la energía de una tormenta eléctrica en un espacio del tamaño de una tienda de campaña para cuatro. Todo cuanto había en el interior del espacio debería haberse volatizado, pero las llamas y las ondas expansivas quedaron contenidas por la pequeña esfera dorada. Giraron sin cesar allí dentro, logrando atravesar la barrera por distintos puntos. Cada vez que eso sucedía, la fuerza errante se veía atraída a los anillos azules de energía y se estrellaba contra ellos como el fogonazo de un relámpago surgido de entre las nubes.

Artemis vio algunos de esos mismos relámpagos entrar por su propio cuerpo y salir por el otro lado, atravesándolo. Pero no resultó herido: al contrario, se sentía revigorizado, más fuerte.

«El conjuro de Qwan me mantiene a salvo —pensó—. Es simple física, la energía no puede ser destruida, así que la está transformando en otra forma: magia.»

Era una escena espectacular, la energía de la bomba alimentaba la magia del interior del círculo, hasta que las llamas anaranjadas eran dominadas por las azules. Poco a poco la energía de la bomba fue consumiéndose y absorbiéndose por la hechicería. Los anillos brillaban con una luz azul cegadora, y las figuras del interior del círculo parecían estar formadas por energía pura. Resplandecían incorpóreas a medida que el conjuro para dar marcha atrás en el tiempo se iba apoderando de ellas.

De pronto, los anillos azules empezaron a palpitar e inyectaron una onda expansiva de magia a la propia isla. La transparencia se extendió como si fuera agua por toda la superficie y por debajo de ella. Una palpitación siguió a otra, hasta que la transparencia se hubo extendido más allá del cráter. Para los demonios que habitaban en la aldea, debió de parecer como si el volcán estuviese siendo engullido por la magia. La nada se propagaba con cada pálpito, dejando únicamente crepitantes chispas doradas donde había habido

tierra hasta hacía escasos momentos.

La desmaterialización llegó hasta la costa, y más allá hasta los diez metros de océano que habían acompañado a la isla. Muy pronto, no quedó nada más que el círculo de magia, un azul flotante en el rojo ondulado del espacio del Limbo.

Qwan reclamó su atención.

«Concentraos ahora. Artemis y Holly, llevadnos a casa.»

Artemis apretó la mano de Holly con fuerza. Era lo más cerca que iban a estar jamás el uno del otro. Sus mentes eran solo una.

Artemis se volvió y miró a su amiga con ojos azules. Holly le sostenía la mirada, y estaba sonriendo.

—Me acuerdo —dijo en voz alta—. Tú me salvaste la vida.

Artemis le devolvió la sonrisa.

—Eso nunca sucedió —repuso.

Y entonces sus cuerpos y mentes se dividieron hasta el nivel subatómico y fueron trasladados a toda velocidad a través de galaxias y milenios.

El espacio y el tiempo no tenían ninguna forma reconocible. No era como subirse a un globo aerostático y sobrevolar la historia y decir: «Mira, ahí está el siglo XXI. Déjanos aquí».

Todo eran impresiones y sensaciones. Artemis tuvo que cerrar los oídos a los deseos de los centenares de demonios a su alrededor y concentrarse en su propia brújula interna. Su mente sentiría un anhelo especial por su propio tiempo natural, y él solo tendría que seguirlo.

El anhelo se parecía vagamente a una luz que le calentaba la mente cuando miraba en su dirección.

«Bien —pensó Qwan—. Ve hacia la luz.»

«¿Es un chiste?», preguntó Artemis.

«No —contestó Qwan—, no hago chistes cuando hay cientos de vidas en juego.»

«Buena política», pensó Artemis y se volvió hacia la luz.

Holly estaba concentrada en dónde hacer aterrizar la isla, y le estaba resultando increíblemente sencillo. Siempre había sentido mucho cariño por sus recuerdos en la superficie y ahora podía recordarlos con asombrosa nitidez. Recordó una excursión con el colegio al lugar donde Hybras había estado antes. Por el ojo de su mente vio la playa de mar rizada, dorada y brillante bajo la luz del sol estival. Vio también el brillo gris azulado del lomo de un delfín al romper las olas para saludar a sus visitantes mágicos. Vio la oscuridad teñida de plata del agua de lo que los humanos llamaban el canal de San Jorge, y la luz de todos aquellos recuerdos le iluminó la cara.

«Bien —dijo Qwan—. Ve...»

«Sí, ya lo sé. Ve hacia la luz.»

Artemis estaba intentando traducir en palabras aquella experiencia, para su diario, pero le estaba costando un gran esfuerzo, una experiencia nueva para él.

«Me parece que me concentraré en encontrar mi tiempo y ya está», pensó.

«Buena idea», pensó Qwan.

«¿Se convirtió a sí mismo en estatua, entonces?» Era Qweffor de nuevo, muriéndose de ganas por ponerse al día.

«Oh, por el amor de los cielos —exclamó Qwan—. Compruébalo tú

mismo.» Y envió los recuerdos pertinentes a su viejo aprendiz.

Todos los presentes en el túnel se vieron obsequiados con una versión cinemática de la creación inicial del túnel del tiempo, diez mil años atrás.

Por el ojo de sus mentes vieron cómo siete hechiceros estaban suspendidos por encima de la mismísima boca de un volcán en activo, protegidos del calor por un círculo mágico. En conjunto era algo mucho más impresionante que el improvisado círculo mágico que Artemis había presenciado. Aquellos hechiceros formaban un grupo imponente y rebosante de confianza y seguridad en sí mismos, ataviados con túnicas muy elaboradas. Su círculo mágico era en realidad una esfera de luz multicolor, y, lo que era aún más importante, no necesitaban ensuciarse las botas con las cenizas, porque estaban suspendidos en el aire, a siete metros por encima de la boca del volcán. Entonando cánticos en tonos graves, arrojaban un relámpago tras otro de magia al magma hasta que este empezó a burbujear y convulsionarse. Mientras los hechiceros se concentraban en hacer que el volcán entrase en erupción, Abbot y su socio Bludwin asomaron por detrás de unas rocas un poco más arriba, y a pesar de que la piel de los demonios puede soportar temperaturas muy altas, ambos estaban sudando a mares.

Sin detenerse siquiera a darse cuenta de lo estúpido y absurdo de su plan, los saboteadores emergieron de un salto del cúmulo de rocas y se lanzaron en picado hacia el círculo de debajo. Bludwin, que había sido bendecido con los dones gemelos de la imbecilidad y el infortunio, pasó de largo ante todos los hechiceros del círculo y cayó sin dejar de agitar las piernas en la lava hirviente. Su cuerpo aumentó ligeramente la temperatura de la lava de la superficie, no de forma significativa, pero sí lo suficiente para contaminar el hechizo. Abbot se llevó por delante a Qweffor, sacándolo fuera del círculo y arrastrándolo consigo al borde del volcán. La piel de Abbot empezó a humear de inmediato y el pobre Qweffor, sumido todavía en el trance mágico, se vio tan impotente bajo el peso de su cuerpo como un recién nacido.

Todo aquello sucedió en el peor momento posible. El conjuro andaba ahora suelto por el volcán y la tarea de detenerlo era tan imposible para los hechiceros como lo sería para un ratón contener el mar. Una columna de lava sólida procesada mágicamente surgió majestuosa en un rojo y un naranja intensos del volcán y fue directa al caldero invertido de magia azul. Entre evidentes muestras de dolor, los hechiceros convirtieron la roca fundida en energía pura, devolviendo la energía al suelo.

Abbot y Qweffor quedaron atrapados simultáneamente por la lava y las secuelas mágicas. Qweffor, que ya estaba en un estado mágico incorpóreo, se deshizo en un cúmulo de estrellas en forma de cuerpo, que fue absorbido luego por el propio cuerpo de Abbot. Este se retorció de dolor, arrancándose su propia piel por un instante, y luego fue asfixiado por un océano de magia y desapareció.

Los hechiceros mantuvieron el conjuro el máximo de tiempo posible hasta que la mayor parte de la isla hubo sido transportada a otra dimensión, pero la lava siguió manando del centro de la Tierra y, con el círculo roto, ya no pudieron seguir conteniendo su fuerza descomunal. Los apartó a un lado como un oso se sacudiría de encima a una mosca de un manotazo.

Los afligidos hechiceros salieron despedidos por el aire en espiral dibujando una línea irregular, dejando tras de sí una estela de humo que salía

de sus túnicas en llamas. Su isla había desaparecido, su magia se había gastado y el océano que había bajo sus pies estaba listo para engullir sus huesos. Solo había una única posibilidad de supervivencia. Qwan hizo acopio de sus últimas chispas de magia e invocó el conjuro de la gárgola, el más básico de todos los dones de los hechiceros, y todos ellos fueron petrificados en el aire y cayeron girando sin cesar en el océano borboteante. Uno murió en el acto cuando se le cayó la cabeza, otros dos perdieron los brazos y las piernas y el impacto mató al resto. A todos excepto a Qwan, que sabía lo que iba a suceder. Se hundieron en el fondo del canal de San Jorge, donde darían cobijo a generaciones de crustáceos marinos durante varios miles de años.

«Durante varios miles de años —pensó Qweffor—. A lo mejor estar encerrado dentro de Abbot no ha sido tan malo.»

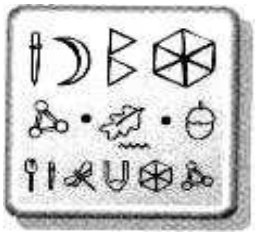
«¿Dónde está Abbot ahora?», preguntó Artemis.

«Dentro de mí —respondió el aprendiz—, intentando salir.»

«Bien —pensó Qwan—, porque quiero tener unas palabras con él.»

CAPÍTULO 16

PUNTO DE IMPACTO



ESTA VEZ la materialización fue un proceso doloroso. Separarse de un millar de conciencias dejo a Artemis con una profunda sensación de pérdida. Por primera vez en su vida, se había sentido parte de algo plenamente. Conocía a todos y todos lo conocían a él.

Siempre habría un vínculo entre todos ellos, aunque los detalles de los recuerdos de los otros ya empezaban a difuminarse.

Artemis se sentía como una especie de tira adhesiva arrancada de una extremidad enorme y arrojada al suelo. Se quedó tumbado, tiritando. Compartir su conciencia con otros seres le había provocado una sensación tan placentera que era como si acabase de perder el uso de varios sentidos, incluido el del equilibrio.

Abrió los ojos y vio el brillo cegador del Sol.

¡La luz del sol! ¡Estaban en la Tierra! Aunque todavía quedaba por ver dónde y cuándo.

Artemis rodó sobre su estómago y luego se puso despacio a cuatro patas. Los otros permanecieron tendidos en el cráter, desorientados como él pero vivos, a juzgar por los gemidos y lamentos. Él se encontraba bien, salvo por un dolor punzante en el ojo izquierdo. Lo veía todo perfectamente, pero de un color un tanto amarillento, como si llevase una gafas de sol de color ámbar. Holly la soldado ya se había puesto en pie y estaba tosiendo para expulsar la ceniza de los pulmones. En cuanto hubo despejado sus vías respiratorias, ayudó a Artemis a levantarse.

Le guiñó un ojo a su amigo.

—El cielo es azul. Lo hemos conseguido.

Artemis asintió.

—Puede ser. —El guiño atrajo su atención hacia el ojo izquierdo de la elfa. Por lo visto, no habían logrado atravesar el túnel indemnes.

—Mírame, Holly. ¿Me notas algo diferente?

—No tendrá nada que ver con la pubertad, ¿no? —dijo la elfa, sonriendo. Luego lo advirtió...

—Tu ojos. Son distintos, uno avellana y el otro azul.

Artemis sonrió.

—Y tú igual. Nos hemos intercambiado los ojos durante el tránsito. Solo los ojos, que yo sepa.

Holly se quedó pensando en aquello un momento y luego se recorrió el

cuerpo y la cabeza con las manos.

—Todo está en su sitio, por suerte. Solo que ahora tengo un ojo humano.

—Podría haber sido mucho peor —soltó Artemis—. Podrías haber viajado con Mantillo.

Holly dio un respingo.

—Ahora que lo dices...

Un solitario punto azul de magia chisporroteó en el interior del nuevo globo ocular de Holly, reduciéndolo ligeramente de tamaño.

—Eso está mejor —dijo, suspirando—. Empezaba a tener dolor de cabeza. Tu nuevo ojo también debe de ser demasiado pequeño, ¿por qué no empleas tu magia ilegal para remediarlo?

Artemis lo intentó, cerró los ojos y se concentró, pero no pasó nada.

—Es como si el trasplante no hubiese cuajado. Debí de gastar toda la que tenía en el túnel.

Holly le dio un golpe suave en el hombro.

—A lo mejor me la pasaste a mí. Me encuentro estupendamente: ese túnel del tiempo ha sido como un baño de lodo mágico. Bueno, a lo mejor no está tan mal que hayas perdido tu magia, porque lo último que nos hace falta a las Criaturas es un cerebro criminal mágico corriendo por ahí en la superficie.

—Es una pena —se lamentó Artemis—. Las posibilidades eran infinitas.

—Ven aquí —dijo Holly, tomando su cabeza entre las manos de ella—. Deja que te arregle.

El dedo índice de la elfa se tiñó de azul y Artemis sintió cómo su ojo nuevo se expandía dentro de la cuenca. Una sola lágrima le resbaló por la mejilla y el dolor de cabeza desapareció.

—Es una lástima que no haya podido hacerlo yo mismo. Ser mágico incluso durante un espacio tan breve ha sido sencillamente...

—¿Mágico?

Artemis sonrió.

—Exacto. Gracias, Holly.

Holly le devolvió la sonrisa.

—Es lo menos que puedo hacer por alguien que me devolvió a la vida.

Qwan y N.° 1 se habían levantado. El anciano hechicero trataba de no parecer demasiado petulante y N.° 1 estaba agitando la cola para desahogar sus emociones.

—Nunca sabes lo que puede hacerte ese túnel del tiempo —explicó—. La última vez perdí medio dedo, y encima era mi dedo favorito.

—Dudo mucho que fuese en mis túneles —señaló Qwan—. Mis túneles son una obra de ingeniería perfecta. Si los demás hechiceros estuvieran vivos, me darían una medalla. ¿Dónde está Qweffor, por cierto?

Qweffor estaba enterrado hasta la cintura en un montón de ceniza, con la cabeza hacia abajo. Qwan y N.° 1 lo sacaron de allí arrastrándolo por las botas, y permaneció tendido en el suelo gruñendo y dando resoplidos.

—¿Necesitas un pañuelo? —le preguntó N.° 1—. Todas esas cenizas y mocos saliéndote de la nariz hacen un ruido horrible.

Qweffor se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—¡Cállate, Mequetrefe!

N.° 1 retrocedió un paso, que resultó no ser suficiente.

—¿Mequetrefe? —repitió con un chillido—.Tú no eres Qweffor tú eres

N'zall.

—Abbot —rugió el demonio, levantando los brazos y agarrando a N.°1 por el cuello—. Me llamo Abbot.

Holly ya había sacado y activado su arma antes de que Abbot acabara la frase.

—¡Suéltalo, Abbot! —gritó—. No puedes escapar, no tienes adonde ir, tu mundo ha desaparecido.

El ex líder de la manada estaba llorando.

—Ya sé que ha desaparecido. ¡Este fantoche me lo ha arrebatado! Y ahora yo le arrebataré su vida.

Holly lanzó un disparo de advertencia por encima de la cabeza de Abbot.

—El siguiente será entre tus ojos, demonio.

Abbot levantó a N.°1 en el aire, utilizándolo como escudo.

—Dispárame ahora, elfa. Libéranos a ambos de nuestra miserable existencia.

N.° 1 había sufrido una transformación. Al principio había empezado a lloriquear, un comportamiento típico de él, pero ahora estaba secándose las lágrimas y tenía una expresión dura en los ojos.

«Cada vez que me empiezan a ir bien las cosas, Abbot me lo estropea —pensó—. Estoy harto de este demonio. Ojalá desapareciese.»

Aquello era toda una novedad tratándose de N.° 1. Por regla general, cuando se encontraba en una situación desagradable, era él quien quería desaparecer de la situación, mientras que esa vez estaba deseando que fuese otro quien desapareciese. Estaba más que harto, así que N.°1 se rebeló contra una vida entera de condicionamiento y le plantó cara a Abbot.

—Quiero hablar con Qweffor —dijo con voz temblorosa.

—¡Qweffor no está! —gritó Abbot, escupiendo saliva en la nuca de N.°1—. Lo único que queda de él es su magia. ¡Mi magia!

—Quiero hablar con Qweffor —repitió su rehén, con un poco más de volumen.

Para Abbot, aquella última insubordinación era la gota que colmaba el vaso. Pese a haber sido despojado de tierras y lacayos, Abbot decidió que no iba a tolerar ninguna insolencia de un diablillo. Lanzó a N.° 1 hacia arriba de manera que este empezó a dar volteretas en el aire, y luego lo agarró con fuerza por los hombros cuando cayó. N.°1 se encontró cara a cara con Abbot, con los cuernos del demonio rozándole las orejas. Tenía los ojos abiertos como platos y la mirada enloquecida, y los dientes le chorreaban espuma.

—No te queda mucha vida por delante, Mequetrefe.

Si Abbot hubiese prestado más atención a su prisionero, habría visto que los ojos de N.° 1 estaban recubiertos de azul y que sus marcas estaban ardientes y resplandecían. Pero, como de costumbre, a Abbot solo le interesaba él mismo.

N.°1 levantó las manos y agarró a Abbot por los cuernos.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Abbot, incrédulo. Tocarle los cuernos a un demonio equivalía a una declaración de guerra.

N.°1 miró fijamente a los ojos de su captor.

—He dicho que quiero hablar con Qweffor.

Esta vez, Abbot oyó muy bien aquellas palabras, porque la voz no era de N.°1, sino que era una voz de pura magia, cargada de un poder innegable.

Abbot pestañeó.

—Yo... eh... bueno, veré si está.

Era demasiado tarde para las buenas maneras, N.° 1 no pensaba contener su poder ahora. Envió una sonda mágica al cerebro de Abbot a través de los cuernos, que brillaron con un azul intenso y luego empezaron a despojarse de grandes láminas crepitantes.

—Cuidado con los cuernos —dijo Abbot, medio adormilado, y luego añadió—: A las señoras les encantan mis cuernos.

N.° 1 estuvo hurgando en la cabeza de Abbot durante un buen rato, hasta que encontró a Qweffor durmiendo en un rincón oscuro, en un lugar que los científicos podían denominar el sistema límbico.

«El problema —advirtió N.° 1—, es que solo hay espacio en cada cabeza para una sola conciencia. Abbot tiene que irse a otra parte.»

Y así, con aquel conocimiento instintivo y sin ninguna experiencia en absoluto, N.° 1 nutrió la conciencia de Qweffor hasta que se expandió y pasó a ocupar la totalidad del cerebro. No encajaba del todo bien, y el pobre Qweffor tendría tics nerviosos y padecería pérdida súbita del control intestinal en los actos públicos, una afección que pasaría a ser conocida con el nombre de la Venganza de Abbot. Pero al menos podía controlar aquel cuerpo la mayor parte del tiempo.

Tras varios años y tres juicios, los hechiceros mágicos lograrían realojar la conciencia de Abbot en una forma de vida inferior, en un conejillo de Indias, para ser más exactos. La propia conciencia del conejillo de Indias no tardó en ser subyugada por la de Abbot, y los hechiceros en prácticas a menudo se divertían arrojando espadas en miniatura a la jaula del conejillo, y se morían de risa viendo al pequeño animal intentando recogerlas.

Qweffor pestañeó en los ojos de Abbot.

—Gracias, Número Uno —dijo, dejando al hechicero más joven en el suelo—. Siempre ha sido demasiado fuerte para mí, pero ahora ya se ha ido. Soy libre... —Qweffor examinó sus nuevos brazos—. Y tengo músculos.

Holly bajó el arma y apoyó la mano en el muslo.

—Me parece que eso es todo. ¿Estamos seguros de que nuestros problemas han terminado?

Artemis notó cómo la Tierra se ladeaba una fracción por debajo de ellos. Hincó una rodilla en el suelo y apoyó en él las palmas de las manos.

—Odio tener que decir esto, Holly, pero creo que nos hundimos.

El hundimiento resultó no ser tan grave como había parecido al principio. Bueno, claro que era grave, porque, a fin de cuentas, era una isla que se estaba hundiendo, pero muy pronto acudirían en su auxilio.

Holly se dio cuenta de aquello cuando el miniordenador que llevaba sujeto a la muñeca cobró vida de repente con el parloteo crepitante de la PES.

«El cielo es una proyección —pensó—. Nos estaban esperando.»

De pronto, surgieron de la nada cientos de vehículos mágicos. En el aire que rodeaba la isla aparecieron unas ambulancias aéreas de los servicios de emergencia que volaban en círculos cada vez más bajos, tratando de encontrar lugares aptos para el aterrizaje. Unos remolcadores portátiles guiaban a unas gigantescas plataformas de demolición y una lanzadera de la PES bajó

directamente al volcán.

La nave estaba diseñada con las elegantes líneas de una lágrima y tenía una superficie reflectante que hacía difícil su detección, incluso con el escudo en el nivel mínimo de protección.

—Nos estaban esperando —dijo Artemis, sin asomo de sorpresa en su voz—. Ya me lo imaginaba.

N.°1 estornudó.

—Por fin. Estoy tan harto de este volcán... Voy a tardar un mes en quitarme este hedor a cráter de las escamas.

—No, no —dijo Qwan, abrazando a su nuevo aprendiz—. Puedes limpiarte los poros mágicamente. Es un don bastante útil.

Holly agitó los brazos para atraer la atención de la lanzadera, aunque no hacía falta, porque los escáneres de la aeronave ya habrían escaneado, clasificado y buceado en la base de datos de la PES en busca de la identidad de cada uno de ellos.

La lanzadera dio un giro y se acercó marcha atrás hacia ellos encarándolos con la cola. Los reactores abrieron surcos móviles en la ceniza.

—Caramba... —exclamó Qwan—. Esas naves son fabulosas. Las Criaturas han estado muy ocupadas.

—Han pasado muchas cosas en diez mil años —dijo Holly, levantando las manos para mostrarle al piloto que iba desarmada. Una vez más, seguramente no era necesario, pero con Aske Rosso al frente de la PES no se podía dar nada por sentado.

De las esquinas de la nave se desplegaron cuatro ganchos de combate que se clavaron en la roca que había debajo de la corteza del cráter. Una vez fuertemente sujetos, la nave ya estaba lista para el aterrizaje. La puerta trasera se deslizó hacia un lado y Potrillo apareció trotando por la rampa, vestido con un mono de cuatro patas de la PES hecho a medida. Bajó por la pendiente en dirección a Holly clavando los cascos de las patas traseras en la corteza.

—¡Holly! —exclamó, abrazándola con fuerza—. Has vuelto. Sabía que lo conseguirías.

Holly abrazó a su vez al centauro.

—Y yo sabía que estarías aquí esperándome.

Potrillo rodeó los hombros de Artemis con el brazo.

—Bueno, cuando Artemis Fowl dice que volverá, sabes que va a hacer falta algo más que espacio y tiempo para detenerlo. —Potrillo estrechó la mano de N.°1 y Qwan—. Veo que habéis traído a unos cuan tos invitados.

Holly sonrió y exhibió unos dientes blancos enmarcados en un rostro cubierto de ceniza.

—Cientos.

—¿Alguien por quien debamos preocuparnos?

—No. Algunos han sido víctimas de un encanta, pero un par de sesiones de terapia bastará para arreglarlo.

—De acuerdo, informaré de ello enseguida —dijo el centauro—. Ahora tenemos que poner fin a la reunión y embarcar inmediatamente. Tenemos treinta minutos para hundir esta isla y desmantelar la instalación.

«¿La instalación? —pensó Artemis—. ¿Han tenido tiempo de montar una instalación? ¿Cuánto tiempo hemos estado fuera?»

Subieron por la rampa y se abrocharon los cinturones de los asientos

rellenos de gel en la sobria parte trasera; allí no había lujos de ninguna clase, solo asientos y estantes para el armamento. Un duende médico los examinó a todos por turnos y luego les inyectó un cóctel de inoculaciones y sustancias antibacterianas en los brazos, por si Hybras había incubado alguna enfermedad mutante a lo largo de los últimos diez mil años. Como un verdadero profesional que era, el médico ni siquiera pestañeó al examinar a Qwan y N.° 1, a pesar de que nunca había visto a ninguno de los de su especie.

Potrillo se sentó al lado de Holly.

—Ni te imaginas cuánto me alegro de verte, Holly. Yo mismo solicité esta misión. Estoy en excedencia de la Sección Ocho. Toda esta instalación es obra mía. Es el proyecto individual de mayor envergadura en el que he trabajado nunca, diseñado para un paseo de treinta minutos. Sabía que volverías.

Holly pensó en aquella frase un instante. ¿Ella era una misión?

La lanzadera empezó a recoger los ganchos de combate y se despegó de la pared del cráter. En unos segundos salieron disparados de la boca del volcán como una bala. La vibración bastó para que les castañetearan los dientes los primeros segundos, pero luego las aletas estabilizadoras nivelaron los laterales e hicieron el viaje más agradable.

—Me alegro de ver el fin de ese volcán —dijo N.° 1, tratando de aparentar despreocupación a pesar de estar volando en el interior de una lágrima de metal. A fin de cuentas, aquella no era la primera vez que volaba.

Potrillo apoyó la mano en el borde de la ventanilla y miró hacia abajo.

—Pues desde luego, lo veis por última vez, porque en cuanto hayamos evacuado a todo el mundo de la isla esas torres de demolición se van a despachar a gusto con sus rayos láser. Vamos a cortarla en rodajas y luego a desinflar por control remoto las boyas que hay debajo. Haremos que se deshinche despacio para que de ese modo no haya maremotos. El desplazamiento del agua bastó por sí solo para provocar un oleaje de gran magnitud en la costa de Dublín, pero lo hemos sofocado a tiempo. Una vez que la isla se haya desinflado, podemos guardar el escudo e irnos a casa.

—Ah —exclamó N.° 1, que no había entendido buena parte de lo dicho.

Artemis miró por la ventanilla, a la altura de su codo. Abajo, en la isla, los equipos de rescate estaban guiando a los demonios a las lanzaderas. En cuanto las naves despegaban, activaban sus escudos y desaparecían de la vista con una vibración.

—Nos has dado un buen susto, Holly —se echó a reír Potrillo—, reapareciendo así, a treinta kilómetros del objetivo. Tuvimos que ponerles un cohete en el trasero a los pilotos para llegar hasta aquí y activar la proyección. Por suerte, es primera hora de la mañana y la marea está baja. Disponemos de una media hora antes de que lleguen los primeros barcos pesqueros.

—Ya entiendo —dijo Holly despacio—. Un despliegue de medios por todo lo alto. Rosso debe de estar que trina.

Potrillo soltó un bufido.

—¿Rosso? Pues que trine todo lo que quiera. Lo expulsaron del cuerpo hará un par de años. ¿Sabes que el traidor quería dejar que la octava familia se extinguiese para siempre? El muy idiota llegó a ponerlo por escrito en un memorándum.

Holly se agarró a los brazos del asiento.

—¿Hace un par de años? ¿Cuánto tiempo llevamos desaparecidos?

Potrillo hizo chasquear los dedos.

—Sí, bueno, vaya, se suponía que no iba a soltarlo así, de repente. Lo siento. Bueno, no pasa nada, no es grave. No han sido mil años ni nada por el estilo.

—¿Cuánto tiempo, Potrillo? —quiso saber Holly.

El centauro se quedó pensando un momento.

—Vale, lleváis desaparecidos casi tres años.

Qwan se acercó a Artemis y le dio una palmadita en el hombro.

—¡Tres años! Qué puntería, Fangosillo. Debes de ser un auténtico genio para habernos acercado tanto. No esperaba ver esta mitad del siglo.

Artemis estaba atónito. ¡Tres años! Sus padres llevaban tres años sin verlo. ¿A qué clase de tortura los había sometido? ¿Cómo iba a poder compensarles?

Potrillo estaba tratando de llenar el silencio provocado por el estupor con información.

—Mantillo ha seguido adelante con el negocio de la agencia de detectives. Bueno, lo cierto es que ha tenido un éxito apabullante y ahora se ha aliado con un nuevo socio. Nunca adivinarías de quién se trata: de Doodah Day, otro delincuente reformado. Ya verás cuando se entere de que has vuelto. Me llama todos los días. Me duele la cabeza de tanto explicarle física cuántica a ese enano.

Holly extendió el brazo y le tocó la mano a Artemis.

—Solo hay un modo de enfocar esto, Artemis. Piensa en todas las vidas que has salvado. Eso bien vale unos cuanto años, ¿no crees?

Artemis solo podía fijar la vista hacia delante. Morir durante la transferencia habría sido una catástrofe de primera magnitud, pero aquella sin duda era una catástrofe de segunda magnitud. ¿Qué iba a decir? ¿Qué explicaciones iba a dar?

—Tengo que regresar a casa —dijo, y su voz sonó por una vez como un chico de catorce años cualquiera—. Potrillo, ¿podrías decirle al piloto dónde vivo?

El centauro se echó a reír.

—Como si hubiese algún agente de las fuerzas de seguridad del mundo subterráneo que no supiese dónde vive Artemis Fowl. Bueno, no hace falta ir tan lejos. Hay alguien esperándote en la costa. Lleva ahí bastante tiempo.

Artemis apoyó la frente en la ventanilla. Sentía tanto cansancio de repente... como si de veras llevase despierto tres años. ¿Cómo iba a explicárselo todo a sus padres? Sabía cómo debían de sentirse, exactamente como se había sentido él cuando su padre había desaparecido. A lo mejor ya lo habían dado por muerto, como a su padre. Y a pesar de que su regreso traería alegría a su hogar, el dolor siempre estaría ahí, latente bajo la superficie.

Potrillo estaba hablando con los demonios.

—¿Quién es este pequeñín? —preguntó, haciéndole cosquillas a N.° 1 bajo la barbilla.

—Este pequeñín es Número Uno —contestó Qwan—, el hechicero más poderoso del planeta.

Podría freírte el cerebro sin querer si, por ejemplo, le estuvieses haciendo cosquillas por debajo de la barbilla y eso le molestase.

El centauro retiró el dedo rápidamente.

—Ya veo. Me cae bien. Creo que vamos a llevarnos estupendamente. ¿Por qué te llamas Número Uno? ¿Es un mote?

N.° 1 sintió la magia en su interior, una sensación agradable parecida a entrar en calor.

—Era mi nombre de diablillo. Pero creo que ahora me seguiré llamando igual.

Qwan se quedó muy sorprendido.

—¿Qué? ¿No quieres el nombre que empieza por QW? Eso es lo tradicional. No hemos tenido un Qwandri en un montón de tiempo. ¿Qué me dices de Qwerty?

El diablillo negó con la cabeza.

—Soy Número Uno; ese nombre solía marcarme como distinto, y ahora me convierte en único. No tengo ni idea de dónde estamos ni adónde vamos, pero ya me siento más en casa de lo que me he sentido jamás.

Potrillo puso los ojos en blanco.

—Deja que vaya a buscar un pañuelo. La verdad, pensaba que los demonios erais más duros y combativos. Este jovenzuelo habla como un personaje de una de esas novelas románticas baratas.

—El mismo jovenzuelo que podría freírte los sesos —le recordó Qwan.

—Una de esas novelas románticas baratas que me encantan, quiero decir —rectificó Potrillo, retrocediendo lentamente.

N.° 1 sonrió con satisfacción. Estaba vivo y había ayudado a salvar la isla. Por fin había encontrado su lugar en el universo. Ahora que ya se habían encargado de Abbot, podía vivir la vida que le viniese en gana, y lo primero que haría, cuando las cosas se calmasen, sería localizar a la demonia de las marcas rojas tan similares a las suyas y ver si quería compartir una comida con él. Una comida cocinada. Era posible que tuviesen mucho de qué hablar.

La lanzadera se deslizó a través del escudo hacia el cielo matinal. Las rocas irregulares de la costa irlandesa se alzaban imponentes entre las olas, moteadas por el sol de la luz de la mañana. Iba a ser un buen día. Había restos de nubes en el norte, pero nada capaz de retener a la gente en sus casas. Había un grupo de casas agrupadas en torno a una ensenada y, en el puerto en forma de herradura, los pescadores ya estaban en la arena extendiendo sus redes.

—Tú te bajas aquí, Artemis —anunció Potrillo—. Te dejaremos detrás de la pared del muelle. Te llamaré dentro de unos días para el informe. —El centauro extendió una mano y la apoyó en el hombro de Artemis—. Las Criaturas te dan las gracias por tu esfuerzo, pero ya sabes que todo lo que has descubierto es información confidencial. Ni siquiera a tus padres, Artemis. Tendrás que pensar en algo que no sea la verdad para contárselo.

—Por supuesto —repuso Artemis.

—Bien. No hacía falta que te lo dijese, ya lo sé. Bueno, el caso es que el hombre que andas buscando está en la casita de las jardineras. Salúdalo de mi parte.

Artemis asintió con aire cansino.

—Lo haré.

El piloto descendió despacio y ocultó la lanzadera detrás de un edificio de piedra destartalado y desierto. Cuando estuvo seguro de que no había nadie en

la línea de visión, el piloto encendió una luz verde sobre la puerta trasera.

Holly ayudó a Artemis a levantarse de su asiento.

—Nunca nos da tiempo a tomarnos algo relajadamente —le dijo.

Artemis se echó a reír.

—Ya lo sé, siempre surge alguna crisis.

—Hay que ver... Cuando no son las pandillas de goblins, son los demonios que viajan a través del tiempo. —Holly le dio un beso en la mejilla—. Eso seguramente ha sido peligroso, teniendo en cuenta que eres un volcán adolescente.

—Lo tengo bajo control, más o menos.

Holly se señaló su nuevo ojo azul.

—Ahora siempre formaremos parte el uno del otro.

Artemis se dio unos golpecitos en la mejilla debajo de su ojo color avellana.

—No pienso quitarte el ojo de encima.

—¿Eso ha sido un chiste? ¡Madre mía, pues sí que estás cambiando!

Artemis estaba un poco aturdido.

—Bueno, por lo visto, tengo casi dieciocho años.

—Que los dioses nos asistan. Artemis Fowl ya puede votar.

Artemis se rió.

—Llevo años votando. —Dio unos golpecitos en su minúsculo teléfono. Te llamo luego.

—Me da la impresión de que tenemos mucho de qué hablar.

Se abrazaron un instante con mucha fuerza, y después Artemis bajó por la rampa. Avanzó tres pasos y luego miró hacia atrás, pero allí no había nada más que cielo y mar.

Artemis Fowl era un visitante muy extraño en el pueblo de Duncade a aquella hora tan temprana de la mañana: un adolescente solitario con un traje hecho jirones que dejaba un rastro de ceniza tras de sí mientras subía tambaleándose los escalones de piedra que conducían al muelle.

Delante de él había un pequeño grupo de personas, apoyadas en un bolardo de cemento. Un pescador de barba enmarañada estaba contando una historia increíble sobre una ola de seis metros que había visto durante la noche y que se había evaporado sin más antes de alcanzar la orilla. Contaba la historia con todo lujo de detalles, haciendo grandes aspavientos e imitando los sonidos de la mar embravecida. Los demás hombres asentían ante sus palabras, pero a sus espaldas se hacían guiños y ademanes que imitaban a un borracho empinando el codo.

Artemis pasó de largo y dejó atrás el muelle en dirección a la casita con las jardineras.

«Conque jardineras, ¿eh? Quién lo iba a decir...»

Había un teclado numérico en la puerta que parecía completamente fuera de lugar en un entorno tan rústico, pero Artemis no esperaba menos. Introdujo las cifras correspondientes a su propio cumpleaños, cero nueve cero uno, y desactivó el cierre y la alarma interior.

Dentro de la casa reinaba la oscuridad, con las cortinas echadas y las luces apagadas. Artemis entró en la vivienda de aire espartano, con una cocina funcional, una silla y una robusta mesa de madera. No había televisor, pero

varias estanterías más bien rudimentarias llenaban las paredes para almacenar cientos de libros sobre los temas más diversos. Cuando los ojos de Artemis se adaptaron a la oscuridad, reconoció algunos de los títulos: *Gormenghast, el arte de la guerra* y *Lo que el viento se llevó* estaban entre ellos.

—Eres toda una caja de sorpresas, viejo amigo —murmuró Artemis, extendiendo el brazo para tocar el lomo de *Moby Dick*.

Mientras acariciaba el trazo del título repujado, un puntito de luz roja apareció en la punta de su dedo índice.

—¿Sabes lo que es esto? —inquirió una voz grave y estentórea a sus espaldas. Si los truenos hablasen, aquella sería su voz.

Artemis asintió con la cabeza. No era momento de arrebatos ni movimientos bruscos.

—Bien. Entonces sabes lo que pasará si haces algo que me moleste.

Un nuevo asentimiento.

—Excelente, lo estás haciendo muy bien. Ahora junta las manos por detrás de la cabeza y date la vuelta.

Artemis hizo lo que le decía y se encontró frente a un hombre enorme con barba y el pelo largo recogido atrás en una cola de caballo. Tanto la barba como la melena estaban jaspeadas de canas grises. El rostro del hombre era familiar pero distinto. Tenía más arrugas en el contorno de los ojos y un profundo surco de expresión entre ellos.

—¿Mayordomo? —preguntó Artemis—. ¿Eres tú quien está detrás de todo ese pelo?

Mayordomo retrocedió un paso como si le acabara de fulminar un rayo. Abrió mucho los ojos y empezó a tragar saliva rápidamente, muerto de sed de repente.

—¿Artemis? ¿Eres...? ¡Tú no tienes su edad! Siempre creí...

—El túnel del tiempo, amigo mío —explicó Artemis—. Te vi justo ayer.

Mayordomo no estaba del todo convencido. Corrió a las cortinas y, con las prisas para abrirlas, las arrancó con el riel y todo de la pared. La luz rojiza del alba inundó la pequeña habitación. Mayordomo se volvió hacia su joven amigo y tomó la cara del chico entre las manos. Con unos pulgares gigantescos limpió la suciedad alrededor de los ojos de Artemis.

Lo que vio en aquellos ojos estuvo a punto de hacer que le flaqueasen las rodillas.

—Artemis, eres tú... Había empezado a pensar. . . No, no. Sabía que volverías. —Y luego una vez más, con más convencimiento, añadió—: Lo sabía. Siempre lo supe.

El guardaespaldas abrazó a Artemis con unos brazos lo bastante fuertes para partirle la espalda a un oso. Artemis habría jurado que el grandullón emitía unos sollozos, pero cuando Mayordomo lo soltó, volvía a ser el mismo guardaespaldas impertérrito de siempre.

—Siento lo de la barba y lo del pelo, Artemis. Es que estaba tratando de pasar desapercibido entre los lugareños. ¿Cómo ha sido tu... ejem... viaje?

Artemis sintió el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Hummm... Accidentado. De no haber sido por Holly, nunca lo habríamos logrado.

Mayordomo examinó el rostro de Artemis.

—Tienes algo distinto. ¡Dios mío, tus ojos!

—Ah, sí. Ahora tengo un ojo de Holly. Es difícil de explicar.

Mayordomo asintió.

—Ya nos lo contaremos todo más tarde. Tenemos que hacer unas cuantas llamadas.

—¿Unas cuantas? —exclamó Artemis—. ¿Más de una?

Mayordomo sacó un teléfono inalámbrico de su horquilla.

—Están tus padres, por supuesto, pero también deberías llamar a Minerva.

Artemis estaba muy sorprendido. Agradablemente sorprendido.

—¿A Minerva?

—Sí, ha venido a visitarme varias veces. Casi todas las vacaciones escolares, de hecho. Nos hemos hecho buenos amigos. Es la que me ha contagiado el gusto por la lectura de obras de ficción.

—Ya veo.

Mayordomo apuntó a Artemis con la antena del inalámbrico.

—Que si Artemis esto, que si Artemis aquello... La verdad es que tiene un concepto de ti muy especial. Vas a tener que trabajar duro para no defraudarla.

Artemis tragó saliva. Tenía ganas de descansar, no de trabajar duro.

—Por supuesto, se ha hecho un poco mayor, aunque tú no —continuó Mayordomo—.Y ahora es toda una belleza. Y muy despierta además, con una inteligencia más afilada que una espada de samurai. He ahí una chica capaz de hacerte sudar la gota gorda en una partida de ajedrez.

«Pues bien pensado —pensó Artemis—, no hay nada como un reto para mantener activo el cerebro. Pero eso será más adelante.»

—¿Y mis padres?

—No los has visto por los pelos. Estuvieron aquí ayer, para pasar el fin de semana. Se hospedan en la pensión local cada vez que vienen. —Mayordomo apoyó la mano en el hombro de Artemis—. Estos últimos años han sido muy duros para ellos. Se lo conté todo, Artemis. Tuve que hacerlo.

—¿Y te creyeron?

Mayordomo se encogió de hombros.

—Unos días me creen y otros no. Básicamente, mis historias de duendes no hacen más que causarles dolor. Creen que me he vuelto loco por los remordimientos. Y aunque hayas vuelto, las cosas ya no volverán a ser como antes. Haría falta un milagro para borrar mis historias y su sufrimiento. Artemis asintió despacio. Un milagro. Levantó la mano. Se había hecho un pequeño rasguño en la palma al subir por los escalones de piedra del muelle. Artemis se concentró y cinco chispas azules de magia saltaron crepitando de sus dedos y apuntaron directamente al rasguño para luego limpiarlo como un paño limpiaría la suciedad. Le quedaba más magia de la que había fingido.

—A lo mejor podemos hacer un milagro.

Mayordomo no podía estar más impresionado.

—Ese truco es nuevo —dijo lacónicamente.

—He sacado algo más que un ojo nuevo de ese túnel del tiempo.

—Ya lo veo —repuso Mayordomo—. Pero no lo hagas delante de los gemelos.

—No te preocupes —dijo Artemis—. No lo haré. —Y entonces su cerebro procesó lo que el guardaespaldas acababa de decir.

—¿Qué gemelos?

Mayordomo marcó el número de la mansión Fowl sin dejar de sonreír.

—Puede que el tiempo se haya detenido para ti, hermano mayor, pero no se ha detenido para el resto de nosotros.

Artemis se tropezó con la única silla que había en la habitación y se desplomó sobre ella.

«¿Hermano mayor?», pensó y luego...

«¡Gemelos!»

FIN

http://cyanotictree.blogspot.com/